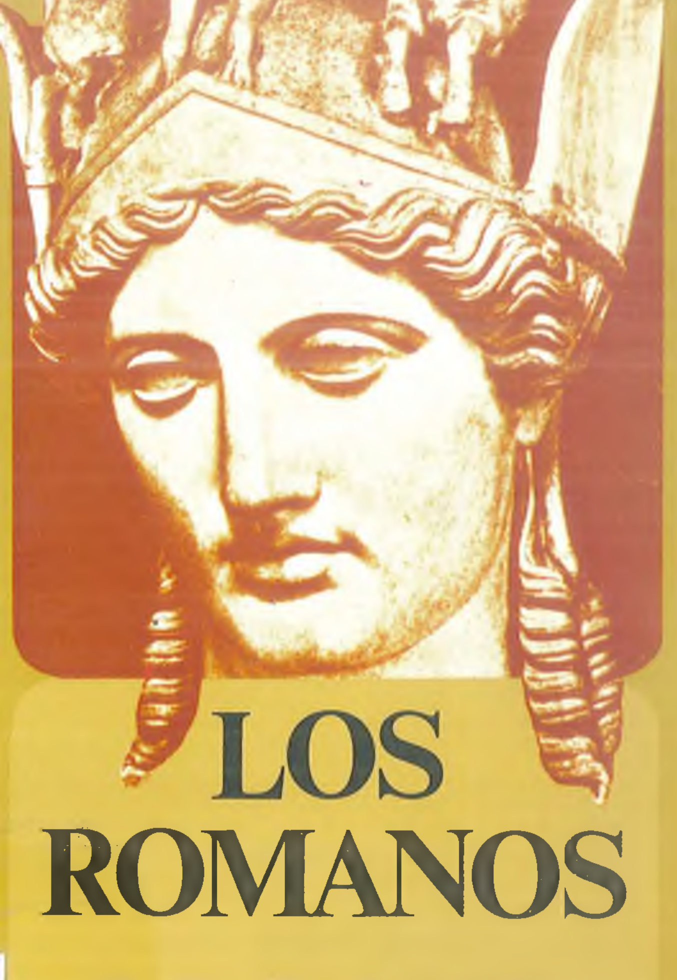


LOS ROMANOS

R. H. BARROW

BREVIARIOS
Fondo de Cultura Económica

R.H. Barrow

LOS ROMANOS

Roma no ha muerto. ¿Qué la hizo inmortal? Por la fuerza de su carácter conquistó un lugar en el mundo mediterráneo; por este carácter dejó una huella imperecedera en las nuevas naciones de Europa nacidas de su imperio. ¿Cómo fue el *carácter romano*? ¿Cuál fue la *esencia de la obra de Roma* y cuál fue la aportación de los romanos al establecimiento de la civilización europea?

Aunque se incluya aquí algo de la historia, este libro no es una historia de Roma; ni un bosquejo de la literatura latina; ni un tratado sobre la administración o la jurisprudencia romanas; ni un manual sobre la vida cotidiana. Sin embargo, dentro de sus marcos netos, hay algo de todo esto. No es simplemente un estudio erudito, porque muchos de los problemas del mundo romano son los problemas de hoy día, y algunas de las soluciones que propusieron los romanos son peculiarmente modernas. Este libro está escrito teniendo en cuenta que el estudio del pasado es de importancia vital para comprendernos a nosotros mismos, y que en ese estudio el genio romano es factor de gran importancia.

cfe

Los romanos

por R. H. BARROW



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
México

BREVIARIOS
del
Fondo de Cultura Económica

38

LOS ROMANOS

Traducción de
MARGARITA VILLEGAS DE RÓBLES



Primera edición en inglés, 1949
Primera edición en español (Breviarios), 1950
[Segunda edición (Tezontle), 1992]
Vigésima segunda reimpresión, 2000

Título original:
The Romans

Carretera Picacho-Ajusco 227; 14200 México, D. F.
www.fce.com.mx

ISBN 968-16-0004-5

Impreso en México

NOTA SOBRE EL LIBRO

El título, Los romanos, *no se debe a un afán inocente del autor por evitar el más trivial de* Historia de Roma, *sino que pretende sugerir exactamente su intención.*

No se trata, claro es, de una interpretación psicológica del carácter romano, de un capítulo más, y menos o más arbitrario, de la en otros tiempos famosa "psicología de los pueblos", sino de una pura lección de historia; además de pura, magistral.

Sólo en los casos privilegiados en que la investigación histórica dispone de un material abundantísimo de hechos, de inscripciones y de documentos literarios puede el historiador castizo sentirse a sus anchas para entregarse a la pasión objetiva que le ha llevado quiméricamente a meterse en averiguaciones: las de comprender a un pueblo por sus acciones y a éstas por aquél, círculo vicioso en que se regodea esa pasión objetiva. Y cuando este pueblo es el romano, claro que la viciosa y objetiva comprensión redunda, más que en ningún otro caso, en la de nosotros mismos y en la de la historia universal. Su actualidad no puede ser mayor.

Por eso nos dice el autor que su "libro no es propiamente una historia de Roma", sino una invitación, más bien, a que reflexionemos sobre la conveniencia de dedicar mayor atención a la historia de ese pueblo, para lo cual nos dibuja con precisión sus aspectos más llamativos. Si Roma es para los historiadores un caso privilegiado, no lo es, aunque parezca mentira, desde hace mucho: Niebuhr y Mommsen figuran entre los exploradores de vanguardia. Pero a la "imaginación histórica" de los alemanes, ya incorporada a la "facultad" de Historia, y a su proeza escudriñadora, sosegadamente proseguida hasta ahora, se juntan en el historiador inglés, con su propio peso, las perspectivas de ordenadora comprensión que pone a su disposición la historia todavía fresca de su propio pueblo.

NOTA SOBRE EL LIBRO

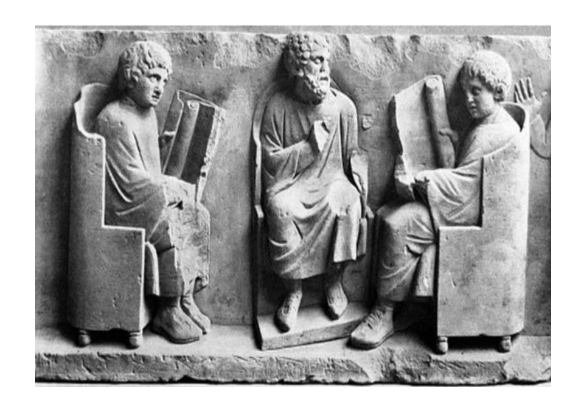
Los árboles no dejan ver el bosque de dos maneras: desde fuera y desde dentro, aunque, claro está, para poder hablar de bosques tiene primero que haber muchos árboles a la vista. Desde dentro, que es donde estamos nosotros —y también los ingleses— tratándose de la historia de Roma, si se nos facilita el recuento y la clasificación de los árboles, se nos dificulta otro tanto la distancia que permite la perspectiva, pues hay que remontarse hasta la vista de pájaro y ser, además, un águila para ver cada cosa en su sitio.

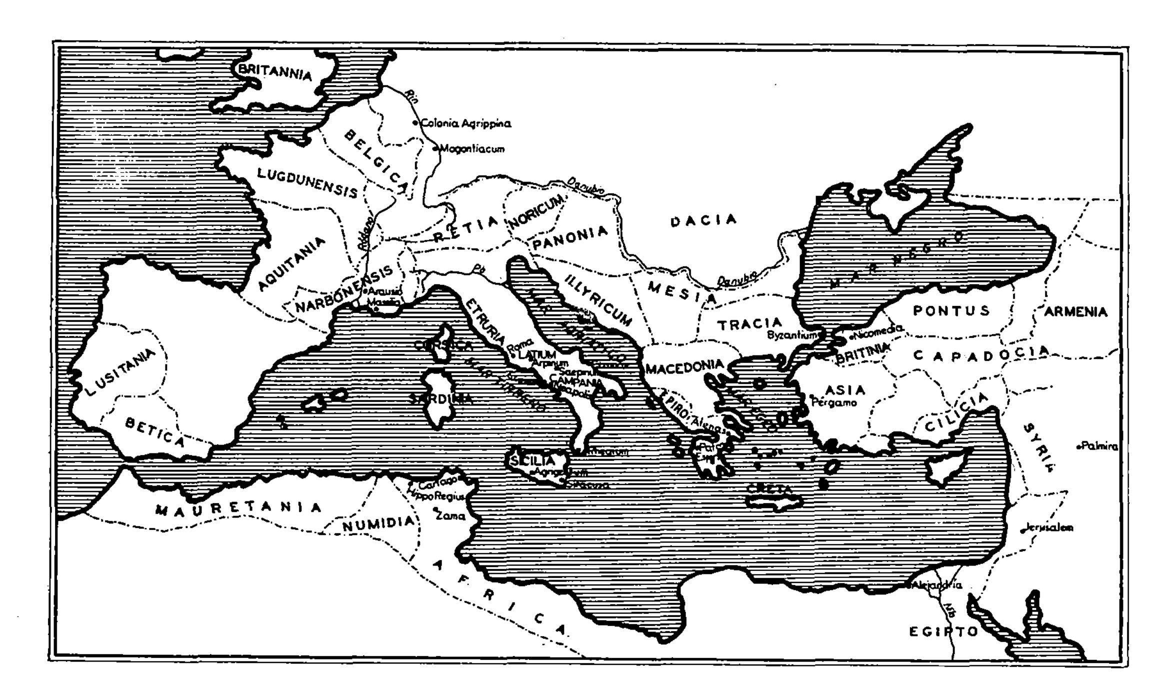
Si se tratara, digamos, de la Historia de China *o, sin ir tan lejos, de la* Historia de los árabes, *un libro como este de R. H. Barrow sería, por lo menos, extemporáneo, pues no tenemos todavía bastantes árboles a la vista para pensar en el bosque.*

Por estas razones hemos escogido esta diminuta exposición de algo tan ancho como la historia de Roma: esperando que, con su lectura, salga el lector enriquecido con una idea un poco más clara de nuestra tan cacareada romanitas.

Son tantos los maestros y tantos los ejemplos que nos ha proporcionado la Antigüedad, que ninguna edad puede considerarse más afortunada en el azar de su nacimiento que la nuestra, para cuya enseñanza han trabajado afanosamente hombres de generaciones anteriores.

QUINTILIANO (35-95 d. C.)




BRITANNIA
Rin
Colonia Agrippina
Magontiacum
BELGICA
LUGDUNENSIS
AQUITANIA
NARBONENSIS
Arausio
Massilia
RETIA
NORICUM
Danubio
PANONIA
DACIA
ILLYRICUM
MESIA
Danubio
TRACIA
Byzantium
Nicomedia
MAR NEGRO
PONTUS
ARMENIA
BRITINIA
CAPADOCIA
ASIA
Pergamo
CILICIA
SYRIA
Palmira
Jerusalem
Alejandría
Nilo
EGIPTO
MACEDONIA
EPIRO
Atenas
CRETA
LUSITANIA
BETICA
ETRURIA
Roma
LATIUM
Arpinum
CAMPANIA
Neapolis
CORSICA
SARDINIA
SICILIA
Siracusa
Cartago
Hippo Regius
Zama
MAURETANIA
NUMIDIA
AFRICA
Po

En los días a los que no alcanza nuestra memoria, las costumbres tradicionales atraían a los más destacados y los hombres moralmente superiores se apegaban firmemente a las antiguas costumbres y a las instituciones de sus antepasados.

CICERÓN

a) ¿QUÉ CLASE DE HOMBRES ERAN LOS ROMANOS?

¿Qué clase de hombres fueron los romanos? Se suele decir que los hombres se conocen mejor por sus hechos; por tanto, para contestar a esta pregunta habrá que recurrir, en primer lugar, a la historia romana para buscar los hechos y, en segundo lugar, a la literatura para encontrar el espíritu inspirador de estos hechos. A los romanos les hubiera complacido que se les juzgara por su historia; para ellos historia significaba hechos; en latín se dice *res gestae,* simplemente "cosas hechas". De su literatura se ha afirmado con acierto que "se debe estudiar principalmente con el propósito de comprender su historia, mientras que la historia griega se debe estudiar principalmente con el propósito de comprender la literatura griega". La respuesta parece entonces que sólo puede darse mediante un estudio de la historia romana, y por consiguiente, que no debería aparecer en el primer capítulo sino en el último. Pero este libro no es una historia de Roma; pretende suscitar la reflexión de si ese pueblo no merece un mayor estudio, y toma la forma de breves bosquejos de ciertos aspectos de la obra realizada por los romanos.

A través de toda su historia, los romanos sintieron de un modo intenso que existe una "fuerza" ajena al hombre, considerado individual o colectivamente, que éste debe tener en cuenta. Necesita el hombre subordinarse a algo. Si rehusa, provoca el desastre; si se somete contra su voluntad, se convierte

en víctima de una fuerza superior; si lo hace voluntariamente, descubre que puede elevarse a la categoría de cooperador; por medio de la cooperación puede vislumbrar la dirección e incluso la finalidad de esa fuerza superior. La cooperación voluntaria da a su obra un sentido de dedicación; las finalidades se hacen más claras, y el hombre se siente como agente o instrumento en su logro; en un nivel más alto, se llega a tener conciencia de una vocación, de una misión para sí y para los hombres que, como él, componen el Estado. Cuando un general romano celebraba su "triunfo" después de una campaña victoriosa, cruzaba la ciudad desde las puertas hasta el templo de Júpiter (más tarde, durante el Imperio, hasta el templo de Marte Ultor) y allí ofrecía al dios "los triunfos que Júpiter había logrado por *mediación* del pueblo romano".

Desde los primeros días, podemos descubrir en los romanos un sentido de dedicación, vago e inarticulado al principio e indudablemente mezclado con temor. Luego se va expresando con más claridad, y llega con frecuencia a ser móvil principal de la acción. En los últimos tiempos, se proclama claramente la misión de Roma con la mayor insistencia en el momento mismo en que su realización había cobrado expresión visible y con el mayor entusiasmo por gentes que no eran de cepa romana. Al principio, este sentido de dedicación se manifiesta en formas humildes, en el hogar y en la familia; se amplía a la ciudad-estado y culmina en la idea imperial. Emplea diferentes categorías de pensamiento y diversas formas de expresión según los tiempos, pero su esencia es siempre religiosa, ya que significa un salto más allá de la experiencia. Lograda la misión, sus bases cambian.

He aquí la clave para el estudio del carácter romano y de la historia de Roma.

La mentalidad romana es la mentalidad del campesino y del soldado; no la del campesino ni la del soldado por separado, sino la del soldado-campesino, y, en general, esto es así hasta en las épocas poste-

riores, cuando podía no ser campesino ni soldado. El destino del campesino es el trabajo "inaplazable" porque las estaciones no esperan al hombre. Sin embargo, con sólo su trabajo no logrará nada. Puede hacer planes y preparativos, labrar y sembrar, pero tiene que esperar pacientemente la ayuda de fuerzas que no comprende y menos aún domina. Si puede hacer que le sean favorables, lo hará, pero con frecuencia sólo alcanza a cooperar; se entrega a ellas para que lo utilicen como instrumento, logrando así su propósito. Las contingencias del tiempo y las plagas pueden malograr sus esperanzas, pero tiene que aceptar el pacto y tener paciencia. La rutina es la ley de su vida; las épocas de siembra, germinación y recolección se suceden en un orden establecido. Su vida es la vida misma de la Tierra. Si como ciudadano se siente atraído al fin por la actividad política, será en defensa de sus tierras o de sus mercados o del trabajo de sus hijos. Para el campesino el conocimiento nacido de la experiencia vale más que la teoría especulativa. Sus virtudes son la honradez y la frugalidad, la previsión y la paciencia, el esfuerzo, la tenacidad y el valor, la independencia, la sencillez y la humildad frente a todo lo que es más poderoso.

Éstas son también las virtudes del soldado. También él ha de conocer el valor de la rutina, que forma parte de la disciplina, ya que tiene que responder casi instintivamente a cualquier llamada repentina. Debe bastarse a sí mismo. El vigor y la tenacidad del campesino son necesarios al soldado; su habilidad práctica contribuye a hacer de él lo que el soldado romano debe ser: albañil, zapador, abridor de caminos y constructor de balates. Ha de trazar un campamento o una fortificación, medir un terreno o tender un sistema de drenaje. Puede vivir en el campo porque eso es lo que ha hecho toda su vida. El soldado también sabe de ese elemento imprevisto capaz de trastornar el mejor de los planes; tiene conciencia de fuerzas invisibles y atribuye "suerte" a un general victorioso a quien algún poder —el des-

tino o la fortuna— utiliza como instrumento. Es leal con las personas, los lugares y los amigos.

Si asume una actitud política violenta será con el fin de conseguir, cuando las guerras terminen, tierra para labrar y una casa donde vivir, y con una lealtad aún mayor recompensa al general que defiende su causa. Ha visto muchos hombres y muchos lugares, y con la debida cautela imitará lo que le parezca útil; pero para él su hogar y sus campos nativos forman "el rincón más risueño de la Tierra", y no deseará verlos cambiar.

El estudio de la historia romana es, en primer lugar, el estudio del proceso por el que Roma, siempre consciente de su misión, se convirtió penosamente, de la ciudad-estado sobre las Siete Colinas, en la dueña del mundo; en segundo lugar, el estudio de los medios por los cuales adquirió y mantuvo su dominio. Estos medios fueron su singular capacidad de convertir a los enemigos en amigos, y eventualmente en romanos, aunque siguieran siendo españoles, galos o africanos. De ella derivaron su *romanitas*, su "romanidad". *Romanitas* es una palabra apropiada que el cristiano Tertuliano empleó para dar a entender todo lo que un romano da por supuesto, el punto de vista y la manera de pensar de los romanos. Este vocablo es análogo a "civilización romana" si se toma la palabra "civilización" en un sentido estricto. Civilización es lo que los hombres piensan, sienten y hacen, así como los valores que asignan a lo que piensan, sienten y hacen. Es cierto que sus ideas creadoras y sus criterios afectivos y valorados dan por resultado actos que afectan profundamente el empleo de las cosas materiales; pero la civilización "material" es el aspecto menos importante de la civilización, que en realidad reside en la mentalidad de los hombres. Como dijo Tácito (refiriéndose a los britanos), sólo el ignorante piensa que los edificios suntuosos y las comodidades y lujos constituyen la civilización. El término latino *humanitas* empleado en esta ocasión, era palabra favorita de Cicerón, y el concepto que encerraba peculiar-

mente romano, nacido de la experiencia romana. Significa, por una parte, el sentido de dignidad de la personalidad propia, peculiarísima y que se debe cultivar y desarrollar hasta el máximo. Por otra, significa el reconocimiento de la personalidad de los demás y de su derecho a cultivarla, y este reconocimiento implica transigencia, dominio de sí, simpatía y consideración.

Pero la frase más concreta y común para definir la civilización es "la paz romana". Con esta idea comprendió el mundo más fácilmente el cumplimiento de la misión que el carácter, la experiencia y el poder romanos habían llevado gradualmente al más alto nivel de conciencia y que había cumplido deliberadamente.

En los primeros tiempos, el caudillo del pueblo romano, para descubrir si el acto que el Estado se proponía realizar coincidía con la voluntad de los dioses que regían el mundo, tomaba los "auspicios" fijándose en los signos revelados ritualmente. Cicerón, al enumerar los principios fundamentales sobre los que descansa el Estado, concede el primer lugar a "la religión y a los auspicios", y por "auspicios" entiende esa ininterrumpida sucesión de hombres, desde Rómulo en adelante, a quienes se les asignó el deber de descubrir la voluntad de los dioses. Los "auspicios" y los colegios sagrados, las vestales y lo demás, aparecen en las cartas de Símaco, nacido el año 340 d. c., uno de los más empecinados jefes de la oposición pagana al cristianismo, la religión "oficial" del Imperio. Es Cicerón quien dice que el origen del poder de Roma, su desarrollo y su conservación se debían a la religión romana; Horacio declara que la sumisión a los dioses dio al romano su imperio. Cuatro siglos más tarde, San Agustín dedica la primera parte del más vigoroso de sus libros a combatir la creencia de que la grandeza de Roma se debía a los dioses paganos, y que sólo en ellos se hallaría la salvación del desastre que la amenazaba. Puede muy bien decirse, con palabras del griego Polibio (205-123 a. c.), que por lo demás era escéptico:

"Lo que distingue al Estado romano y lo que le coloca sobre todos los otros es su actitud hacia los dioses. Me parece que lo que constituye un reproche para otras comunidades es precisamente lo que mantiene consolidado al Estado romano —me refiero a su reverente temor a los dioses", y emplea las mismas palabras de San Pablo en la Colina de Marte en Atenas. Polibio no llegó a ver el día en que, cuando los bárbaros invadieron el Imperio Romano, la idea de la grandeza y la eternidad de Roma fue a su vez la que mantuvo la creencia en los dioses.

b) LAS VIEJAS COSTUMBRES

La religión romana fue primero la religión de la familia y, luego, de su extensión, el Estado. La familia estaba consagrada y, por tanto, también el Estado. Las sencillas creencias de las familias y los ritos practicados por ellas se modificaron y ampliaron, en parte por nuevas concepciones debidas a nuevas necesidades, y en parte por el contacto con otras razas y culturas, al unirse las familias para constituir aldeas y, por último, la ciudad de Roma.

Los antropólogos han dado el nombre de "animismo" a la etapa de la religión primitiva en la que se supone que en todas las cosas reside una "fuerza", un "espíritu" o una "voluntad". Para el romano de los primeros tiempos, el *numen,* fuerza o voluntad, residía en todas partes o, mejor dicho, se manifestaba en todo lugar por medio de una acción. Lo único que se sabe de esta fuerza es que es capaz de obrar, pero su manera de actuar es indeterminada. En el reino del espíritu, cuya característica es la acción, el hombre es un intruso. ¿Cómo podrá mitigar el pavor que siente y cómo conseguirá que el *numen* realice el acto requerido, logrando para sí "la paz de los dioses"?

Lo más urgente es "fijar" esta fuerza vaga de una manera aceptable para ella, limitando o dirigiendo su acción a algún fin vital del hombre. Se pensaba que al *dar un nombre* a su manifestación

en los fenómenos concretos, se definía lo que era vago, y, por decirlo así, se encauzaba su energía hacia el fin deseado. Y así como las actividades del campesino y de su familia, ocupados en labrar el campo, en tejer y cocinar y en criar a los hijos, eran muchas, así la acción de esta fuerza se dividía en innumerables poderes nominados, que comunicaban energía a los actos de la vida familiar. Todas las operaciones diversas de la naturaleza y del hombre —la vida multiforme de los campos, las habituales tareas del labrador, el diario trajín de su mujer, la crianza y el cuidado de los hijos— se realizaban en presencia y por la energía de estas vagas potencias transformadas ahora en deidades carentes de forma.

Acompañaban al acto de "denominar", es decir, de invocar, oraciones y ofrendas de alimentos, de leche y de vino y, en ocasiones, sacrificios de animales. El *paterfamilias,* que era el sacerdote, conocía las palabras y los ritos apropiados. Palabras y ritual que fueron pasando de padres a hijos hasta que se fijaron inmutablemente. La más mínima alteración en la invocación o en la ceremonia podía impedir que el *numen* interviniera en el acto que el individuo o la familia se proponía emprender, sobreviniendo entonces el fracaso. Los nombres de muchos de estos dioses domésticos han pasado a las lenguas europeas: Vesta, el espíritu del fuego del hogar; los Penates, preservadores de la despensa; los Lares, guardianes de la casa; pero había otros muchos. Las oraciones eran diarias; la comida de la familia una ceremonia religiosa en la que ofrendaban incienso y libaciones. Ciertos festivales se relacionaban con los difuntos, los cuales se consideraban a veces como espíritus hostiles y que había que expulsar, por lo tanto, de la casa por medio de ritos, otras como espíritus benévolos que se asociaban íntimamente a todas las fiestas y conmemoraciones de la familia.

Cuando éstas se unieron para formar una comunidad, el culto y el ritual de la familia formaron la base del culto del Estado. Al principio, el rey era el sacerdote y, cuando desapareció la monarquía, per-

duró el título de "rey de las cosas sagradas". Para ayudar al "rey" había "colegios" de sacerdotes, hombres cualesquiera, no de una casta especial, colegas para dirigir el culto y las fiestas. El principal colegio era el de los *pontífices,* que conservaba el saber acumulado, dictaba reglas, registraba las fiestas y los principales acontecimientos de significación religiosa para el Estado. Los pontífices produjeron un Derecho sagrado (*ius divinum*). Los colegios menores les ayudaban; así las vírgenes Vestales cuidaban del fuego del hogar del Estado, los augures interpretaban los presagios que veían en el vuelo de los pájaros o en las entrañas de un animal sacrificado; pues se suponía que los dioses imprimían en los órganos delicados de un animal consagrado signos de aprobación o desaprobación. Se concedía importancia nacional a los festivales agrícolas de los labradores: la recolección, la seguridad de los linderos, la persecución de los lobos para ahuyentarlos de los campos, se convirtieron en asuntos importantes de la ciudad. Fueron adoptándose nuevas festividades que se anotaban en un calendario del cual tenemos constancia. En un principio, Marte fue un dios de los campos; los campesinos-soldados, organizados para la guerra, lo convirtieron en el dios de las batallas. A medida que el horizonte de los romanos se ensanchaba, nuevos dioses atrajeron su atención, e incluyeron en el Calendario deidades de las ciudades etruscas y de las ciudades griegas de Italia. Júpiter, Juno y Minerva vinieron de Etruria; el griego Hefaistos fue equiparado a Vulcano, que los romanos habían adoptado de sus vecinos etruscos. También había muchas deidades "itálicas", porque —si bien para simplificar hemos hablado de "romanos"— Roma misma estaba constituida por una fusión de tribus itálicas con cultos propios, que indudablemente tendrían cierto aire de familia.

Los colegios se encargaban de establecer, registrar y trasmitir, sin alterarlas, las fórmulas de invocación y de oración. En siglos posteriores, podía darse el caso de que un sacerdote utilizase una li-

turgia expresada en un idioma para él incomprensible, y que el pueblo tomara parte en ritos cuyo sentido apenas captaba y que, sin embargo, tenían un significado. Procesiones y días de fiesta, diversiones y sacrificios, imprimían en la mente popular el culto del Estado. Más tarde veremos cómo el alud de ideas religiosas griegas y orientales irrumpió sobre Roma y cómo se adoptaron los mitos y las leyendas para proporcionar el carácter pintoresco del que carecía la religión nativa. Pues, especialmente en los siglos IV y III a C., se introdujeron nuevos cultos en la práctica religiosa del Estado, aunque en lo que toca al mito y al ritual quedaron inconfundiblemente marcados con el sello romano. Pero la influencia de esas ideas nunca llegó hasta el corazón de la antigua religión romana, inmutable en su naturaleza esencial. Con el aumento de los testimonios de la literatura y de las inscripciones se ve claramente que, tanto en la ciudad como en el campo, persistió la antigua religión. Los hombres cultos del último siglo a. C., versados en la filosofía y la crítica griegas, quizás considerasen esta religión como una mera forma; pero estos mismos hombres desempeñaban cargos en los colegios sagrados y fomentaban su práctica en el Estado, y hasta en la familia. Augusto, el primer emperador, no edificaba en el vacío cuando se propuso salvar del colapso al Estado restaurando la antigua religión romana y la moralidad inherente a ella.

Esta religión fría y un poco informe sostenía una rígida moral, y la mitología no impedía el desarrollo de esta moral. Homero había plasmado para los griegos leyendas sobre los dioses en versos inmortales —hasta que en una época posterior los críticos objetaron que estos dioses eran menos morales que los hombres—. Los romanos, aparte de las fórmulas de las oraciones, no tenían escrituras sagradas y, por tanto, no había ninguna moralidad mítica que destruir. Lo que le interesaba al individuo era establecer relaciones adecuadas con los dioses, no especular acerca de su naturaleza. Lo que a la ciudad le interesaba era lo mis-

mo, y se le permitía al individuo entregarse a sus creencias particulares, si así lo deseaba. La actitud romana siempre es la misma; la tolerancia, con tal de que no se perjudicara la moral pública y que no se atacara al Estado *como* Estado. El romano, a medida que se desarrollaba, asignaba a los dioses su propia moralidad. El proceso puede ilustrarse de la manera siguiente:

Una de las primeras fuerzas que se individualizó fue el poder del sol y del cielo; a este poder se le llamó Júpiter, a no ser que Júpiter fuese el espíritu único del cual se individualizaron otros *numina*. Al principio se acostumbraba prestar juramento al aire libre, bajo el cielo, donde no podía ocultarse ningún secreto a un poder que lo veía todo. Bajo este aspecto de fuerza atestiguadora, Hércules recibió el epíteto de *Fidius*, "el que se ocupa de la buena fe". De nuevo aparece en escena la tendencia individualizadora: se personificó el abstracto del epíteto *Fides*, "buena fe". Y el proceso continuó: se atribuyeron otros epítetos a *Fides* para designar las diferentes esferas en que *Fides* actuaba.

Esta habilidad para abstraer una característica esencial es parte del proceso mental del jurista. Los romanos demostraron la capacidad de aislar lo importante y buscar sus aplicaciones; de aquí su jurisprudencia. En el tipo de especulación que exige una imaginación creadora, pero que casi parece hacer caso omiso de los datos de la experiencia, fracasaron. Pero lo más importante es que el aislamiento de las ideas morales daba a éstas un nuevo realce. En el hogar y en el Estado las ideas morales ocuparon un lugar semejante al de las "fuerzas" mismas. Eran cosas reales en sí, y no creadas por la opinión; tenían validez objetiva. No es necesario indicar que las cualidades abstractas apenas pudieron haber inspirado un sentimiento religioso fervoroso, pues tampoco lo lograron las "fuerzas". Además, estas cualidades pronto fueron personificadas en una larga serie de "romanos nobles". La cuestión es que las ideas morales estaban envueltas en la santidad del culto re-

ligioso, y no podrá comprenderse la literatura posterior si las virtudes, a las que tan a menudo apelan el historiador y el orador, no se interpretan en este sentido. Estas ideas estaban ligadas al deber, impuesto a la casa y al Estado, de adorar a los dioses. Aquí es donde ha de encontrarse la raíz de ese sentido del deber que caracterizó al romano en su mejor aspecto. A menudo le hacía parecer poco interesante, pero podía llegar a ser un mártir por un ideal. No discutía acerca de lo que era honorable o justo; sus ideas eran tradicionales e instintivas y las sostenía con una tenacidad casi religiosa.

Ningún clamor de la plebe por el mal,
ningún ceño tirano, cuyo fruncimiento puede matar;
es capaz de debilitar el poder que hace fuerte,
al hombre de firme y justa voluntad.

Así de inflexible era el romano.

Quizás el concepto que mejor demuestra el punto de vista romano es el de *genius*. La idea del "genio" empieza por el *pater familias*, que al engendrar hijos se convierte en cabeza de familia. Se aísla su carácter esencial y se le atribuye una existencia espiritual aparte; dirige la familia, que le debe su continuidad y busca su protección. Así, como un eslabón en ese misterioso encadenamiento de hijo-padre-hijo-padre, el individuo adquiere un nuevo significado; se sitúa contra un fondo que, en lugar de una superficie continua, está formado por fragmentos dotados de forma, teniendo uno de ellos la suya propia. Su "genio", por tanto, es lo que le coloca en una relación especial respecto a la familia que existió antes que él y que ha perecido, y respecto a la familia que ha de nacer de sus hijos. Una cadena de misterioso poder une la familia de generación en generación. A su "genio" se debe que él, un hombre de carne y hueso, pueda ser un eslabón en esa de cadena invisible.

Recuérdese la costumbre, en realidad el derecho, según el cual las familias nobles instalaban en un nicho, en la sala principal de la casa, máscaras de

cera al principio y, más tarde, bustos de los antepasados merecedores del agradecimiento de su familia o del Estado. Estos bustos se asociaban a los ritos domésticos más solemnes del hogar. No se trataba de un culto de los antepasados ni de apaciguar a los desaparecidos; sino más bien de una prueba de que ellos y todo lo que representaban vivían aún y alimentaban la vida espiritual de la familia.

Fue un paso insignificante en el desarrollo de la idea de "genio" el atribuir a cada hombre, que es un *pater familias* en potencia, un genio, y a cada mujer, una Juno; ya de esto existían precedentes entre los griegos. Pero el concepto primitivo de *genius* era susceptible de expansión. Así como el genio de una familia expresaba la unidad y la continuidad a través de generaciones sucesivas, más tarde se atribuyó el genio a un grupo de hombres unidos, no por lazos de consanguinidad, sino por una comunidad de propósitos e intereses durante etapas sucesivas. El grupo adquiere un ser propio; el todo significa más que sus partes, y ese *plus* misterioso que se agrega es el "genio". Así, en los primeros tiempos del Imperio tenemos noticia del genio de una legión; un oficial de hoy día convendrá gustoso en que la "tradición del regimiento" expresa débilmente lo que él siente; el genio es algo más personal. Así también encontramos el genio de una ciudad, de un club, de una sociedad mercantil. Se habla del genio de las distintas ramas de la administración pública —por ejemplo, de la casa de la moneda y de las aduanas— y es natural que pensemos en nuestros "altos ideales y tradiciones del servicio público". Los romanos tenían una asombrosa facultad de darse cuenta de la personalidad de una "corporación". Diríamos que eran extraordinariamente sensibles al espíritu que la animaba y esto es lo que decían literalmente cuando hablaban de un "genio". Y no es sorprendente que en el Derecho romano, el derecho de "corporaciones" alcanzara un alto grado de desarrollo.

La fuerza que ha guiado en el presente guiará en el futuro, y así el *genius* de Roma tiene mucho, a la

vez, de una "Providencia" que la protege, y de una misión que aquélla está cumpliendo.

Ya sabemos que en el hogar del campesino la esposa ocupa un lugar de autoridad y responsabilidad. Entre los romanos la mujer estaba, teóricamente, bajo la tutela del marido, y según la ley no disfrutaba de derechos. Pero no se la mantenía en reclusión como en el hogar griego. Compartía la vida de su marido y, como esposa y madre, creó un modelo de virtudes envidiado en edades posteriores. La autoridad paterna era estricta, por no decir severa, y los padres recibían el respeto de sus hijos, que participaban en las diversas ocupaciones en el campo, en la aldea y en la casa. Los padres se encargaban de la educación de los hijos, siendo ésta de tipo "práctico"; incluso las viejas leyendas apuntaban hacia una moraleja, y la ley de las Doce Tablas se aprendía de memoria.

En tiempos posteriores, se añoró la primitiva sencillez de los primeros tiempos, que sin duda fue idealizada. Pero no se trata de un mito; lo atestigua la literatura de los siglos III y II a. C., pues en esa época escribieron gentes que habían conocido a hombres educados en esta forma. Las "viejas costumbres" sobrevivían como realidades y, todavía más, como ideales. Al enumerar las virtudes que a través de su historia los romanos consideraron como típicamente romanas, debemos relacionarlas con las cualidades autóctonas, con las ocupaciones y modo de vida, con la lucha de los primeros tiempos por sobrevivir y con la religión de los primeros siglos de la República. Se verá que componen una sola pieza.

En todo catálogo de virtudes figura en primer lugar alguna constancia de que el hombre debe reconocer su subordinación a un algo externo que ejerce una "fuerza vinculatoria" sobre él, a la que se llamó *religio*, término que tiene una amplia aplicación. De un "hombre religioso" se decía que era un hombre de la más alta *pietas*, y *pietas* es parte de esa subordinación de la que hemos hablado. Se es *pius* respecto a los dioses si se reconocen sus dere-

chos; se es *pius* respecto a los padres, los mayores, los hijos y los amigos, respecto a la patria y a los bienhechores y respecto a todo lo que puede provocar el respeto y quizás el afecto, si se reconocen sus derechos sobre uno y se cumple con el deber en conformidad con ellos. Los derechos existen porque las relaciones son sagradas. Las exigencias de *pietas* y de *officium* (deber y servicios) constituyen por sí solas un voluminoso código, no escrito, de sentimiento y conducta que estaba más allá de la ley, y era lo bastante poderoso para modificar en la práctica las rigurosas disposiciones del derecho privado a las que se acudía sólo como un último recurso.

Gravitas significa "un sentido de la importancia de los asuntos entre manos", un sentimiento de responsabilidad y empeño. Es un término aplicable a todas las clases sociales: al estadista o al general cuando demuestra comprender sus responsabilidades, a un ciudadano cuando da su voto consciente de la importancia de éste, a un amigo que da un consejo basándose en la experiencia y considerando el bien de uno; Propercio lo emplea cuando asegura a su amante la "seriedad (*gravitas*) de sus intenciones". Es lo opuesto a *levitas,* cualidad despreciada por los romanos, que significa frivolidad cuando se debe ser serio, ligereza, inestabilidad. *Gravitas* suele ir unido a *constantia,* firmeza de propósito, o a *firmitas,* tenacidad. Puede estar moderada por la *comitas,* que significa la atenuación de la excesiva seriedad por la desenvoltura, el buen humor y el humor. *Disciplina* es la formación que da la firmeza de carácter; *industria* es el trabajo arduo; *virtus,* la virilidad y la energía; *clementia,* la disposición a ceder en los derechos propios; *frugalitas,* los gustos sencillos.

Éstas son algunas de las cualidades que más admiraban los romanos. Todas ellas son cualidades morales; cualidades que probablemente resultarán insípidas y poco interesantes. No hay nada entre ellas que sugiera que la capacidad intelectual, la imaginación, el sentido de la belleza, el ingenio, el atractivo personal, fuesen considerados por ellos como un alto

ideal. Las cualidades que ayudaron al romano en sus primeras luchas con la naturaleza y con sus vecinos, continuaron siendo para él las virtudes supremas. A ellas les debía que su ciudad-estado se hubiera elevado a un nivel superior al de la vieja civilización que la rodeaba —una civilización que juzgaba endeble y sin nervio cuando no estaba fortalecida por las mismas virtudes que él había cultivado con tanto esfuerzo—. Quizás puedan sintetizarse estas virtudes en una sola: *severitas*, que significa severidad con uno mismo.

El modo de vida y las cualidades de carácter aquí descritos resumen las *mores maiorum*, las costumbres de los antepasados, que son una de las fuerzas más poderosas en la historia romana. En el sentido más amplio, la frase puede abarcar la constitución política y el armazón jurídico del Estado, aunque generalmente se añadan palabras tales como *instituta*, instituciones, y *leges*, leyes. En el sentido más limitado, la frase significa el concepto de la vida, las cualidades morales, junto con las normas y los precedentes no escritos inspiradores del deber y la conducta, componiendo todo ello una sólida tradición de principios y costumbres. A esta tradición se apelaba cuando algún revolucionario atentaba violentamente contra la práctica política, contra las costumbres religiosas, o contra las normas de moral o del gusto. La insistencia de esta apelación, repetida por el orador y el poeta, el soldado y el estadista, demostró que la tradición no perdió su fuerza ni en los tiempos más turbulentos ni en las últimas épocas. Los reformadores podían pasar por alto la tradición, pero no podían burlarse de ella, y ningún romano soñaba con destruir lo que era antiguo simplemente porque fuese antiguo. Desde fines de la segunda Guerra Púnica, junto con la reverencia por los nobles romanos que personificaban esta noble tradición, empezó a oírse una nueva nota: la nota de las lamentaciones por la desaparición de algo valioso que estaba demasiado remoto para poderlo restaurar en aquella corrompida época. Surge esta nueva nota

con Ennio, 239-169 a. c., a quien se ha considerado como el Chaucer de la poesía romana: "Roma está edificada sobre sus costumbres antiguas y sobre sus hombres." Cicerón, cuyos llamamientos a las *mores maiorum* son incesantes y sinceros, recibe de Bruto el elogio de que por "sus virtudes podía ser comparado con cualquiera de los antiguos". No puede hacerse mayor alabanza a una mujer que describirla como apegada a las "viejas costumbres", *antiqui moris*. Horacio, cuyo cariñoso tributo a su padre es sincero, dice de su propia educación:

"Hombres sabios", solía añadir, "las razones explicarán
por qué debes seguir esto y apartarte de aquello.
Por mi parte, si puedo educarte en los caminos
hollados por las gentes de valer de los primeros tiempos
y, mientras necesites dirección, mantengo tu nombre
y tu vida inmaculados, habré alcanzado mi objeto.
Cuando años posteriores hayan madurado el cerebro y los [miembros,
dejarás los flotadores y nadarás como un tritón."

La tradición, al menos como un ideal, perduró hasta los últimos días del Imperio.

Mirando hacia el pasado no podemos decir que una religión como la antigua religión romana fuera a propósito para estimular el desarrollo religioso del hombre. La religión romana no tenía incentivo intelectual y, por tanto, era incapaz de producir una teología. Pero lo cierto es que con las asociaciones y costumbres que se agrupaban en torno a ella, su contribución a la formación del carácter romano fue muy grande. Además, gracias a ella, se creó un molde en el que generaciones posteriores procuraron verter la nueva e inconforme mezcla de ideas que les había llegado de las viejas culturas mediterráneas más antiguas. Los grandes hombres casi eran canonizados por sus cualidades morales o por sus obras. A las creencias y costumbres de aquellos días debemos atribuir ese sentido de subordinación u obediencia a un poder exterior, ya fuese un dios, una norma o un ideal, que en una forma u otra caracterizó al

romano hasta el fin. Al mismo origen debe atribuirse el sentido de continuidad del romano que, al asimilar lo nuevo, conservaba el tipo y se negaba a romper con el pasado, porque sabía que se podía hacer frente al futuro con mayor seguridad si se mantenía el valor del pasado. Las primitivas prácticas rituales, acompañadas de invocaciones solemnes que cristalizaron en un "derecho sagrado", contribuyeron a desarrollar ese genio jurídico que es el gran legado de Roma, y en las leyes del Estado se reflejó la santidad de aquel derecho sagrado. La ley presuponía obediencia y no se la defraudaba. La posición del cabeza de familia, el respeto otorgado a la madre, la educación de los hijos, fueron confirmados y fortalecidos. La validez de las ideas morales quedó firmemente establecida, y los vínculos del afecto natural y de la ayuda a los amigos y a los servidores se afirmaron por medio de un código de conducta que estaba al margen de la coacción legal, pero que no por eso dejaba de tener gran fuerza. La naturaleza formal de las prácticas religiosas evitó en la religión romana las burdas manifestaciones del éxtasis oriental, si bien impidió el calor de los sentimientos personales. Y la actitud de tolerancia hacia la religión, que caracterizó a las épocas de la República y el Imperio, se originó, paradójicamente, en un pueblo que concedía la máxima importancia a la religión estatal.

El resultado de la tradición religiosa, moral y política de Roma fue una estabilidad de carácter que con el tiempo aseguró la estabilidad del mundo romano; y no debe pasar inadvertido el hecho de que un pueblo, de tendencias literalmente retrospectivas, fuera siempre adelante y pusiera el progreso al alcance de los demás.

II

Hemos avanzado bastante, quizá demasiado, sin un cañamazo histórico que nos guíe. A continuación presentamos una guía general compuesta de tres partes desiguales: la primera es un breve resumen de las épocas en que suele dividirse la historia romana; la segunda, un rápido examen de la expansión de Roma en el Mediterráneo, con el fin de que en páginas posteriores pueda comprenderse lo que queremos dar a entender por Roma en cualquier época determinada; y la tercera, un resumen conciso de la evolución del gobierno de Roma, resumen en el que no es posible dar idea de la variada experiencia política de los romanos, pero que no debe omitirse por muy *seca* que resulte.

a) REYES, REPÚBLICA, IMPERIO

Haremos un relato claro de nuestra historia si tratamos primero de lo que se hizo primero, y seguimos el orden cronológico de los acontecimientos.

AUTOR DESCONOCIDO DE *Ad Herennium*

Por regla general, la historia de Roma se divide en tres partes; aunque otras divisiones tienen también alguna justificación: *1)* época de los Reyes; *2)* época de la República, *3)* época del Imperio.

1) Conforme a la tradición más común, Roma fue fundada el año 753 a. c., y Tarquino el Soberbio, el último de los reyes, fue expulsado en el año 510 a. c. Los relatos de este período, tal como nos han llegado, son en su mayoría leyendas, pero leyendas que contienen elementos históricos. Estos elementos se han ido aislando con la ayuda de la arqueología y el estudio comparado de los orígenes y el método de las "supervivencias". A nosotros esta época apenas nos concierne.

2) La época de la República, desde el año 509 hasta el 27 a. c., es aquella en que Roma conquistó

la supremacía en Italia primero y luego en el Mediterráneo; la época en que adquirió, entre éxitos y derrotas, su experiencia política y administrativa y asimiló la civilización de otros pueblos. El último siglo (desde el año 133 a. c.) es un siglo de desbarajuste político, de expansión comercial y financiera y de confusión moral. Durante estos años surgen nuevos problemas de gobierno central y provincial, de defensa, de economía política y de distribución de las tierras; de caudillos militares que, apoyados por los ejércitos, desafían al Estado; del desarrollo de los grandes negocios, de la aparición de nuevas ideas filosóficas y religiosas, y de nuevas costumbres. En este siglo figuran los nombres que todo el mundo conoce: los Graco, Sila, Pompeyo, Craso, Julio César, Antonio, Cicerón y otros. Los testimonios históricos de que disponemos para esta época son más completos que los de los siglos anteriores.

3) La tercera época, que empieza el año 27 a. c., es la del "Imperio", o, mejor, de la Roma Imperial. Este título requiere una explicación. La mayor parte del Imperio de Roma, en el sentido territorial, fue adquirida en la segunda época. El término "Imperio", como definición de la tercera epoca, se refiere al sistema de gobierno, es decir, gobierno por un emperador. Pero Augusto, que dominó el mundo romano desde el año 27 a. c. hasta el año 14 d. c., insistía, y lo hacía sinceramente, en que él había restaurado la "República" y deseaba que se le conociera como *Princeps,* o primer ciudadano. De aquí que la palabra "Principado" se emplee a menudo para designar la primera parte del Imperio, y los "reinados" de cada emperador. Así que la división en "República" e "Imperio" es una clasificación moderna fundamentalmente, y tiende a crear confusiones.

Los dos primeros siglos de esta época son, en términos generales, los años constructivos del Imperio, los años en que los romanos empezaron a dejar sus huellas más permanentes en las naciones del mundo romano. Esta etapa termina con la época de los Antoninos, de 138 a 193 d. c., de quienes Mommsen,

el gran historiador alemán, dijo: "Si a un ángel de Dios se le ocurriera comparar el territorio gobernado por Antonino Severo tal como era entonces y como es ahora, y decir en cuál de los dos períodos fue gobernado con más inteligencia y humanidad, y si, en general, han mejorado o empeorado la moral y el grado de felicidad desde aquellos días, es muy dudoso que el juicio fuera favorable para la actualidad." Gibbon ya había dicho algo semejante.

El siguiente fue un siglo de confusión, hasta que en el año 306 d. c. Constantino fue nombrado Emperador, y Bizancio, con el nuevo nombre de Constantinopla —hoy Estambul— pasó a ser en el año 330 d. c. la capital de la mitad oriental del Imperio, de donde surgió el Imperio Romano Oriental, heredero tanto de la tradición griega como de la romana.

b) DE LAS SIETE COLINAS AL ORBE ROMANO

...cantar un himno a los dioses con quienes las Siete Colinas están en gracia. ¡Oh! Sol que todo alimentas, que con tu carro de fuego traes el día y lo escondes de nuevo y vuelves a nacer como otro nuevo día y sin embargo, el mismo, que nunca os corresponda ver nada más grande que esta ciudad, Roma. HORACIO

Has hecho una ciudad de lo que antes era el orbe del mundo. RUTILIO CLAUDIO NAMACIANO

Italia es una península montañosa, con la "espina dorsal" de los Apeninos más cerca de la costa oriental que de la occidental, alcanzando a veces hasta el mismo mar. Los puertos están situados en el oeste y en el sur. Desde los Alpes hasta la punta de "la bota" hay tanta distancia como desde la isla John o Groats a la isla de Wight, es decir, unas 600 millas aproximadamente. El ángulo de la península es tal que el talón se encuentra 300 millas más hacia el este que la costa nordeste en Rávena. Desde el talón hasta Grecia hay unas 500 millas, y desde la punta occidental de Sicilia hasta Africa, sólo unas 100.

Si las montañas en Italia, con sus elevados valles, ricos en trigo, aceite y vino, tan apreciados siempre por los romanos, han cautivado el amor de los siglos, hay también tres planicies que han desempeñado un papel de no poca importancia en la historia. En el norte se extiende la amplia llanura del río Po (*Padus*), que nace en los Alpes occidentales al sudoeste de Turín (*Augusta Taurinorum*), y que, por tanto, atraviesa la península. Cuando los romanos llegaron por primera vez a esta llanura, la encontraron ocupada por tribus galas, y desde entonces fue conocida por la Galia Cisalpina: Galia a este lado de los Alpes. En el centro de la costa occidental se encuentra la llanura del Lacio; a través de su extremo norte corre el Tíber, que nace al norte de los Apeninos y es el segundo río de Italia en longitud. Los barcos ligeros podían remontar su tramo inferior. La tercera llanura es la planicie de Campania, más hacia el sur en la costa occidental; Neapolis (Nápoles) y Cumas fueron dos famosas ciudades que los griegos fundaron en la Antigüedad; el Vesubio ha amenazado constantemente esta llanura a través de los siglos.

Empezamos con la segunda de estas planicies. Tenemos que omitir todos los estudios que han hecho los arqueólogos para conocer el camino seguido por las tribus "itálicas" desde más allá de los Alpes. Comenzaremos con los Montes Albanos, al sudeste de la planicie latina y en la desembocadura del Tíber. Allí, en Alba Longa, se edificó la primera ciudad de los latinos, fundada, según la leyenda, por Ascanio, hijo de Eneas de Troya, en lo que los romanos basaban su pretendida ascendencia troyana. Rómulo y Remo fueron sus descendientes. En este lugar se encontraba el santuario del dios de las aldeas vecinas, Júpiter del Lacio. Tenemos que figurarnos una continua "concentración" de aldeas reunidas por necesidades comunes de defensa, culto y comercio, y sin duda Alba Longa fue un ejemplo típico de esto.

Más tarde, estos mismos montañeses descendieron a las llanuras y se establecieron sobre las "Siete Colinas" de Roma. Eran un pueblo de pastores. Sus

primeros festivales estaban ligados a los intereses de los pastores; leche, no vino, fue la primera ofrenda, y la riqueza se calculaba por el número de cabezas de ganado; la palabra misma para "dinero", *pecunia* (de aquí "pecuniario"), significa "cabeza de ganado". Encontraron otros hombres de una raza afín, sabélicos y sabinos, que se dirigían a la llanura y que se establecieron en terrenos más altos. La fusión de estos grupos fue el origen de Roma. Desde su posición central los soldados de Roma podían dirigirse hacia el norte, hacia el este y hacia el sur; a lo largo de los valles hacia el norte y hacia el este, y por la llanura hacia el sur; pronto aprendieron el valor de las "líneas interiores". Desde luego, algunos historiadores han pensado que el emplazamiento de Roma fue escogido desde un principio como avanzada contra los etruscos en el norte. Y, por el momento, dejemos aquí a los romanos estableciendo contacto con los pueblos circundantes, dedicándose a las labores agrícolas y negociando con los mercaderes etruscos y griegos.

El imperio etrusco se extendía al norte del Tíber. Se supone que los etruscos fueron nómadas marítimos, originarios posiblemente del Oriente, que terminaron por establecerse en Etruria o Toscana. Crueles y despóticos, adoraban a los dioses sombríos del averno y adivinaban el futuro observando los órganos de animales sacrificados. Construían murallas extraordinariamente sólidas para defender sus ciudades, y comerciaban con las ciudades griegas y con Cartago en África, adquiriendo así elementos de otras civilizaciones superiores a la suya. Penetraron desde la costa hacia la planicie de Campania, y en el siglo VII intentaron avanzar hacia el sur con el fin de ocuparla, rodeando las colinas hacia el este para evitar los pantanos, apoderándose de algunas ciudades latinas en las tierras altas.

Durante la época de la migración latina hacia las "Siete Colinas", los griegos dieron comienzo al largo proceso de ocupación de los mejores puertos de las costas meridional y occidental de Italia y de la parte

oriental de Sicilia. Los cartagineses, por su parte, ocuparon la mitad occidental de esta isla. Al principio, a los griegos sólo les interesaba el establecimiento de factorías, pero más adelante fueron enviando colonias desde Grecia con el propósito de fundar ciudades, que no tardaron en figurar entre las más prósperas del Mediterráneo. Es posible que la primera colonia griega fuese Cumas, fundada en el siglo VIII, en la bahía de Nápoles, hecho que fue de gran trascendencia para Europa, puesto que de los griegos de esta ciudad aprendieron los latinos el alfabeto. Los etruscos también adoptaron las mismas letras para sus propios fines y se las traspasaron a las tribus del interior. Además, gracias a Cumas, Italia supo, quizá por vez primera, de dioses griegos como Hércules y Apolo. Pero las principales colonias de Grecia fueron las situadas en el extremo sur de Italia y en Sicilia. Siracusa y Agrigento en Sicilia, y Tarento, Síbaris, Crotona y Reggio, en el sur de Italia, son todas de origen griego. Estas ciudades tienen gran importancia en la historia romana, pues a través de ellas Roma entró de lleno en contacto con el mundo mediterráneo.

Las dos influencias más poderosas, durante los primeros años de Roma, fueron la etrusca y la griega. El resto de Italia estaba escasamente poblado por tribus desparramadas, muchas afines a las latinas. Estas tribus vivían en las colinas, en un relativo aislamiento, cuidando del ganado y cultivando la tierra, y agrupándose en poblados, según lo permitía la geografía, para la defensa, el comercio y el culto.

Volvamos ahora a los romanos. Los tres primeros reyes fueron latinos, los tres últimos, etruscos. El último de éstos fue arrojado del trono por la violencia (según la tradición, en el año 510 a. c.), y, para los romanos, la palabra "rey" se convirtió en anatema. Sin embargo, persistió la influencia etrusca. Sobrevivieron los templos y los ritos; Júpiter siguió entronizado en el Monte Capitolino; Diana, en el Aventino. Las insignias de los gobernantes etruscos —el "sillón de marfil" y los haces de varas amarrados junto con dos

hachas (*fasces*)— fueron adoptados por los magistrados romanos. Pero lo más importante fue que Roma adquirió una organización que había de convertirla en una potencia imperial.

Hasta aproximadamente el año 270 a. c., Roma luchó sin descanso por su existencia en Italia, y la lucha no cesó hasta verse reconocida como una potencia de primer orden. Para eso necesitó las más altas cualidades de valor y de ingenio; una tras otra fueron vencidas las tribus, que se incorporaban, bajo diferentes condiciones, al Estado romano o a su esfera de influencia. Se crearon ligas y alianzas. En una de sus crisis —el saqueo de Roma por galos merodeadores en el año 390 a. c.— la abandonaron las ciudades latinas. Éstas propusieron una confederación, y Roma decidió que sólo conquistándolas podía estar segura. A expensas de grandes sacrificios, las redujo a la obediencia y siguió avanzando mientras tribu tras tribu solicitaba su ayuda y, por último, la alianza y la extensión de los "derechos" romanos a sus ciudades. Finalmente Thurii, situada en "la bota", pidió ayuda contra Tarento. Roma dudó, pero al fin accedió. Tarento trajo a Pirro, rey de Epiro del otro lado del Adriático; y Roma, fracasada la invasión de Italia llevada a cabo por este monarca, quedó a la cabeza de los Estados griegos en el sur de la península. De este modo Roma penetró en la zona de los cartagineses, cuyo comercio abarcaba los mares de Sicilia y el Mediterráneo occidental. Después de medio siglo de lucha (264-202 a. c.) ya era indudable que Roma se convertiría en una "potencia mundial" y las tierras de occidente serían gobernadas por un pueblo ario, y no por una rama de la raza semita.

Antes de hacer un resumen de las Guerras Púnicas (los cartagineses eran fenicios que en latín se dice *poeni*, de donde se deriva *punicus*), es necesario hacer dos observaciones. Aunque Roma parecía estar incesantemente en guerra, hacía la guerra impulsada por los acontecimientos y por la lógica de su temperamento. Las potencias que la rodeaban eran más

antiguas y contaban con mayor experiencia. Algunas de ellas eran ambiciosas, y sus vecinos las temían. Roma consideraba que las amenazas dirigidas contra sus aliados le afectaban también a ella y, hablando en términos generales, tentó hacer la guerra para poner fin a estas amenazas. Después de la lucha con Cartago, Roma se encontró arrastrada, contra su deseo, a nuevas empresas. Más tarde sintió el afán de conquistar, porque había ido apareciendo un nuevo tipo de romano para quien el Oriente ofrecía oportunidades tentadoras. En segundo lugar, la determinación de no adoptar el fácil procedimiento de un apaciguamiento temporal, pero no definitivo, alentaba en el pueblo en general, inspirado y dirigido por el Senado, asamblea deliberadora que encauzaba la política de gobierno, pero que en rigor sólo tenía poderes consultivos. En esta época el Senado alcanza su máximo ascendiente moral y político. Más tarde, en los últimos años, su influencia disminuyó porque los dilatados horizontes del imperio afectaron profundamente su carácter.

La potencia con que Roma iba ahora a enfrentarse en la lucha por los destinos del Mediterráneo occidental era de origen fenicio. A diferencia de otras colonias fenicias, Cartago se había convertido en una potencia terrestre, ya que ocupó varias regiones que se extendían hasta Gibraltar y que en forma de haciendas de cultivo habían pasado a manos de acaudalados terratenientes. Su poderío naval había conquistado un pequeño imperio en Sicilia, Cerdeña y la España meridional. Los romanos temían su predominio en los mares al oeste de Italia, y ahora habían llegado a enfrentarse con ella en Sicilia. Los romanos eran aliados de Cartago y de Siracusa, y, cuando tuvieron que elegir entre ellas, se decidieron por Siracusa. Tras muchas amargas derrotas en el mar, Régulo desembarcó en África con un ejército romano y fue derrotado y hecho prisionero. Finalmente se ganó una batalla marítima, y el general cartaginés Amílcar se vio obligado a retirarse de Sicilia. Las hostilidades cesaron. La guerra había

enseñado valiosas lecciones a ambas partes. Los romanos pusieron a prueba la lealtad de sus aliados itálicos y aprendieron muchas cosas respecto a la guerra naval. Los cartagineses comprobaron que los mercenarios no podían competir con los legionarios, y se dispusieron a organizar tropas españolas; pero nunca lograron remediar la constante desconfianza del gobierno respecto a sus propios generales en el campo de batalla ni la amenaza de deslealtad de sus súbditos africanos.

Antes de que la guerra comenzara de nuevo, Roma, como medida de seguridad, se anexionó Cerdeña y Córcega, creando así las primeras "provincias". Pronto siguió Sicilia, quedando de este modo establecidas las bases del sistema provincial romano. Fueron rechazadas varias incursiones de tribus galas, y se sometieron los territorios del valle del Po. Roma estaba en camino de colocarse a la cabeza de los pueblos de Italia.

Mientras tanto, la perspicacia y la energía de Amílcar habían extendido el dominio cartaginés en España, y, cuando Massilia (Marsella), antigua aliada de Roma, fue amenazada, se dio la señal para la segunda Guerra Púnica.

No es posible relatar aquí la historia de esta gran lucha. Aníbal cruzó los Pirineos, el Ródano, los Alpes y cayó sobre Italia, donde su ejército vivió a costa del país durante catorce años, e intentó, con poco éxito, corromper la lealtad de los aliados italianos. Después de varios fracasos iniciales, Roma no se atrevió a arriesgarse en una batalla campal. Fabio Máximo, llamado por su táctica "fabiana" el "Temporizador", hostilizaba al ejército invasor, pero sin resultado definitivo. Los nervios romanos ya no podían soportar la demora. Se nombró a un general al que se ordenó detener al invasor. En Canas el año 216 a. C. el ejército romano quedó aniquilado —y nunca alcanzó Roma tales alturas—. Pacientemente se dedicó a recuperar el terreno perdido y se incitó a Aníbal a avanzar sobre la ciudad. Tres millas antes de llegar, el general cartaginés se desvió

a un lado, pues ningún aliado se le había unido, ningún ejército había salido a su encuentro, ni se le habían hecho proposiciones de paz. Aníbal emprendió la retirada. Su hermano Asdrúbal, que se apresuró a acudir a Italia desde España, fue derrotado y muerto, y en Roma, P. Cornelio Escipión, después de tenaz insistencia, obtuvo permiso para emprender la invasión de África. En el año 202 a. c. se obtuvo la victoria de Zama; Cartago fue derrotada.

Son muchos los hechos interesantes de esta guerra. Roma pudo haber esperado que la lucha se desarrollase en África o en España, pero tuvo lugar en Italia y fundió a Italia en un todo. Roma pudo haber esperado un respiro después de la victoria, pero se vio obligada a continuar por largos años la dura lucha en España, para impedir la consolidación de los cartagineses; y aunque España fue dividida en dos "provincias" en el año 197 a. c., todavía quedaba mucho por hacer. Roma pudo haberse figurado que después de las guerras en España Cartago ya no sería causa de nuevas inquietudes, pero Cartago atacó a Numidia. Roma decidió tomar medidas extremas: cediendo ante las insistentes demandas de M. Porcio Catón de que "Cartago debe ser destruida", arrasó la ciudad en el año 146 a. c. y África pasó a ser una provincia romana. Finalmente, Roma pudo haber esperado el agradecimiento de la posteridad y cierta admiración por su inflexible valor y resistencia durante sesenta y cinco años de guerra y amenazas de guerra. Pero virtudes tan prosaicas palidecen ante las figuras románticas de Dido y Aníbal; y, para la mentalidad contemporánea, ni Régulo, a quien Horacio inmortalizó en una oda, ni Escipión el Africano pueden restablecer el equilibrio. Cuando Virgilio, el poeta de la época de Augusto, relata en la *Eneida* la historia del viaje de Eneas desde las ruinas todavía humeantes de Troya para fundar una nueva Troya sobre las Siete Colinas, hace a su héroe detenerse en la costa de África donde Dido, su reina, estaba edificando Cartago. Eneas permanece allí, como huésped y amante de la reina, hasta que su

deber a los dioses troyanos le impulsa una vez más a ir en busca de la tierra prometida. Traicionada y abandonada, Dido se quita la vida, y las conmovedoras escenas en que Virgilio presenta todo el drama llevan la simpatía moderna de parte de la reina cartaginesa. El lector de hoy día apenas puede comprender a Eneas. La maldición de la enemistad mortal de las dos naciones, que Dido pidió al cielo, sólo se extinguió con la extinción de Cartago misma.

Aníbal ejerce una atracción diferente. De muchacho, juró ante el altar de Moloch odio eterno a los romanos. Su hazaña de cruzar los Alpes, su largo y paciente acoso de Italia, su avance sobre Roma y su retirada, su prontitud en restablecer el orden en la derrotada Cartago, su empeño en no aceptar poderes reales, su último ataque desesperado contra sus viejos rivales como incansable consejero de los enemigos de Roma, y, por último, su suicidio —he aquí todo el material necesario para una figura heroica capaz de oscurecer las romanas, que fueron menos atractivas, pero que, sin embargo, sobrevivieron y lograron para el mundo lo que ninguna otra logró.

Volvamos al bosquejo de la expansión del Imperio Romano. En el Occidente no se iniciaron nuevas empresas, hasta el año 125 a. c. Pero en el Oriente la historia es muy distinta, y para comprenderla es necesario volver la mirada al Imperio de Alejandro Magno.

A la muerte de Alejandro en el año 323 a. c., su imperio se deshizo: las entidades más extensas que permanecieron intactas fueron Macedonia, Siria y Egipto. A Macedonia pertenecía Grecia; a Siria pertenecían Babilonia y Asiria; a Egipto, Fenicia y las islas griegas. Ponto y Pérgamo, en Asia Menor, y la India consolidaron su independencia. Todos estos reinos poseían, en distintos grados, una mezcla de la cultura griega y oriental. La costa de Asia Menor hacía tiempo que estaba ocupada por los griegos, que habían adoptado parte del pensamiento y de las costumbres orientales. Los macedonios, menos civilizados, poseían, asimilada de las ciudades griegas,

una cultura superior, mientras que en Egipto la cosmopolita Alejandría se convirtió en el centro de nuevos estudios científicos, literarios y filosóficos. Por todo este mundo se extendió una cultura que se cònoce con el nombre de helenismo. No se trataba de una expresión moribunda, puesto que echó nuevos brotes y en muchas de sus formas perduró otros mil años. Pero carecía de espontaneidad y vigor; era una cultura refinada y engreída, apática y escéptica, aunque no se le pueden negar ciertos elementos de originalidad. Políticamente, sin embargo, estaba podrida, porque comprendía tanto monarquías del tipo oriental, con un gobernante absoluto venerado como divino, una corte de nobles ambiciosos y una moral relajada, como ciudades-estados pendencieras, que vivían de su pasado y que eran incapaces de gobernarse a sí mismas y a sus dependencias, o confederaciones flojas que se hacían y deshacían sin cesar. Tal era el estado de cosas con el que Roma se enfrentaba ahora. En Oriente encontró una civilización establecida desde hacía largo tiempo. En Occidente llevó a los italianos, españoles, galos, africanos y otros muchos, una civilización más elevada que la que tenían estos pueblos. Por esto su conducta en Oriente y en Occidente fue tan distinta.

A menudo muy a pesar suyo, a veces de buen grado, ora por interés propio, ora por lealtad a los aliados y por un impulso espontáneo de liberar las ciudades donde se preservaba la cultura que empezaba a admirar, Roma encomendó a sus ejércitos nuevas campañas en el Oriente. Prestó ayuda a un Estado tras otro; fomentó alianzas; rodeó su creciente esfera de intereses con anillos cada vez más amplios de Estados "amortiguadores" que se comprometían a no violar la paz; hizo experimentos con el equilibrio del poder. Pero sus esfuerzos requerían la existencia de ciertas cualidades que faltaban en el Oriente, y hacia el año 146 a. c. se había visto obligada, en nombre del buen orden y del comercio pacífico, a ocupar Macedonia (en el año 167) y Grecia (en el año 146). En Asia Menor, Roma se contentó con establecer protec-

torados de Estados aliados que se extendieron hasta las fronteras de Armenia y el río Eufrates. También Egipto, que se había salvado por la intervención de Roma, reconoció su supremacía. En esta forma Roma no ejerció ninguna acción directa de gobierno más al este del Egeo, y en años posteriores no tuvo que lamentar el haber sido tolerante. Pero, incluso, cuando obró con firmeza y estableció provincias en el Oriente, respetó la civilización y el idioma que allí encontró, que perduraron durante largos siglos.

Entre 64-62 a. c. fue necesario actuar con firmeza. En 88-84 a. c. Mitrídates, rey del Ponto, de acuerdo con Tigranes, rey de Armenia, se había apoderado de la mayor parte del Asia Menor y hecho asesinar a miles de comerciantes romanos. La flota póntica dominaba el mar Egeo y las tropas habían desembarcado en Atenas, donde fueron bien acogidas. Las ciudades helenas de Grecia llegaron a unir su suerte a la del invasor; toda Grecia parecía perdida. Pero en los años 86 a 85 a. c. Sila derrotó al ejército póntico liberando a Grecia, y el siguiente año una flota romana bajo el mando de Lúculo dominó el Helesponto. Diez años más tarde, Mitrídates encendió de nuevo la guerra en el Oriente. En sus campañas, Lúculo avanzó bastante hacia el este. Pero en el mar, las cosas no marchaban muy bien para los romanos, pues en todo el Mediterráneo florecía la piratería y el suministro irregular de víveres entorpeció las flotas romanas. En vista de esto, en el año 67 a. c. se concedieron a Pompeyo poderes extraordinarios. Éste suprimió la piratería, en una batida bien organizada, partiendo de Gibraltar, e invadió el Ponto y la Armenia. Puso también sitio a Jerusalén, y Roma entró en contacto con el pueblo judío por primera vez, comenzando entonces ese complejo problema. Pompeyo "normalizó" el Oriente; reorganizó las fronteras y los gobiernos, así como las finanzas y las relaciones comerciales. La provincia de Cicilia fue agrandada, y Bitinia, Ponto, Siria y Creta fueron todas convertidas en provincias. Capadocia, Armenia y otros muchos Estados menores quedaron como reinos indepen-

dientes. Conviene hacer notar que el nombramiento de Pompeyo para este mando fue el paso que condujo a la caída de la República.

Pero ahora debemos volver al Occidente. Aquí tenemos que pasar por alto las guerras en España y África y la represión de una sublevación de esclavos en Italia, y limitarnos a cuatro temas principales: primero, la seguridad de la parte occidental de los Alpes; segundo, las relaciones entre Italia y Roma; tercero, las conquistas y la política provincial de Julio César; y, cuarto, el problema de la parte oriental de la frontera alpina.

En apariencia, los Alpes constituyen una protección natural de solidez insuperable. Pero Aníbal, y más tarde su hermano, los pasaron. En los territorios hacia el norte y hacia el este se habían estado efectuando durante algún tiempo grandes migraciones de pueblos, a los que otros, en busca de tierra, fueron obligando a trasladarse al occidente. En el año 113 a. c. una gran hueste de germanos, acompañada por otras tribus, que se le habían unido en el camino, apareció en la parte occidental de los Alpes. Ya tenían derrotado a un ejército romano en Iliria. Siguieron avanzando hacia el oeste sin desviarse en dirección a Italia, y hubo un momentáneo alivio. Pero en el año 109 a. c. aparecieron en la Galia meridional, que Roma se había anexado trece años antes convirtiéndola en una provincia. Las tribus arrasaron todo lo que encontraron a su paso, derrotando dos ejércitos en Aurasio (Orange). Mario entrenó en tres años el primer ejército romano profesional, lo equipó y derrotó con él a las tribus más amenazadoras en el norte de Italia y en Galia. Las hordas se alejaron hacia occidente, conjurándose así un grave peligro.

Otro peligro no menos serio amenazó a la ciudad de Roma en el año 91 a. c. Los aliados itálicos se alzaron en abierta rebelión. Durante dos largos siglos soportaron el peso y los azares de la lucha; ahora deseaban el ingreso en el cuerpo de ciudadanos, que al principio habían rechazado prefiriendo la alian-

za, pues, como veremos, la ciudadanía romana era un privilegio cada vez más valioso. Sin embargo, a medida que aumentaba en valor, Roma la concedía más raramente: los ciudadanos de la capital cuidaban su extensión celosamente, y el resentimiento itálico hacía años que estaba latente. En un manifiesto rebelde, los aliados proclamaron en Corfinio una nueva capital llamada Itálica. La constitución que se propuso se apoyaba sobre las mismas tradiciones políticas que en aquel momento rechazaban los presuntos ciudadanos. La justificación de Roma no podía ser más elocuente, aunque esto no la disculpa de su falta de perspicacia al negar la ciudadanía. Sila dominó la rebelión en una rápida y enérgica campaña, y mediante una serie de leyes se concedió igualdad de derechos políticos a todos los itálicos. Italia dejó de ser una confederación. Había pasado el tiempo de la ciudad-estado, y ahora nacía una nueva idea. Cómo se desarrolló esta idea y cuáles fueron sus consecuencias, lo veremos más adelante.

El tercer hecho interesante es la conquista de la Galia y la organización de esta región llevada a cabo por Julio César durante los agitados años del 58 al 49 a. c. Sus famosos *Comentarios de la Guerra de las Galias* es el relato que él mismo hace de su obra. Cuando César entró en la Galia, el territorio bajo su gobierno abarcaba una provincia gálica muy pequeña. Cuando la abandonó, la provincia incluía Francia y Bélgica y él había "mostrado el camino" hacia Bretaña. La frontera italiana de los Alpes occidentales estaba ya segura.

En cuarto lugar, todavía quedaba por cerrar el extremo oriental de los Alpes, lo que no se logró hasta que Tiberio, que más tarde llegó a ser emperador, sostuvo largos años de lucha en el Rin y en el bajo Danubio hasta asegurar definitivamente esta comarca; la provincia de Retia (la Suiza Oriental y el Tirol), Nórica (Austria) y Panonia (Carintia y Hungría Occidental) formaron finalmente el baluarte del noreste.

Fue entonces cuando tuvo lugar la crisis decisiva

en la política provincial de Roma. Augusto se había propuesto establecer la frontera en el río Elba, para incluir en el Imperio las tribus germanas que amenazaban la Galia y reducir la frontera septentrional. Pero en el año 9 d. c. Arminio (Hermann) destrozó un ejército romano de tres legiones en las profundidades del bosque Teutoberg, cerca de Osnabruck: las legiones XVII, XVIII y XIX desaparecieron para siempre de las listas del ejército. En los escritos que Augusto dejó a su muerte, aconsejaba que no se extendiese más el Imperio.

Sin embargo, cuando era necesario, el Imperio se extendía. Para proteger la península de los Balcanes, en el año 46 d. c., la región al sur del bajo Danubio fue convertida en las provincias de Tracia (Bulgaria Meridional, Turquía y la costa griega del norte del mar Egeo) y de Mesia (Servia, Bulgaria Septentrional y la Dobrogea). Se añadió también la provincia de Bretaña. En el año 107 d. c. Trajano fundó la provincia de Dacia (Rumania) como baluarte para proteger a Mesia, y en el oeste añadió otras que su sucesor abandonó. Así, hacia fines del siglo II, se trazaron los límites del "círculo romano" —el Rin, el Danubio, Asia Menor, Siria, Palestina, Egipto, África, España, Francia, Bretaña— y Roma se encontró con 43 provincias que administrar. En el año 270 d. c. fue evacuada Dacia, y Diocleciano (284-305 d. c.) reorganizó todo el Imperio, incluyendo a Italia, en 120 distritos administrativos.

En la historia de la expansión imperial de Roma debe considerarse que su móvil principal fue defensivo. A este móvil siguió inevitablemente el del comercio, y ambos se entremezclaron. En el siglo II a. c. se alegaban a veces razones de seguridad con el fin de disimular la codicia y la ambición. Los dos primeros siglos de la Era Cristiana constituyen la época de asimilación, y a partir de entonces la consideración más apremiante fue la defensa propia. Roma nunca luchó por imponer una idea política ni un credo religioso. Con una generosidad única, respetó siempre las instituciones, las ideas y los usos loca-

les. Luchó para "imponer los modos de la paz", y por paz entendía el positivo beneficio de un orden establecido, garantía de la vida y de la propiedad, con todo lo que estos beneficios significan.

c) DE LA CIUDAD-ESTADO A LA REPÚBLICA EN RUINAS

Catón solía decir que nuestro Estado superaba a todos los demás por su constitución; en éstos, por regla general, un individuo había establecido, por medio de sus leyes e instituciones, su propia forma de Estado...; nuestro Estado, por el contrario, fue el producto, no del genio de un hombre solo, sino de muchos; no de la vida de un hombre, sino de varios siglos y épocas. El genio nunca ha sido tan profundo como para hacer que a un hombre determinado y en un momento determinado no se le pase algo por alto; ni tampoco, si todo el genio estuviera concentrado en un hombre, podría éste tener tal previsión como para abarcarlo todo en un momento determinado; se necesita una experiencia real a través de los tiempos. CICERÓN

Se debe a nuestro propio fracaso moral y no a un capricho de la suerte el que, si bien retenemos el nombre, hayamos perdido la realidad de una república. CICERÓN

En el bosquejo que antecede se ha descrito el desarrollo del poderío exterior de Roma. Ahora volvamos al gobierno de la ciudad, de Italia y de las provincias, deteniéndonos en las cuestiones sociales sólo lo indispensable. Echaremos una ojeada al proceso del desarrollo de la constitución y a las modificaciones que ésta sufrió debido a las necesidades creadas por la administración de posesiones allende los mares. Examinaremos los métodos que Roma ensayó en un principio para gobernar sus posesiones, y el fracasó de estos métodos, y así podremos comprender por qué se desmoronó la constitución que tan laboriosamente había forjado, y veremos cómo fue reemplazada. En otras palabras, lo que nos interesa es el proceso por el cual Roma se transformó de una ciudad-estado en un Imperio. En la historia de este

proceso, ciertos elementos persistirán, en su mayor parte, desde el principio de la República hasta su colapso. Estos elementos son, por ejemplo, el Senado, el pueblo, la magistratura y su desarrollo posterior, la pro-magistratura. De un modo general, los magistrados de las diversas clases y categorías constituyen el poder ejecutivo; los pro-magistrados son ex magistrados destinados a cargos especiales fuera de Roma, como, por ejemplo, gobernadores de provincias o generales de ejércitos, nombrados para fines especiales. La historia constitucional romana es en gran parte la historia del lento cambio en los deberes, la autoridad y las funciones de estos elementos y en la relación existente entre ellos. Polibio estaba en lo cierto al decir que la constitución romana descansa en un equilibrio del poder, pero este equilibrio se mantuvo de diferentes maneras en las diferentes épocas. Finalmente sobrevino el fracaso. Y cuando el Imperio reemplaza a la República, encontraremos que los elementos que proporcionan la mayor parte del material con el que se ha de construir el edificio son los mismos. Los romanos preferían tolerar aparentes anomalías e incluso absurdos, confiar en la sensatez, la comprensión y la moderación, observar el espíritu en lugar de la letra de la ley, y conservar instituciones probadas y ya conocidas. Preferían esto a llevar las cosas a conclusiones lógicas e inoperantes, o a definir cuidadosamente en los artículos escritos de una constitución lo que era mejor decidir por un compromiso, o a establecer nuevas instituciones nacidas del impulso del momento. Les satisfacía más adaptar a los nuevos usos algo ya consagrado por la tradición, los sentimientos y la práctica.

Como clave de la explicación que sigue quizás resulte útil esbozar las diversas etapas. En la primera, que duró hasta las Guerras Púnicas, los poderes virtualmente autocráticos de los magistrados se fueron reduciendo poco a poco a causa de la oposición del "pueblo", por una parte, del Senado por otra. Además, el "pueblo", o sean las familias plebeyas, se afirmó en oposición al Senado, o sean las familias

patricias. En la segunda etapa, la de las Guerras Púnicas, el Senado, de hecho aunque no por derecho, desempeñó un papel supremo, y su supremacía fue justificada; la magistratura era superior a la pro-magistratura. En la tercera fase, el poder más fuerte fue la pro-magistratura. El Senado era casi impotente por falta de autoridad constitucional; el pueblo intentó hacer valer sus derechos con justificación, en teoría. Pero desaprovechó la ocasión oportuna y su naturaleza misma había cambiado; además, intervinieron nuevos factores: una clase influyente de hombres de negocios y una nueva aristocracia, más celosa que la antigua de los privilegios que ella misma había combatido. En la cuarta etapa, el primer *Princeps* (o emperador) recogió las enseñanzas de tres siglos de historia constitucional romana y, con los restos de la fracasada república, edificó una estructura de gobierno que duró durante dos siglos, al menos como gobierno todavía romano en lo esencial.

Ya nos hemos referido anteriormente a una especie de "congregarse" o "habitar juntos" de pequeños grupos procedentes de diversas tribus para formar la ciudad de Roma. Nadie podría decir cómo se realizó esto y cuáles fueron las causas y las aportaciones de los elementos que la componían. La tradición y una serie de deducciones razonables, partiendo del estudio de los testimonios históricos, sugieren que esta primitiva asociación era mantenida con débiles lazos por intereses de comunidad expresados simbólicamente en "ritos" comunes de religión, "comunión en las cosas sagradas", *communio sacrorum.* La comunidad era gobernada por un rey, que fue gobernante patriarcal, funcionario o magistrado electo y sacerdote común de todo el pueblo. Uno de sus deberes más importantes consistía en "practicar los auspicios", lo que en pocas palabras significa asegurarse que entre los dioses y la comunidad marchaban bien las cosas. Al parecer, los cabezas de familia principales (*patres*) elegían un nuevo rey al que aquéllos trasmitían las "cosas sagradas" de que eran custodios, y la elección era confirmada por la co-

munidad como un todo. El rey ejercía un poder supremo (*imperium*), nombraba a los funcionarios, administraba justicia, dirigía la guerra y disponía el culto religioso.

El consejo de los cabezas de familia principales constituía el Senado. Estos cabezas de familia eran miembros vitalicios y, en épocas normales, custodios de las "cosas sagradas". Ofrecían consejo a los reyes sólo cuando se les consultaba; proponían al nuevo rey; pero no lo confirmaban como tal, a menos que lo aprobara todo el pueblo.

El pueblo sólo se reunía cuando se le convocaba para oír las proclamas del rey, para tomar parte en ritos religiosos y para ser testigo de determinados actos, como, por ejemplo, la distribución de la propiedad mediante testamento, que más tarde correspondió al derecho privado. Todos los datos de que disponemos acerca de estos primeros tiempos son muy vagos. Igualmente oscuros son los cambios producidos en Roma por la supremacía etrusca. Tenemos noticias de una nueva organización de la totalidad del pueblo sobre bases militares, en la que los terratenientes y los ciudadanos más ricos, que eran los que disponían de medios para armarse, servían en las unidades de vanguardia. Pero el gobierno autocrático de los reyes etruscos provocó la expulsión de la dinastía extranjera, y el título de "rey" fue execrado para siempre.

El poder del rey pasó a dos magistrados llamados *pretores-cónsules* (o sea "jefes" que al mismo tiempo eran "colegas") y más tarde simplemente "cónsules". En épocas de crisis graves se confiaba el poder, aunque de hecho muy raramente, a un "dictador", que lo ejercía durante un período limitado y para un propósito específico, permitiéndose que los magistrados continuasen en sus puestos. Y así, con la creación de los cónsules da comienzo ese curioso principio de "colegialidad", que perdura durante toda la historia de la magistratura romana, principio según el cual los colegas que desempeñan un cargo tienen el derecho de poner el veto a las propuestas de sus colegas.

Por tanto, para hacer algo positivo era necesario que los colegas estuvieran de acuerdo. Sin embargo, el cambio no interrumpió la cadena: los cónsules "practicaron los auspicios" y conservaron su poder (*imperium*) en sucesión directa desde Rómulo. Los cónsules ejercían el poder durante un año; eran elegidos por todo el pueblo en asamblea; de éste recibían su *imperium*, y el Senado ratificaba la elección. La posición del Senado no sufrió ninguna alteración. Lo más probable es que pronto se aumentara el número de senadores con la admisión de nuevos cabezas de familia; y es indudable que por durar los cónsules un año en el poder y por ser su puesto de carácter colegiado crecía la influencia del Senado, porque era permanente, mientras que los magistrados cambiaban.

La historia de los dos siglos siguientes es la historia de los conflictos y las maniobras en torno al poder. Poco después de la expulsión del último rey, el descontento, ya latente hacía largo tiempo, estalló en franca conflagración. A esta lucha se le da el nombre, no muy exacto, de la lucha de las "clases". Como hemos visto, es imposible conocer la organización de la comunidad romana en los primeros tiempos. Pero por lo menos es evidente que entre los elementos que la formaban existían familias acaudaladas, dueñas de tierras, rebaños y casas, apoyadas por una tradición y porque ellas habían dado los caudillos en las guerras y habían soportado las cargas impuestas por éstas. Estas familias tenían sus raíces en la tierra. Sus hombres eran agricultores y soldados y se les daba el nombre de "patricios". Pero existía aún otro tipo de familias. Algunas convivían con las familias principales, de las que dependían; otras estaban formadas por terratenientes, comerciantes y artesanos, pues en la época del gobierno etrusco Roma llegó a convertirse en centro comercial, con actividades mercantiles por mar y tierra. También había fugitivos de las colonias circunvecinas y miembros de las tribus cercanas, atraídos por el comercio o arrastrados hasta allí por la confusión

producida por las guerras. Éstos eran los "plebeyos". Pero todos eran ciudadanos y miembros de la asamblea; no existía distinción entre conquistadores y conquistados, entre los que gozaban de derechos políticos y los que no gozaban de ellos. Lo que en realidad los separaba era la costumbre. Así sucedía que, de acuerdo con la constitución, los magistrados patricios proponían a los sucesores patricios para que fueran aprobados por la asamblea, y las disposiciones propuestas por los magistrados patricios habían de ser ratificadas por los *patres*. Pronto se manifestó el descontento. Los plebeyos decidieron celebrar reuniones en los "comicios" de la plebe, que funcionaban irregularmente y fuera de la constitución. El principal motivo de queja era el poder ilimitado de los cónsules. La lucha que sobrevino puede esbozarse sólo en líneas generales, pero es importante observar que el propósito de los plebeyos no era atacar para obtener privilegios, sino solamente defenderse. Se obtuvo la promesa de que dentro de la ciudad no se ejecutaría a ningún romano condenado a muerte sin apelar antes al pueblo, aunque en el servicio activo la disciplina podría requerir medidas diferentes. La tardanza en cumplir esta promesa fue causa de una amenaza de los plebeyos, que en parte se realizó, de fundar una ciudad rival. Esta decisión hizo que los patricios, que necesitaban hombres para el ejército, otorgaran una concesión de importancia trascendental. Los plebeyos tendrían magistrados anuales especiales, llamados "tribunos del pueblo", al principio dos y más tarde diez. Los tribunos habían de ser elegidos en los *comitia*, o sea por plebeyos solamente. Pero al principio, el tribuno, al igual que los comicios, se consideró estrictamente fuera de la constitución. No se le concedió *imperium*, sino un poder limitado especial (*potestas*) para ayudar a los plebeyos contra los actos concretos de un magistrado patricio; su persona era inviolable; él convocaba la asamblea de la plebe y los invitaba a adoptar resoluciones. Más tarde, como veremos, se concedieron al tribuno amplios poderes de veto, en todos los sectores

del gobierno, y, todavía más adelante, el poder de los tribunos fue un factor esencial del poder de los emperadores.

A continuación vino una petición para restringir el poder del cónsul por medio de la ley, a la cual se contestó con la promesa de redactar y publicar un código de leyes. Este código es el de las célebres Doce Tablas, que probablemente no hizo más que expresar públicamente lo que ya existía como usos establecidos; pero fue un acontecimiento de enorme significación en la historia del derecho y de Europa.

Y aquí comienza otra nueva lucha en la que los tribunos abandonaron el papel pasivo de "protectores" para dedicarse activamente a conseguir cambios en la constitución, pues Roma crecía, y el elemento plebeyo adquiría cada vez mayor importancia. La palanca más poderosa para provocar cambios surgió cuando, en el año 449 a. c., los tribunos lograron que las resoluciones de su asamblea (es decir, sólo parte del Estado, bien que la parte mayor) afectasen a todo el Estado (bajo ciertas condiciones desconocidas para nosotros). El primer "plebiscito" garantizó la institución permanente del tribunado como parte de la maquinaria del Estado. Pronto se reconoció el matrimonio entre miembros de "clases" diferentes.

La siguiente petición exigía un cónsul "plebeyo". Los patricios respondieron sugiriendo que se suspendiera temporalmente el consulado y que se nombraran seis "tribunos consulares" con poderes consulares, procedentes de cada una de las clases. El "consulado" se salvó, pero durante cincuenta de los sesenta y ocho siguientes (es decir, hasta el año 366 a. c.), los plebeyos lograron que su petición respecto a los tribunos consulares fuese atendida. También consiguieron acceso al cargo de *quaestor*, o sea ayudante del cónsul. Los patricios tomaron nuevas contramedidas creando el cargo de *censor*. Indudablemente, con el aumento de la población y de los territorios adquiridos por la guerra, la tarea de confeccionar los *censos* era cada vez más importante; pero no

cabe duda de que los patricios esperaban también reducir los poderes del consulado antes de tener que cederlo a los plebeyos.

El resto de la historia puede relatarse brevemente. Entre los años 367 y 287 a. c., los plebeyos obtuvieron las siguientes concesiones: un plebeyo desempeñaría uno de los consulados; los plebeyos podrían tener acceso al "colegio sagrado" del sacerdocio; los plebiscitos ya no requerían la ratificación de los *patres*. La lucha había terminado, pues la asamblea de la plebe ya era, en teoría, el poder "soberano". Las familias patricias continuaron en sus puestos, pero si todavía ejercían algún poder era gracias a su prestigio e influencia moral, no por la ley. Ahora eran los plebeyos el elemento preponderante en el Estado, tanto por su número como por su riqueza. Teóricamente, ellos tendrían el poder en el futuro.

Se conservó el tribunado, aunque ya no era necesario, puesto que había cumplido su misión original. Pero ciento cincuenta años más tarde se utilizó para nuevos y siniestros propósitos, como arma en una nueva lucha entre una clase gobernante, principalmente plebeya, y un nuevo pueblo de menos valer.

En el año 287 a. c. todo parecía dispuesto para un gobierno del pueblo, pero esto no había de realizarse. Las Guerras Púnicas envolvieron a Roma y fue necesario encauzar todas las energías para otros fines distintos de los cambios políticos. Es dudoso que de haberse producido un prolongado período de paz se hubiera podido despojar al Senado de la supremacía que después conoció, pues era fuerte y la dirección que ejercía, enérgica. Pero el hecho es que vinieron doscientos años de guerra, y que la experiencia, la prudencia y la tenacidad requeridas para soportar épocas de tensión y peligro residía en el Senado. Su superioridad moral le dio la supremacía en la dirección de todos los asuntos.

Al producirse la primera Guerra Púnica, la naturaleza y la composición del Senado, en comparación con los primeros días de la República, había cambiado. Como sucesores de los reyes, la tarea de nom-

brar a los senadores correspondía a los cónsules; el principio de la "colegialidad" aseguraba cierto grado de responsabilidad en la elección. Después la tarea se transfirió al censor, pues era natural que el cónsul no eligiera al hombre a quien, como senador, tendría más tarde que consultar. Pronto, por una costumbre que acabó por transformarse en ley, todos los magistrados —y en esta época había ya varios grados de magistrados electos inferiores al de cónsul— pasaban al Senado, y así, por medio de la magistratura, los plebeyos ingresaron en sus filas. Por tanto, el Senado era principalmente un organismo de hombres que habían sido elegidos por el pueblo para diversas magistraturas, habiendo estado en contacto con él al presentar su candidatura para diferentes cargos. Una vez terminada su función pública, ingresaban en la asamblea deliberante para poner su experiencia al servicio del Estado. De este modo, la perspectiva de un puesto permanente en el Senado quedaba abierta al candidato afortunado que desempeñaba algún cargo cada año. El desempeño de cargos llegó a ser tanto un medio como un fin, siendo, por consiguiente, apreciado por motivos distintos de los de otro tiempo, aunque el consulado fue siempre un honor codiciado por sí mismo. De este modo apareció un nuevo rango social o, si se tiene en cuenta que el término nada tiene que ver con el nacimiento, una nueva nobleza: la de los que habían ejercido cargos públicos. El origen patricio era ahora sólo cuestión de orgullo personal; la nueva "nobleza" gozaba de la estimación pública y se sentía orgullosa, a veces con el exclusivismo del recién llegado, de sus responsabilidades y posición. Mientras tanto, la magistratura fue uniéndose cada vez más estrechamente al Senado, pues el magistrado podía llegar a ser senador algún día; aquél lo consultaba con más deferencia.

Las exigencias de la guerra revelaron al Senado como la única fuerza capaz de dirigir. Era difícil reunir al pueblo; el Senado estaba a mano y funcionaba con facilidad por tener pocos miembros. Se

requerían decisiones rápidas y continuidad en la política del gobierno; a menudo había que redactar tratados y asignar provisiones precipitadamente. Entre sus miembros se encontraban soldados y estadistas dotados de amplia experiencia y conocedores de las "regiones extranjeras". Y así fue estableciéndose un precedente tras otro. La "opinión del Senado" se convirtió en "el decreto del Senado". Como organismo, el Senado ya no se limitaba a discutir el problema expuesto por el magistrado, sino que era el iniciador de la discusión, y así fueron a parar a sus manos prácticamente todos los asuntos del Estado. Su manera de conducir los asuntos durante los años más duros de la guerra fue en general excelente; si más tarde decayó su alto nivel de eficacia e integridad moral, fue por razones que vamos a considerar ahora.

Roma adquirió supremacía en Italia, en parte por la guerra y en parte por haber sabido aprovechar bien la desunión entre las diferentes tribus a las que, una por una, fue reuniendo en una confederación. Por cuantos medios tuvo a su alcance, Roma procuró que las tribus acudieran a ella en busca de ayuda y ventajas, en lugar de ayudarse unas a otras. Sus vecinos más próximos fueron incorporados como ciudadanos de su organismo político. Concedió a algunas tribus una ciudadanía restringida que confería derechos de comercio, a la par que la garantía de estos derechos por la ley, y libertad para unirse en matrimonio con ciudadanos romanos. Otras estaban ligadas a Roma por diversos tratados de alianza, que comprendían deberes y privilegios y concedían independencia para administrar los asuntos internos.

Para guardar las costas y los caminos, se instalaron en algunos puntos de Italia colonias de ciudadanos romanos, que fueron como vástagos de Roma. En otros sitios se concedieron a las "municipalidades", o sea las poblaciones autóctonas, todos los derechos políticos. Ambos tipos de comunidad gozaban de una autonomía bastante amplia en los asuntos internos. Se podían llevar a Roma apelaciones contra los ma-

gistrados locales. Se enviaba a los prefectos para juzgar causas, tanto en las ciudades como en los distritos rurales; los prefectos representaban al pretor de Roma, que era el principal magistrado judicial.

Pero cuando se anexaron tierras fuera de Italia fue necesario adoptar diferentes medidas. En un principio Roma, en general, se resistía a "crear" una "provincia"; se contentaba con el desarme y las contribuciones, como sucedió en Macedonia el año 167 a. c. La "provincia" implicaba la anexión y la anexión implicaba un gobernador romano. Pero después del año 146 a. c., Roma ya no dudó. Cerdeña y Sicilia, una vez conquistadas, habían sido confiadas a un pretor. Pero los pretores eran necesarios en la metrópoli. Por tanto, después del año 146 a. c., se adoptó un plan que ya tenía precedente. El *imperium* de los cónsules se había prolongado a menudo para hacer frente a una emergencia militar, y entonces se decía que los que desempeñaban el mando actuaban *pro consule*, es decir, en nombre del cónsul. Desde el año 146 a. c., se confirió a los procónsules y propretores amplio *imperium* y se les envió a que gobernasen de acuerdo con "el estatuto de la provincia", que era redactado por una comisión del Senado, definiendo la condición jurídica de las diversas comunidades, fijando las fronteras y las tarifas de los impuestos y el sistema local de gobierno, y sancionando el uso de las leyes locales. Los estatutos se redactaban con un espíritu generoso, en parte porque Roma no deseaba el peso de una administración sobrecargada de detalles y en parte porque era de un natural magnánimo. Todo dependía de la forma en que el gobernador observara y cumpliera las disposiciones estatuidas, así como de su sentido del honor, pues abundaban las ocasiones para la mala administración y el propio engrandecimiento, y era difícil obligarle a rendir cuentas.

Ahora volvamos a Roma y esbocemos muy por encima las principales características del período de la revolución, es decir, más o menos de los últimos cien años de la República (hasta el 31 a. c.).

El reto a la constitución se lanzó trece años después de la destrucción de Cartago en el año 146 a. c. Partió del tribunado, cargo que ostentaba entonces Tiberio Graco. Su programa abarcaba medidas para contrarrestar la despoblación del campo y para detener la decadencia de la agricultura, males ambos debidos a la guerra. Pero para tener éxito, Tiberio necesitaba más de un año, y le era forzoso anular el veto de sus colegas en el tribunado a quienes el Senado había atraído a su lado. Ni lo uno ni lo otro podía realizarse sin violar la costumbre. Tiberio Graco destituyó a sus colegas, dando así a sus enemigos la oportunidad de denunciarlo como usurpador de un poder autocrático. Según se afirmó más tarde, cayó víctima de la violencia que él mismo había desatado. Sus sucesores tuvieron en cuenta las enseñanzas proporcionadas por su fin. Había planeado la cuestión: "¿Dónde reside la soberanía?", y pereció. Así pereció también, nueve años después, su hermano Cayo, que primero intentó ampliar el Senado introduciendo nuevas fuerzas, y terminó proponiendo que se otorgara parte de los poderes de éste a la nueva clase influyente de hombres de negocios y tratando de ganarse al populacho de Roma vendiendo grano a bajo precio. Cayo Graco intentó también llevar ante un tribunal, que no fuera el Senado, a los gobernadores que administraban mal las provincias. Fue tribuno durante dos años, y presentó sus proyectos directamente al pueblo, al que al principio tenía fascinado; pero también fue asesinado. He aquí otra enseñanza; se podía levantar al pueblo, que una vez levantado quizá consiguiera su objeto momentáneamente; pero el tribunado, que carecía de un poder militar que lo apoyase, no podía mantener estas conquistas frente a una resistencia.

La época que sigue es la época de grandes personajes que se esfuerzan por alterar la maquinaria del gobierno para adaptarlo a las nuevas necesidades que tiene que encarar, preservando, sin embargo, pacientemente, hasta donde fuera posible, los antiguos elementos. Pero con frecuencia prevalecía la impa-

ciencia, impaciencia que llegaba a la exacerbación con las rivalidades personales que surgieron como resultado de las pretensiones antagónicas de los que querían modificar el gobierno para satisfacer su ambición o las demandas de los ejércitos adictos. Pues, en medio de la violencia de las pasiones, la lealtad al Estado, tal como se entendía en los viejos tiempos, había sido olvidada. Los ejércitos victoriosos, formados por soldados con largos años de servicio, eran ahora adictos a su general, que a su vez era fiel a las demandas de su ejército que reclamaba pensiones, pensiones que significaban tierras. Las necesidades del Estado eran de importancia secundaria, y, en efecto, su única salvación consistía en el precario equilibrio entre la fidelidad de los ejércitos a los generales y la de los generales al Estado. Y como el gobierno no era digno de lealtad y los generales tenían que tener en cuenta a otros generales rivales, este equilibrio rara vez se lograba.

El cambio en la actitud del ejército fue principalmente obra de Mario, que creó un ejército profesional formado por soldados con un período de servicio largo, y equipado y adiestrado según nuevas normas, para hacer frente a la amenaza de las tribus germánicas del otro lado de los Alpes. A partir de entonces, el ejército reclutado en los países del Mediterráneo dependió de su general. El antiguo ejército de Italia compuesto principalmente de ciudadanos había desaparecido para siempre. El nuevo ejército fue siempre un arma poderosa, pero, desde el punto de vista del Estado, en sus principios fue un arma de doble filo. No se acertó con el método conveniente para manejarlo hasta la época de Augusto.

Sila lo utilizó con dos fines: en primer lugar, para hacer desaparecer la amenaza de los enemigos extranjeros y la de los aliados itálicos; en segundo lugar, para imponer a Roma lo que nunca habían tenido: una constitución escrita y el reconocimiento legal de la supremacía del Senado. Hecho esto, Sila abandonó el poder para observar de lejos el funcionamiento de su constitución. Pero ahora el Senado

no era el mismo que había justificado su autoridad extraoficial durante las Guerras Púnicas. Ahora el Senado era ineficaz y egoísta, preocupado únicamente de llenarse los bolsillos con la explotación de las provincias. Pronto se abolieron los cambios constitucionales, aunque quedó gran parte del aparato judicial y administrativo de Sila, que merecía conservarse.

En el año 62 a. c., Pompeyo regresó del Oriente, donde había ejercido el poder que el pueblo romano le había confiado especialmente. Para que su obra de organización se estableciera sobre bases duraderas, no necesitaba más que la ratificación de "sus actos"; pero imprudentemente (a juzgar por el criterio de la época), Pompeyo había licenciado su ejército. Su obra no fue ratificada hasta que Julio César acudió en su ayuda y apremió al gobierno. Pero César exigió su recompensa: Pompeyo debía conseguirle un mando duradero en Galia, con el fin de continuar la consolidación de la frontera, que el propio Mario había iniciado. Nueve años permaneció Julio César en esta frontera, Francia y Bélgica fueron incorporadas al Imperio y se tomaron las primeras medidas para civilizarlas. Fue ésta la obra de un general en jefe y de su ejército, no del pueblo y del Senado de Roma. ¿Quién entonces tenía derecho para dirigir el gobierno? César contestó la pregunta en su favor, como antes lo había hecho Sila; pero Sila pudo contar sólo con el apoyo de una minoría, y Pompeyo, aunque la elección del mando que se le había confiado no dejaba lugar a duda, había rehusado aprovechar la oportunidad. Fue César el que se dio cuenta de que, aunque tuviera que luchar, podría vencer si con su programa de proyectos se atraía la simpatía de la mayoría.

Mientras César permaneció en Galia, el Senado había observado con alarma su creciente influencia, y había recurrido a incesantes maniobras para restarle poder. Los agentes de César, los tribunos que le eran leales, sus amigos y todos aquellos que le debían, o esperaban adquirir por su mediación rique-

zas o ascensos, hicieron fracasar estas maniobras. Pero el Senado había logrado al fin atraer a Pompeyo, que ahora desempeñaba muy a gusto el papel de campeón de aquel cuerpo, y a quien éste había puesto al frente de su ejército. César comprendió lo que sucedía, y con su ejército cruzó el Rubicón, en el norte de Italia, iniciando así la guerra civil.

En un plazo increíblemente breve, César dispersó el ejército de Pompeyo, persiguiendo parte de él hasta España, y derrotando el resto en el año 48 a. c. La "clemencia" de César asombró al mundo.

Durante cuatro años, César dirigió el Estado, y en el año 44 a. c. fue asesinado porque empezaba a erigirse como "rey" en la República. Del mismo modo, Cayo Graco había sido asesinado noventa años antes. De la legislación de César no diremos nada, salvo que demostró que comprendía la necesidad de una nueva política en las provincias, de la ampliación de las bases del gobierno en la metrópoli y de la organización económica de Italia. Pero no creó una constitución nueva, ni ninguna teoría para justificar su poder o para orientar a su sucesor; y, sobre todo, no se esforzó por ganarse la simpatía imaginativa de su época. Su sobrino e hijo adoptivo, Octavio, conocido más tarde por el nombre de Augusto, gobernó durante cuarenta y cinco años.

Los problemas políticos, sociales y económicos de este último siglo son de gran interés, y entre el material para el estudio de algunos de ellos se encuentra una obra fascinante: las cartas de Cicerón. El problema principal, como es natural, es la debilidad del gobierno central respecto a los gobernadores provinciales, que estaban en las provincias para ejecutar los deseos del gobierno de la metrópoli. Hemos visto que el principio de compartir el poder, o colegialidad, debilitaba a los magistrados, es decir, al ejecutivo, respecto al organismo legislativo. Ahora el gobernador provincial tenía *imperium*, o sea, la misma clase de poder que los cónsules en la metrópoli, pero no tenía colega y, por tanto, los únicos factores que restringían su poder eran *a)* el que su cargo durase un

solo año, *b)* el que su vecino de la provincia contigua tuviera un poder igual, aunque esto podía ser más bien una provocación que un freno. Pero la limitación que suponía la corta duración del cargo fue suprimida por el mismo pueblo, que votaba la concesión de cargos de larga duración a muchos generales, los convertía en comandantes en jefe, exigía sus servicios en todas ocasiones como héroes populares, y debilitaba así la única restricción que todavía quedaba: las leyes contra el mal gobierno y los procesamientos para imponer dichas leyes. Entre las rivalidades de partido, el clamor del pueblo en apoyo de sus favoritos y la voracidad y la ambición de los propios gobernadores, estas leyes resultaban de poca eficacia. He aquí dónde ha de buscarse la causa de la caída de la República. Hasta que se estableció el Imperio no se descubrió *a)* el medio de conseguir gobernadores leales, *b)* que la verdadera política romana respecto a las provincias no debía consistir en una explotación, sino en una autonomía local inspirada por una lealtad romana. Hay otros problemas de gran interés, en especial la cuestión agraria —la situación de la agricultura, la despoblación del campo y el desplazamiento hacia las ciudades, especialmente a Roma, donde un populacho ocioso exigía dádivas cada vez mayores—, la cuestión de la rehabilitación de los veteranos, el fracaso del soldado como campesino, y la escasez de tierras. Esta última cuestión afectaba profundamente a las "aliados" itálicos, y fue causa de la "Guerra de los Aliados" (véanse las páginas 41-2), pues al itálico le preocupaba poco la cuestión de votar, pero le preocupaba mucho el temor de verse desposeído para hacer sitio a un soldado licenciado. Sólo la ciudadanía romana podía salvarlo. Luchó por lograrla y la consiguió. Finalmente, existía el problema del rápido aumento de la riqueza, y de la igualmente rápida decadencia de las antiguas normas de conducta pública y privada. La vida política llegó a una corrupción hasta entonces desconocida.

Los doce años que siguieron vieron el mundo dividido en partes organizadas unas contra otras por

generales y partidos rivales. La contienda, que consumió miles de las vidas más valiosas de la época y dejó el Occidente agotado, terminó con la batalla de Accio en el año 31 a. c., cuando Octavio al fin derrotó a Marco Antonio y Cleopatra. Por fin llegó la era de paz y de orden tan ansiada por el pueblo durante siglos. Más adelante veremos, primero, por qué la batalla de Accio fue una de las grandes crisis decisivas en la historia; segundo, qué empleo hizo Octavio, que de aquí en adelante llamaremos Augusto, de su largo reinado.

III

a) LAS NUEVAS COSTUMBRES Y LAS ANTIGUAS

¿Qué queda de las viejas costumbres en que, según dijo Ennio, estaba arraigado el Estado romano? CICERÓN

¿Cómo fue que las costumbres romanas perdieron su ascendiente?

Sin duda, las nuevas costumbres se debían a la influencia del pensamiento y del modo de vida de los griegos; y hay que tener en cuenta que por "griego" debemos entender no la suprema expresión del genio helénico, tal como se manifiesta en cuatro o cinco de los grandes autores de los siglos v y IV a. C., sino la cultura que se difundió por todo el Mediterráneo oriental, cultura cuya fuente principal de inspiración era la gran época de Atenas. Esta cultura se había apoderado de los aspectos menos importantes porque era incapaz de alcanzar en su emulación la altura de los momentos cumbres. Había adulterado el lenguaje, la literatura y el carácter griegos. Podían adquirirse las obras griegas y muchos las leían; pero los griegos que los romanos empezaban a tratar en su vida cotidiana ya no eran siempre como los atenienses del siglo v. Aunque los romanos aprovechaban las capacidades artísticas y profesionales de estos nuevos griegos, en general los despreciaban por su carácter, y los despreciaban sobre todo porque no habían sabido ser dignos de su pasada grandeza.

Al estudiar la relación entre dos culturas, no es posible evitar las metáforas, aunque sean peligrosas. "Influencia" significa, evidentemente, "un fluir hacia dentro". Pero lo curioso es que las nuevas ideas fueron importadas deliberadamente por la mentalidad romana, que se sentía atraída hacia ellas. A veces decimos de un hombre que "asimila" las ideas de otro, lo que estrictamente significaría que absorbe ideas ajenas, las convierte en algo que no es lo mismo

precisamente y las adapta a su ser, escogiendo o apropiándose lo que podrá asimilar e incorporándose inconscientemente sólo lo que su naturaleza es capaz de transformar en sustancia propia. El proceso de transformación puede ser lento; al principio, la masa de ideas importadas puede permanecer "cruda", y *crudus* en latín significa "no digerido"; pero con el tiempo —para cambiar de metáfora— las ideas ajenas se entrelazan en el tejido, confundiéndose con el elemento original nativo, y el tejido acabado es una nueva creación.

Parte del pensamiento griego, como la especulación metafísica, fue de poca utilidad para los romanos; de otras cosas se apropiaron en parte, como, por ejemplo, del aspecto práctico de las matemáticas, pero no de sus fundamentos teóricos; una gran parte la asimiló su robusto y práctico intelecto, modificada y transmitida en una forma propia para el uso diario de los pueblos que gobernaban. Por tanto, es importante tener cuidado cuando se empleen a este respecto términos tales como "tomar prestado", "apropiarse" o "apoderarse", y guardarse de condenar al "que toma de prestado" por eso mismo. Hubiera sido más censurable no haber "tomado de prestado"; incurrir en una deuda deliberadamente y reconocer su validez implican cierta sensibilidad, capacidad de apreciación y honradez. El concepto de "tomar de prestado", tal vez no sea exacto, pues una idea sugiere otra y es difícil determinar a quién atribuir el mérito. Al fin y al cabo, para la posteridad es de más utilidad "tomar de prestado" y utilizar todo lo que se pueda, dentro de una capacidad limitada, que intentar en vano asimilar, sin discernimiento, un conjunto extraño, lo que significaría la cierta y total decadencia de éste. A pesar de la solidez —o estolidez— del carácter romano, el genio griego dejó su huella; a pesar de la "influencia" griega, el espíritu romano conservó su individualidad, su genio. Así la civilización grecorromana vino a ser la *raíz* de la civilización europea.

El punto de vista antiguo y el moderno quedan

bien ilustrados por diversos personajes de la época. Puede considerarse a P. Cornelio Escipión, apodado el Africano, como ejemplo representativo del nuevo tipo de romano, a Marco Porcio Catón como la personificación del antiguo, y a Escipión Emiliano, miembro de la familia Emilia adoptado por el hijo de Escipión el Africano, como el precursor de los muchos que intentaron reconciliar las costumbres antiguas con las nuevas.

La familia de los Cornelios ya había dado hombres notables al servicio del Estado. Cuando en un momento de crisis, durante la segunda Guerra Púnica, la asamblea del pueblo buscaba un jefe audaz, capaz de poner fin a la ya intolerable tensión, y otros hombres de experiencia titubeaban ante los terribles riesgos, Escipión el Africano, de veinticuatro años de edad, se ofreció sin vacilar. Se le encomendó la tarea y triunfó. Toda su vida fue del mismo tenor que este acto. Desde el primer momento asumió una actitud dramática; le atraía lo espectacular y se invistió de una aura religiosa como si fuera el favorito de la voluntad divina. En España su éxito fue arrollador. Su natural magnánimo atrajo a las tribus, que le ofrecieron la corona porque decían que era divino, y cuando se negó a aceptarla, le proporcionaron tropas. En África su simpatía conquistó a los reyes vecinos de Cartago, y en Roma se discutió su familiaridad con potentados extranjeros. La leyenda le hace figurar como huésped de Asdrúbal, y nos lo representa discutiendo con el desterrado Aníbal sobre sus méritos respectivos, comparados con los de Alejandro. En la metrópoli, Escipión hizo caso omiso de las costumbres y la ley, presentándose como candidato a cargos públicos antes de cumplir la edad requerida, apoyado por el pueblo entusiasta. Se daba ínfulas y estudiaba todos sus actos, e incluso al final de su vida, cuando en un semidestierro yacía moribundo, "negó su cuerpo a una patria ingrata". Hasta entonces los grandes hombres de Roma habían sido como Cincinato, que abandonó el arado para servir al Estado en una época de crisis y volvió a tomarlo cuando

terminó su tarea. En Escipión tuvo el pueblo romano otra clase de héroe —un héroe que hacía valer su individualidad desafiando la tradición, que fundaba su capacidad directiva en la fuerza de su personalidad y que ejercía un atractivo romántico para la fantasía que ahora empezaba a despertar en el romano común y corriente—. ¿Cómo surgió este tipo de héroe?

Apareció —para continuar ilustrando los "movimientos" y las "influencias" por medio de hombres— cuando Livio Andrónico, un esclavo griego capturado en Tarento, compuso como libro de lectura para los hijos de su mano una versión latina en verso de la *Odisea* de Homero. La obra superó su propósito original; se trataba de una literatura nueva con leyendas de héroes, a un mismo tiempo divinos y humanos. Los imponentes héroes estatuarios, esclavos del deber, de la Roma de los primeros tiempos, fueron reemplazados por personajes apasionados, no siempre infalibles, gallardos y llenos de entusiasmo. ¡Y qué caudillos de hombres; arrebataban a las multitudes con su palabra y guiaban con sus sabios consejos el futuro de la ciudad y del ejército! Después de esta traducción de Homero, se hicieron otras de las comedias griegas, que se combinaron con farsas itálicas. Además, una vez que se habían dado a conocer los héroes de Homero —Agamenón, Ulises y todos los demás— no había razón para que no se escogieran temas romanos, y Nevio, natural de Campania, escribió un poema épico de la primera Guerra Púnica, combinando leyendas y temas helénicos e itálicos. Siguió un poema épico en hexámetros escrito por Ennio, que comprendió la segunda Guerra Púnica. Le sirvió de modelo la *Ilíada*, pero en todo el poema vibra la nota de su enérgico carácter romano. En sus tragedias, aunque deben mucho al trágico griego Eurípides, la exposición moralizadora y filosófica es romana. Los triunfos de Alejandro y las leyendas que se acumulan en torno a su nombre cautivaron la imaginación de hombres como Escipión, llevándoles a soñar con hazañas semejantes.

La aparición de esta literatura y la representa-

ción de tragedias y comedias dieron a conocer al público romano nuevos caracteres humanos, haciendo resaltar lo individual e insistiendo sobre rasgos determinados. Los hombres inteligentes conocieron entonces las oportunidades que tiene un hombre enérgico para ejercer influencia en la vida de la sociedad y del Estado, y, a través de la leyenda y la historia griegas, vieron que esto ya se había realizado en Grecia. No había razón para que no pudiera hacerse en Roma, y como justificación podían presentarse argumentos derivados de la filosofía griega. Las nuevas ideas del pensamiento griego se extendieron al mismo tiempo que el idioma griego, y la inteligencia vivaz e imaginativa de Escipión el Africano captó todo lo que implicaba y creó para sí mismo un papel de caudillo romano de nuevo tipo.

Marco Porcio Catón nació en el año 234 a. c. y fue educado en la hacienda sabina de su padre, que más tarde heredó. A la edad de veinte años se distinguió peleando contra Aníbal bajo las órdenes de Q. Fabio Máximo, y sirvió en el ejército hasta el fin de la guerra. A los treinta años era cuestor de Escipión en Sicilia, y estuvo con él en África; en el año 198 a. c. era pretor de Cerdeña, tres años más tarde cónsul, y en el año 184 desempeñaba el cargo de censor. Fue soldado, jurista, estadista, agricultor, escritor, pero, ante todo, un "carácter".

De joven, siendo agricultor, se dedicaba a defender a sus vecinos ante los tribunales locales, pues era un orador excelente dispuesto a defender la justicia. A pesar de su origen plebeyo, un amigo le aconsejó que buscara en la misma Roma un campo más amplio para sus dotes y su energía. En efecto, Catón se trasladó a Roma, donde, hasta el día de su muerte, a los ochenta y cinco años, siguió trabajando sin descanso, luchando en las salas de justicia, en el Senado y por medio de sus escritos, con la misma viril energía y el mismo valor pertinaz con que había combatido en los campos de batalla. Tanto su fama como su cuerpo ostentaron numerosas cicatrices producidas en este conflicto. En el hogar, su vida

era de una gran sencillez, pues practicaba la austeridad; como general continuó siendo el soldado raso, marchando a pie y llevando sus armas. Como administrador en las provincias su conducta fue inexorable, y se sentía orgulloso de ello. Redujo los gastos en interés de los gobernados, escudriñando cada partida cargada al gobierno de la metrópoli, gobierno que "nunca pareció más terrible que bajo su administración, ni, sin embargo, más moderado". A fuerza de regateos lograba rebajar los contratos para obras públicas y aumentaba los contratos para el cobro de impuestos. Una vez que sospechaba de la conducta indecorosa de un enemigo o de un amigo, "nunca evadía una pelea en bien de la nación". Sus discursos eran famosos. Cicerón, que había leído más de ciento cincuenta, dice: "demuestran todas las cualidades de la gran oratoria". Sus mordaces aforismos se hicieron proverbiales y las piezas oratorias eran habilísimas, de ingenio, puesto que dominaba todas las triquiñuelas. Él mismo educó a su hijo, preparándole textos de gramática, derecho e historia, porque no quería que su hijo debiera "algo tan precioso como el saber" a ningún otro. Le enseñó a montar a caballo, el pugilato, a luchar, a nadar y a cultivar la tierra. Sin duda debió ser un padre exigente; pero opinaba que "un hombre que pegaba a su mujer o a su hijo ponía las manos en lo que era más sagrado", y consideraba que un buen marido "merece más alabanzas que un gran senador". Éste era su mayor elogio. Como censor, presentó una disposición tras otra para contener, por medio de impuestos altos o por prohibiciones terminantes, el lujo fomentado por la riqueza que fluía a Roma. Su influencia era asombrosa; se solicitaba su consejo para todas las cosas, pues, según dice Tito Livio, aunque tenía "talentos tan varios", parecía nacido especialmente para hacer lo que tenía entre manos. Ni siquiera la vejez quebrantó su vigor intelectual y corporal; hacia el fin de su vida demostró el mismo ardor "con que otros comienzan, cuando todavía tienen que conquistar la fama". Aun después de haber

conquistado la fama, Catón jamás abandonó sus tareas.

Tal fue el hombre que combatió la influencia helenística en Roma y que, naturalmente, perdió, aunque un nombre que durante siglos es un grito de combate, no ha perdido por completo. Caricaturizar a Catón es fácil porque él mismo se presta a ello. En su carácter hay muchos rasgos que nos repelen. El modo de tratar a sus esclavos era inhumano. Hacía alarde de ascetismo. Negaba el placer a otros, lo que le proporcionaba un goce morboso. Puede motejársele de mezquino, intransigente, insensible, vano, mojigato; de ostentosamente afectado, si no hubiera sido por su humor; y de egoísta, si no hubiera luchado por un ideal. Quizás llegó a atribuirse a sí mismo un papel y a exagerarlo, pero su sinceridad es innegable. Es fácil también interpretar mal su oposición al culto de lo griego, que estaba entonces de moda; pero también se puede decir algo en su favor. Utilizó el griego durante toda su vida pública, ya que el griego era necesario a todo estadista que había de mantener relaciones con el Oriente. Conocía a fondo las obras de los oradores e historiadores helenos. Para su libro sobre agricultura, tomó como modelo una traducción al griego de una obra cartaginesa. Aconseja a su hijo estudiar la literatura griega, pero sin entusiasmarse, porque los helenos son, decía: "una raza de bribones incorregibles". Lo que Catón desprecia no es el intelecto, sino el empleo que hacían sus contemporáneos del intelecto para minar el carácter. Su ideal es el ciudadano de principios morales y elevados, basados en la tradición, el ciudadano dedicado en cuerpo y alma a la nación y a los asuntos con ella relacionados, ayudando a crear de este modo un gobierno triunfante, preeminente por la clarividencia de su política y la solidez de su integridad. Los griegos con quienes trataba, políticamente habían dejado de existir; sin embargo, iban a Roma y hablaban sin cesar. Cuando Carnéades y Diógenes, ambos filósofos, estuvieron en Roma, sus disertaciones causaron una gran conmoción, "fue

como un gran viento que retumbara por toda la ciudad", y Catón tuvo miedo, pues en su opinión la oratoria griega no tenía nada que decir, pero muchas palabras con qué decirlo. Su definición personal de un orador era *vir bonus dicendi peritus*, un hombre de elevado carácter, capaz de pronunciar un buen discurso. Los sofistas de la época de Sócrates se habían vanagloriado de su habilidad para hacer aparecer la mejor causa como la peor, y los griegos de los siglos III y II eran sus herederos. La afirmación de la personalidad individual, que era lo que le gustaba a Escipión, fue el reverso del ideal de Catón: la acción en el centro de una comunidad, inspirada por un motivo moral. La influencia y el atractivo personales, según Catón, eran peligrosos y, por tanto, buscó el otro extremo. El cultivo del yo, en nombre del arte, del saber y de la moda, conducía al relajamiento. Los resortes de la acción, tal como lo descubrieron "los más nobles romanos", se secaban en la fuente misma. Para Catón, toda inteligencia auténtica se manifestaba en actos, y los actos revelaban al hombre. La absorción introspectiva en el yo y su cultivo significaban el colapso de una moral común, y entonces surgiría el "caudillo" capaz de fascinar con su elocuencia y sus promesas lisonjeras a un pueblo sin carácter.

Es posible que la mejor descripción de los móviles de Catón sea la que nos da un griego que vivió ciento cincuenta años antes que él: Aristóteles. En la *Política*, esa mina de sabiduría política, dice que la mayor contribución a la estabilidad de una constitución consiste en la "educación" o adiestramiento para la constitución, aunque "hoy día todo el mundo la desprecia" (y Aristóteles había presenciado la decadencia de la ciudad-estado). Las leyes, dice el filósofo griego, son inútiles, a menos que los miembros de un Estado estén adiestrados en la constitución. Pero este adiestramiento no tiene como objeto la realización de actos que agraden al gobierno, oligarquía o democracia, sino la realización de actos en los que la oligarquía o la democracia puedan ba-

sar su constitución particular. Los jóvenes oligarcas no deben ser educados en el lujo, ni los demócratas en la creencia de que la libertad consiste en hacer lo que se quiera. "Un hombre no debe considerar como esclavitud el vivir conforme a la constitución; más bien debe considerarla como su salvación."

La constitución romana *era* una oligarquía y estaba basada en la ley y la costumbre. Los hijos de esta oligarquía multiplicaban sus lujos. Al culto de los gustos y caprichos del individuo indiferente a todo lo demás se le empezaba a llamar libertad. Las leyes y los códigos no escritos resultaban cada vez más inútiles. Catón se había adiestrado a sí mismo y quería que los demás se adiestraran a sí mismos también, y no había mejor escuela que la escuela romana.

Cuando Escipión fue públicamente acusado de malversación de los fondos públicos en sus campañas, invitó al pueblo a que lo acompañara, acto seguido, a los templos para dar gracias por sus victorias, porque era el aniversario de la batalla de Zama. Escipión salió triunfante gracias a su influencia personal y al sentimentalismo popular. No es de extrañar el temor de Catón.

Escipión fue finalmente declarado culpable, pero nadie se atrevió a arrastrarlo, y murió en un semidestierro. Catón lo sobrevivió, pero, como él mismo dijo, no es fácil tener que rendir cuentas de nuestra vida a una nueva y distinta generación.

Catón no podía vencer; la ciudad-estado romana desaparecía. La riqueza del mundo y las ideas asiáticas respecto al empleo de la riqueza iban penetrando en Roma.

El ideal de Escipión el Africano y el ideal de Catón eran contrarios. Cuando Catón era ya anciano y Escipión había muerto, Escipión Emiliano, hijo de Emilio Paulo y adoptado por la familia de su tío Escipión el Africano, trató de reconciliar ambos ideales. Al principio, el mismo Emilio Paulo se encargó de la educación de sus hijos y, cuando éstos crecieron, les buscó preceptores griegos, gramáticos, fi-

lósofos y pintores. Ya adulto, se consideró a Escipión como el hombre más culto de su época; él y su amigo Lelio reunieron a su alrededor poetas, filósofos, artistas e historiadores, a los que dieron estímulo, y algo más, pues Escipión y Lelio escribían ambos y eran críticos comprensivos y constructivos. Plauto ya había escrito, inspirándose en argumentos griegos, comedias llenas de farsas regocijantes de carácter inconfundiblemente romano. Después, Terencio Afro escribió, en lenguaje pulido y correcto, comedias de carácter, llenas de estudios psicológicos y reflexiones morales, que estaban destinadas a ejercer gran influencia en la comedia europea. Estas comedias no lograron atraer al pueblo, que prefería "equilibristas de la cuerda floja y gladiadores" y dejaba vacío el teatro, pero causaron una profunda impresión en los círculos cultos, en parte porque el idioma latino empezaba a adaptarse a nuevos usos. De esta manera Terencio, joven esclavo africano trasladado a Roma, conocedor de la comedia griega y del carácter romano y un genio en el empleo de la lengua latina, llegó a ser amigo de los principales ciudadanos de la época. Lo mismo ocurrió con Polibio, cautivo griego, que obtuvo la libertad, fijó su residencia en Roma y acompañó a Escipión en sus campañas. Polibio escribió, desde el imparcial punto de vista griego, una historia de Roma, juiciosa y de gran valor.

Escipión combinó, con su amor a la historia y al arte griegos, una sobriedad romana y una gran admiración por los antiguos ideales, por lo que mereció las alabanzas más entusiastas del propio Catón —"tan sólo él es sabio, los demás son vanas sombras", como dice un verso de Homero—. Como Catón, Escipión además fue censor y trató de frenar el creciente lujo mediante la ley y el ejemplo. Procuró afanosamente impedir que continuase la expansión del Imperio; impuso disciplina en el ejército; se negó a adular al populacho romano, al que con frecuencia enojaba, y mantuvo audazmente que Tiberio Graco había sido asesinado con razón. "Así perecerán todos los que obren como él", como dice otro verso homérico. Es-

cipión a su vez fue asesinado, según Cicerón, por sus muchos enemigos políticos, en el año 129 a. c.

Los esfuerzos de Escipión constituyeron un intento de combinar las nuevas ideas con los antiguos principios. El intento fracasó, como no podía menos, ante los atractivos de la riqueza y el poder. Las familias nobles abandonaron sus honrosas tradiciones; el nuevo populacho de Roma y de las grandes ciudades del Imperio utilizó su fuerza creciente para lograr fines no menos egoístas que los de la clase gobernante, y probablemente menos sensatos. Pero la antítesis del espíritu romano y de la cultura que lo rodeaba continuó. Todavía surgirían en la historia romana muchos Catones y muchos Escipiones de ambos tipos, aunque de proporciones menos heroicas. A pesar de todo, el espíritu romano salvó todos los obstáculos que amenazaban hundirlo.

b) CICERÓN

El género humano desaparecerá de la Tierra antes de que la gloria de Cicerón desaparezca de su memoria.

VELEYO PATÉRCULO

Cicerón aparece al finalizar la época del conflicto y la desorganización. Gracias a sus obras podemos reconstruir gran parte de la historia de la época, vista por un miembro de la aristocracia. Cicerón nació en el año 106 a. c. y fue condenado a muerte por Antonio un año después del asesinato de Julio César en el año 44 a. c. Las obras suyas que nos han llegado ocupan dieciocho volúmenes en una pequeña edición de bolsillo publicada en 1823: tres volúmenes de tratados de "retórica" (o crítica literaria y "educación"), seis volúmenes de discursos escritos para ser pronunciados en el Senado o en los tribunales de justicia, cuatro de cartas, cuatro de obras filosóficas y uno de fragmentos. En todas estas páginas hay poco que nos dé idea del modo de vida de la mayoría; en la literatura latina, como en la griega, el punto de vista

es el de las minorías. En Roma el gobierno estaba en manos de una oligarquía procedente de las familias ennoblecidas por el servicio al Estado, que contaban entre sus miembros a los hombres más ilustres de la época. Los escritos de Cicerón ponen al descubierto la firmeza y las debilidades, el egoísmo insensato, la sólida cultura y la corrupción de la integridad pública y privada. Cicerón fue un "hombre nuevo", es decir, que no pertenecía a ninguna de las familias antiguas. Era originario de Arpino, y, como otros muchos antes que él, se había trasladado a Roma con el fin de solicitar un cargo, como primer paso para una carrera pública. Tuvo gran éxito, y después de su famoso consulado en el año 63 a. c., en el que tanto se destacó, desempeñó durante un breve y anodino período el cargo de procónsul en Cilicia. En los círculos senatoriales —pues, como era natural, fue senador— se movía con soltura, ya que era un distinguido abogado, político y literato. A veces se puede descubrir en sus escritos un ligero indicio de inquietud social. Cicerón amaba a Roma y se sentía desdichado cuando estaba lejos de la capital. Para él y para su círculo, el único trabajo que realmente valía la pena fue el del servicio al Estado (*negotium*); todo lo demás, por muy urgente o importante que fuera, sólo "horas de asueto", aunque se tratara de la subsistencia principal de un hombre. Para esta clase social la tierra era la única ocupación digna; el comercio y la industria no se consideraban como actividades aceptables. Y no porque estos hombres despreciaran el dinero; el dinero era su obsesión, y algunas de las fortunas más cuantiosas de la historia fueron acumuladas por hombres como Lúculo y Craso, fortunas que con frecuencia se derrochaban en lujos fútiles y perniciosos. Además, a fines de la República, los senadores eludían las disposiciones que les prohibían tener intereses en el comercio y en la industria haciendo negocios de todas clases valiéndose de intermediarios. Lo que desagradaba a estos hombres era el comercio al menudeo y la rutina de la manufactura Pero mantenían relaciones estrechas

con productores y contratistas "en gran escala" y con financieros y banqueros, y con frecuencia vendían sus tierras y sus fincas rústicas para comprar otras y especulaban en los mercados de tierras y de propiedades urbanas.

Estos hombres de alcurnia senatorial, iban de un lado para otro en Roma, Italia y las provincias, como si fueran una raza aparte. El orgullo que sentían por Roma era enorme, y no menor el aprecio que sentían por sí mismos. Consideraban a Roma como la capital del mundo, y tenían más razones para saberlo que nadie. Habían empezado su carrera en el servicio militar, habían desempeñado cargos en Roma, y después habían gobernado provincias. Habían sido recibidos en los palacios, habían conversado con grandes personajes y hombres de letras; honores y privilegios les habían sido concedidos por consejos y asambleas, que habían llegado a ofrecerles la veneración religiosa que tributaban a sus propios reyes y héroes. Ante ellos y ante la majestad de Roma, la guerra había detenido su curso, y con su poder de organización habían instaurado el orden en el caos. El poderío y el prestigio de Roma se debían a sus antepasados, que habían extendido su Imperio de este a oeste y de norte a sur, y ellos eran los custodios. Pero también era cierto que a veces eran desleales a sus altas tradiciones y que a menudo se enriquecían sin escrúpulo. La riqueza, más que el poder, les había trastornado. De todos modos, muchos comprendieron las graves obligaciones del *Imperium Romanum*, y se hicieron cargo de ellas con *gravitas* romana. Eran, en efecto, una raza aparte, pues, aunque no hubieran encontrado los métodos adecuados, en realidad tenían conciencia de llevar a cabo una obra para la que habían sido destinados. ¿No habían perecido sirviendo al Estado en el año 477 a. c. trescientos seis miembros de la familia de los Fabios, y no llegó a depender de un muchacho el destino de la familia? Y muchas otras familias podían presentar credenciales semejantes.

Por debajo de esta "clase" u "orden" estaba la orden ecuestre o "caballeros" (*equites*). En los pri-

meros días de Roma, cuando el deber del servicio militar incluía el deber de aportar armas y equipo según la riqueza de cada uno, se clasificaba a los ciudadanos conforme a sus bienes. A los que correspondía una contribución determinada se les exigía llevar un caballo con ellos a la guerra e ingresar en un escuadrón de caballería, convirtiéndose de hecho en un caballero. Este título perduró hasta mucho después de haber cambiado el sistema de reclutamiento, y acabó por servir para designar a los hombres que poseían una propiedad estimada en 400 mil sestercios (hoy unas 12 000 libras). En la época de Cicerón los "caballeros" constituían una clase poderosa; estaban exentos de las prohibiciones sobre negocios que entorpecían al senador, y libres en ciertos respectos del sentido del honor de éste. Sus intereses consistían en contratos del Estado, en la expansión comercial o en el desarrollo o explotación de las provincias. Ático, el gran amigo de Cicerón, con el que mantuvo correspondencia durante muchos años (las cartas resultan todavía de actualidad), era caballero, y un hombre culto interesado en la literatura y la filosofía, rico y modesto, que gozaba de más tiempo libre que Cicerón o que los miembros del Senado. Desde el año 130 a. c. aproximadamente, había aumentado muchísimo la influencia de los caballeros en el Estado y en la política. Constituían un "orden" reconocido, con ciertos privilegios, deberes y prestigio. Los aspectos tradicionales del poder romano probablemente interesaban poco a los caballeros; lo que les interesaba era la estabilidad, y el primer emperador contó en gran parte con ellos cuando creó su nueva "burocracia imperial".

En Roma, el resto de una población total, de acaso tres cuartas partes de millón, lo componían los tenderos, artesanos y "hombres sin importancia", dedicados a múltiples ocupaciones, además de muchos miles que vivían en un estado de semiociosidad porque no había nada urgente que hacer. Una gran parte era de origen extranjero, pues Roma atraía a hombres y mujeres de todos los países. Los esclavos que

habían conseguido la libertad pasaban a engrosar el populacho. Estos libertos formaban una clase cuya influencia iba en aumento. Había también esclavos. En Roma se refugiaban todas las nacionalidades, y todavía acudirían más durante el siglo siguiente; pero ya en la época de Cicerón llegaron muchos, griegos, sirios, egipcios, judíos, germanos y africanos. Desde luego, no todos ellos obtuvieron la ciudadanía.

Éstas eran las clases —el senado, los caballeros y el pueblo— que Cicerón ambicionaba unir con el propósito de fomentar, después de un siglo de luchas, cierta estabilidad social. Cicerón se daba cuenta de que en todos los sectores del Estado había hombres "de corazón sano". Pensó que si fuera posible unirlos, podría crear una opinión pública saludable que serviría de baluarte contra los revolucionarios irresponsables, por una parte, y contra el "caudillaje" de un solo hombre, capaz de acabar en autocracia. Llamó a su ideal "el frente unido" de los elementos sanos, la *concordia ordinum*. Como lo demuestran algunos de sus escritos, comprendió la necesidad de alguna clase de caudillaje, pero la dificultad consistía en encontrar el nombre apropiado y el papel adecuado y, sobre todo, concebir cómo había de ser el hombre indicado. Su última obra filosófica fue *De officis*, que escribió después del asesinato de Julio César —obra que leyeron durante siglos todos los hombres cultos de Europa, y que hoy día apenas se lee—. En ella se encuentran las últimas meditaciones de Cicerón sobre la vida, la política y la conducta humana, y rebosa una sabiduría que representa una experiencia política mucho más intensa que la de ningún griego. Su influencia sobre el pensamiento europeo ha sido profunda. Probablemente esta obra le costó la vida a su autor, porque en ella mostraba con toda claridad su aprobación del asesinato de César, y Antonio no podía correr el riesgo de dejarlo con vida.

Pero los esfuerzos de Cicerón estaban condenados al fracaso. En el año 63 a. c., cuando siendo cónsul le incumbió la tarea de movilizar al Estado para

hacer frente a la subversiva e irresponsable facción encabezada por Catilina, había encontrado apoyo entre los elementos "sanos". Pero desde el año 63 fueron ocurriendo muchas cosas. La sociedad se había desbaratado. Por una parte estaban los antiguos ideales aristocráticos de rígida moralidad, servicio al Estado, honradez intachable y un cierto ascetismo espiritual y físico —insulsos y quizás afectados y desde luego poco frecuentes, pero de gran influencia como advertencia y como ideal—. Catón el viejo vivió de nuevo reencarnando en su nieto, que pereció por mano propia durante las guerras civiles entre Pompeyo y César. Estaba también el pueblo, de origen extranjero a menudo, carente de tradición, de pasado y de orgullo, dispuesto a vivir a expensas del Estado o a vender su voto a políticos sin escrúpulos. Las familias aristocráticas tenían que competir entre sí para las magistraturas que abrían las puertas a una carrera distinguida en las provincias; pero estas magistraturas eran demasiado escasas para satisfacer las aspiraciones legítimas o para proporcionar puestos suficientes en las provincias. Los comerciantes, los banqueros y los prestamistas proporcionaban capital para cualquier empresa lucrativa, y apoyaban a los políticos que se prestaban a defender sus intereses. Los intereses que estaban en juego eran importantes, pues se ganaba y se perdía dinero en grande; había que rehacer fortunas de particulares y de familias. A los soldados del ejército (que ahora era una carrera) no solía vérseles en Roma, pero sus invisibles legiones apoyaban a sus jefes en la capital. Un poderío militar inmenso, los recursos de grandes regiones del mundo, el poder y el prestigio y, a menudo, grandes dotes personales, hacían que estos jefes descollaran en colosales y aterradoras proporciones sobre el ciudadano ordinario, cuyos labios pronto pronunciaban las palabras de odio más denigrantes que conocía, "rey", "tirano", "autócrata", "amo y señor", "potentado".

Aunque parezca extraño, Cicerón tenía razón; desde luego, era posible reunir una opinión pública de

elementos sanos. Pero para ello fueron necesarios otros diez años de guerra civil que resultaron en una sangría y un hastío de la guerra que llevaron a los hombres a la destrucción o les devolvieron la sensatez; esta vez fue la opinión pública, no de Roma sino de Italia. Por el momento, la codicia, la corrupción, la ambición, la ociosidad, la intriga y la irresponsabilidad hicieron vano el sueño de Cicerón. Sin embargo, a pesar de las circunstancias, no habían desaparecido la cultura, el idealismo y la verdadera nobleza de propósito y de conducta; pero no era posible encauzarlas.

Oigamos a Cicerón pidiendo unidad en los partidarios, unidad basada en la buena voluntad de todos los elementos sanos del Estado. He aquí las consignas que, desde entonces, han sido las de muchos partidos políticos: las de los liberales y los conservadores y, también, las de los revolucionarios.

"Estos hombres de quienes he hablado, que guían la nave del Estado, ¿hacia qué objetivo han de dirigir la vista y marcar el rumbo? Su objetivo debe ser aquello que es superior a todo los demás, aquello que únicamente puede satisfacer a los ardientes deseos de todos los hombres de buen sentido, de enjundia y de lealtad —me refiero a una seguridad tranquila y honorable—. Los que tienden a este fin pertenecen en verdad al partido de los patriotas; los que lo favorecen prueban su gran mérito, y se les considera, con justicia, la espina dorsal de su patria. Un hombre no puede dejarse arrastrar por el honor que le proporciona una política de acción vigorosa si ello significa el olvido de la seguridad; por otra parte, no puede aceptar una seguridad contra todas las normas del honor.

"La seguridad y el honor, cuyas bases o, si se quiere, sus partes constitutivas, que todo estadista tiene el deber de vigilar y defender aun con riesgo de la vida, son las siguientes: la religión y el sometimiento a la voluntad divina, el poder de los magistrados [autoridad civil], la dirección del Senado, el Derecho, la tradición, la justicia y su administración,

la fe, las provincias, los estados aislados, la reputación del Imperio, la preparación militar, la estabilidad económica. Para defender y sostener ideas tan nobles y tan variadas se requiere un corazón valeroso, una alta capacidad y una voluntad inflexible. Pues en un cuerpo de ciudadanos tan grande como el nuestro existe una multitud de hombres que temen el castigo que corresponde a los delitos de que se saben culpables y que, por consiguiente, se esfuerzan por provocar el cataclismo político y la revolución. Hay otros dominados por una locura congénita que los lleva a ensañarse en la contienda civil y la insurrección; otros, cuyos asuntos privados están envueltos en tal confusión que antes que morir solos prefieren hacer que el Estado sucumba en una conflagración general. Supongamos que unos hombres de esta clase encuentran protectores y jefes que fomenten sus malévolas ambiciones. Entonces se encrespan los mares; entonces es cuando los que han solicitado tomar el timón de la nave del Estado en sus manos han de vigilar con más cuidado, han de esforzarse con toda su destreza y toda su firmeza para preservar las instituciones e ideales que, según acabo de decir, son los fundamentos y las partes constitutivas, manteniendo así su rumbo y alcanzando al fin el puerto en que se encuentran la seguridad y el honor. Si os dijera, señores, que el camino no es duro, ni empinado, y que no está lleno de peligros y trampas, os engañaría —tanto más burdamente cuanto que, además de que lo he sabido durante toda mi vida, lo he experimentado directamente, y más que todos vosotros—. Las fuerzas armadas dispuestas para atacar al Estado son numéricamente mayores que las que lo defienden; pues basta un simple gesto de la cabeza para poner en movimiento a hombres temerarios y desesperados —y, en verdad, por su propia iniciativa se incitan a sí mismos a ir contra el Estado—. Los elementos sanos se despiertan más lentamente; no hacen caso de los primeros síntomas de perturbación, y en el último momento se sienten estimulados a una acción tardía por la inaplazable

urgencia de la situación. La lástima es que aunque están ansiosos de conservar su seguridad aun a expensas de su honor, su tardanza y su incertidumbre son causa, con frecuencia, de que pierdan ambas."

Al regresar de la provincia de Cilicia, de la cual había sido gobernador, Cicerón tuvo que abandonar en Patrás, en la costa occidental de Grecia, a su liberto y amigo Tirón, que había caído enfermo. Entre el 3 de noviembre y el 25 del mismo mes, del año 50 a. c., Cicerón le escribió ocho cartas expresando su ansiedad. He aquí una de ellas:

"Te echo mucho de menos y creí poder soportarlo más fácilmente, pero me es imposible; y, aunque es de gran importancia para la recepción que Roma me va a dar [como gobernador que regresa] que yo llegue a la ciudad cuanto antes, creo que hice mal en dejarte. Pero parecías no querer zarpar hasta haberte repuesto por completo, y yo estuve plenamente de acuerdo. No he cambiado de opinión, si es que tú sigues pensando igual. Pero si, ahora que estás más animado, crees que puedes alcanzarme, a tí te corresponde decidir. Te envié a Mario con instrucciones para que vuelva contigo cuanto antes o regrese aquí inmediatamente, si decides quedarte. Si puedes hacerlo sin perjuicio para tu salud, ten la seguridad de que nada me gustaría más que tenerte conmigo, pero, si crees que debes quedarte en Patrás durante una corta temporada para reponerte, puedes estar seguro de que no hay nada que yo desee más que goces de salud. Si zarpas inmediatamente, alcánzame en Leucas; pero si quieres dedicar algún tiempo más a fortalecerte, ten mucho cuidado de que tus compañeros de viaje, el tiempo y el barco sean convenientes. Una cosa te ruego, mi querido Tirón: por el cariño que me tienes no permitas que la llegada de Mario y esta carta ejerzan presión sobre ti. Si haces lo que sea mejor para tu salud correspondes más a mis mejores deseos. Eres lo suficientemente sensato para comprender esto; conque, por favor, hazlo así. Aunque deseo verte, mi afecto vence, mi afecto me ordena esperar y verte más tarde completamente

repuesto; el deseo de verte me ordena darte prisa. Por tanto, escoge lo primero. Tu principal preocupación debe ser recuperar la salud; de tus muchas atenciones conmigo ésta será la que me proporcionará más placer" (3 de noviembre del año 50 a. c.).

Marco Tulio Tirón fue liberto de Cicerón y su secretario. Era también un hombre de considerables dotes literarias Según la tradición, coleccionó los discursos y las cartas de Cicerón y se encargó de su publicación. También escribió una vida del tribuno.

Cuando César cayó sobre Roma, el partido senatorial abandonó la ciudad precipitadamente con el fin de hacer débiles esfuerzos para organizar la resistencia. Cicerón se encontraba en Campania, desde donde escribió a su mujer y a su hija, que seguían en Roma, esta carta:

"A Terencia de [su esposo] Tulio,
a Tulia de su padre,
ambas sus más queridas;
y a su amada madre
y dulce hermana, de Cicerón [hijo]
saludos afectuosos.

"A vosotras corresponde, y no solamente a mí, el decidir qué es lo que debéis hacer. Si él [César] va a volver a Roma sin amenaza ni violencia, entonces podéis permanecer en casa, al menos por ahora; pero si en un ataque de locura el hombre va a entregar la ciudad a sus soldados para que la saqueen, temo que ni siquiera la influencia de Dolabella nos pueda servir de nada. Temo también que ya estemos incomunicados y que ya no podáis salir, por mucho que lo deséis. Además, debéis tener en cuenta —y vosotras sois las que mejor lo podéis hacer— si todavía se encuentran en Roma otras mujeres de vuestra categoría; si no las hay, entonces debéis estar muy seguras de que podéis quedaros sin crear la impresión de estar al lado de César. Tal como están las cosas ahora, no creo que podáis hacer cosa mejor que estar aquí a mi lado —si es que nos dejan

conservar nuestra posición— o, de lo contrario, en una de nuestras casas de campo. Además, existe el peligro de la escasez de alimentos en Roma. Haced el favor de consultar a Pomponio o a Cornelio o a cualquier otro que creáis conveniente; pero ante todo no perdáis el ánimo. Labieno [que acababa de desertar de César] ha mejorado un poco las cosas para nosotros; también es una ayuda el que Pisón se haya marchado de Roma haciendo así patente que condena la traición de César. Escribidme siempre que podáis, queridas de mi alma, y contadme qué estáis haciendo y qué ocurre en la ciudad. Mi hermano Quinto y su hijo, y también Rufo os envían saludos. Adiós."

Minturna, 24 de enero [año 48 a. c]

Terencia y Tulia se reunieron con Cicerón poco después de recibir esta carta.

IV

a) LA RESTAURACIÓN Y EL PRINCIPADO DE AUGUSTO; VIRGILIO, HORACIO Y TITO LIVIO

En mis consulados VI y VII, después de haber apagado las llamas de la guerra civil y de haberme encargado de la dirección de los asuntos por consentimiento universal, transferí el Estado, de mi propio poder a la voluntad del Senado y del pueblo de Roma. Por este servicio recibí por decreto del Senado el nombre de Augusto.

DE LA RELACIÓN DE SU PRINCIPADO HECHA POR AUGUSTO

Resulta difícil explicar en pocas palabras el significado de la batalla de Accio que dio a Augusto la victoria final. La civilización helenística, no hay que olvidarlo, era una amalgama de ideas griegas y orientales que se había difundido por todo el Oriente, debido en particular a la obra de Alejandro Magno y sus sucesores. Esta civilización llegó a atraer a los romanos cultos durante siglos, y fue muy grande su influencia sobre el pensamiento, la religión, la moral y los medios materiales de todas las clases sociales. Contaba con un largo pasado y encerraba las grandes obras de siglos de experiencia. Pero junto a esta vasta tradición, inadvertida por espacio de siglos, pero que al fin consiguió atraer la atención, había surgido una nueva manera de abordar el problema de la vida humana —la organización de la sociedad, la conducta colectiva e individual, los ideales de carácter y comportamiento, de política y gobierno, de ética y religión—, que fue desarrollándose no sin grandes esfuerzos, hasta sentirse fuerte, demostrando su valor en competencia con otras concepciones de los mismos problemas. Esta nueva concepción fue la experiencia romana, expresada en instituciones, normas e ideales. Cierto que el último siglo llegó a ser la negación de todo esto, pero no una negación definitiva y cordial, sino más bien un eclipse debido

a algún defecto de la maquinaria para dar expresión a los verdaderos instintos de la sólida masa del pueblo. El río de la experiencia romana, que desembocaba en la cuenca de la cultura mediterránea, era de escaso volumen en comparación con el caudaloso río helenístico de profundo cauce. Pero, ¿carecería de valor? ¿Había de perderse?

Cleopatra, contra lo que dice la versión popular moderna, era de Macedonia y griega de origen, de inteligencia notable, poliglota capaz de tratar con extranjeros por sí sola, versada en literatura y filosofía, perspicaz en lo referente a la administración y de una voluntad imperiosa que imponía sin piedad. No la obsesionaba la pasión del amor, que empleaba como un medio, sino la pasión del poder, por mediación del cual esperaba lograr su ideal. De los sucesores de Alejandro, tan sólo ella seguía con su sueño de la fusión del Occidente con el Oriente y de la unidad de la humanidad. Su audaz plan consistía en utilizar un ejército romano para sojuzgar a Roma y después, como emperatriz, divina y suprema, gobernar el mundo. El grado de su influencia y habilidad puede apreciarse considerando la destreza y la propaganda requeridas para atraer a su causa a generales de la antigua tradición y a legionarios de origen occidental. Los partidarios de Octavio, para inflamar el odio del Occidente, solían describir a Cleopatra como una tirana egipcia, personificación divina de los dioses animales del Nilo, y hundida en todas las depravaciones orientales; pero sus jefes sabían la verdad y no la menospreciaban. Los romanos podían a veces odiar a sus enemigos; pero cuando hablan de Aníbal y de Cleopatra se sienten arrastrados por un odio especial, un odio no exento de temor; el temor a algo extraño, a algo no occidental.

Octavio, ya César Augusto, se esforzó por todos los medios posibles, directos e indirectos, para garantizar el triunfo de la tradición romana. Contuvo la inundación de la influencia helenística y abrió todas las puertas que podían dar entrada al genio romano y a la experiencia que había acumulado. Reconstruyó

los templos, restableció las normas de moral y de conducta, estimuló nuevamente el amor al trabajo y la devoción al deber. Dejó su huella en todas las ramas de gobierno. Sus alabanzas estimularon a los poetas y a los historiadores a divulgar en el extranjero los antiguos ideales romanos y a enorgullecerse de ellos. Su buen sentido le atrajo la simpatía de la clase media de Italia, todavía sana en el fondo, entre la que encontró administradores y gobernadores provinciales honrados. En gran parte sus esfuerzos tuvieron éxito porque existía el deseo general de que así fuera. Con el tiempo contribuyeron, desde el Occidente, a llevar a cabo la unidad de la humanidad —hasta donde era posible entonces— por medio de las ideas occidentales sobre la personalidad humana y la libertad reglamentada. Estas ideas no habían tenido gran importancia en la historia anterior del Oriente.

Augusto avanzaba precavidamente hacia el establecimiento constitucional de su poder, habiendo aprendido por la suerte de Julio César el peligro de afirmarlo con demasiada precipitación. Por fin, lo fundamentó en una combinación de *imperium* proconsular, el "poder tribunicio" (sin el cargo), y ciertos privilegios que se le concedieron por votación del pueblo. El *imperium* proconsular lo investía con el mando de todos los ejércitos, que se encontraban estacionados en las provincias fronterizas. Esas provincias fueron gobernadas por funcionarios nombrados por él mismo; el resto dejó que las administrara el Senado. El "poder tribunicio" dio un carácter "sacrosanto" a su persona, y a su posición la apariencia de ser representante del pueblo, más el derecho de proponer leyes. Los privilegios especiales le concedían, entre otros derechos, el de "recomendar" candidatos en las elecciones. Era el jefe de los *pontífices*, que formaban el colegio de sacerdotes, y desempeñaba muchos cargos de significado religioso. Se dio los nombres de *Princeps*, "primer ciudadano", y *Pater Patriae*, "padre de la patria". Al consulado lo dejó intacto. La administración ordinaria, ya refor-

mada a fondo y de una mayor eficacia gracias a la organización de un "departamento" tras otro, la dividió entre el Senado y su propio cuerpo de funcionarios, que había formado principalmente a base de gente de la clase media de Italia. De este modo reconstruyó el Estado, utilizando los materiales de la República, y sostuvo, con razón en teoría, que había "restaurado la República", aun cuando sólo aventajaba a otros en "autoridad" (*auctoritas*), palabra con una larga y honrosa tradición republicana. Debido a la división de funciones entre el *Princeps* y el Senado (pues era más bien esto que una división del poder), el nuevo gobierno ha sido definido como una "diarquía" más bien que como una "monarquía"; el que conservara este carácter dependía, como pudo comprobarse más adelante, de la personalidad del *Princeps*. Pero, cualquiera que fuera su personalidad, en teoría la constitución continuó establecida durante todo el período del Imperio sobre las líneas generales fijadas por Augusto. El *Princeps* era sincero en su deseo de que todos los elementos que puso al servicio del Estado funcionasen bien, y que, en ese caso, funcionasen sin la intervención del *Princeps*.

Tal reconstrucción tuvo éxito en sus resultados inmediatos y finales porque fue acompañada por un restablecimiento de la confianza pública. Lo que Cicerón había anhelado tanto tiempo en vano como base para la República se logró hacia el final del largo principado de Augusto. Se logró en parte porque ya estaba allí, aunque no en los lugares donde Cicerón lo buscó, y en parte gracias al esfuerzo creador de un *Princeps* con una intuición infalible para elegir el momento oportuno y con una gran penetración de los sentimientos fundamentales de la época. Esta base era la existencia de una opinión pública firme, segura de sí misma, y Augusto estaba persuadido de que en el pueblo itálico alentaban la energía dinámica, las reservas morales y el sentido de tradición y destino necesarios para dar al poder romano un nuevo plazo de vida, para crear otra nueva era. El esfuerzo que realizó Augusto para lograr esto fue como

el del arquitecto que trabaja en un proyecto nuevo con materiales viejos; y se comprobó que estos materiales encerraban posibilidades no sospechadas hasta entonces. La obra de Virgilio, Horacio y Tito Livio nunca se hubiera concebido ni hubiera llegado a tomar forma si el espíritu de que estaba imbuida no expresara lo inherente al carácter romano. Su obra respondió a sentimientos arraigados muy dentro de la conciencia romana, y los hizo salir a la superficie, transmutándolos en esfuerzo y aspiración. La *Eneida*, el gran poema épico nacional y religioso de Virgilio, los cánticos de Horacio llamados odas "romanas", aunque recibieron la aprobación del *Princeps* y de su consejero Mecenas, no son producto del "patrocinio de la corte".

Estas obras son la expresión de un gran resurgimiento del sentido religioso, que desde largo tiempo yacía bajo la superficie y que ahora brotaba por todos lados. Horacio se sintió el profeta o *vates* de este despertar del corazón y la conciencia. Bajo la inspiración de los dioses, él es la "voz" —pues su propio yo desaparece— por medio de la cual se proclama la regeneración. Antes de que Augusto reconstruyera los templos de los dioses, Horacio había clamado por su reconstrucción; antes de que Augusto anunciara el gran "festival secular" que llegaría a marcar el comienzo de la nueva era, Horacio había anunciado su llegada en función de la religión romana; Virgilio también tenía escrita la cuarta *égloga* que en tiempos posteriores fue llamada la "mesiánica" por lo mucho que se asemeja su lenguaje al de las profecías mesiánicas judías. La generación espiritual encontró expresión principalmente por medio de la poesía, la arquitectura y la escultura. Éstas fueron las primeras y las más importantes. Augusto, siguiendo la dirección marcada por sus profetas Horacio y Virgilio, trató de lograr resultados semejantes por medio del instrumento especial del estadista: la legislación.

Por desdicha, la grandeza de Horacio y de Virgilio como intérpretes del espíritu de la época, en parte antiguo y en parte moderno, sólo puede apre-

ciarse después de un examen profundo. Pero si alguien desea comprender su profético mensaje, que estudie el *Carmen Saeculare* de Horacio o el libro sexto de la *Eneida*, o la *égloga* cuarta, o el monumento del Ara de la Paz, erigido el año 9 a. c., con un guía capaz de explicar todo su significado religioso. Aquí todo lo que puede decirse es que el gran *Himno secular* de Horacio fue compuesto para ser cantado por un coro de niños y niñas marchando en procesión hacia el templo de Júpiter en el Monte Palatino. El himno resume en una forma simbólica, que despertaba múltiples asociaciones, el significado del "festival secular". Esta fiesta, decretada por Augusto en el año 17 a. c., después de un intervalo de 129 años, inauguró la gran era con un espíritu de esperanza creadora; no, como en tiempos pasados, con el espíritu de tristeza y contrición con que se enterró el ciclo anterior. La nueva era se iniciaba con votos de nueva devoción al servicio de los dioses y con impetraciones de bendición para los hombres. Los niños y niñas —o sea, los que habían de construir el nuevo edificio— cantaban este himno de la nueva consagración de un pueblo. Pues, si se ha esbozado con acierto el carácter romano en las páginas precedentes, se comprenderá con facilidad que, cuando el romano sentía sinceramente las cosas relativas a la moral o el sentimiento o los valores, las expresaba en un lenguaje religioso. Puede ahora discutirse si tenía o no razón; pero no es lógico argüir que, porque su idea de la religión no fuera la nuestra, haya por eso que poner en duda su sinceridad.

He aquí un pasaje del himno, aunque es casi un sacrilegio separarlo del contexto:

"Tan cierto como Roma, ¡oh Dioses! es obra vuestra, tan cierto como vinieron desde Troya aquellos guerreros armados que se establecieron en la costa toscana —un pobre resto destinado a conquistar un hogar nuevo y una ciudad nueva, habiendo terminado su viaje bajo vuestra dirección; un resto que Eneas, el del corazón puro, salvó, incólume, de la llameante Troya para que su país sobreviviera, con-

dujo, como por una calzada abierta, hacia un destino mucho más grande que todo lo que habían dejado atrás; así, ¡oh Dioses!, a nuestra juventud, rápida para aprender, conceded caminos de justicia; conceded a la vejez la calma y el reposo; a la raza de Rómulo, riquezas y el aumento de sus hijos, ¡oh!, conceded todo lo que es glorioso... Ya la Buena Fe y la Paz y el Honor y la Modestia de los Tiempos Antiguos y la Virtud, durante tanto tiempo escarnecida, se arman de valor para volver, y la Abundancia, con todas las riquezas de su cuerno repleto, está aquí para que todos la veáis. Febo, con los arreos de su arco argénteo, que prevé el futuro, que es un amigo querido de las nueve Musas de Roma, que con su habilidad para restaurar la salud, trae nueva fuerza a los miembros cansados, Febo ciertamente contempla con ojos justos y bondadosos estas colinas de Roma cubiertas de torres y prolonga la grandeza de Roma y la prosperidad del Lacio en un ciclo más y en edades que irán mejorando siempre."

La *Eneida* de Virgilio era un poema épico nacional y religioso. Era épico porque narraba en verso las hazañas de Eneas y su grupo de acompañantes en la peregrinación desde Troya al mundo occidental, con el fin de realizar la sublime empresa que les había impuesto una voluntad divina que tenía sus planes para el destino del mundo. Era nacional porque en él se afirmaba la independencia del espíritu romano del griego y se mantenía el carácter peculiar de la obra romana. Era religioso porque expresaba en frases religiosas la filosofía del pensamiento, fundiendo los caracteres ideales de Régulo, Catón y los demás con el concepto filosófico de Cicerón y produciendo un humanismo romano. Por tanto, el movimiento más significativo de la historia, según Virgilio, es la marcha de los romanos a lo largo del camino de su destino hacia una elevada civilización; pues en este destino ha de encontrarse la interpretación justa y permanente de todo movimiento y de todo desarrollo. Así como de todas las naciones sólo la romana, bajo la protección divina, había alcanzado el éxito,

así en el futuro sólo ella lograría el éxito, siempre que fuese digna de su alto destino. La marcha majestuosa de la *Eneida* va avanzando a lo largo del poema hasta este tema: el triunfo universal y definitivo del espíritu romano como la más alta manifestación del poder del hombre.

La *Eneida* de Virgilio contempla el destino de Roma, que es el destino del mundo, desde una altura trascendental. Fue obra de otro artista, Tito Livio, examinarlo desde el punto de vista del hombre de la época que tenía el interés y la inteligencia suficientes para leer la historia de Roma. Tito Livio trazó la historia de Roma desde la fundación de la ciudad casi hasta el momento de su muerte, en ciento cuarenta y dos libros, de los cuales sólo se conservan treinta y cinco. El lector no se sorprenderá al enterarse de que la historia empieza con Eneas. Es un poema épico en prosa, magníficamente concebido, con retratos de los grandes hombres de Roma trazados con rasgos firmes y una clara exposición de los problemas de cada época. Más que de un historiador, es la obra de un artista. Tito Livio tenía plena conciencia de su propósito al escribir la historia. Sostenía que "éste es el resultado más edificante y fiel efecto del estudio de la historia. Tenéis ante vosotros ejemplos auténticos de todo género de conductas, ejemplos reales personificados de la manera más clara. De ellos podéis tomar, tanto para vosotros mismos como para el Estado, ideales a los cuales aspirar; también podéis aprender qué cosas deben evitarse por ser infamantes en su concepción o en su resultado." En otras palabras, en las páginas de su narración podremos contemplar a los romanos de otros tiempos, idealizados o al menos descritos con trazos vigorosos; entre ellos encontraremos distintos tipos de moralidad, y hemos de basar nuestra conducta futura sobre su ejemplo. Mientras que en la *Eneida* de Virgilio la Sibila lleva a Eneas al otro mundo para mostrarle a los grandes romanos todavía por nacer, Tito Livio nos invita a contemplar las galerías de retratos de los romanos del pasado; de aquellos de quienes debe-

mos sentirnos orgullosos y a quienes debemos imitar, y de aquellos cuyo ejemplo debemos rehuir. Los conflictos, los problemas y las luchas en la historia de Roma son patentes para él, como es natural, pero los describe en función de los individuos; no son "movimientos" o "tendencias" o "fuerzas" en acción, independientes de los hombres. La historia es la relación de "los hechos de los hombres" (*res gestae*) y para Tito Livio el curso de la historia es el resultado de la obediencia de los hombres romanos a los dioses romanos. Para Virgilio la historia es la realización del destino del pueblo romano visto a la luz de la eternidad. Para Horacio había un solo deber; proclamar con la inspiración de un profeta que, si Roma no cambiaba sus sentimientos y se dedicaba al culto piadoso de los dioses, ya no tendría historia; Horacio la intimaba a reanudar la dedicación. Pero todos estos artistas expresan su mensaje, como suelen hacerlo los artistas, en función del individuo y del caso particular. Por eso se esculpe con tanto esmero a Eneas y a todos los héroes: son encarnación de ideales; y el pensamiento romano y, por tanto, el lenguaje romano, prefieren no tratar con abstracciones, sino ver las cosas —movimientos, tendencias e ideales— expresados por personas que han vivido. De modo que la historia y la filosofía moral, con ejemplos tomados de hombres verdaderos, son las ramas del pensamiento y la literatura que más interesan al romano.

La "Era de Augusto" se anunció con una explosión de auténtico sentimiento, que encontró expresión sincera en la obra de tres artistas, Virgilio, Horacio, Tito Livio, y de los escultores que esculpieron el monumento "religioso" del Ara de la Paz, del cual no podemos hablar aquí por falta de reproducciones.

Y cuando Horacio y Virgilio dijeron que algo divino había en Augusto, eran sinceros y eran romanos.

b) LOS SIGLOS I Y II D. C.

¡Oh, Júpiter Capitolino! ¡Oh, Marte Gradivo, autor y confirmador del nombre romano! ¡Oh, Vesta, guardiana de

las llamas sagradas que arden eternamente, y todos los dioses que habéis levantado este macizo Imperio romano al pináculo más elevado del mundo! A vosotros, en nombre del pueblo, clamo suplicante: guardad preservad, proteged este orden, esta paz, este Emperador; y cuando haya cumplido su término de trabajo sobre la Tierra, tan largo como pueda ser, entonces levantad en la última hora hombres para sucederle, hombres cuyas espaldas sean también capaces de soportar la carga del imperio del mundo como hemos visto han sido las de este Emperador; y de los consejos de todos los ciudadanos haz que prospere lo que os sea grato, y anula lo que es desagradable.

VELEYO PATÉRCULO

...la inconmensurable majestad de la paz romana.

PLINIO EL VIEJO

Roma es nuestra patria común. MODESTINO

El propósito de esta parte es tratar de ciertos aspectos del gobierno, de la organización, de la vida social y económica. No se intentará hacer una historia consecutiva, y debe tenerse en cuenta desde el principio que algunas de las exposiciones no corresponden exactamente al período como un todo, sino sólo a una parte. Para dar la fijación aproximada de las fechas, nos referiremos a los reinados de los emperadores, siendo por tanto conveniente empezar esta sección con una indicación respecto a su cronología.

Augusto murió en el año 14 d. c. Le sigue el resto de la línea de emperadores julio-claudina: Tiberio, Cayo (Calígula), Claudio, Nerón. Todos eran parientes en mayor o menor grado. A la muerte de Nerón, en el año 68 d. c., siguió un año de lucha entre los jefes de ejército rivales, pues Nerón no se había ocupado de asegurar la lealtad de los soldados. De esta lucha surgió victorioso Vespasiano, al que sucedió su hijo Tito, y a éste, su hermano Domiciano, que murió en el año 96 d. c. Estos tres emperadores forman la dinastía flaviana. El siguiente emperador fue Nerva, nombrado por el Senado, que adoptó como hijo y sucesor a Trajano, que a su vez adoptó a Adriano

(su primo segundo). Adriano adoptó a Antonino Pío, que adoptó a Marco Aurelio (su sobrino), al que sucedió su hijo Cómodo. La "época de los Antoninos" abarca los reinados de los tres emperados últimamente mencionados, a saber, los años de 138-193 d. c. Desde el año 235 d. c. la dinastía severiana aporta cinco emperadores, de los cuales los más importantes son Septimio Severo, Caracalla y Severo Alejandro.

Algunos de éstos, en especial Calígula y Nerón, han pasado a la tradición popular, que ignora casi todo de la obra de Trajano y Adriano, como monstruos de depravación. Pero, aunque no todos los aspectos de cada emperador pueden resistir un severo escrutinio, la historia de sus vidas debe verse en perspectiva. Por ejemplo, la política extranjera de Nerón fue admirable; Tiberio y Claudio prestaron grandes servicios, entre otros, al gobierno provincial romano y a la política de fronteras. Lo cierto es que la propaganda antiimperial explica muchos de los relatos de Suetonio y otros biógrafos, aunque no todos. Pero se está volviendo a escribir la historia de la primera época del Imperio, y, por tanto, de la obra de los emperadores, leyendo los documentos antiguos a la luz de la crítica histórica moderna y analizando paciente y sistemáticamente los cientos de miles de "inscripciones", de papiros y de lugares arqueológicos. Y, puesto que a veces ha de hacerse referencia a las inscripciones, debe decirse que éstas varían desde las incisiones casuales en piedra (por ejemplo, un soldado que garrapateó su nombre y unidad en una losa o en el pedestal de una estatua), hasta importantes documentos oficiales tales como leyes, estatutos, tratados, decretos, etc. Entre éstos se incluyen también los epitafios, que a menudo dan detalles de carreras públicas, las consagraciones a los dioses, que demuestran la distribución de los cultos, y otros muchos. Se están descubriendo así inapreciables testimonios que proporcionan datos hasta ahora desconocidos acerca de cosas tales como los destinos, ascensos, maniobras y nacionalidad de los soldados, el gobierno municipal, el comercio, el desarrollo de las religiones,

la burocracia imperial; en fin, que apenas quedan aspectos de la vida sobre los que no se arroje alguna luz.

La caída de la República, como se ha visto antes, se debió principalmente a la incapacidad del gobierno central para tener a raya a los gobernadores de provincias que se veían obligados a obtener del Estado remuneraciones para sus ejércitos apelando a la extorsión. Por tanto, era el sistema militar lo que había fallado. Augusto tomó medidas para corregirlo. Comenzaremos este estudio con el soldado romano.

La función de los ejércitos, a partir de entonces, fue mantener un servicio de policía en las fronteras. Una fuerza de 25 a 30 legiones, unos 200 000 hombres de ciudadanía romana ayudados por un número equivalente de "auxiliares" o reclutas locales, estaba destecada en aquellas provincias donde el peligro del otro lado de las fronteras era más amenazador, o donde los habitantes no estaban todavía romanizados; pues, como veremos, el ejército romano era una poderosa influencia civilizadora. Menos de un millón de hombres para la defensa de una línea fronteriza de 15 000 km. era una fuerza pequeña. Los generales consideraban directamente a su emperador como su generalísimo. Poco a poco dejó de reclutarse en Italia el soldado legionario; los ciudadanos romanos de las provincias se ofrecían voluntarios para un servicio de veinte a veinticinco años, y por lo regular los hijos ocupaban los puestos de sus padres. Por medio del servicio militar los "auxiliares" obtenían la ciudadanía romana para ellos y para sus hijos, y, por tanto, los hijos podían ingresar en las legiones. Poseemos muchos ejemplos de "licenciamientos" concediendo la ciudadanía y otros derechos. Los campamentos permanentes en las fronteras atraían colonias de civiles. Las colonias se transformaban en municipios en los que se establecía el soldado con la gratificación que recibía al ser licenciado. Y fue frecuente que llegase a desempeñar cargos municipales, adquiriendo prestigio local como benefactor. El soldado romano contribuía a extender la influencia de Roma, pues siem-

pre fue algo más que un soldado. Desde luego, el equipo que llevaba era mucho más pesado que el del soldado de infantería moderno: era combatiente y zapador, construía campamentos, carreteras y puentes, sembraba y hacía la recolección, actuaba como agrimensor y como policía. Los oficiales establecían organismos de gobierno o intervenían en las disposiciones locales y administraban justicia. La vida del soldado transcurría en las provincias; no era raro que nunca hubiera visto Roma ni Italia, y la descripción moderna que se hace de él, suspirando por el templado clima de Italia y la vida de la capital, les habría sorprendido. Pero también podía suceder que llegara allí, pues las recompensas del servicio y el sistema de ascensos hacían posible que los hijos bien preparados de un soldado auxiliar alcanzaran categoría ecuestre e incluso senatorial, pudiendo de este modo llegar a ser elegidos para los puestos militares y administrativos más altos que ofrecía el sistema imperial.

No nos es posible extendernos más en esta descripción. Los siguientes extractos muestran la contrapartida romana de cosas bastante familiares hoy día.

El emperador Adriano, después de haber pasado revista a sus tropas de África (128 d. c.), les dirigió una larga arenga, parte de la cual se reproduce a continuación: "Habéis hecho todo con el debido orden; habéis recorrido todo el terreno en vuestras maniobras: habéis ejecutado el lanzamiento de las lanzas gallardamente, aun cuando el arma corta que habéis utilizado es difícil. Los más de vosotros habéis sido igualmente diestros con las lanzas largas. Los saltos han sido hoy rápidos, y ayer fueron veloces. Si en algo hubieseis estado deficientes, os habría llamado la atención; si en algo os hubieseis destacado especialmente, os lo habría advertido; pero, en realidad, lo que me ha agradado ha sido el nivel uniforme de le ajecución. Es indudable que mi legado Catulino no ha escatimado esfuerzos para cumplir con su deber, no habiendo omitido nada. Vuestro jefe también

parece atenderos a conciencia... Los saltos tendrán lugar en el campo de ejercicios de la cohorte de Comagene." Y su alocución a la sexta cohorte de Comagene termina así: "Gracias a la sobresaliente dirección de Catulino habéis llegado a ser lo que sois hoy día." Casi parece oírse el carraspeo de la garganta y el golpe del látigo sobre la bota militar.

Cuando el soldado había terminado su servicio, recibía una copia de la hoja de servicios, que se llevaba en Roma, autorizando su adquisición de los derechos de ciudadanía romana. La copia estaba en una doble tablilla (*diploma*). "El emperador Domiciano [siguen sus títulos] concedió la ciudadanía a los soldados abajo mencionados, pertenecientes a la caballería e infantería de tres escuadrones y siete cohortes, a saber, la cohorte Augusta, la cohorte Apria, la cohorte de Comagene, la primera cohorte de Panonia, la primera cohorte española, la primera cohorte flaviana de Cilicia, la primera y segunda cohortes tebanas, la segunda y tercera cohortes itureas, todas bajo el mando de L. Laberio Máximo, en Egipto, que han servido durante veinticinco años o más. A ellos, a sus hijos y a sus descendientes, el Emperador concedió la ciudadanía y los derechos de matrimonio legal con las mujeres con las que estuvieran casados en la fecha de la concesión o, en el caso de ser solteros, con las mujeres con quienes se casen posteriormente, entendiéndose que se trata de sólo una esposa por cada soldado." Y, a continuación, la fecha y el nombre del soldado. En un *diploma* encontrado en Bulgaria, perteneciente a un legionario, se emplea la misma fórmula de concesión, pero se refiere a los soldados "a quienes, inútiles para la guerra, y habiendo sido matriculados en el registro de inválidos antes de expirar su período de servicio, se les concedía una licencia honrosa". Para el soldado, como particular, estos papeles eran de gran valor. Respecto a las carreras, ascensos y condecoraciones de determinados soldados, tenemos innumerables ejemplos. He aquí uno muy breve, encontrado en Turín "[dedicado] a C. Gavio Silvano,..., centurión mayor de

la legión de Augusto, tribuno de la cohorte II de guardias [en la ciudad de Roma], tribuno de la XIII cohorte urbana, tribuno de la cohorte XII de la Guardia Pretoriana [un cuerpo de lo más selecto y privilegiado]. En la guerra de Bretaña fue condecorado por el emperador Claudio con insignias y condecoraciones de cuatro clases diferentes, que ganó como centurión: patrono de la colonia' [el municipio de Turín]. El consejo de la ciudad decretó este monumento."

Esto nos lleva a la vida en las ciudades. En el curso de tres siglos se fundaron miles de ciudades, y se otorgaron grados de autonomía que variaban mucho. Unas once ordenanzas municipales nos proporcionan informes relativos a la constitución de las ciudades. Es indudable, primero, que Roma demostró el mayor respeto por las tradiciones locales, y, segundo, que las ciudades se sentían orgullosas de los privilegios que se les habían concedido y copiaban las instituciones y normas de la capital. En consecuencia, las ciudades tenían que reconocer tres elementos. En primer lugar figuraban los ciudadanos que elegían a los magistrados por medio de votaciones cuya libertad se protegía cuidadosamente. Las reglas para votar eran las siguientes: "El funcionario que presida convocará a los ciudadanos a votar, distrito por distrito, convocándose cada distrito a la vez en el mismo turno; los ciudadanos registrarán su voto por medio de papeletas en la casilla electoral del distrito correspondiente. Además, el presidente ha de encargarse de que tres de los ciudadanos pertenecientes a la misma municipalidad, aunque pertenezcan a distritos diferentes, sean asignados a la urna electoral de cada distrito para que actúen como observadores y se encarguen de clasificar los votos. Cada uno de éstos jurará previamente que llevará la cuenta de los votos y comunicará el resultado con toda fidelidad y honradez. A los candidatos a cargos se les permitirá poner un solo observador en cada urna electoral. Los observadores elegidos por el funcionario que presida y los señalados por los

candidatos votarán en la urna electoral del distrito al que hayan sido asignados como observadores, y sus votos serán legales y válidos, como si hubieran sido depositados individualmente en sus respectivos distritos." Conservados bajo las cenizas del Vesubio, los muros de Pompeya todavía muestran los carteles electorales de las elecciones locales: "Votad por Brutio: él mantendrá los precios bajos." Los diversos gremios de trabajadores —leñadores, arrieros, campesinos y demás— apoyan a sus propios candidatos, y un círculo de "bebedores trasnochadores" apoya "unánimemente" a Vatia.

Como segundo elemento figuran los magistrados. Los magistrados presidentes eran dos en número y, como el de los cónsules en Roma, su poder era "colegial". Conocemos los requisitos para desempeñar el cargo; conocemos también las peticiones con que les asediaba la opinión pública en lo que se refiere a asignaciones para juegos y festivales.

El tercer elemento era el equivalente municipal del Senado en Roma —la *curia,* compuesta por lo general de un centenar de miembros—. Este "orden" se componía generalmente de ex magistrados. A la curia la consultaban los magistrados, que eran los funcionarios ejecutivos. Se concedía a los miembros de la curia honores y privilegios, y éstos, a cambio, prodigaban su dinero en obras públicas para ornamento o servicio de la ciudad. Y a los hombres que se distinguían se les concedía a veces la distinción de ser nombrados "patronos" del municipio.

El municipio exigía, tanto del rico como del pobre, una lealtad y una generosidad que raramente han sido superadas desde entonces. Se construían carreteras, templos, teatros, baños públicos, acueductos, y se fundaban escuelas a expensas de particulares; se hacían donativos modestos para una fuente o una estatua. Estas ciudades autónomas, caracterizadas por un intenso orgullo, se establecieron en los bordes del Sahara, en Alemania o Rumania, donde anteriormente no habían existido ciudades. Con frecuencia el grupo de chozas construidas en las cercanías de un campa-

mento por los civiles que abastecían a las tropas señalaba el comienzo, y muchas de las ciudades más famosas de Europa, por ejemplo Colonia, Metz, Baden, tuvieron ese origen. La siguiente inscripción que se encuentra en Troesmis, a 75 kilómetros de la desembocadura del Danubio, da idea de la primera fase: "...C. Valerio Pudente, veterano de la V legión macedonia, y M. Ulpis Leoncio, magistrado de la colonia, y Tucca Elio, edil, hacen este regalo a los veteranos y a los ciudadanos romanos que viven [en aquella época, seguramente, como comerciantes] en la colonia de la V legión macedonia." Vemos que, incluso antes de que la comuniad tuviera un nombre especial, existía ya el gobierno ordenado de un municipio.

Pero el orgullo urbano tenía sus peligros. Las ciudades rivalizaban entre sí en el esplendor de sus casas curiales o de sus juegos; era difícil equilibrar los presupuestos, y la opinión pública, acostumbrada a ampliar sus gustos, exigía más y más de los ricos. Los cargos públicos se convirtieron en una carga que pocos podían soportar. Ya durante los dos primeros siglos aparecen funcionarios del gobierno central encargados de reducir los gastos del gobierno local. Todavía más tarde, cuando el gobierno central se veía muy apurado para pagar los gastos, la maquinaria de los municipios ofrecía un medio fácil para la imposición y el cobro de contribuciones. Así que a fines del siglo III la vida independiente y orgullosa de los municipios se había ahogado en gran parte; la ciudadanía empezaba a resultar una carga y la magistratura se aceptaba de mala gana.

La burocracia necesaria para dirigir una empresa de tan enormes proporciones como la del Imperio fue obra de los dos primeros siglos. Durante la República, los funcionarios del gobernador en las provincias y los de los magistrados en la metrópoli habían asumido el servicio de administración y, en gran parte, estos funcionarios formaban organismos que en realidad tenían carácter particular. Los impuestos los cobraban "compañías" de recaudadores, que paga-

ban al Estado determinadas cantidades. El propio Augusto había contado con la ayuda de sus amigos y sus "familiares", es decir, sus libertos y esclavos. La burocracia imperial procedía de esta costumbre, al menos en lo referente a las categorías inferiores. Pero gradualmente se la fue colocando sobre una base diferente, reorganizándose, en distintas ocasiones, en especial durante los reinados de Vespasiano y Adriano. Conocemos ya los ascensos y las carreras que se ofrecían a varias categorías, cuáles eran los requisitos necesarios para los diferentes puestos, y cómo se pasaba de un cargo a otro. He aquí la trayectoria de una carrera "senatorial" del siglo segundo: P. Mumio Sisenna Rutiliano desempeñó primero un puesto en los tribunales civiles; prestó después sus servicios como tribuno militar (que en esta época eran administrativos); desempeñó los cargos de cuestor, tribuno y pretor; este último abría las puertas a ciertos puestos que, en el caso de Mumio, fueron, primero, el mando de una legión y, después, la custodia del tesoro. Fue nombrado más tarde cónsul, y como ex cónsul se le ofrecieron una porción de puestos. De éstos desempeñó, activamente, los siguientes: encargado de una comisión "de alimentos", que se describirá más tarde; gobernador de la Alta Mesia y, finalmente, gobernador de Asia. Del mismo modo, la carrera "ecuestre" conducía a una escala regular de puestos. Primero, el cumplimiento de los deberes militares le capacitaba a uno. Luego seguían cargos administrativos, como agentes fiscales en las provincias; después, los secretariados en los departamentos gubernamentales de la metrópoli; a continuación, las prefecturas del correo imperial, de la flota, del abastecimiento de cereales, de la policía y cosas parecidas y, finalmente, la prefectura de Egipto y de la guardia pretoriana. Inferiores a estas carreras bien definidas había otras, consistentes en una multitud de empleos secundarios en el servicio imperial —amanuenses, taquígrafos, contadores, técnicos, de los que tenemos centenares de títulos—. Todo esto suena a muy moderno, y en realidad lo era. Se escribían minutas que

pasaban de departamento en departamento y se archivaban. He aquí el esquema del expediente en un asunto trivial: los campesinos que han arrendado propiedades imperiales a Sepino se quejan a Septimiano, el oficial ayudante de la tesorería, de que los magistrados locales no utilizan la ley para proteger sus rebaños. Septimiano ha escrito a los magistrados "una y otra vez"; pero no le hacen caso. En consecuencia, Septimiano pasa el asunto a su superior, Cosmo, primer ministro fiscal. Cosmo envía los papeles a los prefectos pretorianos, que tenían poder sobre los magistrados locales. Y así el oficio final es éste: "De Baseo Rufo y Macrimio Vinde, prefectos pretorianos, a los magistrados de Sepino. Enviamos una copia del oficio que hemos recibido de Cosmo. Os advertimos que dejéis de perjudicar a los hombres que han arrendado las propiedades, puesto que esto ocasiona una pérdida al tesoro; de otro modo se harán averiguaciones y se impondrán sanciones."

Disponiendo de un ejército para protegerlo y de una burocracia para administrarlo, el Imperio concedió amplia libertad para viajar y para comerciar; no había barreras de raza, ni ningún género de aranceles, salvo derechos de puerto. Como dijo Plinio el Viejo: "El poder del Imperio romano ha hecho que el mundo pertenezca a todos; el intercambio de mercancías y la participación en las bendiciones de la paz han favorecido al género humano." Los correos imperiales, que se preocupaban más de la seguridad que de la velocidad, recorrían unos 76 kilómetros al día; pero tenemos noticias de jornadas más rápidas como, por ejemplo, el recorrido de Reims a Roma en nuevo días (1 440 millas romanas). El recorrido de Roma a Alejandría era un viaje de unas tres semanas; un mercader tardaba alrededor de un año en ir a la India y volver, incluyendo el tiempo para descargar y cargar. Los productos de los países eran asequibles para todos. Las materias primas de las provincias septentrionales —minerales, maderas, cueros— se transportaron por el Mediterráneo, hasta que estas provincias establecieron talleres propios. La al-

farería de Galia y Alemania acaparó el comercio de la alfarería italiana. El vidrio se fabricaba en Tiro y en Egipto, pero pronto se manufacturó también en Normandía, desde donde se enviaba a Alemania y a Britania. En el Oriente, Alejandría unía los países del Mediterráneo con el Egipto y el Lejano Oriente; el trigo, el granito, las sedas, el mármol, el marfil, los metales preciosos, el papiro y el lino se contaban entre los productos de Egipto. Las amplias carreteras romanas facilitaban el transporte de mercancías, tanto en bruto como manufacturadas, y los armadores explotaban las vías fluviales y marítimas. Se dice que un romano aventurero llegó hasta el Báltico; Estrabón, el geógrafo, declara que en un año salían para la India unos ciento veinte barcos. En la época de Adriano se llegó por mar hasta la China, y Marco Aurelio envió allí una misión comercial, de la cual existen pruebas en registros chinos. La historia del comercio y la exploración en los tiempos romanos, tanto en conjunto como en los detalles, es interesantísima.

El ir y venir de personas era tan intenso como el ir y venir de mercancías. Soldados y mercaderes, funcionarios y empleados, turistas, estudiantes, filósofos y retóricos ambulantes, corredores de comercio, los correos de la posta imperial y de los bancos y las compañías navieras y otros muchos congestionaban las carreteras y las rutas marítimas. En las grandes ciudades, especialmente en la costa, la población era cosmopolita. Sirios y griegos, españoles y africanos y de otras muchas nacionalidades vivían todos mezclados en las ciudades y servían en las mismas oficinas y departamentos o en familias particulares. Los escritores satíricos nunca se cansan de citar el "Orontes" —un río de Siria— "que vierte sus aguas en el Tíber romano". Las personas de origen extranjero traían consigo sus costumbres, supersticiones, cultos y normas morales; las religiones orientales se extendieron hasta el lejano Occidente, y eran a menudo adaptadas y absorbidas por las religiones nativas, aunque subsistían los títulos y los elementos del ri-

tual, que se entremezclaban en una curiosa mezcolanza. Con el transcurso del tiempo fue olvidándose liberalmente la distinción de razas, y hombres nacidos en las provincias llegaron a ocupar puestos eminentes en la literatura, en las letras, en la milicia y en el gobierno. Tito Livio era originario de Padua; Séneca y su hermano Galio y Lucano, de Córdoba; Columela era de Cádiz; Marcial y Quintiliano también de España; Fronto y Apuleyo, de África. En el siglo III, como veremos, los emperadores mismos habían nacido fuera de Italia.

Una de las causas importantes de la mezcla de las naciones es la esclavitud. Durante estos siglos cambió mucho la esclavitud. A medida que fueron cesando las guerras de expansión, los cautivos escaseaban, y los bárbaros resultaban malos esclavos. La equivocación económica de emplear esclavos en la agricultura y la industria fue haciéndose cada vez más patente y se hicieron valer los sentimientos humanitarios. De acuerdo con uno de los móviles de libertad más bajos, se descubrió que cuanto más se acercaba la condición de un esclavo a la de un hombre libre, más útil era. A los romanos les desagradaba el comercio al por menor y la rutina de los negocios, y los esclavos se encargaban de hacerles estas tareas. Los esclavos mismos solían ser más hábiles que sus amos. Siempre se había permitido a los esclavos tener bienes, y al principio del Imperio estos bienes eran a menudo de importancia. Por la compleja ley referente a los bienes de los esclavos vemos cómo éstos podían tratar de negocios con hombres libres, y está claramente demostrado que los esclavos poseían tierras, bienes, barcos, intereses en casas de comercio e incluso esclavos de su propiedad, y que la ley protegía sus derechos. Cuando Augusto inauguró su burocracia especial, la formó con esclavos y libertos; mejoró la condición jurídica de los esclavos y el trabajo de los municipios lo hacían hombres que en rigor eran propiedad del Estado o del municipio. La posición del esclavo era, con frecuencia, envidiable. Podía aprovechar oportunida-

des sin tener responsabilidades, y algunos esclavos no querían cambiar de estado. Naturalmente, los casos de crueldad eran también bastante comunes; pero a medida que la opinión pública fue haciéndose sentir, la legislación impuso un límite, y amos como Plinio fueron, más que bondadosos, indulgentes. Muchos esclavos eran los amigos de confianza de sus amos. Desde luego, en la primera época del Imperio romano, casi puede justificarse la esclavitud, ya que un hombre de una raza "atrasada" podía entrar en la esfera de la civilización, educarse y adiestrarse en un oficio o profesión y transformarse en un miembro útil para la sociedad. "Gracias a los cielos por la esclavitud", exclama un liberto en el *Satiricón* de Petronio, "ella ha hecho de mí lo que ahora veis".

También es cierto que la institución resultó perjudicial para la sociedad, tanto moral como económicamente.

El esclavo podía aspirar a obtener la libertad, y Augusto se encontró con que la clase compuesta por libertos aumentaba y la población libre disminuía. En su opinión la manumisión (y la manumisión convertía al ex esclavo en ciudadano romano elegible para cualquier puesto) era perjudicial, por lo que reorganizó los métodos para conceder la libertad, instituyendo una situación con derechos menores, como período de prueba. Su propósito era renovar la sociedad admitiendo en ella a los mejores elementos de entre los esclavos, y estos elementos habían de ser admitidos en los círculos más elevados y en los puestos más importantes.

Entre los libertos figuraban algunos de los hombres más ricos, poderosos y famosos de la primera época del Imperio. Muchos ascendieron hasta los secretariados de los departamentos del gobierno y a puestos provinciales de diversas categorías. Licinio, esclavo de Julio César, de origen galo, llegó a ser procurador de Galia, donde amasó una fortuna "con la codicia de un bárbaro a la par que con la dignidad de un romano". Félix, procurador de Judea (véanse en el Nuevo Testamento los capítulos XXIII y XXIV de

los Hechos de los Apóstoles) fue otro libreto. La influencia de Narciso y Ninfidio sobre la corte, su elevación y caída, no cabe relatarlas aquí. Pero el liberto más humilde hacía con frecuencia un importante donativo a los municipios del Imperio; él también, como el soldado veterano, podía llegar a adquirir, en la población en la que había trabajado como esclavo, estimación e influencia. Algunos libertos costeaban obras públicas, hacían legados y fundaban instituciones. Policarpo y Europa, esclavos de Domicia, hija de Corbulón, general de Nerón, construyeron un templo a expensas propias, y, al obtener la libertad, entregaron al municipio una suma de dinero, cuyo interés había de dedicarse a la conservación del templo y a una donación anual, el día del cumpleaños de Domicia. En todas las provincias se repite la historia de estos casos de generosidad. Como compensación, la curia de las ciudades solía conceder a los libertos, por votación, dignidades, honores y privilegios.

Desde luego, los cambios sociales de este género tienen sus riesgos: la ostentación, los modales groseros, la avaricia, la corrupción y la vulgaridad eran inevitables, y los escritores satíricos, en especial Petronio, los denunciaban. Sin embargo, la "iniciación obligatoria en una cultura más elevada" que imponía la esclavitud encuentra justificación en los logros de los libertos y de sus descendientes. En épocas posteriores hubo pocas familias que pudieran asegurar estar totalmente limpias de sangre de esclavos en cualquier punto de su árbol genealógico. Muchas personas hacían remontar el origen de su nacimiento hasta un antepasado mitológico con el fin de desviar la atención de generaciones intermedias.

Antes de abandonar este tema citaremos algunos ejemplos.

Un epitafio equivalente a tres líneas de tipo de imprenta moderno (tal es la sobriedad del latín) da la información siguiente acerca de Oriente y sus familiares: Oriente, esclavo propiedad de la ciudad de Sepino, desempeñó cargos ejecutivos. Él y su mu-

jer erigieron un monumento a la memoria de su padre L. Sepinio Oriente, que había pertenecido a un "orden" de dignatarios locales de la ciudad, y también a la memoria de L. Sepinio Orestes, su hermano, que fue magistrado en la misma ciudad. Probablemente todos se "conocían" entre sí, como se ve por el epitafio. El padre había obtenido la libertad después del nacimiento de Oriente, y antes del nacimiento del hermano de Oriente; de aquí la diferencia de estado legal.

Petronio, que pinta un cuadro muy vivo, aunque quizás exagerado, de la vida entre los libretos, pone la descripción siguiente en boca de uno de sus personajes: "Son gentes muy jugosas. Aquél que veis tumbado en el sofá del extremo, tiene sus ocho mil. Era un Don Nadie. No hace mucho cargaba leña sobre las espaldas. Dice la gente —yo no sé nada, sólo lo he oído decir— que arrancó el gorro a un duende y encontró un tesoro encantado. Si Dios hace regalos, no tengo celos de nadie. Sin embargo, ese hombre todavía conserva las señales de los dedos de su amo, y tiene una excelente opinión de sí mismo. De modo que acaba de poner un aviso en su casucha: 'Este ático, propiedad de Gayo Pompeyo Diógenes, se alquila desde el primero de julio, pues el propietario ha comprado una casa.'" Otro comensal del banquete se había hecho con un bonito millón; pero las cosas no fueron bien; los negocios de la compañía no pudieron salir a pedir de boca. Sin embargo, su comercio había florecido en tiempos; era empresario de pompas fúnebres. Comía como un rey; de su mesa chorreaba más vino del que tenían muchos hombres en sus bodegas.

Finalmente, haremos un relato muy breve de los "círculos" que organizaban los esclavos, los libertos y los hombres libres más pobres. Estos círculos, a los que a veces pertenecían hombres de todas estas clases, combinaban un culto religioso con las amenidades de un club social o de un club "de banquetes", y a menudo se encargaban de los funerales de los miembros. Eran iglesia, grupo social, gremio y sociedad

funeraria. De nuevo, como lo demuestran elocuentemente los reglamentos y las actas que se conservan, se revela el genio de los romanos para el "orden". Se eligen funcionarios a los que se toma juramento al recibir el nombramiento y que deben rendir cuentas al terminar su mandato; se aconseja a los nuevos socios que lean los reglamentos y se les advierte que paguen las cuotas. Los reglamentos, expresados en el lenguaje jurídico típico de los romanos, dictan las condiciones acerca de la cuota de ingreso, las cuotas periódicas, las ventajas de los funerales, los gastos de los que asisten al funeral, la clase de alimentos y de vinos que han de servirse en los banquetes del "club", las quejas y las normas de conducta. Todo muy trivial, pero muy significativo.

Un punto importante es la existencia de un deseo muy extendido de actividades sociales. El Imperio era una concepción inmensa, demasiado grande para la mayoría. El municipio proporcionaba una lealtad menor dentro de la lealtad más grande, pero todavía se necesitaba una unidad más pequeña. La clase acomodada tenía sus círculos, de ningún modo exclusivos. Los que poseían menos medios, pero intereses y ocupaciones comunes, creaban su propia sociedad. El individuo necesitaba un medio para expresarse como tal. Y esto no sólo durante su vida. Nada más notable que el anhelo del individuo, rico o pobre, por perpetuar su memoria por medio de un donativo, o una lápida, o dos líneas en la urna que había de contener sus cenizas. Más de un hombre erigió su tumba en vida y dejó una suma para sufragar los gastos de su conservación. "Todavía vital [*vitalis*]", escribe el propio Vitalis haciendo un *calembour*, "y disfrutando de vitalidad, he construido mi propia tumba, y cada vez que paso ante ella leo con estos dos ojos mi propio epitafio." No todos son tan chistosos. En general estas inscripciones, de las que poseemos miles, denotan una desesperanza patética y un ansia de esperanza todavía más patética. En algunas se asegura jactanciosamente que no hay vida futura; en otras se sugiere tímidamente esta posibilidad; sólo

en los epitafios cristianos se encuentra una afirmación positiva de certidumbre.

En los capítulos anteriores se ha indicado que la virtud característica romana de *pietas* expresaba y confirmaba el afecto a la familia y a los lazos familiares. Puede observarse una manifestación de *pietas* en la atención al mantenimiento de la niñez, ilustrada en la institución conocida con el nombre de *alimenta*, aunque algunos escritores achacan los motivos que inspiraron al Estado a adoptarla el deseo de aumentar la población y reclutar hombres para el ejército.

También la generosidad particular proporcionaba a veces, para los niños de alguna ciudad, una asignación para alimentos y un donativo en metálico cuando llegaban a la edad en que podían ganarse la vida. Los gastos se pagaban con el interés que producía la suma de un capital donado al municipio. El emperador Nerva adoptó un plan semejante al fundar las asignaciones "públicas" para la manutención de 5 000 niños de Italia, para empezar. Emperadores posteriores dieron mayor amplitud al sistema, en especial Trajano, Marco Aurelio y Septimio Severo, y desapareció en el reinado de Diocleciano. En pocas palabras, el método era el siguiente: la tesorería hacía préstamos a los campesinos, que pagaban intereses de acuerdo con el valor de sus tierras; el préstamo no era superior a la doceava parte de ese valor. El campesino pagaba un interés del 5 % al municipio de su localidad, el cual estaba obligado a emplearlo en la manutención de los niños de la ciudad. Si no se pagaba el interés, la ciudad embargaba al campesino. De este modo el tesoro imperial encontraba el capital para ayudar al agricultor itálico; el campesino disponía de capital, pero no se le permitía pedir prestado en forma imprudente; la ciudad recibía el interés asegurado por una buena garantía; los niños recibían comida y ropas. Niños y niñas se beneficiaban, aunque la asignación mensual para las niñas era un poco menor que la de los muchachos y además éstas dejaban de percibirla a una edad más tempra-

na. Sabemos que el sistema funcionó en cuarenta ciudades de Italia, y que era administrado por un departamento central; sabemos también que, a pesar de la labor del Estado en este sentido, no cesó la generosidad privada. Los emperadores se sentían orgullosos del plan: *Alim. Italiae* aparece en las monedas de Trajano, y en el Arco de Trajano, en Benevento, aparecen cuatro mujeres saludando al Emperador, una de ellas con un niñito en brazos, y dos ciudadanos romanos, uno con un chiquillo sobre los hombros, el otro con un muchacho a su lado. Las mujeres, sin duda, simbolizan las ciudades.

Las inscripciones de las monedas a las que se acaba de hacer referencia merecen un párrafo especial sobre acuñación antigua. Era mucho más interesante que la nuestra, pues los tipos se cambiaban con frecuencia, y las leyendas y los grabados se escogían de acuerdo con las épocas. De este modo el Emperador podía interesar al público en el significado de un acontecimiento reciente, preparar el ambiente para un proyecto, o estimular la moral enfocando la atención hacia determinados ideales. De hecho, la acuñación no sólo remedia algunas lagunas en la prueba histórica y corrobora el resto, sino que también proporciona un comentario y una interpretación, no menos grata e importante por ser oficial. Cuando Antonino Pío preparaba a sus súbditos para el noveno centenario de la fundación de Roma, lanzó a la circulación medallones que representaban el desembarco de Eneas en las costas de Italia. La victoria sobre los partos y la recuperación de los "estandartes perdidos" está registrada en las monedas de oro hechas acuñar por Augusto. La caída de Jerusalén en el año 70 d. c., la construcción de puentes sobre el Danubio durante las guerras de Trajano en Dacia, el viaje de Adriano por las provincias, la adopción de un sucesor por el emperador reinante, con lo que lo recomendaba al mundo entero, los actos específicos de generosidad imperial o de política, por ejemplo los *alimenta:* éstos son los acontecimientos que se hacen constar. Se celebra la prosperidad o se incita a ella;

si ha habido una guerra civil, la inscripción *Concordia* registrará su fin. *Roma Eterna* es una oración; la figura del Emperador, representado como portador de la paz o como "restaurador de la libertad", da a entender sus propósitos. En el siglo III, los emperadores, al asociarse en las monedas con el culto de una deidad especial, anunciaban de este modo que mantendrían la política de sus predecesores, que también se habían identificado con el mismo culto. Durante el tiempo en que Diocleciano persiguió a la Iglesia cristiana, sus monedas llevaban grabada la inscripción "Genio del Pueblo Romano", reafirmando así de nuevo la fe en la misión mística de la Roma pagana.

Dejemos por ahora estas graves cuestiones para ocuparnos un momento de un aspecto más liviano de la vida. Las divisiones y los entretenimientos de los niños continúan siendo casi los mismos a través de las edades. Eran corrientes las muñecas, los carritos de juguete, los perritos y otros muchos juguetes y pasatiempos. Los juegos de pelota en un patio o contra la pared, con palos o raquetas, eran una diversión común entre los muchachos y una forma favorita de ejercicio para los hombres. Los juegos con piedras, nueces y tabas eran semejantes a los que conocemos nosotros. Había juegos con dados y juegos de tablero que se jugaban con piezas conforme a complicadas reglas. Los juegos no eran muy distintos de los de los niños de ahora, según lo prueba la siguiente descripción de otro juego que nos ha dejado un escritor del siglo II. Es como sigue: "De entre las piedrecitas se escoge una bien formada, pulida por la acción de las olas. Se sostiene la piedrecita horizontalmente entre los dedos y se lanza girando, lo más bajo que sea posible, de manera que roce la superficie del agua y salte mientras avanza con fácil vuelo, o pase por las crestas de las olas atravesándolas y reapareciendo por encima de ellas, dando saltos. El muchacho cuya piedrecita llegue más lejos y haga el mayor número de saltos, es el vencedor."

Las diversiones públicas del romano adulto eran

otra cosa. En los llamados "juegos" se incluían generalmente exhibiciones de gladiadores, luchas de animales feroces, carreras de carros y representaciones teatrales. Es probable que las crueles contiendas entre hombre y hombre y hombres y bestias fuesen un legado que le dejara a Roma la dominación etrusca, aunque por todas las ciudades del Mediterráneo existían festivales y deportes locales del mismo género. Nada puede atenuar la vulgaridad, la bestialidad y el repugnante horror de estos espectáculos. Es curioso que hombres cultos, amantes de la humanidad y el decoro, no tuvieran reparo, cuando la conveniencia o la ambición se lo exigía, como políticos o generales victoriosos, en proporcionar diversiones cuya barbarie les repugnaba personalmente. No es necesario demorarnos en los detalles de estos placeres; basta decir que se organizaban en gran escala y que ocupaban un lugar importante en el pensamiento y los deseos de los habitantes de la ciudad.

Tampoco es necesario explayarse sobre el grado a que llegaron en algunas épocas de la vida romana los placeres de la mesa. Las delicias de la exquisita y hábil preparación de los alimentos, las obras de arte culinario del cocinero en jefe, quizás provocarían menos críticas en una época que, aunque vive de los recuerdos, todavía no los ha olvidado enteramente. Pero en algunos círculos, y no sólo en los círculos de libertos del tipo de Trimalción, se daba el factor glotonería. Hay otros muchos aspectos repulsivos de la vida romana, lo mismo que en la de Atenas del siglo v, en la de la Edad de Oro de Florencia y Venecia, o en la de París y Londres en sus días de grandeza. Todo el que trate de medir el carácter de una cultura no debe perder de vista sus características deleznables, y nosotros sabemos que a través del carácter romano corre una veta de crueldad y sensualidad.

Mientras se efectuaban los cambios sociales, políticos y económicos en la primera época del Imperio, ¿qué había sucedido con las antiguas virtudes romanas, el sentido del deber frente al Estado, la familia y los amigos, y de la lealtad a las normas morales?

A pesar de las extravagancias de la moda y el libertinaje que las rodeaba, las virtudes persistían, quizás menos austeras, más humanas, pero no menos reales y profundas. Se manifestaban principalmente en el campo y en la sociedad culta formada por hombres como Plinio, en las haciendas, de donde salían hombres como el emperador Vespasiano, un emperador grande por su sencillez y su honrado buen sentido; en las aldeas y en las ciudades de provincia que estaban bajo la influencia del modo de vida de los romanos. Cuando Vespasiano se tomaba unas vacaciones, se iba a la hacienda sabina de sus antepasados, que se conservaba intacta. Las cartas de Plinio revelan una sociedad cuyos miembros no estaban contaminados por los excesos de la capital, aunque muchos de ellos eran hombres cuyas ocupaciones e intereses les obligaban a estar en contacto íntimo con la vida urbana. A estos hombres les interesaba su trabajo, su casa y sus tierras, sus actividades literarias y, quizás más que nada, sus amigos. Las mujeres simbolizan las virtudes de la esposa y de la madre, y se interesaban también en la literatura, en las actividades de sus esposos y en la familia. Los hijos se criaban en las saludables ocupaciones del campo, y se les acostumbraba a obedecer con espontaneidad y a ser naturalmente respetuosos. La base de esta rutina de vida tranquila y saludable parece consistir en la vida del hogar y en el mutuo interés entre los amigos. Así como en las cartas de Cicerón encontramos un vivaz comentario sobre la vida política romana, en las cartas de Plinio tenemos un cuadro de esa plácida vida social típica de la "Era Antonina" que siguió inmediatamente a la época de Plinio —y un cuadro trazado por un hombre que supo encontrar en las cosas pequeñas de las ocupaciones diarias un interés y un placer absorbentes—. El propio Plinio tenía una carrera pública; defendía pleitos en los tribunales, había pasado por las diversas etapas del servicio imperial, y en el reinado de Trajano fue gobernador de la provincia de Bitinia. Tenía sus vanidades, pero eran inofensivas; él y sus amigos se

dedicaban con pasión a la literatura y ponían gran esmero en sus composiciones, discursos y poesías, pues creían que la literatura estaba languideciendo y deseaban mantenerla viva. Pero a lo que más valor daban era al sentido humano, y en su trato la característica más sobresaliente es la amplitud y liberalidad de sus opiniones. Quizás pueda dar una idea de todo esto la carta que Plinio escribe a un amigo con motivo del fallecimiento de una hija de Fundano: "Te escribo muy afligido, pues la hija más joven de nuestro amigo Fundano ha muerto. Nunca vi nada más alegre que esta criatura, nadie más digna de ser amada o que mereciera, no sólo una larga vida, sino incluso la inmortalidad. No había cumplido todavía trece años y ya manifestaba el buen sentido de una mujer de edad, la dignidad de una madre, la tímida inocencia de la virginidad y la dulzura de una niña. ¡Cómo se estrechaba contra su padre cuando éste la abrazaba y con qué timidez y ternura rodeaba con sus brazos el cuello de sus amigos! Quería a sus niñeras, a sus preceptores y a sus tutores, agradeciéndoles lo que habían hecho por ella. ¡Cuán inteligente y ansiosa en sus lecturas, cuán discreta y circunspecta en sus juegos! ¡Y pensar en el dominio sobre sí misma, en la paciencia y en el valor con que soportó su última enfermedad! Hacía todo lo que los médicos le ordenaban; trataba de animar a su hermana y a su padre, y a fuerza de voluntad mantuvo activo su débil cuerpo cuando su energía se iba agotando. Su entereza persistió hasta el último momento sin que la alterasen la enfermedad ni el miedo a la muerte, la muerte que nos la iba a arrebatar. Su pérdida ha sido, desde luego, un amargo dolor y el golpe más cruel por el momento en que ha llegado. Estaba comprometida con un excelente muchacho. Ya se había fijado el día de la boda y se habían enviado las invitaciones. Toda esta alegría se trocó en dolor. No puedes imaginarte mi angustia al oír a Fundano —el dolor tiene detalles desgarradores— dando órdenes para que el dinero que había de gastarse en galas nupciales y perlas y joyas se empleara

en incienso, ungüentos y perfumes para el funeral. Fundano es un hombre culto y reflexivo, el tipo del hombre que ha consagrado su vida a estudios y ocupaciones serias. Ahora rechaza con aversión todos los consejos que tan a menudo ha dado y oído dar, y, desterrando de su mente todos los demás intereses, está totalmente entregado a los afectos familiares. Tú lo comprenderás y, desde luego, lo admirarás si piensas en lo que ha perdido. Ha perdido una hija que reflejaba tanto su carácter como sus facciones y expresión. Con una notable semejanza, ella encarnaba de nuevo la personalidad de su padre. Si le escribes acerca de esta gran pena, procura no instarle a recobrar calma, y no te expreses con excesiva energía; escríbele una carta dulce y afectuosa. Un intervalo de tiempo contribuirá mucho a que se encuentre en disposición de aceptar tus consuelos. Una herida en carne viva huye del contacto de la mano del médico; después puede soportarlo y más tarde lo necesita: de la misma manera el dolor, cuando está reciente rechaza y rehuye cualquier intento de consuelo, pero pronto se desea y finalmente se acepta si se hace con dulzura."

Y he aquí una carta de Plinio a su esposa Calpurnia: "Nunca he estado más contrariado por los compromisos que me han impedido acompañarte en tu viaje a Campania para convalecer, o salir inmediatamente a reunirme contigo. En este momento especialmente necesito estar contigo; necesito ver con mis propios ojos lo que haces para recobrar la salud, si en realidad disfrutas plenamente de la tranquilidad, los placeres y la abundancia de ese lugar. Aun cuando te encontrases fuerte, tu ausencia seguiría inquietándome, pues, cuando se ama a alguien con pasión, es una tortura pasar, aunque sólo sea un momento, sin saber nada del ser querido. Pero, tal como están las cosas, la idea de tu ausencia, junto con tu mala salud, me aterroriza con vagas y confusas ansiedades. Me imagino todo lo imaginable: mis imaginaciones me hacen tener miedo de todo, y, como pasa siempre que se tiene miedo, veo las mismas

cosas que más imploro que no sucedan. Por tanto, te ruego encarecidamente que tengas compasión de mis temores y me envíes una carta, o mejor dos, cada día. Mientras las esté leyendo me preocuparé menos: cuando termine de leerlas volverán de nuevo mis temores." Y otra carta termina con estas palabras: "Escribe cuanto puedas —aunque la delicia de recibir tus cartas es un puro tormento."

Por cartas de este tipo —y citar más no es posible— no es difícil inferir cuáles eran las costumbres y los ideales de la sociedad de la que provienen.

Este capítulo no puede dar idea de las facultades de gobierno y de la política interior y extranjera de los emperadores, de la sociedad de personas cultas y acomodadas, de las letras, del pensamiento y de la filosofía y de los múltiples cultos y ritos; de las aspiraciones y los desengaños morales y espirituales, de la majestuosa sabiduría del derecho romano, y de las locuras, las crueldades y depravaciones de los hombres y las mujeres como individuos, del desarrollo de la humanidad y del humanismo y del proceso de civilización, ni de otras muchas cosas. Pero hoy día la imaginación popular tiende a identificar a Roma con las barbaridades del circo, que son muy ciertas, aunque se olvide de las réplicas modernas, o con las extravagancias de la corte imperial en sus peores momentos. Pero no es posible, de este modo, interpretar con justicia. Si se miran con un poco de imaginación las pocas características de la vida en los dos primeros siglos que hemos esbozado, acaso se entrevea confusamente algo de la inmensidad del tema y de su apasionante interés.

V

SOBRE QUÉ ESCRIBÍAN LOS ROMANOS

Las horas que otros pasan dedicados a aquello que les interesa, en festivales o diversiones públicas, en diversos placeres o entregados mental y físicamente al descanso —que otros dedican a banquetes que empiezan a primera hora de la noche, a jugar a los dados o a la pelota—, estas horas yo las he consagrado a la incesante práctica de estudios de esta clase. ¿Y quién podría criticarme por esto o indignarse conmigo con justicia? CICERÓN

En este capítulo no se intenta un bosquejo de la historia de la literatura latina, sino simplemente indicar qué clase de cosas interesaban a los escritores romanos y a sus lectores. Algunos temas, como la filosofía, por ejemplo, se tratarán más detenidamente en otros capítulos.

Al principio es necesario hacer algunas indicaciones. Primero conviene recordar que la literatura latina que sobrevive no es sino una pequeña parte de la totalidad. Todas las obras de ciertos autores, a quienes leeríamos con placer, se han perdido, y en cambio se conservaron las de escritores inferiores. Aunque en conjunto podemos darnos por afortunados con lo que sobrevive, a los historiadores les gustaría tener más detalles de la vida económica, especialmente en las provincias, y conocer los registros oficiales que sabemos se llevaban. A los filólogos les gustaría disponer de más muestras del lenguaje de la vida diaria, y los literatos lamentan la pérdida de autores cuyas obras darían continuidad al desarrollo de géneros especiales, como el drama y la poesía lírica.

Tampoco es fácil indicar en poco espacio cuál fue la proporción de los que sabían leer y escribir o la cantidad de público aficionado a la lectura. Las inscripciones a que se ha hecho referencia en la página 92, eran redactadas tanto por los ricos como por los pobres No es lógico que un artífice pusiera en el

lugar indicado un epitafio si los parientes no podían leerlo. Los carteles de las elecciones pegados en los muros de Pompeya, los rótulos de las tiendas y los avisos al público, todo revela que había un público que sabía leer. Varrón, en su tratado sobre agricultura, recomienda que ciertas reglas fundamentales deben escribirse y colocarse en un lugar donde puedan leerlas todos los de la granja. Los papiros de Egipto hacen pensar que la mayoría de las personas podía leer y escribir. Los soldados escribían cartas a sus familias, y abundan los documentos caseros sobre asuntos de la vida cotidiana. A veces, es cierto que un soldado emplea a un amanuense, pero tampoco esto era cosa rara en Francia durante la guerra de 1914-18. A veces, una inscripción en las catacumbas va acompañada de un pequeño dibujo para ayudar a los analfabetos a identificarla: por ejemplo, en el sepulcro de una niñita, llamada Porcella, se ve la tosca pintura de un "cerdito". Pero en general, era común saber leer.

El comercio del libro prosperaba. Ejemplares de historia, poemas o el último discurso político de Cicerón se compraban con avidez en las provincias, y los amigos se enviaban manuscritos unos a otros. Las obras de Horacio y Virgilio fueron libros de texto en vida de sus autores, y en muchos epitafios se incluyen citas oportunas de poetas romanos (esto no implica que los que los escribieron hubieran leído necesariamente a Virgilio o a Ovidio). Los taquígrafos, que empleaban signos que se confunden con facilidad con los que se usan hoy día, tomaban notas de los discursos políticos, como las *Catilinarias* de Cicerón, por ejemplo. También los empleaban autores como Plinio el Viejo, que dictaba a los taquígrafos sus voluminosas notas sobre historia natural, y San Jerónimo, que dictaba sus comentarios sobre las Escrituras. Es probable que en muchas regiones hubiera en ciertas épocas una proporción de personas que sabían leer y escribir, mayor que la que existe hoy en día en esas mismas tierras, así como un conocimiento más profundo de la literatura.

Sin embargo, no hay que pensar que el latín y el griego fueron los únicos idiomas. A pesar del Imperio romano, se conservaban las lenguas autóctonas. San Agustín, por ejemplo, siendo obispo de Hipona en África, juzgó necesario emplear sacerdotes que conocieran el púnico, y esto a pesar de que África había sido provincia romana durante siglos.

En tercer lugar, la literatura latina, en sus períodos de apogeo, estaba consagrada exclusivamente a un auditorio muy culto, por regla general familiarizado con Roma, su historia y sus instituciones, y con las ideas y la literatura griegas. La palabra "auditorio" se emplea deliberadamente, pues no hay que olvidar que entonces los libros se hacían con el propósito de ser leídos en voz alta, cosa que hoy día no suele ser tan corriente, y ésta es en parte la razón de cierto elemento oratorio que predomina en gran parte de la literatura latina.

Finalmente, no debe suponerse que, porque el Imperio fuera romano, todas las obras importantes se escribiesen en latín. Por el contrario, el idioma del Mediterráneo oriental era el griego, y durante el período del Imperio romano, tanto pagano como cristiano, se escribió tanta literatura latina como griega. En la historia romana hay períodos enteros en los que contamos casi exclusivamente con obras de historiadores que escribieron la historia romana en griego. En algunos géneros literarios como, por ejemplo, en los cuentos y los diálogos de Luciano (nacido hacia el año 125 d. c.) no hay nada equivalente en latín. Pero en este capítulo sólo nos concierne la literatura latina. Sin embargo, también respecto a ella es necesaria una advertencia. El romano de Roma era una cosa aparte; el romano de España, de África o de Italia era también "romano" y escribía en latín. Pero a causa de su raza, su temperamento y sentimientos, podían ser muy diferentes y, por tanto, tener muy diferentes cosas que decir. Podía expresarse en un estilo propio e incluso alterar el lenguaje latino para adaptarlo a su genio especial. La literatura latina manifiesta diferentes cualidades

derivadas de diversos orígenes raciales combinadas en proporciones variables, pero siempre fundidas en algo que sigue siendo romano y latino.

El carácter romano esbozado en el capítulo preliminar de este libro nos prepara para apreciar las características generales de la literatura latina. El carácter de la literatura latina es grave, muy consciente de Roma, de su pasado y de su futuro, y se interesa en los fines humanos. Estos fines toman la forma de la conducta del hombre respecto al hombre, o sea la moral, o las actividades del hombre para satisfacer las necesidades prácticas, como la agricultura. Por consiguiente, la tendencia moralizadora y didáctica es muy marcada. El propósito de la literatura era enseñar, y no es de extrañar que la educación romana consistiera principalmente en el estudio de las literaturas latina y griega. Todo esto no quiere decir que la literatura latina carezca del elemento festivo o burlesco, de ingenio, sarcasmo o parodia, ni que ignore la pasión humana, ni que carezca de sensibilidad, ni que desconozca la belleza natural. Sin embargo, aunque en la literatura romana existen elementos románticos, por una u otra causa lo "romántico" (a pesar de su nombre) parece no ser estrictamente romano, sino que se debe a las cualidades itálicas o de las provincias de las que hemos hablado. La veta romana se impone por su propio peso, no por la fuerza, pues el escritor de Italia o de las provincias se convertiría gustosamente en romano.

En el plano superior, las acciones de los hombres constituyen el tema del poema épico. Para el romano, lo épico es, desde luego, la epopeya de Roma. Roma es la heroína que inspira a los romanos a llevar a cabo actos heroicos para cumplir su destino. Exactamente en el mismo nivel se encuentra la historia, pues una historia como *Desde la fundación de la ciudad* de Tito Livio es simplemente un poema épico en prosa. La heroína para Tito Livio es Roma, como lo es en la *Eneida,* y los retratos de los romanos están trazados con la intención de que los imiten

los hombres de la época. Nevio (nacido hacia el año 260 a. c.) describe en verso la lucha gigantesca entre Roma y Cartago, y Ennio (nacido el año 239 a. c.) abarca el cuadro más amplio de toda la historia de Roma hasta su época. Antes de Tito Livio hubo una "gran multitud de historiadores", y otros muchos después de él. Pero en la poesía épica y en la historia concebida como poema épico, todos los predecesores conducen a Virgilio y Tito Livio, y después todos vuelven la vista hacia ellos. Fueron los que mejor mostraron al romano bajo su aspecto más noble, tanto en sus actos como en su carácter, y con este fin perfeccionaron la forma y el lenguaje.

En el plano de la vida diaria no hay suntuosidad ni pompa exterior, y la conducta y el carácter son menos heroicos. Estas cualidades morales de la vida común se manifiestan en los discursos de los estadistas, pronunciados ante el Senado o en los juicios semipolíticos. A través de las cartas se adivinan los actos y los pensamientos, y los motivos que los inspiraron, de modo que el carácter del que escribe y el círculo en que vive se revelan claramente al lector perspicaz. Para los romanos, los ensayos morales tenían un gran interés; entre estos figuraban trabajos sobre temas como la amistad, el deber, el bien y el mal. Estas mismas lecciones prácticas podían aclimatarse en un medio que los romanos perfeccionaron: la sátira, en la que, como dijo Quintiliano, "fueron únicos". En ella se exponía, para la admiración o el desprecio, a los hombres y a las costumbres; se denunciaban flaquezas, afectaciones y contradicciones, como en las sátiras y "epístolas" de Horacio, o se flagelaba con los sarcasmos e invectivas típicas de Juvenal, cuya indignación moral, sin embargo, no siempre suena a sincera.

El mismo propósito didáctico, naturalmente, produjo manuales de instrucción como, por ejemplo, los tratados de Varrón y Columela sobre agricultura, o el estudio del abastecimiento de agua en Roma, de Frontino, director del departamento central correspondiente, o *Sobre la profesión de las armas*, de Ve-

gecio. Incluso en estos tratados no falta el elemento moral. Por ejemplo, para que la agricultura resulte productiva, se requieren ciertas cualidades de carácter que a su vez ella estimula, y este aspecto no se olvidaba jamás.

La especulación filosófica abstracta nunca atrajo al romano, quien no llevó la filosofía moral, que era lo que realmente le interesaba, a sus implicaciones metafísicas. Tampoco prestó atención a la ciencia natural como ciencia, aunque se hicieron recopilaciones de observaciones y de viejos conocimientos, además de los manuales de medicina, veterinaria, botánica, etc.

Se escribían y se representaban tragedias y comedias; sobreviven las comedias de Plauto y Terencio y algunas tragedias de Séneca, obras que han ejercido gran influencia sobre el teatro europeo. Pero, en general, el teatro no era una forma literaria típicamente romana. El romano nunca venció su repugnancia al papel del actor, y las obras teatrales que no están escritas para ser representadas no pueden florecer. Como los puritanos, juzgaba que no se debía renunciar a la propia personalidad y asumir la de otro: era una ofensa contra su sentido de la *gravitas*. Cuanto mejor se representaban los papeles más se tendía a la inestabilidad afectiva y, por consiguiente, a la moral, y la reputación de los actores no era muy buena.

La poesía relativa a los sentimientos personales y la pasión no ocupa mucho lugar en lo que queda de la literatura latina. Hay ejemplos supremos de este género en Virgilio, en Catulo y, de cuando en cuando, en Propercio, pero no es típicamente romana, como tampoco es romana la literatura puramente imaginativa. Los cuentos de hadas, la novela altamente romántica, los viajes imaginarios a la Luna o a lejanas tierras, son obra de los autores griegos que escribieron durante la época romana, aunque Ovidio había ya compuesto, en versos latinos, sus *Metamorfosis*, todo un fantástico mundo romántico descrito en fluida narración.

Aunque en la literatura romana hay muchas biografías, entre las que se destacan las *Vidas de los Césares*, de Suetonio, y en especial la obra maestra de Tácito, *Vida de Agrícola*, su suegro, no hay ninguna colección de verdaderas "memorias" y "recuerdos". Como es natural, los discursos, las cartas y los ensayos contienen elementos autobiográficos. Las cartas casi pueden considerarse como un diario de un período determinado. En las de Plinio, Cicerón, Fronto, Marco Aurelio y Símaco se mencionan a menudo hechos o reflexiones triviales, la vida diaria de gente muy humana. Pero no ha llegado a nosotros ninguna auténtica autobiografía, e indudablemente en la literatura pagana no hay nada que pueda compararse con *Las Confesiones* de San Agustín.

A través de la literatura latina corre una vena oratoria. Hay siempre una deliberada intención efectista cada vez más intensa para captar la atención y la simpatía de los lectores, o más bien del auditorio. Durante el período helenístico la retórica había sido uno de los estudios favoritos en las academias y los centros de enseñanza, pero cayó en lo artificial porque se la privó de la sinceridad y el vigor que comunica una vida política auténticamente libre. Se había vuelto académica en el peor sentido de la palabra, pero todavía se la apreciaba, especialmente en los círculos helenófilos de Roma. Formaba parte de la educación superior, pero puede ser que la afición de los romanos a la oratoria fuera debida también o otras razones: tal vez a su tendencia natural a moralizar, a exaltar modelos morales. No se puede convencer con argumentos al oyente a que acepte un ideal moral, porque un ideal no es cuestión del intelecto ni de la razón. Sólo se puede conquistar su conformidad y aprobación presentándoselo habilidosa y persuasivamente, apelando a sus sentimientos, o sumiéndole en un torrente de emociones arrolladoras hasta que sucumba a su llamamiento. En el fondo, a la literatura romana le preocupa tanto lo que no es cosa de razón, que ha recurrido a algo más que al argumento simple y escueto, es decir, a la retórica.

Además, la escuela de oratoria se encuentra en las asambleas políticas y en los tribunales. A medida que Roma crecía, los problemas que habían de decidirse en estos lugares fueron adquiriendo cada vez más importancia, hasta el punto de que una decisión podía afectar los fundamentos y la suerte de todo el Mediterráneo. La tribuna era la Roma Imperial. El estadista o el jurista, impresionado por la gravedad de su responsabilidad, sentía con razón que la presentación del caso y el lenguaje empleado debían ser apropiados. De este modo la oratoria llegó a formar parte de la educación de los jóvenes que con el tiempo podrían tomar parte en la vida pública. Por medio de la educación y del desarrollo de la tradición, la oratoria afectó en cierto grado la mayor parte de la literatura.

Este breve resumen da la impresión de que la literatura latina carecía de brillo y de interés. El lector que la conozca puede muy bien protestar, y tendría razón, pues se han omitido todos los aspectos que revelan al romano como muy versátil y atractivo, a pesar de sí mismo: la ternura, la sensible piedad y el nervio dramático de Virgilio, el exquisito virtuosismo de las odas de Horacio, en las que una vacilación en el juicio sería desastrosa, la fluidez y la facilidad de Ovidio, la pasión de Lucrecio, la reveladora ingenuidad de Catulo. Se ha omitido el amor del romano por el campo, el cordial afecto que revelan las cartas entre los amigos, el amor y la gratitud de los hijos hacia el padre, el intenso interés por la literatura en sí. La "humanidad" y las "humanidades" son ideas de origen romano, y la literatura latina refleja una humanidad variada pero desciplinada.

Dar idea de la cualidad de un idioma a aquellos que no están familiarizados con él es casi imposible. Sin embargo, el lector puede reclamar alguna indicación que le sugiera una impresión aproximada. El latín trata las cosas en una forma concreta; se ocupa más de descripciones que de abstracciones y cuida del orden en que presenta al oyente sus descripciones.

Algunas veces, suele sorprender el hecho de que en latín la oración adopte, por lo regular, el orden de "sujeto, complemento, verbo". Al oyente romano le gustaba que se le presentaran primero los dos términos y después la relación que los une, en vez de primero un término, luego la relación y por último el otro término. El peso del significado está en el verbo. Mientras que entre nosotros se puede redondear un párrafo diciendo: "Tales fueron las consideraciones que le llevaron a su decisión de..." en latín se dice: "Por estas razones decidió..." El latín se deleita en los contrastes fuertes, en el equilibric de ideas lógicamente opuestas. Puede ser breve y epigramático y está admirablemente dotado para las inscripciones. En latín puede construirse un largo período con perfecta claridad. Esta claridad se consigue por medio de la presentación cuidadosa de las ideas en su orden lógico, o en el orden del tiempo en que suceden los acontecimientos. Estos dos órdenes son, en esencia, idénticos. Así, la exposición de una causa, aunque se trate de una oración subordinada desde el punto de vista gramatical, precede en orden a la exposición del efecto de la causa. Los períodos largos del orador pueden llegar fácilmente a su conclusión: la oración más simple, compuesta de las palabras más simples, no resulta más natural. En griego, las palabras pueden unirse espontáneamente para formar combinaciones que resultan expresivas y armoniosas. El latín no tiene ese don. Puede revestir lo trivial y lo vulgar con una sonoridad digna de mejor tema; puede condensar una verdad con una brevedad impresionante, y muchas veces, cuando se ha dicho una cosa en latín, no hay manera de decirla mejor. Respecto al vocabulario, es menos rico que el griego con sus múltiples palabras compuestas, pero sus palabras pueden contener asociaciones y sugerir ideas que no pueden expresarse con paráfrasis de ninguna especie. Las palabras latinas no contienen tantas sílabas cortas como las griegas. La danza del hexámetro griego está reemplazada por la majestad del latino. La flexibilidad del latín ha permitido su adaptación

a todos los fines a través de todas las edades: en la liturgia y la teología cristianas, en obras eruditas de ciencias naturales y filosofía, en folletos y correspondencia, en quintillas jocosas, en periódicos, encíclicas y todos los usos que implican el trato social y la vida social civilizada. Su presencia viva, en lo que se refiere a palabras e ideas, en los lenguajes de Europa es cosa bien sabida.

Pero una literatura no se describe; la traducción ayuda un poco a dar una ligera idea de su carácter; los extractos breves llegan a desfigurar incluso esta ligera idea. Sin embargo, presentamos aquí cuatro pasajes con la esperanza de aclarar algunas de las observaciones que se hacen en este capítulo.

El primer pasaje está tomado del libro IV de la *Eneida* de Virgilio. Dido se ha dado cuenta de que Eneas, esclavo del deber que le obliga a llegar hasta la tierra prometida, se propone abandonarla. La pena y el orgullo enloquecen a Dido. Mercurio, el mensajero de los dioses, avisa a Eneas en su sueño que, si ha de salvar sus barcos y sus compañeros, debe abandonar Cartago al amanecer, pues Dido intentará destruirlos.

"Entonces, Eneas, sobresaltado por la repentina visión, despierta súbitamente e incita a su tripulación a que se apresure. 'Despertad, ¡oh, hombres!, y empuñad los remos. Desplegad pronto las velas. ¡Mirad! Un dios enviado del alto cielo nos induce a apresurar nuestra huida y a cortar los torcidos cabos. A ti seguimos, dios divino del cielo, quienquiera que seas, y de nuevo obedecemos alegremente tu mandato. ¡Oh!, muéstrate favorable. Presta benigna ayuda y concede un cielo despejado y tiempo bonancible.' Dijo, y desenvainando cual rayo la espada, corta la estacha con el acero desnudo. En seguida el mismo celo prende en todos. Abandonan la playa raudos y violentos. Se oculta el mar bajo sus flotas. Levantan con furia la espuma y hienden el agua azul.

"Y entonces, cuando despuntó la aurora, y, abandonando el lecho azafranado de Titono, esparció su resplandor de nuevo sobre el mundo, la Reina vio

desde su atalaya la primera luz blanquecina, y la flota que se alejaba bajo las tendidas velas, y percibió playa y puerto vacíos de todos sus remeros. Tres y cuatro veces la reina se golpeó con la mano el hermoso pecho y se mesó los rubios cabellos. '¡Oh, Dios! —exclama— ¿Partirá? ¿Se mofará un extranjero de nuestro reino? ¿No se arrojarán armados en su persecución desde toda la ciudad? ¿No echarán al agua los barcos de los arsenales? ¡Id! ¡Traed fuego en seguida, repartid las armas, manejad los remos! ¿Qué digo? ¿O dónde estoy? ¿Qué desvarío me aparte de mi intención? ¡Ay, Dido! Perversos propósitos te acosan; habrían sido más oportunos cuando enajenaste la corona. ¡Contemplad la hidalguía y los hechos del que dicen lleva consigo por doquiera a los dioses ancestrales de su familia, que prestó sus hombros a un padre agotado por los años! ¿No podía yo haber hendido su cuerpo en dos y haberlo arrojado a las olas? ¿Y no podía haber degollado con la espada a sus compañeros y a su amado Ascanio y habérselo servido en la mesa de su padre? ¿Que el resultado de una batalla era dudoso? ¡Y aunque así hubiera sido! ¿A quién tenía yo que temer en la agonía de la muerte? Debí haber arrojado antorchas encendidas en su campamento y prendido fuego a sus naves; debí haber borrado padre e hijo y estirpe juntos, y haberme arrojado yo misma encima de todo. ¡Sol cuyo fuego aligera todos los trabajos del mundo, y tú, Juno, mediadora y testigo de este dolor mío, y tú, Hécate, a quien se implora por la noche en las encrucijadas de las ciudades, y vosotros, fatales hermanas vengadoras y dioses de la moribunda Elisa, escuchadme ahora! ¡Que vuestra justa divinidad atienda mis infortunios! ¡Escuchad nuestros ruegos! Si es inevitable que ese maldito alcance el puerto y navegue hasta tierra, si así lo ordenan los decretos de Júpiter, y es éste el término señalado, entonces, hostigado en guerra por una nación armada y valiente, expulsado de sus fronteras, sin hogar, arrancado de los brazos de Yulo, haced que pida socorro y que vea a su gente caer uno tras otro de muerte

prematura y cuando haya sucumbido a los términos de una paz rigurosa, que no goce de su reino ni de la grata luz; sino que caiga antes de su hora y no sea enterrado en su propio suelo. Esto pido, y derramaré por ello mi sangre hasta el postrer aliento. Después vosotros, ¡oh, tirios!, perseguid con vuestro odio su progenie por todas las edades venideras. Honrad así nuestras cenizas. No permitáis gracia ni tregua entre las naciones. Que se alce un vengador de nuestro polvo que acose con fuego y con acero a los pobladores dárdanos. Ahora, luego, en cualquier tiempo, siempre que haya fuerza, invoco la enemistad de costa a costa, de ola a ola, de espada a espada; que se sucedan sus batallas hasta los hijos de sus hijos.' "

El segundo pasaje está tomado de las *Historias* de Tácito. En él, el autor esboza previamente el carácter de la época que se propone describir: los años del 69 al 96 d. c. Hagamos lo posible para dar cierta idea del estilo terso y epigramático de Tácito, así como de su enemistad hacia el Imperio, que para él era el castigo de los dioses sobre un pueblo romano descarriado.

"El tema que ahora me ocupa presenta una serie de grandes acontecimientos y fieras y sangrientas batallas. Un período de tiempo preñado de divisiones intestinas, en que incluso los intervalos de paz fueron turbados por crueldades y horrores, formando en conjunto un volumen trágico en el que se exponen, sucesivamente, cuatro asesinatos de príncipes, tres guerras civiles, un gran número de guerras con enemigos extranjeros, y, en algunos casos, ambas al mismo tiempo; prosperidad en el Oriente, desastres en el Occidente; Iliria sumergida en convulsiones; ambas Galias en vísperas de una rebelión; Britania conquistada y, apenas conquistada, perdida de nuevo; los sármatas y los nuevos asociados contra los romanos; el nombre dacio afamado por victorias y derrotas alternadas; y por último los partos echándose al campo bajo los estandartes de un pretendido Nerón. En el curso de la obra, veremos a Italia abrumada de calamidades, afligida con nuevas heridas, y con las anti-

guas, que el tiempo había cicatrizado, abiertas otra vez y sangrando; ciudades saqueadas por el enemigo o enterradas por los terremotos, y la fértil campiña de Campania convertida en una escena de desolación; Roma consumida por el fuego; sus templos más antiguos y venerables, ruinas humeantes; el Capitolio envuelto en llamas por las manos de ciudadanos frenéticos; las santas ceremonias de la religión violadas; el adulterio imperando sin control; las islas adyacentes llenas de exiliados; las rocas y lugares desiertos mancillados con asesinatos clandestinos; y la misma Roma, teatro de horrores, donde la nobleza de origen y el esplendor de la fortuna condenaban a los hombres a la ruina, donde la mente vigorosa que aspiraba a cargos civiles y la modestia que las rehusaba, eran ofensas sin distinción alguna, donde la virtud era un crimen que llevaba a una ruina cierta, donde el delito de los delatores y las recompensas por su iniquidad eran igualmente detestables; donde el orden sacerdotal, la dignidad consular, el gobierno de las provincias, e incluso el gabinete del príncipe, fueron arrebatados por esta raza execrable, como presa legal; donde nada era sagrado, nada estaba a salvo de la rapacidad, donde se sobornaba a los esclavos, o éstos se rebelaban contra sus amos por su propia malevolencia; donde los libertos traicionaban a sus patronos, y donde aquel que había vivido sin enemigos, moría por la traición de un amigo.

"Y sin embargo, este triste período, estéril como fue de toda virtud pública, produjo algunos ejemplos de sinceridad y honor. Madres que partieron con sus hijos en voluntario destierro; mujeres que siguieron la suerte de sus maridos; personas que se presentaron a defender la causa de sus parientes en desgracia; hijos que aparecieron en defensa de sus padres; esclavos que en el potro del tormento dieron prueba de fidelidad; ciudadanos eminentes que bajo la dura mano de la presión fueron reducidos a la indigencia y a la miseria y que, incluso en esta triste situación, conservaron un espíritu indomable. Vere-

mos a otros, firmes hasta lo último, muriendo con tanta entereza como los aplaudidos personajes de la Antigüedad. Además de los infortunios comunes en el curso de las transacciones humanas, veremos la tierra fecunda en prodigios, el cielo oscurecido por presagios, el trueno retumbando con espantosa acusación, y variedad de pronósticos, unas veces favorables, otras preñados de terror, de cuando en cuando inciertos, oscuros o equívocos, con frecuencia directos y claros. En una palabra, nunca fueron tan terribles los mandatos de los dioses, ni jamás expresaron con tanta claridad, por medio de la matanza de ejércitos, que, en lugar de conceder protección al Imperio, gozaban implacablemente dejando caer su venganza por los crímenes cometidos por un pueblo delincuente."

La ágil ligereza de las *Sátiras* de Horacio puede comprobarse en el famoso pasaje que sigue, en el que se describe cómo fue atacado mientras paseaba por las calles de Roma por un "pelmazo" que insistió en acompañarlo. Las sátiras de Juvenal son más corrosivas, pero menos fáciles de citar, pues están llenas de alusiones contemporáneas.

Paseaba un día por la Vía Sacra,
pensando en alguna bagatela (ya sabéis cómo soy),
cuando de pronto aparece uno cuyo nombre apenas co-
[nozco.
—¡El más querido de los amigos queridos! ¿Cómo estás?
Se apoderó de mi mano. —Bien, gracias. ¿Y tú?
Entonces, como seguía caminando a mi lado,
para sacudírmelo: —¿No tienes nada que hacer? —exclamé.
—No, debías conocerme: soy erudito.
—Señor, con más motivo soy tu humilde servidor.
Impaciente por deshacerme de él,
tan pronto caminaba aprisa, como me detenía a cada
[paso, o andaba despacio,
o cuchicheaba con mi criado, mientras el sudor,
de aprisa que corría, me mojaba hasta los pies.
—¡Oh, por qué no tendré yo un genio digno de tal nombre,
como el tuyo, Bolano! —exclamo para mis adentros,
mientras él sigue con su trotecillo,
por la ciudad, las calles, qué sé yo por dónde.

Viendo que no le contestaba: —¡Ah! Ya veo.
Estás empeñado en librarte de mí;
pero es inútil: soy un amigo tenaz,
y pienso seguir contigo hasta el fin de tu jornada.
—No tienes que dar un paseo tan largo:
voy a visitar a un amigo a quien tú no conoces:
¡pobre hombre! Está enfermo en su aposento.
mucho más allá del puente donde están los jardines del [César.
—Oh, no importa. No tengo otra cosa que hacer,
y quiero caminar, así seguiré contigo.
Siento de pronto mis orejas gachas, como las de los [burros;
los habéis visto así cuando su carga es demasiado grande.
—Si no me equivoco —empieza—, creo que no encontrarás
superiores a mí ni a Visco ni a Vario,
nadie es capaz de escribir un verso tan de prisa,
ni danzar tan ágilmente al son de una tonada:
y por lo que se refiere
a cantar... ¡ah!, nadie me gana:
el mismo Tigelio podría envidiarme, lo juro.

Se detuvo para tomar aliento. Vacilante, pregunté:
—¿Tienes madre? ¿Tienes parientes y amigos
para quienes tu vida sea preciosa? —Ni una alma:
mi linaje se extinguió: he enterrado a todos.
¡Felices ellos! (Eso fue lo que pensé.)
Después de una vida de parloteo sin fin, duermen tran- [quilos:
Ahora me toca a mí. Despáchame,
pues el pronóstico que tanto tiempo temí, se ha realizado:
el fatal pronóstico que una bruja sabina cantó,
cuando la vida era joven en los días de mi niñez:

"Ni la espada ni el veneno se lo llevarán jamás,
ni la gota, ni una pleuresía, ni un ataque de tos:
una lengua charlatana lo matará.
¡Que huya de todos los charlatanes, si no desea morir!"

Finalmente, citaremos la conclusión de la brillante biografía de Agrícola, gobernador de Britania, escrita por su yerno Tácito.

"Si existe una mansión para los espíritus de los justos; si, como afirma el sabio, las grandes almas no perecen con el cuerpo, tranquilo, ¡oh, padre!, sea

tu descanso. Apártanos, a los de tu familia, de las débiles lamentaciones y del afeminado duelo, para que contemplemos tus virtudes, en presencia de las cuales el pesar y la lamentación son un pecado. Honrémoste del mejor modo: con nuestra admiración, con nuestra alabanza constante, y si nuestras fuerzas lo permiten, incluso siguiendo tu ejemplo. He aquí el verdadero honor, el verdadero afecto de las almas enlazadas estrechamente a la tuya. A tu hija y a tu viuda las induciré a que reverencien la memoria de su padre y marido, ensalzando sin cesar sus actos y dichos, estimando su presencia espiritual por encima de su presencia física. No es que yo condene rotundamente las representaciones en mármol o bronce. Pero la imagen del rostro humano, como el rostro mismo, es débil y perecedera, mientras que la esencia del alma es eterna, sin que pueda ser captada y expresada con el material y la habilidad de un extraño, sino sólo por uno mismo en su propia vida. Todo lo que en Agrícola merecía nuestro amor y admiración perdura y perdurará en los corazones de los hombres, a través de infinitas edades, en las crónicas de la fama. Muchos de los grandes hombres de la Antigüedad caerán en el olvido, borrados su nombre y su fama. La historia de Agrícola se ha relatado a la posteridad y por esto él vivirá."

VI

EL GENIO PRACTICO ROMANO

Los mejores preferían los hechos a las palabras.

SALUSTIO

Sólo aquellos, si es que hay alguno, que se encuentren fuera de tu Imperio, merecen que se les compadezca por no gozar de los privilegios que les son negados. Has demostrado, mejor que ningún otro, el dicho universal de que la Tierra es la madre de todos y la patria de todos. Tanto el griego como el bárbaro, con su hacienda o sin ella, pueden ir con toda tranquilidad donde quieran, lo mismo que si fueran de una región a otra. Nada hay que temer de las Puertas de Cilicia, ni de los angostos y desiertos accesos de Arabia a Egipto, ni de las montañas inaccesibles, ni de los tramos de ríos nunca cruzados, ni de las tribus hostiles al extranjero. Para gozar de seguridad es suficiente ser romano, o mejor dicho, ser uno de tus súbditos. Con tus actos has convertido en realidad las palabras de Homero, que afirmaba que la Tierra pertenece a todos. Has medido toda la Tierra, has tendido sobre los ríos puentes de diversas clases, has dividido montañas y construido caminos llanos para el tráfico, has poblado con haciendas lugares desolados y has facilitado la vida atendiendo a sus necesidades bajo la ley y el orden.

En todas partes hay gimnasios, fuentes, pórticos, templos, manufacturas, escuelas, y, con una frase técnica, puede decirse que el mundo, que hasta ahora había adolecido, va recobrando la salud... Las ciudades se alzan radiantes en su esplendor y en su gracia, y la Tierra se muestra tan acicalada como un jardín.

ELIO ARÍSTIDES (siglo II d. C.)

Se dijo algo en un capítulo anterior acerca de las diversiones de los romanos. Se sugirió que en ellas existía un cierto elemento burdo. Pero la fuente típicamente romana de goce se derivaba en realidad de la naturaleza de su propio genio, que era en todo fundamentalmente práctico. Los romanos demostraban su carácter específico y disfrutaban de manera especial con el gobierno de hombres y cosas. Respec-

to al modo de gobernar a los hombres, ya hemos visto algo al considerar el desarrollo y la organización del Imperio. Ahora conviene decir unas palabras respecto al modo de gobernar las cosas.

El romano amaba a su país y le gustaba poseer tierras y aceptar el reto que éstas le hacían. La tierra le proporcionaba la alegría de la propiedad y la satisfacción de hacerla producir. El siguiente poema de Claudiano, aunque escrito cuando el Imperio se acercaba a su fin, expresa el sentimiento que corre a través de la literatura latina.

"Bendito el que, satisfecho con lo que el campo produce,
vive en sus heredades;
el que puede contemplar con satisfacción su vida pasada,
cuyo techo paterno le vio joven y anciano;
y que, mientras refiere una y otra vez sus aventuras,
se apoya en un bastón allí donde antes había gateado;
el que nunca sintió el deseo de huir de su terruño,
ni de beber en nuevas fuentes bajo un cielo extranjero.
No es mercader ansioso de ganancias.
no teme las tormentas que azotan el borrascoso mar;
tampoco soldado temeroso de ir a la guerra;
ni le sobresalta el ronco clamor del ruidoso foro.
Sin experiencia en los negocios, desconocido para el mundo,
nunca contempló el pueblo vecino.
Sin embargo, se presentan a su vista objetos más nobles;
hermosos campos floridos y el bello cielo estrellado.
No cuenta los cambios de cónsules, sino que computa
la sucesión de los cónsules por la sucesión de los frutos.
El sazonado otoño trae consigo cargas de manzanas,
y las florecillas son el lujo de la primavera.
Sus campos, que reciben el primer rayo de sol,
ven desvanecerse el último resplandor de sus rayos.
Erguidas columnas señalan las horas que pasan,
sirviéndole de mojones a la par que de cuadrantes.
Conoció aquel frondoso roble cuando era un débil tallo,
y recordaba cómo había crecido toda la arboleda.
Las murallas de Verona le parecen tan remotas como la [India,
Benaco es para él el Golfo Arábigo.
Sin embargo, contempla tres generaciones de su estirpe,
y sus nietos saludan al vigoroso anciano.
Dejad que otros naveguen en vano de playa en playa...
Sus alegrías son menos y sus trabajos más."

Indudablemente, si todos los romanos hubieran obrado estrictamente de acuerdo con este ideal, no habría existido el Imperio Romano. Sin embargo, el amor a la tierra ejerció una gran influencia. El soldado licenciado clamaba por su pequeña propiedad. El cariño de Horacio por su modesta huerta era sincero. El rico no compraba sus casas de campo como inversión o como ostentación o por escapar del bullicio de la ciudad tan sólo. El poeta que expresó fielmente el amor del itálico por la tierra —un amor que reconoce gustoso tanto la ineludible esclavitud del trabajo que la misma tierra le impone, como sus recompensas y placeres— fue Virgilio, que escribió sus *Geórgicas* al principio del Imperio. En la segunda hay un célebre pasaje en elogio del campo: Cuán feliz es el agricultor —si supiera apreciar sus beneficios—. Para él no hay ceremonias ni formalidades sociales, ni el lujo de los grandiosos edificios y los muebles primorosos; sólo la paz y la honrada sencillez, la libertad que ofrece el campo abierto, los ruidos campestres, los animales de la granja y del monte, la simple religión rústica, la reverencia que se otorga al anciano y los últimos vestigios de virtud, antes de que ésta desapareciese de la Tierra. El deseo primordial de Virgilio es conocer las leyes de la Naturaleza y la forma en que se cumplen, el movimiento del Sol, las estrellas y las mareas y, si esto no es posible, lo que desea en segundo lugar es vivir con la Naturaleza, con los arroyos, los bosques y los dioses del campo, ajeno a la política, al Imperio y a los reinos que se elevan y caen, indiferente a las disputas de los tribunales, a las luchas por ambición, al aplauso del populacho y al destierro que espera al fracasado. Es la tierra la que ofrece una vida digna, la que sustenta al hijo y al nieto, la que aumenta las cosechas, los animales y los viñedos; he aquí una verdadera vida de familia, tradiciones de bondad e inocente alegría. Éste fue el modo de vida en que fueron educados los viejos romanos, y por esto Roma llegó a ser lo más glorioso del mundo.

En el mismo poema hay otro pasaje igualmente

célebre en el que Virgilio elogia a Italia. No pueden rivalizar con Italia ni las riquezas de Persia, ni las de Arabia, ni las de ningún otro país oriental. Cierto que Italia carece de las glorias míticas de un pasado remoto; pero sus cosechas son abundantes, rebosan las viñas y los olivos, sus rebaños son numerosos; la primavera es allí perenne, se hace la recolección dos veces al año, y no se conocen plantas ni bestias dañinas. Y entonces surge el verdadero romano que había en Virgilio. Pues por muy grande que fuera el amor del romano por el campo —del que rara vez se olvidaba—, era en la ciudad donde veía la marca distintiva de la civilización y la obra específica de Roma en el mundo. "Pensad también —continúa el pasaje— en todas esas nobles ciudades, obra de la mano del hombre, ciudades trabajosamente hincadas sobre empinadas rocas, con ríos que se deslizan al pie de sus inmemoriales muros. Pensad en los mares que bañan la tierra por ambos lados, y en los lagos: el gran Lago de Como, y el Lago de Garda, que se alborota con la rugiente marejada de un océano; los puertos y la ensenada Lucrina con su fuerte malecón contra el que se estrella el mar con estrépito... Fue esta tierra la que engendró una raza de hombres recios: los marsos, la juventud sabélica, los ligures avezados a las penalidades, los volscos armados con sus cortas lanzas; la tierra que engendró a hombres como los Decios, como Mario y el gran Camilo, y los Escipiones endurecidos en la guerra, y a ti, también, gran César [Augusto], que triunfante ahora en las remotas costas de Asia, rechazas a los apocados indios desde las aguerridas colinas de Roma." Luego viene la conclusión: Roma era grande por sus tierras y grande por sus hijos, y la tarea de Virgilio es cantar en las ciudades construidas por estos hijos una canción romana en la que se glorifique el trabajo en los campos itálicos —como Hesíodo en otro tiempo había cantado a los griegos—. "¡Salve a ti, excelsa madre de las cosechas, tierra de Saturno, excelsa madre de hombres! Quiero en tu honor enaltecer las cosas de ese arte de la agricul-

tura que desde antiguos tiempos ha sido tu gloria. Me atrevo a abrir esos sagrados manantiales, y canto por las ciudades romanas la canción que cantó Hesíodo a los griegos." El romano consideraba la vida orgánica de las ciudades como el instrumento principal de la civilización; pero no se olvidaba del campo —sus goces, su reto a la capacidad del trabajo y a las facultades administrativas, su papel esencial de madre de los hijos de una nación.

En la multiplicación de las ciudades por todo el Imperio, Roma empleó los métodos más prácticos y directos. En la mayor parte de las provincias existía ya la vida urbana. Roma le dio nuevo impulso, y con frecuencia rehacía los planos de las ciudades y las reconstruía. En Britania, antes de que llegaran los romanos, no existían ciudades; los únicos grupos de viviendas estaban situados en lugares altos y se habían construido con el propósito de defenderse contra las tribus vecinas. Durante un siglo a dos se estableció en los valles la vida urbana con el fin deliberado de divulgar el modo de vida romano; los habitantes de Britania no se adaptaron, y las ciudades fueron decayendo. La gente las abandonaba porque prefería ganarse la vida en los bosques y en las llanuras a trabajar como comerciante o artesanos para el campo circunvecino. La civilización romana, que había penetrado poco, se reconcentró en las grandes "villas" o casas de campo que se sostenían independientemente. En Britania, al contrario que en el Continente, fracasó la política de crear ciudades.

Siempre que los romanos fundaban una ciudad, la planeaban sobre trazos muy definidos. Por medio de un sencillo aparato con el cual el agrimensor determinaba un ángulo recto, se trazaban dos amplias calles que se cortaban perpendicularmente. Desde este cruce como punto de partida se marcaban parcelas rectangulares; a intervalos se trazaban calles de determinada anchura. Tenemos noticia de la "línea de edificación", de reglas referentes a la altura de los edificios y de disposiciones que prohibían el tránsito pesado durante ciertas horas. En el centro se

situaban los edificios públicos, las oficinas, la basílica, que se utilizaba para las reuniones y como sala para los tribunales de justicia, a veces una biblioteca, siempre un templo, y el espacio abierto del foro con sus columnatas. Por regla general, las tiendas se instalaban en barrios determinados, las de cada gremio en un mismo lugar. Los arcos monumentales a la entrada de las ciudades tenían esculturas y estatuas; a veces se cubría la confluencia de dos caminos con arcos en cuatro direcciones. Baños, teatros y anfiteatros eran una necesidad incluso en las ciudades más pequeñas.

Se suministraba a las ciudades una abundante provisión de agua que se transportaba por medio de canales subterráneos o de acueductos; desde los depósitos se llevaba el agua en tuberías de plomo hasta las casas. Catorce acueductos, con una longitud total de 426 km., cubrían las necesidades de la ciudad de Roma, suministrando quizá más de doscientos litros diarios por habitante. En muchas regiones de las provincias, el abastecimiento de agua era mejor en la época romana que hoy día, y algunos de los acueductos romanos todavía están en uso. El famoso Pont du Gard cerca de Nimes lleva a través del valle del Gard el agua que va hasta allí por canales subterráneos. Está formado por tres filas de arcos, uno sobre otro. Su altura máxima es de 49 m. El acueducto, todavía en pie, que abastecía a Cartago, era de 153 km. de longitud; parte iba por túneles y parte era sostenido por arcos gigantescos. El de Tarragona era de 35.50 km., y el de Lyon, de 17.50 km. Se empleaban tuberías de baja presión: las presiones altas exigen tuberías de hierro colado que los romanos no sabían hacer. Se utilizaba la energía hidráulica para los molinos y los aserraderos, y las fuentes de las plazas públicas, de los jardines y de las esquinas de las calles reflejaban la luz del sol, dando una sensación de frescura a las polvorientas ciudades. El cuidado de los acueductos era un servicio público que estaba a cargo de empleados del Estado o del municipio.

Esta sólida grandiosidad fue característica de todo lo que construían los romanos. Edificaban con miras a la utilidad y a la duración. Las calzadas romanas son el mejor ejemplo. En un principio su fin era principalmente militar y administrativo. Fueron aumentando de acuerdo con las necesidades y, con el tiempo, se utilizaron para todas las necesidades de la guerra, de la paz, del comercio y las comunicaciones. El topógrafo romano prefería las líneas rectas, trazadas de una cordillera a otra; pero tenía en cuenta la configuración del terreno, la pendiente y la defensa militar. A través de regiones montañosas, como los Apeninos y los Alpes, construía carreteras en zigzag, con extraordinaria pericia ingenieril; pero a través de una llanura tomaba la ruta más corta, sin utilizar los caminos que ya existían. Cerca de Cumas y Nápoles se abrieron largos túneles en las duras masas de roca volcánica. El revestimiento de las calzadas se construía cuidadosamente con capas de diferentes materiales, y los firmes han durado hasta hoy día. Igual de perfectos y duraderos fueron muchos de los sistemas de drenaje y alcantarillado.

No podemos detenernos aquí a describir los métodos empleados por los romanos en la construcción de casas, templos públicos, baños, teatros, puentes, puertos, etc., pues para tratarlos en la forma que merecen haría falta un volumen aparte. Pero debe mencionarse que el gran triunfo de los arquitectos romanos fue quizás el de lograr cubrir una gran superficie por medio de bóvedas. Primero se construía un esqueleto de arcos de ladrillo. Se llenaban los vanos con cimbras y se vaciaba sobre ellas el hormigón que, al fraguar, dejaba aparentes en el interior las nervaduras de ladrillo. Como este techado no ejercía empujes laterales, no hacían falta contrafuertes para sostener los muros. Este método fue un invento romano. Otras características de la arquitectura romana son de menos valor: las paredes y los pilares se revestían con losas delgadas de mármol, como si fuera chapa; el mal gusto en las ornamentaciones era frecuente y

no se atendía a la función estructural. En escultura, ornamentación, talla y pintura, los romanos dependían de artistas y artífices griegos y sirios y tenían poco gusto original. Sin embargo, la forma de presentar los temas, en especial los referentes a la política o los de significación religiosa, muestra considerable influencia de los propios romanos. En realidad, aunque hace algunos años se suponía que los romanos no sentían interés por el arte y que nunca crearon un estilo o una técnica originales, la investigación moderna encuentra en las esculturas romanas y en la arquitectura una peculiaridad y un carácter de cierto valor. Los romanos se interesaron en especial por el teatro, y algunos de sus bustos y bajorrelieves son notables por su realismo y cuidadosa representación del carácter.

Al romano le atraían la administración práctica y la construcción en gran escala. ¿Inventó alguna vez algo el romano? Muy poco, pero no por eso dejó de representar un papel muy importante, que debe explicarse con algún detenimiento.

Mientras los romanos se ocupaban en fortalecer su posición en Italia y en crear su imperio mediterráneo, en diversas ciudades del Oriente, en especial en Alejandría y Pérgamo, se fundaban escuelas de ciencias. Allí florecía lo que se ha llamado la ciencia "griega posterior", pero hay que advertir que muchos de sus exponentes más famosos fueron asiáticos helenizados. Se realizaron trabajos notables en matemáticas, mecánica, astronomía, medicina y botánica. Sin embargo, estos estudios se llevaban a cabo aisladamente, y no se hizo ningún esfuerzo por crear una filosofía sistemática de la ciencia. Uno de los primeros matemáticos fue Euclides, cuya obra no se limitó a los *Elementos de Geometría:* Euclides se interesó por la óptica y la música e inició la investigación de la idea de "límites", que fue el germen del cálculo. Aristarco (de Samos) intentó medir la distancia de la Tierra al Sol y a la Luna y computar sus tamaños relativos, y creía que la Tierra giraba alrededor del Sol. Arquímedes de Siracusa (287-212

a. c.), uno de los matemáticos más grandes de todos los siglos, nos es bien conocido. A él se debe el descubrimiento del "peso específico", el tornillo de Arquímedes, la teoría de la palanca, la determinación del valor numérico de π. Sus obras comprenden extensos tratados sobre mecánica, hidrostática y geometría. También inventó máquinas de guerra para defender a Siracusa contra los romanos. Herón de Alejandría (¿100 a. c.?) fue igualmente universal en sus investigaciones, aunque no se le puede comparar con Arquímedes en genio. Entre las materias de que trata figuran la mecánica, la óptica, la hidráulica, las ruedas dentadas y poleas, la transmisión de energía por medio del tornillo sin fin, la refracción de la luz y un teodolito primitivo basado en ésta, aparatos para arquitectos y constructores. En geografía se hicieron grandes progresos. Eratóstenes de Chipre (hacia el año 230 a. c.) estableció la base de la geografía matemática: midió la Tierra, trazó paralelos, y sugirió la circunnavegación del globo. Estrabón (de Amasia, en Ponto, nacido en el año 63 a. c.) escribió una geografía general, y dibujó mapas que tenían en cuenta la importancia de la proyección. Pero fue Tolomeo de Alejandría (muerto hacia el año 180 d. c.), quien escribió la geografía más completa que tenemos. Y aún pueden añadirse más nombres. Dioscórides (hacia el año 55 d. c.) escribió sobre las medicinas y la influencia de su tratado puede comprobarse hoy día en cualquier farmacopea. Análogamente las obras de Galeno de Pérgamo (131-201 d. c.), de las cuales se conservan veintiún tomos, contienen un magnífico estudio sobre la biología y la medicina. Traducidas del latín al sirio y al árabe, dominaron el pensamiento y la práctica en esos campos durante toda la Edad Media, y durante mil años, en realidad, no apareció ninguna nueva obra de este género.*

Estos descubrimientos se hicieron dentro del mundo romano. Se ha indicado a veces que los romanos no supieron aprovechar los descubrimientos de los

* Cf. Singer, *Historia de la ciencia*, Fondo de Cultura Económica.

griegos por la falta de imaginación, de inteligencia o de interés. Esta opinión es injusta, pues descuida ciertos factores. Los inventores mismos no llevan sus descubrimientos muy lejos y no se ocupan de buscar aplicaciones prácticas. El propio Arquímedes se resignó a crear máquinas de guerra sólo por la apremiante insistencia del rey de Siracusa, pues sabemos que consideraba sórdidos e indignos el trabajo mecánico y la habilidad práctica. Su pasión consistía en la pesquisa de bellas y sutiles teorías, no contaminadas por las necesidades ordinarias de la vida. Euclides replicó a uno que le preguntó para qué servía la geometría, pidiendo a los circunstantes que le dieran un centavo si creían que debía ganar algo con el estudio de esa ciencia. Por otra parte, las aplicaciones prácticas que se hacían eran por lo general triviales. Las investigaciones de Herón no son de despreciar, pero dedica una página tras otra a la descripción de inventos, ciertamente curiosos, pero que encierran ideas dignas de un desarrollo más útil y más serio. Por ejemplo, la expansión del aire caliente dentro de un altar hueco hace funcionar un mecanismo para abrir las puertas del templo sin intervención humana; la propulsión del aire causada por el agua al caer de un tanque a otro hace que canten los pájaros de metal colocados en el borde de una fuente, al mismo tiempo que un buho da la vuelta en su percha para lanzarles una mirada de reproche; el vapor introducido en una esfera hueca con tubos de salida doblados en ángulo recto hace girar la esfera (el principio de la propulsión a chorro en su forma más simple). Pero los principios apenas se desarrollaban y la mayoría de las demostraciones se quedaban en la mesa del laboratorio: no llegaban a ser aplicados en la industria.

En segundo lugar, una buena parte del trabajo de aquellos hombres de ciencia se realizaba gracias a las circunstancias que los romanos habían creado. Por ejemplo, Estrabón, el geógrafo, pudo viajar gracias a que la paz romana le dio ocasión para ello y porque las autoridades le prestaron su ayuda. Como traba-

jaba en Roma, estuvo en relación con administradores de las provincias y comerciantes, y pudo reunir gran cantidad de datos auténticos. Dioscórides, que escribió obras sobre medicamentos, era cirujano del ejército. Galeno trabajó en Roma, donde tuvo una clientela numerosa, una reputación enorme y tres emperadores como pacientes. Tolomeo utilizó los itinerarios que le proporcionaron funcionarios, comerciantes y soldados romanos. Los romanos se interesaron en parte por los resultados de esta actividad y llevaron a cabo las aplicaciones prácticas más obvias. Los griegos se dedicaban a la medicina, la arquitectura, la cirugía y demás; pero eran los romanos los que construían hospitales y organizaban un servicio médico militar, o empleaban la geometría para construir carreteras o para la conducción de agua.

En tercer lugar, se considera con justicia a los romanos un pueblo práctico. Aunque utilizaban técnicos extranjeros, eran ellos los que sentaban las normas directrices, reservándose los trabajos de administración. Lo que proporcionaba mayor goce al romano era el cultivo de la tierra, o la subyugación de la naturaleza rebelde. Aplicaron todos los medios prácticos para transformar los desiertos en tierras habitadas y cultivadas, para organizar recursos y elevar el nivel de la vida. Todo esto requería una imaginación creadora, no menos que los descubrimientos teóricos.

En cuarto lugar, hay que recordar que los romanos se encontraron frente a la tarea de diseminar los conocimientos existentes, más bien que a la de ampliarlos. Habían emprendido la obra de civilizar el Occidente, y, para los pueblos que estaban educando, esos conocimientos eran suficientes, y más que suficientes, a medida que estos pueblos se mezclaban más y más con los bárbaros que penetraban en las provincias occidentales.

Por otra parte, las condiciones económicas no exigían nuevas técnicas ni nuevos inventos. Aunque en el siglo II del Imperio el trabajo de los esclavos era mucho menos productivo que antes, no existía

escasez de mano de obra, y faltaba estímulo para idear métodos para economizar tiempo y trabajo. Además, las tendencias económicas del Imperio estaban todas contra el desarrollo de procedimientos nuevos. Se exportaban artículos manufacturados de una provincia a otra, o de Italia a las provincias, pero no en proporciones que puedan compararse a las actuales.

Por otra parte, a medida que las provincias establecían sus industrias propias, tendían a satisfacer sus propias necesidades, sin preocuparse de buscar otros mercados. En el siglo III, por razones que veremos en un capítulo posterior, hubo un movimiento de población de las ciudades al campo; y a medida que las propiedades rústicas se hacían más grandes y se generalizaba un sistema de administración casi feudal, los antiguos métodos de fabricación se iban estereotipando y eran suficientes para proveer las necesidades de una región limitada. Las diferentes comarcas vivían con su economía propia, independientemente de los recursos o las manufacturas de los distritos circunvecinos. Cuando prevalece una independencia económica de este género, no hay estímulo para inventar nuevas técnicas.

Finalmente hay que tener en cuenta que al romano siempre le disgustaron la rutina y el trabajo manual de la industria. El punto de vista del romano acomodado está claramente expresado en una carta de Séneca, y debe observarse que, en esencia, hay poca diferencia en la actitud de Platón. Séneca deriva de Posidonio, el último de los filósofos griegos en la tradición directa de Platón y Aristóteles, la siguiente clasificación de las artes: *i)* las vulgares y envilecedoras, *ii)* las que distraen los sentidos de la vista y el oído por ardides ilusionistas, *iii)* las apropiadas para la primera educación de los niños, *iv)* las liberales o artes compatibles con la libertad (*libertae*). Las primeras son "artes manuales" que se ocupan solamente de proveer para las necesidades de la vida; las segundas son de bastante destreza, pero se refieren sólo a pasatiempos más bien vulga-

res; las terceras son las habilidades adquiridas durante la educación, análogas a las artes liberales, por ser preliminares a éstas. Las artes liberales son las únicas que ponen al hombre en el camino de la virtud, aunque no puedan hacerlo virtuoso: "Sólo son liberales aquellas artes que conciernen a la virtud", es decir, al carácter humano y al espíritu humano, tal como se manifiestan en la conducta moral. Y, en último término, es únicamente la filosofía la que trata de lo bueno y de lo malo. Dos o tres generaciones antes, Cicerón había dicho algo muy semejante en una larga discusión que aparece en el primer libro de su tratado *Sobre los Deberes*. Considera que en un taller no puede haber nada digno de un hombre libre; las ocupaciones "que el público detesta", como las de los empleados de aduanas y los prestamistas, son "sórdidas"; el comercio al por menor, puesto que se compra para vender inmediatamente, no es honorable; la importación de artículos en gran escala para satisfacer las necesidades de una región extensa es más respetable. Las artes que alcahuetean con los placeres son despreciables. La medicina, la arquitectura y demás, ocupan un lugar más elevado en la escala, ya que implican amplias perspectivas y es indudable su utilidad. En todo lo que aporta ganancias hay algo sordido; sólo para la agricultura se reservan los encomios: "nada mejor, más atractivo, nada más apropiado para un hombre libre". La ocupación más elevada es, desde luego, el servicio público, desempeñado con las virtudes de integridad y devoción, benevolencia y lealtad para el bien de todos los conciudadanos. A pesar de estas opiniones, hombres como Cicerón y Séneca tenían intereses en empresas comerciales, pero sólo, por decirlo así, a larga distancia y en gran escala. Durante el Imperio, estos prejuicios anticuados se modificaron mucho: se tendía a estar de acuerdo con la afirmación de Vespasiano de que el dinero no huele. Pero era demasiado tarde y demasiado difícil cambiar la tradición.

Además, las otras influencias que se han seña-

lado estaban todas contra el desarrollo de nuevas técnicas, y las influencias de este género suelen llegar más allá de la diagnosis, e incluso de la comprensión de los hombres de la época, que son impotentes para contrarrestarlas.

VII

LA ACTITUD ROMANA RESPECTO A LA RELIGIÓN Y LA FILOSOFÍA

Cicerón... el de suprema elocuencia, el que pesaba y medía sus palabras con el mayor esmero... el que inició y llevó a la perfección la filosofía en lengua latina.

SAN AGUSTÍN

En capítulos anteriores hemos examinado la actitud del romano con respecto a su religión. El romano era incapaz de considerar la religión como algo independiente de la historia, y la historia era la historia de Roma. Para él, como individuo, tenía poco atractivo. Sentía que en cierto modo se hallaba dentro de un Estado que en alguna forma incomprensible estaba relacionado a su vez con los poderes divinos que regían su historia y su destino. Además era conveniente mantenerse en armonía con los numerosos dioses que formaban el fondo espiritual sobre el que se desenvolvía su propia vida y colocarse en la órbita de sus actividades o propósitos. En las leyendas de los héroes romanos encontraba ejemplos de ciertas cualidades morales que obtenían una sanción más que humana porque aparecían en la historia, que se presentaba bajo la tutela divina. Pero en lo que se refiere a la atracción emotiva, al fortalecimiento del espíritu, a la explicación de la vida y sus problemas inmediatos, la religión romana tenía poco que ofrecer. El romano, o se mantenía firme e inconmovible sobre una base limitada de derecho y de deber —"una mente consciente del derecho"—, negándose a extraviarse en cosas que estaban más allá de la facultad de comprensión del hombre, o suplía las deficiencias de su religión romana recurriendo a otras religiones extranjeras o a la filosofía.

La actitud romana respecto a las religiones extranjeras puede describirse brevemente. Cuando los mantenedores oficiales de la religión del Estado re-

conocían públicamente un culto no-romano concediéndole un lugar entre los festivales públicos, o un emplazamiento para un templo, procuraban que el culto se transformara de manera que se adaptase a la tradición romana. A menudo se cambiaba la leyenda o la historia, se modificaban el ritual y la terminología, y de esta manera el culto adquiría un fuerte carácter romano. Cuando esto no era posible, por lo menos se suprimían los elementos inconvenientes.

Durante los últimos cien años de la República, la religión del Estado perdió parte de su influencia sobre el sentimiento romano. El aumento de riquezas y poder habían conducido a un materialismo que en su primera manifestación podía prescindir de los dioses. La expansión del Imperio y la afluencia de extranjeros a Roma con motivo del movimiento comercial y de otras actividades en que Roma estaba ahora ocupada, habían llevado cultos extranjeros a Italia que se recibían con agrado, pues ofrecían un elemento afectivo del que carecía la religión romana, al mismo tiempo que exaltaban la importancia del individuo, y contenían estímulo y experiencias personales y, a veces, incluso un destino en un mundo futuro. Por otra parte, el contraste entre el "pueblo" y los elementos gobernantes más antiguos de la población de Roma era ya muy notable. El pueblo había aumentado con la llegada de extranjeros de temperamento diferente al romano y prácticamente opuesto al partido senatorial. Por inclinación natural y por razones políticas y sociales, estos extranjeros eran indiferentes u hostiles a la religión y a las normas de la antigua tradición romana y les atraían más las formas de los cultos más modernos. La presión era demasiado grande, y el Estado tenía que tolerar todas las religiones practicadas por individuos, siempre que no fueran inmorales o peligrosas desde el punto de vista político, en el sentido de que predicaran doctrinas políticas bajo la forma de religión. Poco a poco fueron reconociéndose oficialmente varios cultos orientales, aunque siempre

se tomaban precauciones respecto a su número y carácter y no se permitía que construyesen sus templos dentro de los sagrados límites de la ciudad de Roma.

Por ejemplo, en la segunda Guerra Púnica un oráculo sibilino ordenó que los romanos acogieran a Cibeles, la "Magna Madre" del Monte Ida, en Asia Menor, si querían salvarse de Aníbal. Se escoltó a la diosa hasta Italia, hasta la misma Roma, se instaló en el Templo de la Victoria con sus sacerdotes orientales y su extravagante música, y luego se la abandonó deliberadamente. Se prohibió a los ciudadanos tomar parte en el ritual que, como diosa de la "Naturaleza", le correspondía, y se ridiculizaron las exóticas ceremonias y el extraño orientalismo de sus sacerdotes. Se celebrarán en su honor festivales romanizados, pero el culto no alcanzó una expresión completa hasta el siglo III d. c., cuando la capital romana empezó a aceptar las influencias orientales con menos reservas. Desde que se introdujo en el año 204 a. c., fue regido por la comisión de quince miembros que se encargaba de la orientación del culto público. En el año 186 a. c., el frenesí característico del culto de Baco, recién introducido en Roma, embargó a miles de romanos. El orden público y la decencia pública se vieron amenazados, y el culto fue suprimido por la ley. Pero si algún ciudadano consideraba que era caso de conciencia para él practicar este culto, podía obtener permiso del magistrado de la ciudad (que a su vez tenía que consultar al Senado). Sólo podían reunirse cinco fieles. Del mismo modo, en el último siglo de la República y a principios del Imperio, se expulsó en varias ocasiones a judíos proselitistas, a astrólogos, a nigromantes y a otros muchos. Con tanta firmeza había restaurado Augusto los cultos romanos, y tan a conciencia cumplieron con su deber los círculos senatoriales, a quienes él había confiado la custodia de la religión romana, que los dioses orientales, egipcios, sirios y persas no lograron introducirse dentro de los límites sagrados de la ciudad sino hasta el siglo III d. c.

En consecuencia, los cultos extranjeros eran sometidos a tres pruebas: *1)* ¿Podían alterar la posición dominante de los cultos romanos? *2)* ¿Eran peligrosos políticamente? *3)* ¿Eran deseables moralmente? Si salían bien de estas pruebas, la tolerancia era absoluta.

A partir de la época de Augusto aparece una nueva forma de culto romano: el culto al Emperador. La frase "el culto al Emperador" se emplea aquí deliberadamente por ser corriente en aquel entonces; aunque es dudoso que la frase sea acertada, como quizá pueda colegirse de la breve reseña que sigue. Aun a riesgo de incurrir en una simplificación excesiva, vamos a abordar esta cuestión desde tres puntos de vista: primero, de las provincias orientales; segundo, el de Roma y, tercero, el de las provincias occidentales.

En el Mediterráneo oriental el culto del Emperador surgió espontáneamente. La línea divisoria entre Dios y el Hombre no estaba bien definida. La teoría de que los dioses y los héroes de los viejos tiempos fueron hombres que habían sido útiles a su patria o a la humanidad era aceptada por todos; la filosofía había hablado de la chispa o elemento divino que hay en el hombre. Se había rendido homenaje, al modo oriental, a los sucesores de Alejandro, empleando las fórmulas y el lenguaje de la religión. Al gobernante que había proporcionado bienestar a sus súbditos se le daban títulos tales como "Bienhechor" (*Eurgetes*) y "Salvador" (*Soter*). El monarca y sus responsabilidades constituyeron un tópico importante en varias de las escuelas de la filosofía griega. En un gran número de obras literarias, algunas de las cuales se conservan aún, se examinaron las cualidades del rey ideal. La justificación de su cargo se fundaba en cualidades tales como el amor a la humanidad, la justicia, la bondad y la capacidad de servir a sus súbditos, pues la divinidad de los gobernantes consistía en el grado en que manifestaban los más altos principios de la naturaleza divina. En los buenos gobernantes la divinidad se revelaba en forma

que estuviese al alcance humano. Los orientales atribuían a los gobernantes títulos aparentemente divinos con tanta facilidad, que los aplicaban con frecuencia hasta a los gobernadores romanos de las provincias. Por tanto, no debe causar sorpresa su afán de atribuir títulos extravagantes al Emperador que les había dado paz y prosperidad.

En Roma y en Italia las cosas eran diferentes. A los romanos les repugnaba la idea de atribuir divinidad a un hombre en vida; pero, como hemos visto, la actitud que tenían hacia el pasado era de tal naturaleza que veneraban la memoria de sus grandes hombres, que personificaban el destino de Roma y las cualidades morales que la habían hecho grande. Además, la idea del "genio" (véase la página 22) expresaba en forma sobria algo del sentimiento que en el Mediterráneo oriental se manifestaba con mayor exuberancia. Y así, el cumpleaños de Augusto se celebraba como un acontecimiento de importancia extraordinaria para Roma. Él, o su cargo, iba asociado con Roma, y se autorizó y estimuló oficialmente el culto de "Roma y Augusto" como demostración de lealtad. El nombre de Augusto —que era un título y no un nombre propio— evocaba ideas de "aumento" y de "santidad". Este culto se extendió inmediatamente por toda Italia, y en todos los municipios los "colegios" y las "cofradías" se encargaron de su organización y se practicó con entusiasmo. Pero no se "consagró" en vida a ningún Emperador y tampoco fueron "consagrados" todos los emperadores después de muertos.

En las provincias occidentales el culto imperial se celebraba en los municipios y en los lugares donde se reunían los concilios provinciales. De los dos elementos de que constaba —"Roma y Augusto"— el acento recaía sobre Roma, ya que lo que en realidad se admiraba era la civilización romana. Para el romano la civilización era algo nuevo en un sentido que no tenía para el oriental. Para ellos el culto comprendía los beneficios de la ley, del orden, del comercio y de las letras, de la prosperidad material

y de una defensa fronteriza segura contra los bárbaros del norte.

Poco después de terminar el siglo II, cuando el Emperador podía ser africano o sirio o tracio, el culto adquirió en Italia una modalidad diferente, y la adulación y el servilismo toleraban cualquier extravagancia que el Emperador pudiera exigir. Si se había llegado a identificar al dios Júpiter con el dios-Sol persa, podía esperarse en el culto imperial cambio de matiz oriental. Se podía "deificar" a toda la familia del Emperador reinante, pero esto significaba solamente la observancia de ciertas formas externas y la concesión de cierto grado de carácter sagrado.

Debemos ver en el culto una expresión de lealtad hacia el Principado, hacia el gobierno de Roma y hacia las ideas que Roma representaba. Se atribuía a la misión del Emperador ciertas "virtudes", tales como las que en la filosofía helénica hemos visto como atributos del gobernante. La "virtud", la bondad, la justicia y un sentido religioso del deber son cualidades que se dan por sentadas. Las leyendas que aparecen en las monedas acuñadas y las inscripciones señalan otras muchas "virtudes", como la *providentia,* o sea la preocupación por el bienestar futuro del Imperio. Sin embargo, la atribución de estas virtudes al Emperador no quería decir que necesariamente el Emperador reinante las ejercitara, aunque a menudo servía para dar fe de actos de generosidad o de hábiles medidas de estadista; esta atribución indicaba más bien la idea general de la función imperial.

El mundo estaba lleno de religiones y filosofías. La facilidad para trasladarse de un lado a otro, las múltiples necesidades del comercio, las actividades militares, los deberes oficiales, etc., obligaban a hombres de todas clases a viajar para diversos asuntos, de un extremo a otro del Imperio. Estos hombres llevaban consigo sus religiones. El culto a Mitra, el dios-Sol persa, existía dondequiera que las tropas romanas estuvieran destacadas, así como en las líneas de comunicación, porque Mitra era sobre todo el

dios de los soldados. Silvano era un dios primitivo de los campos de Italia y, sin embargo, se le describe a veces como *invictus*, "invicto", epíteto empleado para Mitra. Esto demuestra que un dios era identificado o fundido con el otro. Podemos seguir los movimientos de los dioses por medio de las inscripciones de las altares, las ofrendas, las lápidas y los testimonios de acción de gracias que han sido descubiertos. Se encuentra a Júpiter Capitolino en Oriente, a dioses egipcios en las provincias occidentales, y el ritual de un culto tomaba con toda libertad elementos del otro. Con frecuencia se invocaba a varios dioses con una larga fórmula común. Una dedicación típica es "a Júpiter Óptimo, a Máximo, a Juno Regina, a Minerva, al Sol Mitra, a Hércules, a Marte, a Mercurio, al genio del lugar y a todos los dioses y diosas". La fusión de dioses y cultos fue consecuencia del desconcierto ante el gran número de cultos que había, de las afinidades patentes en ritual y en promesas para los fieles, y del anhelo de asegurarse el favor divino. Todos estos motivos y causas contribuyeron a crear una tendencia monoteísta, que fue reforzada con las ideas procedentes de las enseñanzas filosóficas que llegaban al pueblo.

De la religión pasamos a la filosofía, y como puente para el paso utilizamos a Lucrecio, poeta de genio potente y original, que, empeñado en desacreditar la religión, logró tan sólo exponer el entusiasmo religioso más sincero de la literatura romana. Casi nada se sabe de Lucrecio. Murió de edad madura en el año 55 a. c., dejando su poema sin terminar. Se propuso interpretar el mundo, la vida y la conducta humana de acuerdo con las ideas del filósofo griego Epicuro (muerto en el año 270 a. c.), y logró su propósito, pues, aunque *De la naturaleza de las cosas* es un poema didáctico en seis libros, en los que se expone, en el lenguaje más técnico de la época, una concepción filosófica del mundo, o científica, como diríamos ahora, ningún orador callejero racionalista podría haber demostrado mayor ardor, ningún místico un sentimiento más profundo de las

misteriosas y majestuosas funciones de la naturaleza material. Porque Lucrecio abrazó con ardor las esperanzas que en él había despertado su profeta, Epicuro. "Cuando ante los ojos de los hombres yacía inmóvil sobre la Tierra la Vida Humana, postrada en triste aflicción, vencida y abrumada por el peso muerto de la Religión, que asomando la cabeza desde los lugares celestiales, con su faz terrorífica, se cernía amenazadora sobre los mortales, entonces hubo un hombre en Grecia que tuvo el valor de alzar los ojos —los ojos de un mortal— para verla y ser el primero en enfrentarse con ella. Ni las historias acerca de las dioses ni los rayos de los dioses ni el cielo con sus amenazas y sus truenos, pudieron contener a este hombre; sólo lograron estimular más la osadía escrutadora de su mente que le empujaba a ser el primero en destrozar los barrotes que cierran las puertas del mundo de la Naturaleza. Y así, la violenta energía de entendimiento alcanzó la victoria; llegó mucho más allá de las llameantes murallas del universo y en mente y en espíritu recorrió el todo ilimitado. De allí, trayendo en triunfo su botín, regresa a decirnos qué cosas pueden llegar a existir, y qué cosas no: en resumen, cuál es el principio que delimita las potencialidades de cada cosa, y cómo las señales que marcan sus límites se encuentran en lo más recóndito de la cosa misma. De este modo la Religión es a su vez vencida y pisoteada; la victoria de este hombre nos coloca a la altura del cielo."

Tal es la deuda de Lucrecio a Epicuro. De una manera breve, puede decirse que el epicureísmo se derivaba del determinismo atómico de Demócrito. El universo es el resultado de aglomeraciones casuales de átomos, que varían de forma y de tamaño y caen a través del espacio. Según van cayendo, pueden desviarse —el porqué no está claro— y chocar y formar combinaciones; por eso el mundo tiene variedad, las leyes no son rígidas, y el hombre está sujeto a causas predeterminadas sobre las que no puede influir. Todas las cosas están hecha de mate-

ria, incluso el alma, aunque el grado de "enrarecimiento" de la materia puede variar. La materia puede separarse en átomos, que son lo único indestructible. Por tanto, todo es perecedero, excepto los átomos y los cuerpos de los dioses, que residen en los espacios vacíos que hay entre los universos y que, como no pueden chocar con nada, son inmortales. Si todo es material, las ideas y las impresiones de los sentidos —la vista por ejemplo— son materiales. Se originan porque las cosas expelen cáscaras de átomos, por decirlo así, que chocan con los órganos de los sentidos de la mente misma. Por tanto, los dioses existen realmente, porque tenemos una idea de ellos. Son felices y no les importa nada la felicidad del hombre, al que ni siquiera han creado. El hombre puede venerar a los dioses y exponerse a sus emanaciones y así adquirir quizás parte de sus cualidades. La contemplación, por consiguiente, puede proporcionar algunos beneficios. Pero los dioses no influyen en los hombres voluntaria ni conscientemente. La aspiración del hombre es la felicidad, aunque no la excesiva indulgencia en el placer, porque esto puede traer dolor; la meta es alcanzar la paz del cuerpo y del alma. Sobre todo, hay que librarse del miedo a la muerte y de la cólera de los dioses; la muerte es inconsciencia; la cólera de los dioses un mito.

Y así, extendiéndose ampliamente, el poema va exponiendo las consecuencias de esta doctrina para el conocimiento humano y la vida humana. He aquí los temas del libro quinto: la naturaleza del mundo y la mortalidad; la formación del mundo; los movimientos de los cuerpos celestes; la vegetación y los animales y su origen; la extinción de los animales y la lucha por la existencia; el hombre primitivo; la civilización primitiva; el origen del lenguaje; el descubrimiento del fuego; los principios de la política y de la religión; el descubrimiento de los metales; la guerra primitiva; la invención de la música; la civilización en conjunto. La teoría científica se expone con una maestría y una convicción que nos arrastra; quizá pueda criticarse la obra en muchos

aspectos, pero no puede decirse que no es concienzuda. Por ejemplo, se dan siete razones para explicar por qué el alma tiene que perecer con el cuerpo, y la conclusión del estudio empieza así:

"La muerte, por tanto, no es nada para nosotros, y no nos concierne en absoluto, puesto que se ha demostrado que la naturaleza de nuestra mente es mortal. Lo mismo que nosotros no sentimos ningún dolor en los días ya lejanos, cuando los cartagineses nos cercaban por todos lados para obligarnos a combatir, y todas las cosas se conmovieron en la espantosa confusión de la guerra, temblando de terror bajo los altos confines de los cielos, cuando los hombres se preguntaban cuál de las dos naciones sería aquella a cuyo imperio se sometería todo el género humano por mar y por tierra, así también en días venideros, cuando ya no existamos, cuando el cuerpo y el alma, por cuya unión estamos fundidos en seres individuales, estén separados, entonces, indudablemente, a nosotros, que habremos dejado de ser, nada nos podrá ocurrir, nada podrá despertar nuestras sensaciones, no, aun cuando la tierra se confunda con el mar y el mar con los cielos."

Pero los pasajes que causan mayor admiración son aquellos en que una imaginación certera describe la naturaleza y la vida del hombre en los primeros días. Lucrecio carecía de datos antropológicos, no podía observar directamente a las tribus, ni disponía de ninguna colección de fósiles o utensilios, ni de pinturas rupestres. Sin embargo, sus descripciones son asombrosamente vívidas y correctas, según las teorías modernas. Además, su observación de la naturaleza cuida de los detalles y es penetrante y comprensiva. La descripción de diferentes tipos de caracteres, emociones y móviles humanos es segura y convincente. En pasajes como éstos el hexámetro latino se eleva a nuevas alturas que nadie superó.

El poema se destaca, aislado y único. El epicureísmo no tenía en Roma muchos adeptos. Virgilio y Horacio lo adoptaron sin llegar a tomarlo en serio y luego lo abandonaron. Lucrecio no tenía discípu-

los, *ni* predecesores que le mostraran el camino, ni tuvo en la posteridad lectores que lo admiraran como filósofo. Fue simplemente un poeta cuyo genio sometió a su voluntad un tema de los más difíciles de tratar. Con toda su pasión materialista Lucrecio protesta no tanto contra la religión como contra las formas de religión, cuya influencia en Roma estaba creciendo. Se le ha acusado de exagerar los aspectos burdos de la religión, contra los que prorrumpía en invectivas: la creencia en los sueños, los ritos de magia, los sacrificios, los maleficios y la superstición en general. ¿Exageraba Lucrecio la importancia de todo esto en la religión romana? Desde luego, si hubiera pensado únicamente en la religión romana; pero Lucrecio se refería también, y probablemente en primer lugar, a las prácticas orientales que en aquella época estaban ejerciendo gran influencia sobre la mentalidad romana. No era contra los dioses, ni tampoco contra un concepto de la vida que admitiera sus maravillas y misterios contra lo que Lucrecio protestaba; lo que le sacaba de quicio era la sumisión voluntaria y la degradante esclavitud del hombre a burdas y terroríficas supersticiones que podían desaparecer con unos breves momentos de razonamiento sereno. "Al fin, la vida de los tontos acaba por ser un infierno en la Tierra." Con el apasionado fervor de un converso religioso, Lucrecio ataca, en nombre de la razón, a la irreligión de la religión.

Mientras que el epicureísmo no tuvo en Roma muchos adeptos, ocurrió lo contrario con el estoicismo, pues los romanos fueron estoicos por naturaleza mucho antes de que oyeran hablar del estoicismo. El fundador del estoicismo fue Zenón (350-260 a. c.) de Citio, que vivió y enseñó en Atenas. El estoicismo se inspiró en la filosofía griega y estaba en contacto con las ideas filosóficas que emanaban del Oriente. Sus partidarios se ocuparon de la mayoría de los problemas que hasta entonces había planteado la especulación filosófica —metafísicos, físicos, fisiológicos, éticos, lógicos, políticos— y propagaron sus enseñanzas por todo el Mediterráneo oriental. Pero

el estoicismo romano era muy diferente. Ningún romano adoptaba una filosofía en su totalidad. Algunas de sus partes no le interesaban, otras las amoldaba a sus propias creencias instintivas, encontrando en ellas la exposición de lo que él nunca había llegado a enunciar por sí mismo. Tal vez sea una exageración decir que adoptaba solamente aquello que se ajustaba a los ideales romanos, ya que indudablemente los estudios filosóficos influyeron en la conducta y en el modo de pensar de muchos. Pero en realidad el romano no se interesaba mucho por la coherencia de un sistema, ni por investigar las cuestiones fundamentales de la metafísica. Le interesaban más que nada la acción y los móviles y justificación de ésta. De aquí que la filosofía romana sea principalmente ecléctica, que lo que más le interesase fuese la moral.

Sabemos que en el año 155 a. c. Atenas envió a Roma una embajada de la que formaban parte el representante más destacado de cada una de las tres escuelas de filosofía: la estoica, la peripatética (formada por los discípulos de Aristóteles) y la académica (formada por los discípulos de Platón). Enormes auditorios asistieron a sus disertaciones. Poco tiempo después, Panecio de Rodas (muerto hacia el año 109 a. c.) visitó Roma y se hizo amigo íntimo de Escipión Emiliano y de sus amigos literatos, Polibio y otros. El mismo Panecio, sin duda con el fin de adaptarla al carácter romano, modificó considerablemente la doctrina estoica. Más tarde Posidonio enseñó en Rodas. Cicerón lo visitó allí en el año 78 a. c. y es evidente que le debe mucho.*

Los juicios sobre Cicerón como escritor filosófico han sido muy diversos, pero es indudable que su influencia en el pensamiento y en las letras europeas ha sido profunda, en algunas épocas incluso mayor que la de Platón y Aristóteles. En la actualidad se le ridiculiza presentándolo como un vulgar intermediario de poca inteligencia. Juzgando con modestia sus

* Cf. *Historia universal de la filosofía*, de W. Dilthey. en la colección de Breviarios.

obras filosóficas, escribió él mismo en cierta ocasión en una carta a Ático, "son copias, y por tanto cuestan menos trabajo; lo único que hago es proporcionar las palabras, y éstas no me faltan", y ahora se le interpreta literalmente. En cierto sentido tenía razón, pero al proporcionar las palabras prestó un servicio incalculable al pensamiento y a las letras europeas. Modeló el idioma latino en tal forma que resultó lo bastante flexible y lo bastante claro para poner al alcance de cualquier persona inteligente no sólo las ideas filosóficas comunes en su época, sino también aquellas ideas que más adelante habían de crear la controversia y el pensamiento cristianos, la ciencia y la cultura europeas en todos los campos. Además, aun cuando las obras de Cicerón se deriven de otras, seleccionan lo que toman y lo presentan en tal forma que probablemente no hay mejor introducción a la filosofía moral, sin exceptuar al mismo Platón. Carece en absoluto de originalidad, excepto en el estilo, el lenguaje y la presentación; pero muchas generaciones aprendieron allí la gramática filosófica, y aún hoy son de valor incalculable. He aquí algunos de los títulos: *La república*, discusión imaginaria entre Escipión Emiliano y sus amigos, que se conserva en forma trunca; *De las leyes*, discusión entre Cicerón, Ático y Quinto Cicerón; *De los fines del Bien y del Mal*, otra discusión en la que se exponen y critican puntos de vista epicúreos, estoicos y académicos; las *Cuestiones tusculanas; De la naturaleza de los dioses; De la Vejez* (Escipión y Lelio visitan a Catón y escuchan sus sabias palabras); *De la Amistad; De los Deberes*. Éstos son algunos de los títulos de las obras suyas que suelen considerarse como filosóficas —muchas de ellas son ensayos, meditaciones y divagaciones animados con anécdotas, más bien que tratados ordenados y metódicos—. En todos estos escritos se habla del estoicismo en forma explícita e incidental. Así, en las *Cuestiones académicas* se presenta un resumen general de las enseñanzas de Zenón, en *De la naturaleza de los dioses*

(Libro II) se estudia la física estoica, en *De los fines* (Libro III), la ética estoica.*

Antes de hablar de las enseñanzas del estoicismo, diremos algunas palabras acerca de tres de sus últimos representantes. No trataremos de la carrera pública de Séneca, de su vida en la corte de Nerón, de su riqueza y de su muerte como supuesto conspirador contra la vida de Nerón, ni podemos ocuparnos de los juicios que los críticos modernos han formulado sobre él. Algunos de éstos lo repudian como la suprema personificación de una hipocresía nauseabunda, mientras que otros lo consideran un santo —"ese monje pagano, ese idealista, que se hubiera encontrado en su elemento con San Jerónimo o Tomás Kempis", que sentía una "pasión evangélica, casi como la de San Pablo, por descubrir a esas moribundas almas enfermas la visión de una vida más alta por medio de la disciplina práctica de la filosofía". Lo mejor que puede hacerse es tomar sus obras tal como se ofrecen y juzgarlas por sus méritos. Hay varios tratados con títulos tales como *De la Providencia,* que se ocupa de la cuestión, tan vieja como el mundo, de por qué el bueno sufre (los buenos no sufren, dice Séneca, de la manera que realmente importa); *De la ira; De la vida feliz; De la tranquilidad de ánimo; De la bondad; De la clemencia,* dirigida a Nerón y fuente de algunas de las ideas de Shakespeare contenidas en el magnífico discurso de Porcia. Además de éstos, Séneca escribió: *a)* las *Cuestiones naturales,* que, aunque no posean valor científico, contienen algunas descripciones excelentes de fenómenos naturales, *b)* tragedias, de gran influencia en la tragedia europea, y *c)* cartas a Lucilio. Las cartas, que ascienden a ciento veinticuatro, más bien que cartas son divagaciones, meditaciones o ensayos sobre "cuestiones serias". A veces empiezan con un anécdota o con algún episodio real de la vida de Séneca o Lucilio, siguiendo luego un sermón.

* Cf. Cochrane, *Cristianismo y cultura clásica,* el admirable capítulo dedicado a Cicerón. Fondo de Cultura Económica.

He aquí algunos ejemplos:

"Todo lo que me escribes y todo lo que de tu persona he oído me induce a esperar mucho de ti. No eres atolondrado ni te trasladas, inquieto, de un lugar a otro. Ese afán de vagabundear es señal de una mente enferma. Lo primero que denota una inteligencia serena es que pueda permanecer tranquila y demorarse consigo misma. Ten también en cuenta que la lectura de muchos libros y muchos autores de todo género pueden causar intranquilidad e inestabilidad. Hay ciertas obras inspiradas por el genio en las que debes detenerte y con las que deberías nutrir tu espíritu, si deseas sacar de ellas algo que se fije bien en tu mente. El hombre que está en todas partes no está en ninguna. Los que se pasan la vida viajando de acá para allá acaban por tener muchos conocidos con quienes pasar el rato, pero no amigos verdaderos. Lo mismo puede ocurrir si en lugar de estudiar a fondo a cierto hombre de genio pasas de una cosa a otra precipitadamente. Nada perjudica más a la salud que un constante cambio de remedios; ninguna herida se cicatriza si se cambian con frecuencia los vendajes, y no crecerá lozana la planta que se trasplante a menudo. Nada es tan provechoso que pueda hacer provecho de pasada. Una multitud de libros distrae la mente; puesto que no puedes leer los libros que tienes, es bastante que tengas los que puedas leer..."

"...No hay por qué levantar las manos al cielo, ni hay por qué tratar de evitar al guardián del templo para poder acercarse a los oídos de la estatua, en la creencia de que así tendrás la seguridad de que tus ruegos serán oídos: Dios está junto a ti, está contigo, dentro de ti. Ten por seguro, Lucilo, que el hálito sagrado [que anima al Universo] alienta en nosotros, vigilando y protegiendo lo malo y lo bueno que tenemos en nosotros; como nosotros lo tratemos, así nos tratará a nosotros. Nadie es bueno sin la ayuda de Dios. ¿Puede alguien elevarse sobre la fortuna sin la protección de Dios? Él es quien nos otorga el consejo que nos hace grandes, el consejo que es justo.

Dios mora en todo hombre bueno, aunque no sepamos qué dios. Imagínate que te encuentras ante un espeso bosque de añosos árboles, extraordinariamente altos, que ocultan el cielo con sus tupidas ramas entrelazadas. La hondura del bosque, la escondida soledad, las densas y cerradas sombras que inspiran pavor, cuando todo en derredor está al descubierto, le hacen a uno presentir un poder divino. Una cueva sombría abierta en la rocosa ladera de una montaña, una cueva que no se ha hecho con las manos sino que ha sido excavada, con sus espaciosas dimensiones, por obra de la naturaleza, hará que tu corazón se sobrecoja de temor religioso... Suponte ahora que ves a un hombre sereno ante el peligro, inconmovible a los deseos, feliz en la adversidad, tranquilo en medio de la tormenta, contemplando a los hombres desde un nivel superior, y a los dioses como iguales, ¿no sentirás un sentimiento de veneración? ¿No dirás: 'esto es algo demasiado serio, grave y elevado para considerarlo del mismo orden que esa frágil figura corporal en que se encierra'? Un poder divino ha descendido sobre él; esta inteligencia preeminente, con tanto dominio de sí misma, que pasa ligeramente sobre todas las cosas sabiendo que nada valen, riéndose de nuestros temores y de nuestras esperanzas, está ciertamente dotada de un poder celestial. Una cosa tan grande no puede mantenerse firme sin el apoyo divino... Vive —con la parte más grande de su ser— en el cielo del cual desciende."

Muy diferente de Séneca es Epicteto, esclavo de Nerón, más tarde libre y finalmente expulsado de Roma con otros filósofos. Epicteto se estableció en Nicópolis, Epiro, donde, sin recursos y físicamente incapacitado, se dedicó a la enseñanza. Se dice que fue amigo íntimo del emperador Adriano. Se han conservado notas de sus disertaciones, gracias a Arriano. Fue un espíritu profundamente religioso, aunque sin el apoyo de la fe en la inmortalidad personal. Se contentaba con cumplir en este mundo la voluntad de Dios sin esperar nada más. La apa-

sionada intensidad de sus creencias está expresada en un lenguaje violento y arrebatado. Irónico, mordaz y epigramático, lanza preguntas que penetran en el corazón de su auditorio, o bien proclama con indignación sus afirmaciones. Debió de ser un conferenciante de gran vehemencia.

Del ex esclavo en el aula que acusaba iracundo a su variado auditorio, pasamos a la tienda de campaña del emperador Marco Aurelio en Carnunto, Panonia, donde asumía su deber de mala gana, trocándose de meditabundo pensador en general en jefe de un ejército para defender la frontera norte del Imperio Romano, lo que hizo concienzudamente y con éxito. Pero a veces se reconcentraba en sí mismo y, mientras luchaba con algunos de sus problemas en los parajes melancólicos de su mente, tomaba notas de sus meditaciones, sus dudas y sus decisiones, que por raro accidente han llegado hasta nosotros. Algunos críticos consideran su *Soliloquio* —tal es el título de sus meditaciones— uno de los grandes libros del mundo. Otros ven en él simplemente las cavilaciones mórbidas de una mente afectada que se tortura por su propia irresolución introvertida. Son doce libros que permitirán al lector formar su propia opinión. Aquí presentamos dos ejemplos:

"Nada contribuye tanto a fomentar la grandeza de ánimo como examinar con método y honradez todas las cosas que acontecen en la vida y examinarlas a medida que ocurren, de tal manera que se forme una apreciación de la clase de universo a que pertenecen, del fin que en éste cumplen, de su valor en relación con el todo y en relación con el hombre, que es ciudadano de la más alta república, del cual todas las otras repúblicas, por decirlo así, son parientes; lo que cada uno es realmente y de qué está compuesto y cuánto tiempo, juzgando por su propia naturaleza, es probable que dure. Quiero decir, que debo formar este juicio de lo que ahora, en este mismo momento, se revela a mi conciencia. Y debo preguntarme qué virtud podría emplear para enfrentarme con ello, como, por ejemplo, la amabilidad, el

valor, la sinceridad, la confianza, la simple ingenuidad, la independencia."

"¿De qué os quejáis? ¿De la maldad del hombre? Considerad las proposiciones siguientes: las criaturas racionales han sido creadas las unas para las otras, y la clemencia es parte de la justicia; el hombre peca contra su voluntad; pensad cuántas personas después de una vida de amarga hostilidad, de sospechas, de odios y de peleas entre sí han muerto y se han convertido en ceniza —pensad en esto y entonces dejad al menos de lamentaros—. ¿Os quejáis de la parte asignada a vosotros de la suma total de las cosas? Recordad otra vez la alternativa 'la Providencia o los Atomos', y todas las pruebas de que el universo es una especie de república."

El estoicismo romano es una actitud hacia la vida basada en unas cuantas ideas fundamentales expresadas de diferentes maneras. No es precisamente una religión, aunque pueda adoptar una forma religiosa vehemente. No es un sistema filosófico, porque sus exponentes romanos dan poca importancia a este aspecto y expresan puntos de vista difícilmente reconciliables. Tampoco es un cuerpo de doctrina ética cuidadosamente enunciada; ni menos aún un simple reflejo del estoicismo griego, puesto que en este caso, como en otros muchos, los romanos imprimieron su propio sello a lo que asimilaban.* La escuela platónica y la aristotélica se dividieron en numerosos grupos, consagrados, no a las ideas fundamentales que habían preocupado a los fundadores (pues no se presentó ningún genio que se ocupara de ellas), sino a las cuestiones secundarias que quedaban al eliminar los grandes problemas. De este modo, la filosofía empezó a ocuparse cada vez más de los problemas inmediatos relativos a la conducta diaria del hombre, en lugar de ocuparse de las cuestiones más profundas sobre las que, en la mente del pensador, deben descansar lógicamente los fundamentos

* En esto ha insistido mucho Dilthey. Cf. *Hombre y mundo en los siglos xvi y xvii* e *Introducción a las ciencias del espíritu,* apéndices. Ediciones del F.C.E.

de toda conducta. Ahora bien, en el Oriente la tendencia había sido fundar la moral, no sobre una justificación filosófica, sino sobre la autoridad del profeta o vidente cuya intuición o sensibilidad moral parecía contener su propio aval. Así, el estoicismo, y en especial el estoicismo romano, prestó poca atención a la base filosófica y formuló un gran cuerpo de preceptos. Aunque se hacía referencia a uno o dos postulados fundamentales, lo que en realidad tenía autoridad era el ejemplo o la enseñanza del sabio (*sapiens*) estoico, del hombre que poseía la inspiración estoica dentro de los cánones de la conducta moral. El criterio estoico es "¿qué hará el sabio en tal o cual circunstancia?", mientras que la pregunta anterior de los griegos era: "¿Cómo he de descubrir, por un proceso intelectual, lo que es justo, y por tanto, qué es lo justo en este caso particular?"

Sería inutil hablar de las limitadas enseñanzas sobre física, lógica y psicología que utilizaron los estoicos, o exponer sus contradicciones. Baste decir que según ellos lo importante para el hombre era que "viviera de acuerdo con la Naturaleza", y la Naturaleza era la Fuerza, la Providencia, la Razón o el Hado que ordena que las cosas sean tal como son. Unas veces se llamaba a esto Dios, otras se identificaba a Dios con la Naturaleza y entonces el estoicismo se convertía en panteísmo. La esperanza de felicidad del hombre reside en la subordinación a este Poder omnipotente, esencia de la vida. (El lector que recuerde lo que se dijo acerca de la "sumisión" en el primer capítulo, comprenderá por qué el estoicismo atraía de manera especial a los romanos, y si recuerda también su tendencia a canonizar a sus héroes nacionales, y en particular a Catón, no se sorprenderá de la autoridad del "sabio"). Se supone que los dioses de la mitología popular son la versión de esta Razón Universal, y Razón en este sentido significa un principio vital más bien que algo puramente intelectual. La unidad de este principio tiene sus implicaciones: la unidad, la hermandad y la igualdad potencial de los hombres. De estas ideas pueden

derivarse consecuencias relativas a la nacionalidad y a la política. El estoicismo vacilaba en lo que se refiere a los problemas que pueden presentársele al hombre común, tales como Dios, la inmortalidad, el libre albedrío y la muerte. Unas veces Dios es el Hado, otras es una deidad personal amorosa; unas veces el hombre es una chispa divina, otras una mota de polvo; unas veces el alma es inmortal, otras se consume en la conflagración final; unas veces debe apurarse la vida hasta sus amargas heces, otras se ensalza el suicidio. Sin embargo, sobre estas vacilaciones y dudas se eleva un noble ideal ético. Ni la desgracia, ni la tribulación afligen al sabio. Es indiferente a la riqueza y a la pobreza, a las críticas y a las alabanzas. Lo hace todo obedeciendo a su conciencia. Es bondadoso con los amigos, compasivo con los enemigos, y generoso en su clemencia. Respeta a sus vecinos ya sea en la ciudad, en el Estado o en el mundo, y no hace nada por restringir su libertad. Abandonará este mundo con la conciencia de que ha soportado con serenidad tanto sus alegrías como sus tristezas y de que la muerte no oculta terrores. Éstos eran los preceptos. En realidad, el resultado era que en el mejor de los casos el sabio tendía a aislarse del mundo a pesar de las protestas de que tomaría parte en sus actividades. En el peor de los casos, adoptaba una actitud de superioridad presuntuosa, de satisfacción consigo mismo y desprecio hacia sus semejantes. En el siglo I, debido a causas en las que no podemos detenernos, el estoicismo implicaba oposición al Emperador. En el siglo II, los mismos emperadores eran estoicos por afinidad y por sus ideas.

El estoicismo fracasó como respuesta al apremiante anhelo moral y religioso de los tiempos. No ofrecía base para una fe o intentaba andar por la peligrosa cuerda floja de un juicio en suspenso. Ofrecía un noble ideal, pero no una razón capaz de producir entusiasmo, ni tampoco un móvil de afecto o simpatía. Exigía que el hombre se salvara a sí mismo, en sereno aislamiento, por medio de sus propios recursos, desentendiéndose del clamor desesperado de un

mundo que aseguraba que la salvación no se encontraba en éste. Para el sabio todo era fácil; pero ¿cómo llegar a ser sabio? Para ello no se ofrecía ningún camino. Unos cuantos podían lograr una integridad ética no basada en sanciones y encontrar satisfacción en su triste y melancólica resignación. Pero no había nada para un pueblo vigoroso y vibrante, con capacidad ilimitada para el bien y para el mal, lleno de energía y predispuesto a odiar o amar con pasión, que buscaba ansiosamente ayuda donde creía poder encontrarla: en la astrología y en la magia, en el ritual, en las lustraciones y en las promesas de cultos extranjeros, en la brujería popular y en las supersticiones misteriosas. Por eso la multitud despreciaba al filósofo estoico por su estéril evangelio.

Sin embargo, desde el punto de vista histórico, el estoicismo ha ejercido una influencia poderosa y no pudo ser subestimado. Pueden señalarse tres aspectos de esta influencia.

Primero, la extraordinaria semejanza de muchos de los preceptos de Séneca con pasajes del Nuevo Testamento demuestra el alto nivel moral de que era capaz la doctrina estoica. Muchos autores han expuesto en columnas paralelas pasajes de ambos orígenes, de íntima afinidad tanto en la forma como en el sentimiento. "Despréndete de todas las cosas que te desgarran el corazón: y si no puedes extirparlas de otro modo, arráncate con ellas el corazón." "El amor no puede compaginarse con el miedo." "El regalo que se hace con mano pronta es mejor recibido que el hecho por mano acaudalada." "Demos cuanto deseemos recibir." Tertuliano decía de Séneca que era "de los nuestros con frecuencia". San Jerónimo lo llamaba "nuestro propio Séneca", y en el siglo V se falsificaron cartas entre San Pablo y Séneca con el fin de explicar las semejanzas entre ambos en cuanto a ideas y expresión. La crítica moderna da otras explicaciones a estas semejanzas. Pero la influencia de las obras de Séneca y de Marco Aurelio ha sido muy grande: Montaigne, por ejemplo, les debe mu-

cho. Parecían ofrecer una ética noble, libre de los dogmas inaceptables de la religión. Aún sobreviven variantes del estoicismo, aunque con nombre diferente.

En segundo lugar, la influencia del estoicismo sobre el derecho fue muy profunda. Estoicos fueron muchos de los romanos más cultos y reflexivos, y muchos fueron también jurisconsultos. El "derecho civil" romano, o sea, el derecho aplicado entre los ciudadanos, se había ido ampliando gradualmente a medida que los romanos entraban en contacto con otras naciones que tenían sistemas jurídicos y costumbres propios. Las semejanzas que se observaban hicieron pensar que quizá existiese una base común de ideas comunes, sobre la que podría establecerse un sistema jurídico más amplio. De aquí surgió la idea de un "derecho de gentes". Pero los estoicos tenían una idea más amplia todavía. Su ideal consistía en "vivir conforme a la Naturaleza", y la Naturaleza tenía un código de leyes que el filósofo podía vislumbrar... Se pensó que el "derecho natural" podría algún día restaurarse, pero entretanto el "derecho de gentes" era una vaga réplica de aquél. Y así los jurisconsultos y los emperadores estoicos, con su interpretación de la ley, más bien que con nuevos estatutos, procuraron que el derecho se acercase cada vez más a lo que ellos concebían que era "el derecho natural". Así dio comienzo la larga historia de la idea de un "derecho natural" en el pensamiento europeo.

En tercer lugar, la idea estoica de la fraternidad de los hombres ejerció gran influencia sobre el tratamiento de los esclavos. Ya hemos visto que al principio del Imperio se mitigó la condición de la esclavitud, y que los esclavos llegaron a obtener, en circunstancias especiales, positivas ventajas. A este cambio contribuyó mucho la influencia del estoicismo. La carta XLVII de Séneca trata de la actitud que debe tener un amo estoico hacia sus esclavos.

En la civilización grecorromana del Imperio había otra muchas filosofías que un hombre podía adop-

tar: la cínica, el neoplatonismo, variantes del platonismo, el escepticismo y mezclas de otras muchas. Su estudio es de un gran valor. Plotino, el más grande de los neoplatónicos, es de un interes absorbente tanto por su personalidad como por su influencia.* Pero caen fuera del campo de esta obra, pues aquí nos ocupamos de los romanos, y la filosofía específicamente romana fue el estoicismo.

* Cf. *Historia Universal de la Filosofía,* de Dilthey (Breviarios, Fondo de Cultura Económica), y la *Historia de la filosofía,* de Windelband, México.

VIII

CRISIS Y SALVACIÓN: DIOCLECIANO Y CONSTANTINO

A esta afortunada época de nuestros señores C. Aurelio Valerio Diocleciano Felix, invicto, augusto, y Marco Aurelio Valerio Maximiano Pío Felix, invicto augusto, y M. Flavio Constantino y C. Galerio Valerio Maximiano, muy nobles césares y cónsules, gracias a cuya virtud y previsión todo se está reformando para bien...

DE UNA INSCRIPCIÓN DE UNA COLUMNATA EN EL NORTE DE ÁFRICA

A nuestro señor, restaurador del género humano, fomentador de la extensión del Imperio y del dominio romano, fundador de la seguridad eterna, Flavio Valerio Constantino, afortunado, poderoso, pío, siempre augusto, hijo del deificado Constancio, venerado en todos los lugares, a través de todos los tiempos...

DE UNA INSCRIPCIÓN ENCONTRADA EN ROMA

Los dos primeros siglos del Imperio fueron, en general, siglos de desarrollo político pacífico, durante los cuales se llevó a cabo la romanización del Occidente. Algunos historiadores han indícado que la Era Antonina fue, en cierto sentido, demasiado tranquila. La han considerado como una época de complacencia estática en la que fue perdiendo ímpetu el impulso original, hasta llegar al estancamiento. Ninguna época es en realidad estática. El que los hombres no proclamen cuáles son sus propósitos con la claridad suficiente para que los comprenda el historiador, no quiere decir que no se propongan algo, aunque pretendan varias cosas diferentes y no logren realizar ninguna de ellas hasta más tarde. Mirando al pasado desde la atalaya de una época posterior, el historiador puede ver fácilmente qué ideas, debidas a causas positivas o negativas, influyeron en los hombres. Por sus frutos puede inferir las semillas que estaban germinando, aunque los hombres del día apenas se perca-

taran o no concedieran suficiente importancia a su vitalidad.

Para el que sólo esté familiarizado con los siglos I y II, el siglo IV ofrece un cuadro muy extraño, pues el Imperio de la anarquía y las turbias ambiciones del siglo III se habían transformado; sólo gracias a los esfuerzos desesperados de Diocleciano y Constantino pudo mantenerse unido. A la luz de los cambios es posible comprender algo de las debilidades de la Edad de oro Antonina.

En un período tan complejo como el siglo III, y tan falto también de buenos testimonios históricos, existen pocos rasgos que puedan servir de guías. Quizás puedan encontrarse, en primer lugar, en el desplazamiento de fuerza, riqueza y energía de Roma e Italia hacia las provincias, y, en segundo lugar, en la presión cada vez mayor que ejercían las tribus "bárbaras" sobre las provincias fronterizas. Estos aspectos de la cuestión están relacionados hasta cierto punto. Es indudable que la amenaza en las fronteras hizo resaltar la importancia de las provincias fronterizas. Pero, además, las provincias habían crecido en riqueza, poder e importancia. Durante los primeros siglos, Roma e Italia habían sido el centro desde el cual irradiaba la civilización romana. A medida que las provincias fueron apropiándose de esta civilización, adquirieron, desde muchos puntos de vista —económico, militar, intelectual e incluso político— mayor independencia. La nueva importancia de las provincias adquirida a expensas de Roma e Italia dio la medida del éxito de Roma, pero su éxito se fraguó con su propio desastre.

Los factores que contribuyeron al desorden y la confusión del siglo fueron muy complejos, y aquí no podemos detenernos a analizar cómo actuaron. Tampoco es fácil señalar la prioridad o superioridad de un factor respecto a otro, puesto que influían unos sobre otros. En términos generales, fueron los siguientes:

En los primeros tiempos de la República, el ejército se había reclutado en Roma. Después, el reclu-

tamiento se extendió a Italia, luego a las provincias occidentales, España y Galia. A medida que las fronteras se alejaban, los reclutamientos locales proporcionaban más y mejores soldados, y los auxiliares adquirían mayor importancia. Hacia el siglo II d. C. el ejército se reclutaba entre las mismas tribus que, en otro tiempo, éste había tenido que mantener a raya: germanos, africanos, tribus del Danubio, de Iliria y de Dalmacia. Estos hombres apenas se romanizaban; sus lealtades locales estaban muy arraigadas. Destacados a menudo durante largos períodos en una provincia, consideraban al Imperio desde el punto de vista de su mismo país o provincia, cuando no identificaban el Imperio con su patria chica. Tenían muy poco que dar al pueblo en cuyo país estaban destacados; propendían a ser un elemento extranjero, ajeno a los habitantes. A veces eran simples soldados aventureros al servicio de Roma. A medida que se agravaba la amenaza de los bárbaros a su provincia, se iban dando cuenta del poder que adquirían si resistían a la amenaza. Era corriente que un ejército victorioso en una provincia sintiera celos de su émulo en otra. Las rivalidades aumentaban; los generales se convertían en pretendientes al Imperio; los soldados hacían y deshacían emperadores; las guerras civiles, que no eran motivadas por principios o ideales, se prolongaban durante largos años, malgastando el vigor de todo el Imperio. El emperador que salía triunfante apoyaba su poder y su seguridad en un despotismo militar, mimaba y regalaba a los ejércitos, aumentando las pagas y las gratificaciones, recompensándolos con tierras y tolerando su mezquina tiranía sobre la población civil. "Aplacar a la soldadesca o perecer" era el lema imperial. Y, lo mismo que el ejército, se barbarizaban los generales y pretendientes a quienes ellos designaban. Africanos, tracios, dálmatas, un sirio, un árabe, todos vistieron la púrpura imperial de Roma. Muchos carecían de educación, muchos apenas pusieron los pies en Roma, y pocos se dieron cuenta de lo que habían heredado. La romanidad (*romanitas*) se diluyó lamentablemente

No obstante, era necesario aumentar el ejército a toda costa, y hacia fines del siglo IV se había duplicado el ejército de Augusto. Se necesitaban nuevos sistemas de defensa que ya no se apoyasen en la línea de combate de la frontera, sino en puntos sucesivos de consolidación dispuestos en profundidad; se exigían nuevas armas, nuevos cuerpos especializados, pues la presión del otro lado de la frontera del Imperio era incesante y enérgica, y se manifestaba en varios puntos a la vez. La guarnición de la provincia ya no servía; sus recursos estaban calculados para ataques espasmódicos y aislados, mientras que, a medida que la presión se intensificaba, lo que se requería era una fuerza móvil de choque que pudiese ser enviada rápidamente al punto más amenazado. El sistema seguido al principio, consistente en comprar hordas bárbaras por medio de subsidios regulares, que había tenido éxito en sus comienzos, fracasó a medida que el Imperio fue debilitándose visiblemente. El establecimiento de tribus merodeadoras dentro de la frontera, por ejemplo, que había ensayado Marco Aurelio, sólo logró hacer aún menos seguras las defensas. Y así una raza seguía a otra en número creciente. Los carpos, seguidos por los godos, invadieron Dacia, hasta que se les entregó, y se asentaron en una provincia romana. Durante muchos años, los godos hicieron incursiones en Alemania Oriental, Transilvania, Iliria, asolaron por mar toda el Asia Menor, y penetraron en Grecia hasta Atenas y Esparta. Los jutungos llegaron hasta el norte de Italia. Los alemanes, que aparecieron primero alrededor del año 210 d. C., se internaron en Galia e Italia, y por algún tiempo amenazaron a Roma. Mientras tanto, el poderío persa había revivido, saliendo victorioso muchas veces en la lucha contra los ejércitos romanos que eran enviados para acabar con sus depredaciones. El gobierno central luchaba por sobrevivir y no podía hacer frente a las múltiples amenazas. No es, por tanto, extraño que diferentes partes del Imperio tomaran medidas para salvarse, estableciendo Estados y ejércitos propios y

desafiando al gobierno central. Así sucedió con el llamado Imperio Galo y el Estado de Palmira, bajo el dominio de la reina Zenobia, que llegó a conquistar Egipto y durante un breve tiempo tuvo en su poder el principal granero de Roma. Mientras tanto, las hordas invasoras saqueaban, incendiaban y mataban; arrebataron un cuantioso tesoro de objetos preciosos y oro, sumiendo al Imperio en la pobreza. Como suele suceder, asimilaban la civilización de sus víctimas, y durante estos difíciles años, germanos y romanos se acercaron más en sus costumbres, cultura y mentalidad. Así surgieron los Estados germano-romanos.

El centro de gravedad se desplazaba hacia Oriente. Donde estaba el Emperador, allí estaba Roma, y el emperador solía encontrarse al este del Mar Adriático. La península de los Balcanes, la última en romanizarse y la más intensamente consciente de su romanidad, aunque la interpretara a su manera. Proporcionaba las tropas más aguerridas; las tropas creaban a sus generales, y de los generales salían los emperadores. El Oriente, con sus riquezas heredadas y una civilización y tradición antiguas, ejerció inevitablemente su influencia. La autocracia imperial buscó apoyo en la larga experiencia de la monarquía oriental y, ante la amenaza de la invasión, Roma, desde el punto de vista estratégico, ya no era conveniente como sede de un gobierno que había pasado a ser esencialmente militar. Italia estaba rápidamente dejando de ser la región privilegiada como cuna de Roma, para convertirse en una provincia.

Los perjuicios económicos de la guerra civil, la anarquía, la disgregación, la devastación del campo y las ciudades causados por las hordas invasoras eran incalculables. Ya en la Era Antonina hubo síntomas ominosos. Las ciudades de las provincias, florecientes en otros tiempos, apenas podían hacer frente a sus gastos. Los impuestos imperiales aumentaban; los miembros de las curias locales encontraban cada vez más abrumador el desempeño del cargo, pues los desembolsos que se les exigía eran cada vez mayores.

El valor del dinero disminuía. La industria satisfacía las necesidades locales y no encontraba estímulo para ampliar su mercado. Las empresas productoras no se daban cuenta de las clases de artículos que eran necesarias, y se estancaban. La guerra y la invasión habían destruido capitales. Se imponían impuestos al campo y las ciudades para pagar los gastos de la guerra, y cuando no se podía cobrar en dinero efectivo, se confiscaban mercancías, sobre todo aquellas que servían para proveer las necesidades de los ejércitos. Los campos dejaban de cultivarse por falta de braceros. Se eludían los trabajos más duros y desagradables y, sin embargo, era necesario abastecer a los ejércitos. Para transportar las provisiones se requisaban los barcos. La población civil era problema secundario. A medida que las importaciones se limitaban a las necesidades militares, el nivel de la vida descendía y sobrevenía la inflación con sus inevitables males. Sin embargo, aunque el Imperio padeciera hambre, había que alimentar al ejército, armarlo, vestirlo y transportarlo.

Es difícil pintar el cuadro en pocas palabras con colores lo bastante sombríos. Al Imperio, pobre, hambriento y en ruinas, sólo le faltaba un ápice para caer en un colapso total. "¿Me casaré? ¿Me traicionarán? ¿Me elegirán miembro de la curia? ¿Me pagarán? ¿Renunciaré?" He aquí las preguntas que la gente desconcertada dirigía a un oráculo en Egipto, y que han llegado a nosotros en documentos escritos en papiro. Son triviales, pero revelan con elocuencia el estado de ánimo del hombre común. Una petición al Emperador enviada desde Asia Menor dice así: "Estamos atrozmente oprimidos y explotados por aquellos cuyo deber es proteger al pueblo... Funcionarios, soldados, magistrados de la ciudad y agentes imperiales vienen a nuestro pueblo, nos apartan de nuestro trabajo y requisan nuestros bueyes. Reclaman lo que no debemos y sufrimos injusticias y extorsiones ultrajantes."

Sin embargo, el Imperio como un todo se salvó milagrosamente gracias a los esfuerzos de dos hom-

bres. Pero para salvarse pagó un precio tan exorbitante que los historiadores se han preguntado a veces si no hubiera sido mejor que pereciese. Los dos hombres fueron Diocleciano y Constantino. Diocleciano, emperador de 284 a 305 d. c., nacido en Iliria, era hijo de un liberto. Sirvió en el ejército y fue elevado al trono por los oficiales. Constantino, emperador de 306 hasta 337, fue también ilirio, hijo natural de Constancio y Helena. También fue elegido emperador por los soldados, y tuvo que luchar por el trono. Ambos fueron consumados organizadores.

Las medidas de Diocleciano, perfeccionadas por Constantino, contienen poco realmente nuevo, y no hemos de intentar exponer el proceso de su desarrollo. Regularizaron y sistematizaron los precedentes y tácticas de los años de tensión, en los que el Imperio se encontraba en estado de sitio. Convirtieron las medidas de emergencia, dictadas por las necesidades urgentes de la crisis, en la estructura permanente del gobierno. Nada es más fácil para un Estado que obrar de esta manera con el pretexto de aumentar la protección o la seguridad, o con el fin de prevenir la inflación; en resumen, con el pretexto de la prolongación del estado de emergencia. Por tanto, el Estado se convirtió en lo principal. No se interesaba en el individuo como tal, sino simplemente como miembro de un gremio, de una clase o de un "interés", organizados para satisfacer sus propias necesidades económicas o administrativas. De esta manera el hombre, como individuo, se transformó, en realidad, en esclavo del Estado. El gobierno imperial afianzó sobre todo el Imperio los barrotes que habían de mantenerlo unido, y que habían de acabar encarcelándolo.

Las reformas de Diocleciano y Constantino constituyeron un esfuerzo admirable para organizar o planificar la seguridad, y ante todo, la seguridad del Emperador, o sea, de la unidad del Imperio.

Durante sesenta o setenta años, la autoridad imperial había dependido virtualmente de la voluntad de los soldados, y el resultado había sido la anarquía.

Ahora iba a disociarse de la dependencia de cualquier interés de grupo. La persona del Emperador iba a ser algo aparte y remoto. Ya se le veía rara vez en público y lo rodeaba una corte de estilo oriental. Cortesanos con nuevos títulos guardaban su persona y otorgaban audiencias; un ceremonial semirreligioso lo investía de autoridad divina que administraba como el colaborador de Dios en el trono. Augusto se proclamaba primer ciudadano; Diocleciano fue un monarca.

¿Cómo, entonces, librarse de depender del ejército y no perecer a sus manos? Los cambios que gradualmente habían tenido lugar en el ejército durante los últimos cien años se habían aceptado, amplificado y sistematizado. El ejército ya no estaba mandado por los órdenes senatorial y ecuestre; los "bárbaros" se elevaban a los puestos más altos: la carrera del soldado se hizo exclusivamente militar y profesional. El jefe del ejército ya no se encargaba del trabajo administrativo; los puestos civiles y militares eran independientes; el procónsul de los primeros días, al mismo tiempo gobernador de una provincia y comandante en jefe, era cosa del pasado. El general dependía para su abastecimiento de la administración civil, que era responsable ante el Emperador, y así se le refrenaba. En adelante, el soldado no tendría nada que ver con la administración, la justicia, el abastecimiento o la imposición de tributos. Era pura y simplemente un soldado, sin pretextos para mezclarse en otros asuntos, que estaban todos en manos de funcionarios imperiales, y sin oportunidad para disponer de los recursos necesarios para cualquier iniciativa política. La estrategia, la táctica, las armas, todo cambió. Los cuerpos auxiliares eran ahora más estimados que las legiones. La caballería, el arma de los bárbaros, adquirió prioridad sobre la infantería, pues había que hacer frente a los bárbaros con bárbaros y con sus propias armas. Las guarniciones de la frontera (*limitanei*), que en otros tiempos habían sido las defensoras y propagadoras de la civilización romana y que como tales ha-

bían sido honradas, eran ahora las tropas menos eficaces, ya que se reclutaban por levas obligatorias entre los terratenientes, y se reforzaban con bárbaros mercenarios. Las tropas estacionadas cerca de las ciudades en las líneas interiores de comunicaciones (*comitatenses*), que constituían una fuerza móvil, disfrutaban de la más alta reputación, aunque los civiles de las cercanías padecían a menudo sus extorsiones y su rapacidad.

Para mantener al ejército, se convirtió al Estado en una vasta máquina administrativa destinada a crear impuestos. La máquina absorbía cada vez más hombres que dejaban de tomar parte en las actividades productivas, problema agravado por la tendencia de los funcionarios públicos a atraer aún más funcionarios a su lado. Diocleciano comprendió que el Imperio era demasiado grande para ser gobernado por un solo hombre. Existían precedentes de "emperadores asociados" y, de acuerdo con éstos, dividió el Imperio y dio a su asociado el gobierno de la mitad oriental, con el mismo título de "Augusto" que él. A cada Augusto se le asignaba un "César", que era una especie de ayudante con responsabilidades territoriales especiales. La teoría consistía en que el César sucediera al Augusto, resolviéndose así el problema de la sucesión. Las provincias, incluyendo a Italia, estaban divididas en más de un centenar de áreas agrupadas en diócesis, que a su vez se agrupaban en prefecturas. Se hicieron cambios en los títulos; entonces fue cuando surgió la expresión *comes* para denotar una posición oficial, como por ejemplo la de "Conde" de África. Las diócesis estaban a cargo de vicarios, como por ejemplo el "Vicario de España". El consejo consultivo del Emperador era el Consistorio.

Una de las tareas más urgentes de Diocleciano fue la reforma de la moneda corriente, con el fin de atajar la inflación. Su intento de fijar los precios topes de artículos y servicios guarda estrecha relación con esto. El edicto, del que se conserva parte, define los precios de los víveres, la madera, el cuero,

los tejidos, los cosméticos, etc. Fija también los salarios de los trabajadores, incluyendo los constructores de buques, los obreros en seda y lana, los pintores, los maestros de las escuelas primarias y secundarias, y marca los precios de los fletes. Las mercancías por cuenta del gobierno debían ser transportadas a precios bajos, que seguramente apenas supondrían beneficios para los armadores. Las casas de moneda se administraban en una forma que equivalía a la emisión de papel moneda por los gobiernos modernos. El intento de estabilización fracasó probablemente porque las minas no producían la suficiente cantidad de oro y plata para proporcionar una moneda de estos metales que resultara eficaz.

El impuesto principal se pagaba anualmente en especie. La cantidad requerida se anunciaba anualmente y se dividía entre las cuatro prefecturas. Los terrenos se dividían según su capacidad productiva y la cuota del impuesto se distribuía proporcionalmente. Las curias de las ciudades, los terratenientes y otros agentes eran los responsables de este reparto preliminar y los encargados de recaudar los impuestos. El puesto de concejal de la ciudad, anteriormente un honor codiciado, era una carga, pues los concejales no sólo tenían que desempeñar su trabajo, sino que, sobre todo, tenían que hacerse responsables del impuesto fijado para el área que les correspondía. Cada cinco años había impuestos especiales, incluyendo un gravamen sobre las ganancias del comercio. También había impuestos indirectos, por ejemplo los derechos de aduana, que estaban en vigor permanentemente. Por tanto, las curias municipales, los terratenientes, las casas y compañías comerciales se veían obligados a trabajar como funcionarios públicos sin sueldo, recogiendo datos y recaudando impuestos, en forma semejante a lo que hoy día ocurre en las casas comerciales que tienen empleados y contadores, como funcionarios públicos sin sueldo, para hacer los cálculos de los tributos que exige el Estado.

Pero era inútil imponer contribuciones si los impuestos excesivos obligaban a los hombres a abando-

nar el trabajo sobre el que recaían. Sin embargo, para los fines del Estado, era indispensable "el trabajo esencial". Y así la simple mano de obra y la calificada no sólo estaban "dirigidas", sino que también atadas a la tierra, al taller, al astillero o a la oficina. Los jornaleros de las haciendas no podían abandonarlas; los arrendatarios no podían abandonar las fincas; además tenían que educar a sus hijos para que les sucedieran. Si, abrumado por las contribuciones, el terrateniente abandonaba la tierra, se la apropiaba el Estado, y, con el tiempo, la mayor parte del Imperio pasó a ser propiedad del Estado. De la misma manera se fueron nacionalizando las manufacturas. El transporte era un servicio esencial, y, por tanto, el Estado utilizaba las sociedades voluntarias de trabajadores de los astilleros, de la marina mercante y similares como instrumento de coerción, pues se quería evitar que el número de personas disminuyese y había que cumplir los contratos para los servicios públicos. De aquí surgió un sistema de castas sin distinción de empleo —miembro de la curia, soldado, obrero, funcionario— todos estaban atados a su trabajo y después de ellos sus hijos. Si acaso alguien lograba "mejorar" y obtenía permiso para cambiar de trabajo, se le fijaban impuestos más altos y entonces podía arruinarse. Valía más seguir como estaba. Por esta razón, faltaba el estímulo para la iniciativa y para el ahorro: el Estado lo anulaba eficazmente. La producción disminuyó y con ella el nivel de vida. Prevaleció la uniformidad rígida de una mediocridad inanimada y estática. El precio de la seguridad fue la absorción del individuo por el Estado.

También se tuvo en cuenta el desplazamiento del centro de gravedad hacia oriente. Diocleciano había establecido su corte y cuartel general virtualmente en Nicomedia, situada en la costa oriental del Mar de Mármara, pues, en el pasado, el peligro había procedido de Persia y del otro lado del Danubio. Nicomedia era un punto estratégico. La antigua ciudad de Bizancio, colonia dórica fundada hacia el año

600 a. c., se encontraba situada al otro lado, protegida o comunicada por vías marítimas y dotada de un puerto incomparable. Era un lugar inexpugnable, propio para la nueva ciudad cristiana de Constantino, la nueva capital del nuevo imperio cristiano, Constantinopla. Se invirtieron muchos años en su edificación y se vio adornada con obras de arte traídas de muchas ciudades, obras tanto paganas como cristianas. Sin embargo, dentro de sus muros no se ofrecían sacrificios paganos: estaba consagrada a la nueva fe. Durante cerca de un millar de años se mantuvo intacta, hasta que en el año 1204 la tomaron los Cruzados que profesaban la fe de su fundador. Hasta entonces, Constantinopla fue el refugio de la religión, la cultura y el poder del Imperio Romano Oriental, es decir, de la llamada civilización bizantina.

De esta manera el Imperio se sostuvo íntegro. Diocleciano y Constantino emprendieron una obra de reconstrucción muy semejante a la que Augusto había emprendido en años anteriores. Pero mientras que Augusto reconstruyó movilizando las fuerzas, las energías y la buena voluntad para llevar a cabo un esfuerzo voluntario, los reformadores del siglo III tuvieron que crear una máquina para extraer los recursos necesarios para la obra del gobierno y para el afianzamiento de la seguridad. Hubo poca literatura en este período, porque faltaba la espontaneidad necesaria para la literatura. Con el tiempo, la vida y las letras revivieron. Apareció una nueva forma de imaginación, pero más bien en los miembros del Imperio que en el tronco: en África, en Galia y en Egipto. Palpitó con más intensidad en las arterias del pensamiento cristiano y la vida cristiana que en los cansados cauces del paganismo. Estos miembros acabaron desprendiéndose para vivir su propia vida.*

* Para toda esta época, cf. Burckhardt, *Del paganismo al cristianismo: la época de Constantino el Grande*, Fondo de Cultura Económica.

IX

EL CRISTIANISMO Y EL IMPERIO ROMANO

Se ha dicho, al principio, que los romanos eran extraordinariamente tolerantes respecto a las religiones extranjeras. ¿Por qué entonces "persiguieron" al cristianismo, y cómo, al fin, se hizo cristiano el Imperio?

Para contestar a estas preguntas es necesario retroceder al *judaísmo*. Roma trató pacientemente de resolver el problema de los judíos, y les otorgó todo género de concesiones. Los asuntos religiosos y la jurisdicción civil estaban en manos del Consejo Judío, presidido por el Sumo Sacerdote. Los judíos acuñaban su propia moneda, pero no se grababa en ella la imagen del Emperador. Se les eximía del servicio militar, y los pocos soldados romanos estacionados en Jerusalén dejaban sus estandartes en Cesarea. Lo único que Roma exigía era que los judíos pagaran el tributo y vivieran en su territorio en paz con sus vecinos y con los extranjeros, en su mayoría sirios y griegos, que vivían en su país. "A Galio no le interesaba ninguna de estas cosas", y ésa fue invariablemente la actitud justa para un magistrado romano, pues Roma dejaba libertad a sus súbditos en materia religiosa. Pero la tolerancia chocó con el nacionalismo y el fanatismo. La mayoría de los judíos creían que su nación estaba destinada a dominar el mundo, pues Jehová era dueño y señor de todo. Unos cuantos, aleccionados por la experiencia y la historia, descartaban esta creencia y sostenían que Jehová era dueño de la mente de todos los hombres, pues todos los cultos de cualquier clase implicaban, sin saberlo, el reconocimiento de Jehová. Pero el judío común, a diferencia de algunos de sus profetas, no podía comprender la universalidad y por eso se conservaban ceremonias que tendían al exclusivismo y al particularismo. Los judíos se mantenían unidos, exaltando la raza y reclamando la posesión exclusiva de su país. Si eran fieles a su fe,

triunfarían cuando Jehová lo creyese oportuno, pues todavía se aferraban a la creencia que de habían de gobernar el mundo, como representantes de Jehová. Si como una nación compacta, fiel a su religión, lograban una independencia propia, llegarían, indudablemente, a ser un instrumento más útil en manos de Jehová. Pero, a pesar de su historia, la paciencia no era cualidad del judío, y el nacionalismo inflamado por el fanatismo estaba siempre a punto de estallar. Quizás el corto número de la guarnición romana en Palestina (unos 3 000 hombres) fuera para ellos una tentación difícil de resistir. Pero no podemos ocuparnos aquí de la historia de estas revueltas ni de las medidas tomadas por el gobierno romano.

En cuanto a los judíos desparramados por el Imperio, principalmente en Roma y en los centros de comercio, el caso era distinto. Las facciones rivales a veces causaban disturbios, pero por lo general estos judíos vivían pacíficamente, a pesar de que los vecinos se burlaban con frecuencia de sus costumbres. La vida lejos de Palestina les había hecho más tolerantes y, aunque hicieran el viaje anual al Templo de Jerusalén, eran menos intransigentes y menos nacionalistas que los que vivían a su sombra. Así, la inmunidad concedida por el gobierno y el desdén del populacho se combinaron para asegurar la libertad de la religión judía.

Durante unos treinta años el cristianismo disfrutó también de esta libertad, no porque la libertad se hubiera concedido de una manera consciente, sino porque ni el gobierno ni el pueblo distinguían entre el cristianismo y el judaísmo. Al principio, los adeptos continuaron observando la ley judía en Jerusalén; pero pronto, la Iglesia, según los *Hechos de los Apóstoles*, aumentó rápidamente de 500 a 3 000 miembros y en seguida a 5 000, pues muchos judíos que visitaban Jerusalén por Pascua se convertían al cristianismo. Perseguidos por los judíos, los dirigentes cristianos pronto fueron arrojados de Jerusalén a las sinagogas de Samaria y Siria, donde los siguieron

varios de sus perseguidores, entre ellos Saulo. Pronto se lograron dos victorias; se predicaría el Evangelio a los gentiles, y los conversos quedarían en libertad para abandonar las prácticas del judaísmo. El apóstol de los gentiles podía ya predicar un Evangelio emancipado del judaísmo, aunque la hostilidad de los "judaizantes" le entorpeciese todos los pasos.

Pablo viajaba por los caminos del comercio y las comunicaciones a los que la paz romana había dado seguridad. Visitaba primero las comunidades judías y después predicaba a los gentiles, en el griego de aquel tiempo. Sus conversos pertenecían, por lo general, a las clases humildes. Cuando su predicación promovía desórdenes, eran los judíos los que los provocaban. Los funcionarios romanos lo protegían como a un sectario judío. Festo hubiera descartado su caso por "concernir a su propia religión", si Pablo, al ser acusado de traición, no hubiese apelado a César; pues, como Festo comprendió, no se trataba de traición sino de observancia religiosa.

Pero si por entonces el gobierno de Roma no distinguía entre el judaísmo y el cristianismo, el pueblo no tardó en hacerlo pues comprendió que había surgido algo más insolente y algo más peligroso que el judaísmo. Hacia el año 64 d. c., la fecha de la persecución de Nerón, el gobierno se había al fin dado cuenta de esto, pues, según sus enemigos, el cristianismo mereció que se le prestara vigilancia oficial, ya que no sastisfacía las condiciones en que Roma concedía la tolerancia.

En primer lugar, el cristianismo se prestaba a una falsa interpretación. En segundo lugar, los cristianos incitaban a menudo la persecución deliberadamente. Al romano de la época le parecía que los cristianos odiaban al género humano. Esperaban el próximo advenimiento de Cristo cuando todos, salvo ellos mismos, serían destruidos por el fuego de su perversidad, y aparentemente parecían gloriarse en este desastre para la "Roma Eterna" y para las esperanzas de la humanidad. A partir del siglo II, este modo de pensar se manifestó de una manera diferen-

te; los cristianos se esforzaban por provocar la enemistad con el fin de ganar la corona del martirio. Procedían de las clases más bajas de la sociedad, y parecía que con sus enseñanzas aspiraban a la revolución social. Sus reuniones secretas encubrían las prácticas más tremebundas: la inmoralidad más grosera y el canibalismo (pues, en efecto, pasajes tales como San Juan, VI 52-9, podían interpretarse así). Destrozaban la vida de familia, pues el converso de ningún modo podía tomar parte en el culto familiar ni en actividades de la vida familiar, tales como las diversiones. Con su negativa a cooperar en los festivales religiosos, a servir en el ejército o asumir responsabilidades cívicas, manifestaban su creencia de que el mundo perecería pronto. En cambio, el pagano apreciaba su mundo y su civilización. Tal era en el siglo II la actitud popular hacia el cristianismo.

El gobierno romano tenía a mano pruebas fáciles. ¿Se había "reconocido" el culto bajo la "ley de asociaciones" que prohibió las reuniones regulares de gente a menos que tuvieran licencia? De no ser así, era una "religión sin licencia" y había que suprimirla, pues podía ocultar aspiraciones antisociales o criminales de la peor clase. El magistrado debía ocuparse de esto como uno más de sus deberes. Pero el asunto adquiría más importancia si se sospechaba traición. ¿Podía el cristiano hacer una demostración de lealtad a "Roma y Augusto"?

El cristiano se negaba; el Estado persistía; el uno sin comprender al otro, pues ambos partían de puntos opuestos. Para el romano la unidad del Imperio era de importancia vital, y el homenaje a "Roma y Augusto" representaba y expresaba este ideal. Era un acto de fe política. Otros cultos no tenían el menor inconveniente en rendir este homenaje —excepto los judíos, con quienes el gobierno había llegado a un acuerdo como una raza particular; pero a los cristianos, con adeptos conversos de todas las razas, no podían concedérseles las mismas condiciones. Además, los judíos hacían sacrificios anuales en el Templo a favor del Emperador, y eso bastaba. Para el

cristiano, el acto de rendir homenaje a la divinidad —cualquiera que fuera el significado de esto— de Roma y Augusto, era un acto de fe religiosa, incompatible con la fe cristiana. En consecuencia, el resultado fue la incomprensión; ninguno de los dos alcanzaba a comprender el punto de vista del otro. Además, había cristianos que creían que todo acto diario que contribuyese al bienestar del Estado contribuía a mantener la idolatría. De modo que un lado pensaba en términos políticos, el otro en términos religiosos; y, como la religión cristiana era totalmente diferente de todas las demás por su repulsión de la consigna "vivir y dejar vivir", el conflicto fue inevitable. La pretensión del cristiano al universalismo parecía aspirar a un Estado dentro del Estado, cuya propaganda se hacía en secreto. El punto de vista romano es muy comprensible.

Conviene hacer dos observaciones. Ya desde la primera persecución, es decir, la de Nerón en el año 64 d. c., el llevar el "nombre" de cristiano, que equivalía a ser cómplice en prácticas subversivas y repugnantes, fue suficiente para ser objeto de persecución. Desde entonces se aplicó la prueba de "Roma y Augusto". Por otra parte, parece ser (más no puede decirse) que en los dos primeros siglos no hubo un edicto *general* contra el cristianismo. La persecución era espasmódica y local. Se producía principalmente como resultado de disturbios que hacían que el asunto llegase a oídos del magistrado provincial. De todos modos, en el año 112 d. c., Plinio, gobernador de Bitinia, escribió al emperador Trajano, pidiéndole consejo. "¿Es punible el nombre o sólo los crímenes atribuidos al nombre?" Plinio ya había establecido la prueba del culto. Trajano contestó que no podía aplicarse una regla universal. No hay que andar a la caza de cristianos. Si se comprueba que alguien es cristiano, deberá ser castigado. No deben tenerse en consideración las denuncias anónimas. Parece ser que Trajano, a pesar del gran número de cristianos que según Plinio había en Bitinia, no los consideraba como activamente peligrosos. Durante los

reinados de Antonio Pío y de Marco Aurelio, la persecución era iniciada generalmente por la furia del populacho más que por iniciativa oficial.

Pero en los siglos III y IV, la relación entre la Iglesia y el Estado sufrió cambios que estaban ligados a los vuelcos de circunstancias que ambos habían experimentado. La persecución ahora se hacía por edicto general del Emperador y no por el ejercicio local de la iniciativa judicial. La Iglesia había aumentado en número, poder y prestigio. "Apenas somos de ayer, —dice Tertuliano (a fines del siglo II) en un famoso pasaje—, y hemos invadido todos los lugares que os pertenecen: ciudades, islas, fortalezas, pueblos, asambleas, y también los campamentos, vuestras tribus, vuestros departamentos electorales, el palacio, el Senado, los tribunales; lo único que os hemos dejado han sido vuestros templos." Además, el cristianismo se había definido tanto en su organización externa como en su doctrina con relación a los problemas de la vida humana en el Imperio. Era ya la religión de algunos de los hombres más competentes y cultos de aquel tiempo. El primitivo lenguaje de apocalipsis ("revelación"), tan enérgicamente proferido en la expectativa del Segundo Advenimiento, había sido reemplazado por el paciente alegato de la defensa ("apología") y la exposición. El cristianismo estaba dispuesto a enfrentarse con sus enemigos en cualquier terreno que escogiesen. Largos períodos de paz, no siempre ventajosos para la Iglesia, eran interrumpidos por persecuciones intermitentes, y conviene hacer hincapié nuevamente en que la persecución, como en los primeros siglos, se emprendía, no en nombre de la religión, sino en interés de la unidad y el bienestar del Estado. Pero el cristianismo seguía fiel a su primitiva intolerancia; no quería aceptar un lugar entre las religiones contemporáneas; las demandas que hacía a sus adictos eran absolutas. Pero en los siglos III y IV lo que más desesperadamente le importaba al Estado era la unidad.

Se ve más claramente el cambio que se produjo en

las relaciones entre el cristianismo y el gobierno, examinando las razones que provocaron la persecución. Septimio Severo, al principio, no se mostró hostil, y se sabe que entregó a su hijo Caracalla al cuidado de una nodriza cristiana. Pero le alarmó el rápido aumento en el número de cristianos y prohibió el bautismo de los paganos. La prohibición caducó después de su muerte. Las medidas de Decio fueron más drásticas. Las motivaron los indicios cada vez más numerosos de que la Iglesia se estaba organizando como una sección exclusiva de la sociedad, su pacifismo y la consecuente amenaza para la eficacia militar del Imperio, y el deseo del Emperador de mantener buenas relaciones con el Senado. Se ordenó que todos los ciudadanos se presentaran ante el magistrado, hiciesen sacrificios a los dioses paganos y recibiesen un certificado acreditativo de haberlos efectuado. He aquí un extracto de un certificado encontrado en Egipto: "Yo he sacrificado siempre a los dioses; y ahora en tu presencia [es decir, en la de los dos funcionarios] y conforme a los términos del edicto, he sacrificado... y te pido que añadas tu firma... Yo [el funcionario]... le vi sacrificar y he firmado con mi nombre." Así se descubría a los cristianos. Aunque durante un breve tiempo hubo una feroz persecución, la intención original fue hacer que se renunciase a la fe en masa. El edicto tuvo éxito no sólo haciendo que muchos abandonasen sus nuevas creencias, sino también creando una serie de dificultades a las iglesias en relación con el problema de la nueva admisión de los "renegados". Por otra parte, el gran número de cristianos que obtenían certificados fraudulentamente fue un gran descrédito para la fe. En el año 257 d. c. Valeriano intentó imponer la tolerancia del cristiano, que había sido negada durante dos siglos, ordenando que el alto clero hiciese sacrificios, pero permitiendo que en la vida privada siguiese siendo cristiano. En el Oriente se castigó a seglares y clérigos por profesar la fe cristiana, prescribiéndose castigos especialmente severos a los senadores y a los

caballeros. De este modo se atacaba a la Iglesia como organización. Pero fue bajo Diocleciano cuando el conflicto se definió más claramente. En su esfuerzo desesperado para unir el Imperio, le preocuparon especialmente las influencias que tendían al separatismo. Aunque al principio despreció la fuerza de los cristianos, hacia el año 303 d. c., bajo la presión de Galerio, su asociado en el gobierno, había llegado a la conclusión de que en efecto existía otro Estado dentro del Estado. Las medidas que tomó fueron sin precedente. Ningún cristiano podría disfrutar de ciudadanía romana ni, por tanto, desempeñar puestos en los servicios imperial o municipal y tampoco podía recurrir a la apelación en los veredictos judiciales. Ningún esclavo cristiano podría ser libre. Se destruirían las iglesias y los libros sagrados. A este edicto siguieron otros. Se encarcelaría al clero y se le obligaría a sacrificar a los dioses, por medio de la tortura. El propósito era privar a los legos de sus dirigentes y a la organización de la Iglesia de sus principales defensores. Finalmente, este último edicto fue aplicado a todos los cristianos

Así en interés de la unidad del Imperio se disolvería y dispersaría al cristianismo. Y los edictos, aunque no contribuyeron a la unidad del Imperio, causaron la desunión en la Iglesia.

Pero durante los años que siguieron, la unidad del Imperio se vio amenazada más bien por el conflicto abierto entre los emperadores rivales. En el año 311 d. c. se llegó a la siguiente etapa en las relaciones de la Iglesia y el Estado. "No obstante, a causa del gran número que todavía persiste en sus creencias, y por habernos dado cuenta de que en la actualidad no sienten reverencia por los dioses, ni los adoran debidamente y ni siquiera rinden culto a su propio Dios, por tanto. . . hemos juzgado conveniente. . . permitirles que vuelvan a ser cristianos. . . Los cristianos tendrán el deber. . . de rogar a Dios por nuestro bienestar, por el del público, y por el suyo propio. . ." Éste fue el "Edicto de Tolerancia" promulgado por Galerio, que anteriormente había perseguido al cris-

tianismo, cuando yacía moribundo con una horrible enfermedad. Pero fue el llamado Edicto de Milán, promulgado en el año 313 d. c., el que planteó el problema desde un punto de vista nuevo: el de la neutralidad religiosa del Estado. Es posible que no se diese como edicto una declaración de este tipo, pero en la forma en que lo presenta Lactancio, el "Edicto" desde luego resume automáticamente las instrucciones enviadas por el emperador Constantino a sus funcionarios durante las años de 311 a 313 d. c. Su propósito puede colegirse por los siguientes extractos: "...no debe negarse a ningún hombre el permiso para adherirse a los ritos cristianos o de cualquier otra religión que le atraiga, para que así la divinidad suprema, a cuyo culto nos entregamos libremente, continúe otorgándonos su favor y benevolencia... Se concede a todos, así como a los cristianos, el franco y libre ejercicio de sus respectivas religiones... y no queremos restar nada del honor debido a cualquier religión o a sus adeptos." Se restituiría a la Iglesia toda su propiedad, aun a costa del erario imperial. Y al mismo tiempo el emperador Constantino se declaró cristiano, y, sin perseguir al paganismo, inclinó definitivamente la balanza de la neutralidad en favor del cristianismo.

El cristianismo había desconcertado al gobierno romano. Tardó mucho tiempo en descubrir la nueva fe y, una vez descubierta, la había interpretado mal. Por esta mala interpretación, tenía aplicada una prueba imposible, y rechazada la prueba, recurrió a las persecuciones espasmódicas. La persecución intermitente pareció servir sólo como estímulo. La primera persecución general se llevó a cabo demasiado tarde. El único medio era el de la neutralidad, y ésta fue la política que imperó durante sesenta años. Los emperadores podían ser paganos o incluso prestar todo el apoyo posible al paganismo, como lo hizo Juliano el Apóstata (361 d. c.), lo mismo que Constantino, antes que él, había apoyado a la Iglesia cristiana; pero oficialmente prevaleció la neutralidad. El último paso lo dio Teodosio el año 378 d. c. al

abandonar la neutralidad y proscribir el paganismo. Los templos fueron nacionalizados y convertidos en museos de arte. Se reformó el calendario que hasta entonces fue hecho basándolo en las fiestas paganas. Los dioses fueron declarados inexistentes por medio de la ley, aunque no sin oposición. El Estado empleó en favor del cristianismo el mismo instrumento que en el siglo anterior había sido empleado contra él. Y, paradójicamente, la actitud del Estado obedeció al mismo motivo que antes. Mientras que anteriormente, en el supuesto interés de la supervivencia del Imperio como unidad ligada por sanciones religiosas, se había perseguido el cristianismo, ahora, con el mismo propósito, se procuraba extirpar a los enemigos del cristianismo. Las esperanzas de éxito y la supervivencia del Imperio dependían de lo que en otros tiempos se llegó a considerar como la causa destructora de la organización de la unidad y del bienestar del Imperio. El Estado se refugió bajo la égida de la religión cristiana, a la que pertenecía sólo una minoría de sus miembros. Así el Estado fue fiel a la creencia de los romanos de los primeros tiempos de la República, según la cual Roma dependía de la buena voluntad del poder divino. Puede decirse que, de este modo, la primitiva fe romana se había vindicado a sí misma.

Un cambio de política tan trascendental y repentino como el que tuvo lugar hacia el año 313 d. c. no puede explicarse como el inevitable y casi pronosticable resultado que procede de causas suficientes. El historiador, al seguir la marcha de los acontecimientos y ponderar las ideas de los hombres, se sobresalta ante un acontecimiento para el que se encuentra totalmente desprevenido. El cambio fue obra de un hombre, Constantino, cuyo carácter se niega a encajar en el patrón de la época, cuyas convicciones son personalísimas, cuyo lenguaje mismo, como puede verse en cartas y edictos, es nuevo e inesperado. Unos veinte años después de la persecución de Diocleciano, el emperador romano Constantino escribe en los siguientes términos (las circunstancias

en que se escribieron no pueden relatarse aquí): "divisiones de esta clase [en la Iglesia] no deberán ocultárseme, pues pueden encolerizar al Supremo Dios, no sólo contra el género humano, sino también contra mí mismo, a cuyo cuidado, por Su decisión celestial, El ha confiado la dirección de todos los problemas de la Tierra, y así, en su enojo, puede decidir las cosas de otro modo que hasta ahora. Pues así, desde luego, mi ansiedad no será tan grande y abrigaré esperanzas de recibir siempre lo más favorable y mejor de la fácil generosidad del Dios Todopoderoso, cuando yo vea que la humanidad se mantiene agrupada en fraternal unión adorando al Dios Santísimo en el culto de la religión católica, en la forma que a Él es debida." "El resultado [del cisma] es que los propios hombres que deberían preservar la fraternidad, en comunión de mente y espíritu, se mantienen separados en una vergonzosa y perversa contienda, proporcionando así a los que se mantienen alejados de esta religión, la más santa de las religiones, una excusa para burlarse de ella." "Los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles y las profecías de los antiguos profetas nos enseñan claramente lo que debemos pensar acerca de lo Divino. Por tanto, ahuyentemos la rivalidad causante de la guerra y busquemos la solución de nuestros problemas en aquellas Escrituras de inspiración divina." "La bondad eterna y divina de nuestro Dios, que es superior a toda comprensión, de ningún modo permite que la humanidad ande extraviada en la oscuridad demasiado tiempo, ni que los odiosos deseos de algunos hombres prevalezcan tanto sin que se abra de nuevo, por obra de Su iluminación, un camino de salvación, y sin que se les conceda a los hombres la conversión a la ley de justicia. Sé esto harto bien por muchos ejemplos, e incluso puedo apreciarlo por mi propio caso... En verdad, no puedo describiros ni enumerar las bendiciones que Dios, por Su divina generosidad, me ha concedido a mí, Su siervo. Por tanto me regocija, me regocija especialmente que... vosotros [los hermanos más queridos del emperador, los obispos católicos] hayáis

hecho volver a una esperanza mejor y a una condición mejor a aquellos a quienes la malignidad del Diablo parecía haber apartado, con su persuasión, de la gloriosa luz de la ley católica. ¡Oh, en verdad victoriosa providencia de Cristo Salvador!"

Hemos incluido estos breves extractos porque no hay método más eficaz para revelar el rápido cambio que aparece en el pensamiento y en el lenguaje del siglo IV, al compararlo con el del siglo II.

Constantino fue un emperador romano que se había identificado con el cristianismo, la iglesia cristiana y el credo cristiano, que estaba convencido de que tenía que cumplir una misión ineludible, encomendada por el Dios cristiano a él, su siervo, que dedicaba paciencia y energía a la causa de la unidad dentro de la Iglesia como condición esencial de la unidad y la prosperidad del Estado romano; que no se contentaba con una Iglesia unida, sino que sentía también el deber especial de atraer a "los que estaban fuera" al seno de una Iglesia verdaderamente católica.

Al principio, el cristianismo se predicó entre las clases más bajas de la sociedad, que habitaban cerca de las vías principales de comunicación. Hacia fines del reinado de Constantino, el cristianismo había penetrado hasta los lugares más recónditos del Imperio y aun alcanzado las clases más altas. Al principio, el cristianismo insistía en la vuelta inmediata de Cristo, y su lenguaje era el del "apocalipsis". Más tarde adoptó una visión más amplia, y la defensa y explicación racionales de sus doctrinas llevaron el Evangelio a las personas cultas. El ataque —el mejor medio de defensa— asaltó los cimientos del paganismo. Su actitud hacia las obras de la literatura y la cultura paganas había sido intransigente al principio, porque las consideraba la Biblia del paganismo. Después de luchar con la conciencia, los hombres más competentes de la Iglesia se dieron cuenta de que la literatura pagana podía separarse del paganismo, y de que la religión cristiana no debía rehusar la ayuda de la educación y de la erudición. En la

primera parte de este período de trescientos años, la hostilidad del pueblo llegó a provocar las medidas represivas del Estado. En la última parte, el Estado, más preocupado por la unidad imperial que durante el principado, tomó la iniciativa, y el cristiano y el pagano, en general, bajo una dominación que afectaba a todos, vivían en paz el uno con el otro. En lo que se refiere a la originalidad de pensamiento y de expresión, la ventaja estuvo del lado del cristianismo, pues, mientras el pensamiento, las letras y la religión paganos sólo podían labrar de nuevo terrenos familiares casi exhaustos, el cristianismo ofreció una nueva interpretación de la vida y su mensaje vivificador transformó las viejas formas de pensamiento y lenguaje. Ya antes del reinado de Constantino, la Iglesia había poseído bienes, no se sabe bien bajo qué título legal. De la persecución, a la neutralidad, de la neutralidad, al favor: de la degradación, a la respetabilidad y a la dignidad: de una fe ciega, a las exposiciones de credo formuladas en los términos filosóficos más profundos; de la ignorancia, al saber. A partir de entonces, la Iglesia cristiana quedó armada, para el período siguiente de su historia, con toda la panoplia que podía proporcionar la civilización grecorromana. Este período corresponde a la Edad Media, aunque, en realidad, sigue siendo todavía historia de Roma.

X

EL SIGLO V

Ni el cabello gris ni las arrugas pueden arrebatar de pronto la autoridad moral; cuando se ha vivido honradamente se recibe hasta el fin la recompensa de la autoridad.

CICERÓN

Pasamos ahora al principio del siglo V, no con el propósito de dar una idea general de los acontecimientos, sino para examinar algunos de los cambios que hasta entonces se habían producido en las instituciones y las ideas romanas. Para lo que nos proponemos basta hacer constar que, entre el año 337 d. C. (fecha de la muerte de Constantino) y el año 400 d. C., Juliano hizo una breve tentativa de infundir nueva vida al paganismo, que Teodosio estableció el cristianismo como religión oficial, que en el año 395 d. C. sus dos hijos dividieron el Imperio en dos partes, gobernando Arcadio el Occidente y Honorio el Oriente, y que la presión de los hunos y los godos en la frontera norte del Danubio adquirió proporciones alarmantes.

En lo que se refiere al gobierno y la vida pública, los antiguos ideales, aunque persistían los nombres, se habían desvanecido y ya no eran sino sombras sin sustancia. El reinado de Diocleciano, durante el cual el Estado se convirtió en organismo omnipotente, llegó de hecho a destruir todo lo que Catón y Cicerón, e incluso Plinio, consideraron siempre como característica esencial de Roma.

La colaboración que existió entre Augusto y el Senado había ido desapareciendo poco a poco. La posición del *Princeps* se hizo más autocrática durante el siglo I, y aunque, por un momento, bajo los Antoninos, el Senado soñó con recobrar su posición por medio de su influencia en la elección del sucesor del Emperador, el ejército, usurpando la autoridad, acabó con estos sueños en el siglo III. Después de Diocle-

ciano, el Senado, aunque todavía se reunía como un consejo, fue lentamente transformándose en una clase de la sociedad, el orden senatorial, que disfrutaba de ciertas exenciones en los impuestos y de ciertas dignidades. Muchos de los miembros de esta clase no habían visto nunca la ciudad de Roma, ni siquiera viajado fuera de las provincias en que vieron la luz. De pertenecer a un estamento elegido por el pueblo para desempeñar las magistraturas y, por tanto, habilitado para formar parte del gran Consejo de la República, que de hecho, aunque no de derecho, había gobernado el mundo romano, los senadores se convirtieron en una capa especial de la sociedad que disfrutaba de algunos privilegios, pero no ejercía ningún poder. Alejados de los demás, aislados y metidos en sí, buscaron refugio en las tradiciones, la literatura y la cultura de una época que estaban convencidos que nunca desaparecería. El poder del Emperador, con su aureola de santidad, primero por su "divinidad" y más tarde como representante de Dios, era absoluto y no se discutía. La esperanza de una restauración republicana que los senadores de los primeros días del Imperio habían abrigado, hacía mucho que se había olvidado. Sin embargo, aún se empleaban las antiguas frases. Cuando en el año 458 d. C. el emperador Mayoriano escribe al Senado por pura cortesía, se dirige a los senadores llamándolos *patres conscripti*, el nombre más antiguo del Senado, que data de los primeros días de la República. Reconoce que el Senado lo ha elegido y que el ejército ha confirmado su nombramiento. Se describe a sí mismo como *Princeps*, el título empleado por Augusto. Sin embargo, habla también de su *regnum*, de su posición como *rex*, el título aborrecido por los romanos, y espera servir fielmente a la *res publica*, el antiguo nombre para designar la comunidad estatal, que le ha obligado a reinar.

En otros tiempos la ciudadanía romana había sido una posesión valiosa. En los primeros días de la República se había luchado para conquistar la ciudadanía. En el último siglo de la República los aliados

de Roma lograron obtenerla a pesar de que Roma se resistía a concederla. La petición que en virtud de su ciudadanía romana hizo el apóstol Pablo, el ciudadano romano más famoso del siglo I d. C., fue atendida inmediatamente. La dignidad de esta condición jurídica, así como sus derechos y deberes, fue el resultado de un largo proceso de desarrollo político, que culminó en los primeros tiempos del Imperio. Empezaba a declinar cuando el emperador Caracalla, con el propósito de que todo el mundo pudiera pagar los impuestos correspondientes a los ciudadanos romanos, concedió la ciudadanía virtualmente a todo el mundo. La idea de la ciudadanía se había olvidado, los municipios ya no gozaban de una vida civil que apreciasen; sólo soportaban las cargas de la contribución. Los miembros de las curias municipales, en lugar de desempeñar con orgullo su cargo, se limitaban a encargarse de la responsabilidad de recaudar las contribuciones que les había sido impuesta. Los hombres empezaban a encontrar en el seno de la Iglesia cristiana el sentido de ciudadanía que ya no podían ofrecerles ni Roma ni los municipios.

Muchos de los cargos más importantes del Estado, las magistraturas, habían desaparecido o se habían alterado tanto que, excepto en el nombre, ya no eran los mismos. La función del pretor, que en otros tiempos había sido una importante autoridad judicial, consistía ahora en organizar espectáculos públicos. El consulado era un alto honor —pues lo otorgaba el Emperador— y nada más. Sin embargo, en el año 399 d. c., se apreciaba tanto que se consideraba como una "recompensa divina". Los mandos supremos en las provincias, que en otro tiempo alcanzaron la responsabilidad más grave y el máximo honor que se concedía a los que habían servido al Estado, elegidos por el pueblo para una serie de magistraturas, ya no eran sino peldaños en la escala de promoción que recorría el funcionario profesional al servicio del Emperador. Los poderes y deberes originales se habían dividido y puesto en las manos de distintos funcionarios, que se frenaban mutuamente.

En otros tiempos las provincias debieron gran parte de su romanización a la inteligente política de administradores capaces; ahora se odiaba al funcionario, porque su obligación consistía en recaudar las contribuciones, en impedir que nadie abandonase su gremio, buscara otro trabajo o se evadiera del tributo al Estado en dinero, especie o servicios. El Estado era el amo universal. En los primeros tiempos de la República, cuando los plebeyos pidieron un defensor, obligaron a los patricios a crear el tribunado con el fin de proteger sus intereses. Y ahora, los oprimidos encontraron de nuevo protección, no en el magistrado del Estado, sino en la persona de los obispos de la Iglesia. La petición popular imponía el cargo de obispo a hombres de su elección. Ambrosio, Obispo de Milán, ni siquiera estaba bautizado cuando fue obligado por la multitud a cargar con las responsabilidades de este cargo. Las cartas de hombres como San Ambrosio y San Agustín demuestran claramente la obra de los obispos. Se oponían a la tiranía oficial, se enfrentaban a los gobernadores provinciales, con quienes personalmente mantenían a menudo relaciones amistosas, llevaban las cuestiones a los mismos oídos imperiales, eran los árbitros en las disputas y guiaban y protegían a su grey en todas las dificultades que se les presentaban. Fue entonces cuando la Iglesia se transformó en la fuerza principal contra la pobreza y el dolor; era la que proporcionaba hospitales, escuelas y orfanatos y todo género de obras caritativas. Así ofreció a los hombres una esperanza y la creencia de que el individuo tenía todavía valor, aunque la sociedad fuera esclava del Estado. El obispo asumió virtualmente las funciones del magistrado de la ciudad, que por esta época no era sino un instrumento del gobierno a pesar suyo, mientras que el obispo era elegido por los habitantes.

En lo que se refiere al ejército, en tiempos anteriores había sido privilegio del romano luchar en favor de la ciudad de Roma, como ciudadano y protector de su familia y de sus dioses. Primero adquirió prioridad la caballería; más tarde, los legionarios.

Pero las necesidades cada vez mayores del Imperio lo habían cambiado todo. Primero, el ejército profesional, después, el reclutamiento de elementos no romanos, y finalmente la barbarización del ejército. Ahora se utilizaba a los reyes bárbaros para defender a cualquier precio las fronteras. Los habitantes de las provincias menos civilizadas eran llevados al ejército con todo el resto de la población que no estaba eximida por prestar otras formas de servicios esenciales para el Estado. De apóstol de la romanización, el soldado, lo mismo que sus oficiales, había pasado a ser ahora el elemento más tosco y menos civilizado del mundo romano. La disciplina, como lo demuestran los estatutos del Código de Teodosio, era rigurosa y despiadada. El arma más honrosa era la caballería, ahora protegida con coraza y cota de malla, de las que provienen directamente las armaduras de los caballeros de la Tabla Redonda del rey Arturo.

La tierra se iba escapando de las manos de los pequeños propietarios y de los agricultores en pequeña escala. El Estado confiscaba las tierras que necesitaba o las que juzgaba que no estaban bien administradas. Los grandes terratenientes se anexaban las propiedades vecinas que no podían producir lo que exigían los recaudadores de contribuciones, pues al Estado le interesaba más tener la seguridad de que la tierra pagaba su tributo en forma de impuestos, en géneros o con los servicios de los peones, que mantener los títulos de propiedad. Inmensos dominios pasaban a manos de una sola familia, y allí se congregaba la antigua clase media con el fin de asegurarse, como verdaderos siervos, una subsistencia y cierta protección contra las imposiciones del Estado, ya que los terratenientes se las arreglaban para evadir o desafiar a los funcionarios del Estado. Además, como puede verse en el Código de Teodosio, la corrupción y el soborno se practicaban en gran escala. El Emperador trató de reprimir estos desmanes por medio de estatutos promulgados por el gobierno, pero su autoridad fue impotente. Los mayordomos de las grandes propiedades hacían sus arreglos con los fun-

cionarios, *unas veces engañando a sus amos y otras* en combinación con ellos, protegiendo a los desertores del ejército, proporcionando datos falsos para la contribución con el consentimiento de los inspectores de tierras. El cuadro es verdaderamente imponente.

Sin embargo, fue precisamente en esas grandes haciendas de la aristocracia rural donde floreció la cultura del antiguo tipo. En las Galias y en África los terratenientes vivían recluidos en sus lujosos hogares, manteniendo correspondencia entre sí (pues el género epistolar estaba muy en boga como forma de literatura), discutiendo los méritos literarios de los escritores clásicos como Virgilio, Horacio, Terencio, Estacio y otros. Por todo el Imperio había centros de estudios académicos. La Galia, sobre todo, contaba con varios famosos, en especial el de Burdeos. El estudio favorito era la literatura, mientras que la filosofía decaía. Pero a pesar de la aridez de gran parte de estos estudios, se seguían con un fervor en cierto sentido patético, pues procedía de dos sentimientos subconscientes contradictorios: primero, el sentimiento de que la antigua cultura estaba desapareciendo; segundo, que no era posible que desapareciese, porque entonces sólo quedaría el vacío.

Rutilio Claudio Namaciano pertenecía a una de las familias de la nobleza gala, cuyas propiedades fueron "echadas a perder" por los invasores bárbaros. Su padre había desempeñado un cargo en Roma y él mismo llegó a ser Prefecto de la Ciudad en el año 413 d. C., seis años después de la ley que condenaba al paganismo, y cuatro después de la incursión sobre Roma, de Alarico. En un poema de 700 versos relata el disgusto con que regresó de Roma a Galia para atender a sus tierras, el trabajo que le costó arrancar de la ciudad "donde el cielo es más claro sobre las siete colinas", y, al partir, profiere sollozante una oración de gratitud.

Roma es la Reina del mundo, nodriza de hombres y madre de dioses, cuya majestad nunca se borrará de los corazones de los hombres hasta que el

mismo Sol desaparezca. Esparce sus dones con tanta amplitud como el Sol sus rayos —el Sol que sale y se pone sobre las tierras que Roma gobierna—. Ni el desierto abrasador ni la helada coraza del norte impidieron su avance: dondequiera que la naturaleza había infundido vida, allí había penetrado Roma. Ella había hecho una patria de muchas naciones, y era una bendición ser gobernado por ella. Roma había convertido en una ciudad lo que antes era el mundo, ofreciendo a los conquistados que compartiesen sus propias leyes. La clemencia había mitigado el poder de sus armas. Había vencido a los que había temido y amaba a los que había vencido. Abarcando el mundo entero con sus leyes, logrando victorias, había unido todas las cosas en una confederación común. Otros imperios se habían levantado y se habían hundido, pero la guerra de Roma había sido justa, su paz libre de soberbia, y a sus vastas riquezas se había sumado la gloria. Sus hechos superaron su destino: lo que gobernaba era menos de lo que merecía gobernar... Y después Rutilio ruega a Roma que evoque en su ayuda su antiguo coraje y su antigua fortaleza... A pesar del dolor, las heridas se cicatrizan y los miembros se fortalecen. De la adversidad brota la prosperidad, de la ruina la riqueza. Los cuerpos celestes se ponen sólo para renovar su luz. Lo que no puede hundirse surge rápidamente a la superficie; la antorcha se inclina para que la llama arda con más brillo. Los enemigos de Roma, por un momento victoriosos, fueron todos derrotados, y hasta Aníbal vivió para lamentar su éxito. El desastre que a otros destruye, renueva a Roma; su poder para triunfar en la desgracia la hará renacer. Humillará a sus enemigos. Para Roma, eternamente, se cultivarán las Provincias Renanas, se desbordará el Nilo, y prodigarán su trigo y su vino Africa, Italia y el Occidente.

En el poema alienta mucho de la atmósfera de la Roma de cuatro siglos antes: allí están los dioses y los mitos; los parajes ejercen su antiguo encanto, las antiguas instituciones reciben la debida reve-

rencia, y las "costumbres antiguas" todavía encantan; la magia de Roma prepondera en todo. No hay ningún indicio de que el antiguo orden haya desaparecido. No se menciona el cristianismo. Persiste la fe de que Roma emergerá triunfante. Y Rutilio no es el único devoto romano ni el único provinciano entusiasta de Roma. A Claudiano, que nació en Egipto, le era indiferente que el Emperador del Occidente fuera cristiano o pagano con tal de que fuera Emperador de Roma, pero detestaba a Constantinopla, la advenediza oriental. Su pasión eran el Senado y las instituciones paganas que éste defendía. Él también se adhería obstinadamente al pasado, y del pasado creó un futuro romano. Las cartas de Símaco también relatan con plácida calma las trivialidades cotidianas, dando a entender que aún se mantenían los colegios sacerdotales y la rutina ordenada del culto antiguo. Sin embargo, Símaco vivía en términos amistosos con algunos de los enemigos más intransigentes del paganismo. Y como él había otros muchos.

Pero además de los hogares de los nobles galos había otros lugares en los que se conservaba la cultura de la civilización grecorromana: dentro de la misma Iglesia cristiana, en las casas y en las escuelas de los obispos, en los monasterios, en establecimientos de la Iglesia, e incluso en las celdas de los ermitaños. Como es bien sabido, entre los escritores y pensadores cristianos había existido una división de opiniones. Unos, como Tertuliano, eran partidarios de destruir todo aquello cuyo origen era pagano. Otros, como Clemente de Alejandría, eran partidarios de "despojar a los egipcios". Hacia el siglo V, casi se tenía resuelto el conflicto, y muchos de los dirigentes cristianos fueron los hombres más cultos de la época. En estos centros culturales existía vida, actividad. La retórica romana encontró una nueva salida en los sermones y en los tratados teológicos, que solían publicarse por entregas que los lectores esperaban con ansiedad. Las disputas con los defensores paganos de la cultura antigua ofrecieron opor-

tunidades para la publicación de folletos polémicos, y la correspondencia, precisa y voluminosa, de hombres como San Agustín y San Jerónimo dio nueva realidad al género epistolar.

De esta manera podrían resumirse los cambios que se habían producido en las principales ideas e instituciones romanas. Pero la verdadera naturaleza de estos cambios sólo puede apreciarse leyendo la literatura de la época, por ejemplo, las cartas de Símaco, Sidonio, San Agustín y San Jerónimo. Pero queda un tema que debe tratarse algo más detenidamente: el destino de la religión romana.

A medida que el Imperio fue extendiéndose hasta abarcar todas las regiones mediterráneas, se fueron divulgando por todas partes nuevos cultos, ritos, filosofías; algunos autóctonos y otros procedentes de Persia y del Lejano Oriente. Ya hemos hablado antes del culto a la Magna Madre, pero se adoraba también a otras muchas deidades: Mitra, el dios solar persa, Isis y Osiris, dioses de Egipto, el dios de Siria llamado Júpiter Dolicheno, y otras. Tenían también dioses del campo, italianos y provincianos, con nombres y cultos que se remontaban hasta tiempos prerromanos; dioses del Estado, Júpiter, Juno, Minerva, etc.; poderes vagos como la Fortuna, la Tutela, y el Genio en múltiples formas; ideas abstractas como Fides, Concordia; dioses particulares de distritos y localidades como algunos de los dioses galos y, por último, dioses tomados de cultos extranjeros y nombres, ritos y leyendas combinados. Y todos estos cultos, que son cientos, continuaron practicándose a pesar de que el Imperio era nominalmente cristiano. Los emperadores los perseguían, pero los cultos persistían y la autoridad imperial era impotente. Las familias nobles romanas insistían en el mantenimiento de los dioses de la República, y el sentimiento popular y la costumbre no se resignaban a abandonar las supersticiones tradicionales. La sociedad en general, con exclusión de los cristianos sinceros —y no hay que olvidar que había muchos cristianos de nombre— mantenían vivos los antiguos cultos roma-

nos por una razón poderosa: la continuidad del Estado Romano parecía depender de la continuidad de los dioses romanos y de su culto. La religión personal podía satisfacerse con cualquier otro culto, perc los ritos romanos que se habían transmitido durante siglos tenían que continuar, pues toda la estructura de la organización dependía de ellos. Y la vida organizada y, en realidad, también el contacto con las "costumbres antiguas", casi habían quedado destruidos en los turbulentos años del siglo III. Había que preservarla a toda costa y sólo podía lograrse esto en las formas consagradas de la religión, en la literatura y en los sentimientos que religiosamente preservaban estas formas. Las familias nobles, fieles a la cultura tradicional, habían visto cómo se adoptaba una religión tras otra. Había habido emperadores que adoptaron el culto del dios Sol, de Hércules, del sirio Baal, o de otros; el último era el cristianismo, pero no había razón para que éste persistiera. La vuelta al paganismo del emperador Juliano era una buena señal, y aunque no había logrado destruir el cristianismo como religión "oficial", lo que había intentado podía más tarde volver a intentarse con más éxito. En realidad no era la existencia del cristianismo ni de cualquier otro culto lo que detestaban los defensores de la cultura pagana, pues había una amplia y fácil tolerancia, y, como dijo uno de ellos, "no es uno sólo el camino para tan gran secreto". A lo que se oponían era al odio del cristianismo hacia los antiguos cultos romanos que habían persistido durante siglos y que habían sido garantía de la estabilidad de Roma.

Pero los antiguos cultos significaban mucho más que esto. Cuando Ennio dijo que la prosperidad de las "cosas romanas" tenía sus raíces en las viejas costumbres y en las cualidades características de los hombres de Roma, pensaba en la Roma que él desconocía. Desde entonces el horizonte se fue ensanchando. Toda la civilización del Mediterráneo que Roma llegó a tomar bajo su protección era ahora una civilización grecorromana, y Roma era la responsable

de su continuidad. Dentro de esta civilización grecorromana existía la posibilidad de perfeccionamiento. El mundo distaba de ser perfecto y las instituciones humanas no eran definitivas, pero dentro de las "formas de pensamiento", si se permite la expresión, a las que con tanto esfuerzo había llegado la civilización —en política, ideales sociales, en ética, y en la expresión natural de estas cosas— existía la esperanza de alcanzar la perfección. Esto, y mucho más, se encierra en las palabras: "Roma Eterna". La propia experiencia espiritual de Roma, la fusión de esta experiencia con el resto de la civilización mediterránea, y la nueva creación que resultó, constituyó el cenáculo dentro del cual se encontraba el destino de la humanidad. Si se destruían estas "formas de pensamiento", si se destruía la antigua cultura de la cual eran parte los antiguos dioses, la humanidad estaba sentenciada.

He aquí el reto que tuvieron que aceptar los escritores y pensadores cristianos. Al hacerlo, tropezaban con dos dificultades. En primer lugar, ellos mismos eran producto —y con frecuencia el mejor producto— de la civilización grecorromana; y pensar fuera y más allá de ésta significaba un esfuerzo supremo de inteligencia y voluntad. En segundo lugar, debían a esta civilización las herramientas mismas que utilizaban para hacer sus críticas, y entre ellos muchos amaban con verdadera devoción la literatura pagana. Por tanto, se les presentaba la difícil tarea de hallar una nueva orientación intelectual y emocional.

Esta situación puede ilustrarse con ejemplos diversos, pero consideraremos sólo el caso más destacado: el de San Agustín.

Antes de hacerse cristiano, Agustín fue profesor de retórica en Italia. Conocía a fondo la literatura romana. Había leído muchas obras literarias y filosóficas griegas en traducciones latinas. Estaba perfectamente al tanto de las controversias literarias y filosóficas de su tiempo, y el maniqueísmo y el neoplatonismo lograron ejercer una gran influencia so-

bre él. Después de su conversión pensó hacer una vida monástica pero se vio elevado al cargo y las responsabilidades de un obispado en su país nativo, Africa. En el año 410, d. c., Alarico, rey de los godos, invadió Italia, capturó Roma y se retiró. Los refugiados huyeron a las costas meridionales del Mediterráneo, llevando la noticia. En el mundo romano la conmoción fue tremenda; parecía que la civilización iba a desmoronarse. El pánico se aminoró cuando se supo con certeza que Roma todavía subsistía, y que las cosas seguían marchando como antes, pues los daños en la ciudad no habían sido muy grandes, y los bárbaros se habían portado con una moderación inesperada. Pero los ánimos seguían turbados. Si Roma hubiera sido fiel a los antiguos dioses, no hubiera sucedido esta catástrofe. Tal era el indignado y amedrentado argumento de los defensores de la cultura romana.

En el año 413 d. c. empezó San Agustín a escribir su obra *La Ciudad de Dios,* que terminó en el año 426. Partes de la obra fueron apareciendo entre estas fechas. Era un producto de la época, y su propósito principal fue el de servir de guía para su interpretación. Del alcance de sus veintidós libros no puede hablarse aquí, pero deben señalarse tres aspectos.

Primero, los libros I-X están dedicados a refutar la acusación de que había que atribuir los males del mundo a la proscripción del culto pagano, decretada por los cristianos y por el Imperio Romano cristiano. Con este propósito se hace un escrutinio de la historia romana, y la conclusión es que en realidad los dioses romanos no salvaron a Roma en otras crisis, y que por su mismo carácter eran incapaces de salvarla. Los dioses romanos no pueden ofrecer al alma de cada individuo ninguna garantía para la vida futura. Este último argumento se dirige contra aquellos paganos que, aunque no culpaban al cristianismo por los recientes desastres imperiales, pensaban, sin embargo, que los antiguos cultos ofrecían un beneficio positivo para el futuro. Naturalmente San

Agustín, al escribir una obra de polémica para la época, no luchaba con sombras, y, en efecto, sabemos que algunos paganos tuvieron la intención de publicar una réplica. En otras palabras, luchaba contra la arraigada creencia general de que sólo conservando los cultos antiguos y la cultura asociada a ellos podría salvarse la civilización.

En segundo lugar, San Agustín es un admirador profundo de la obra de Roma en la historia y de las virtudes romanas, gracias a las cuales se había realizado esta obra. Sobre esto no hay sombra de duda. No sólo lo repite así constantemente, sino que todos sus escritos, desde el principio al fin, están empapados del pensamiento clásico, con numerosos ejemplos y citas y, en efecto, su punto de partida es con frecuencia el punto de vista ortodoxo correcto del paganismo. Lo que San Agustín critica en el carácter romano es precisamente el elemento que él no podía perdonar: el materialismo, la crueldad y la inmoralidad. Mientras que los paganos afirmaban que el carácter romano había *hecho* la historia romana y que el carácter romano estaba ligado a la antigua religión, San Agustín, aunque admiraba muchas cosas de la historia y del carácter romano, negaba la asociación de ambas cosas con la antigua religión. En aquel entonces, esta posición era menos inteligible de lo que nos pueda parecer hoy, y su tarea no era nada fácil. Era mucho más sencillo adoptar la actitud de Tertuliano y condenar sin reserva toda la estructura y el pensamiento de una civilización derivada del paganismo. San Agustín no eligió este camino. De haberlo elegido, el curso de la historia habría sido diferente.

Pero, en conjunto, el problema era mucho más profundo de lo que ahora parece, pues la cuestión de los dioses de Roma no era sino un aspecto de algo mucho más amplio. Quizás pueda también ilustrarse esto brevemente haciendo referencia a un pasaje del mismo libro, *La Ciudad de Dios*. San Agustín acaba de hacer un resumen de las diversas clases de "bien" que las diferentes filosofías del mundo clásico habían

establecido como el fin que ha de perseguirse. Estas filosofías habían considerado la felicidad como el fin principal, y unas habían decidido que la felicidad residía en la virtud, otras que en los placeres de diferentes clases, algunas que en la satisfacción de las necesidades elementales, y así sucesivamente. "Entonces, si se nos pregunta qué respondería la Ciudad de Dios, al ser interrogada acerca de estas cuestiones una tras otra, y en primer lugar, cuáles son sus puntos de vista sobre los 'fines' del bien y del mal, respondería que la vida eterna es el sumo bien y que la muerte eterna es el sumo mal; debemos vivir con rectitud para obtener lo uno y evitar lo otro. Está escrito que 'el hombre virtuoso vive por la fe', pues nosotros no vemos ahora nuestro bien, y por tanto tenemos que buscarlo en la fe, y no nos es posible vivir virtuosamente con nuestros propios recursos, a no ser que Él, que nos da fe para creer en la ayuda que puede prestarnos, ayuda a nuestra fe y a nuestras oraciones." "La vida eterna" se emplea aquí en el sentido que se emplea en el Cuarto Evangelio, "una vida con calidad permanente", más bien que una "vida sin fin".

Este pasaje quizás pueda dar idea del contraste entre el punto de vista cristiano y el no-cristiano. La civilización grecorromana había encontrado, dentro de las "formas de pensamiento" de su cultura propia, la contestación definitiva a las necesidades de la humanidad; esto es lo que significa "Roma Eterna". Pues aunque a primera vista pueda parecer que al confiar en los dioses romanos para la prosperidad, Roma acudía a algo que se encontraba fuera de ella misma, en realidad el ruego se hacía, como siempre se había hecho, con el fin de inducir a los dioses a favorecer lo que los mismos romanos intentaban. Lo que los cristianos critican del pensamiento pagano es que el paganismo considera que el hombre se basta a sí mismo, que el mundo puede explicarse a sí mismo. Su credo, por el contrario, afirma que si el hombre no invoca un principio que se encuentre fuera de él, no hallará la solución de sus problemas.

Por tanto, ya no se trata de asegurar la buena voluntad de los dioses para lograr lo que el hombre desea, sino de cumplir la voluntad de Dios, por el solo hecho de ser Su voluntad, contradiciendo a menudo lo que los hombres desearían para sí mismos. Éste es el conflicto en disputa, tal como lo veían los cristianos. Pero el que no se pudiera llegar a un acuerdo no significa que por eso se hubiera de despreciar la cultura. (Quizás, aunque no en los términos de San Agustín, pueda explicarse brevemente el conflicto de esta manera. Cuando Arquímedes elaboraba la teoría de la palanca, dijo que si tuviera un solo punto de apoyo fuera del mundo, podría moverlo. El cristianismo creía que el pensamiento grecorromano intentaba mover el mundo desde dentro y, naturalmente, había fracasado. Sólo el cristianismo ofrecía el principio desde fuera.)

Así argüía San Agustín con los defensores del antiguo culto romano. Pero en un plano inferior tenía otra tarea que cumplir, una tarea a la que, por muchas generaciones, habían dedicado sus esfuerzos todos los maestros cristianos. Tenía que luchar a brazo partido con los dioses y con vagos poderes (demonios) que dominaban las mentes de los hombres incultos —las "influencias" malignas de la astrología, el poder de la "fortuna" y la suerte, la "magia" de los espiritualistas, los terrores de las supersticiones medio olvidadas, los cultos de cientos de diosecillos; éstas eran las fuerzas esclavizantes de las que había que liberar a las masas. Es bien sabido que muchos dioses autóctonos adoptaron apariencia cristiana como santos patronos y el proceso puede observarse en detalle; pero no podemos detenernos en esto.

Con San Agustín hemos llegado al último gran nombre de la Antigüedad. Cuando murió, en el año 430 d. C., los vándalos estaban invadiendo África y se encontraban ya a las puertas de Hipona.

Pero todavía hay que añadir una última palabra. Si los mismos bárbaros que invadieron grandes regiones del Imperio en los siglos IV y V d. C. hubieran descendido a la península helénica en el siglo V a C.,

es casi seguro que habrían visto y apreciado muy poco o casi nada de las características de la cultura ateniense, y que mucho habría sido destruido. Cuando descendieron a la península italiana, ocho o nueve siglos después, encontraron una civilización que, en cierto modo, podían comprender y apreciar, porque gran parte de ella se manifestaba en la sólida grandiosidad de edificios, calzadas, fortificaciones y en un gobierno ordenado. En conjunto, su propósito, más que destruir, fue absorber. Pero había que educarlos, y la literatura latina estaba, por el momento, fuera de su alcance. Ahora bien, los romanos de la época de Cicerón habían demostrado verdadero genio para componer manuales y enciclopedias. Los dos recopiladores más famosos fueron Varrón y Plinio el Viejo, y de aquí en adelante la influencia de estos escritores fue enorme en todos los centros medievales de erudición. Pero en los siglos VI y VII estas obras resultaban demasiado ambiciosas y, por tanto, los escritores se dedicaron a escribir "resúmenes" más breves de las distintas ramas del saber. Estos fueron los libros de texto para la educación de las nuevas naciones occidentales. Escritores tales como Casiodoro (siglo V), Isidoro de Sevilla (siglo VI) y Boecio prestaron incalculables beneficios a la civilización occidental. A medida que las naciones se desarrollaban, iban dejando atrás los libros de texto elementales y acudían en busca de la auténtica literatura latina, conservada en las bibliotecas, monasterios y centros eclesiásticos de enseñanza. Allí encontraron a los autores latinos originales, y empezaron a conocer el pensamiento griego a través de las traducciones latinas de la literatura griega, hasta que al fin pudieron acudir a la misma literatura griega.

Las invasiones de los bárbaros no fueron ni catastróficas y repentinas, ni detructoras y violentas. Roma no cayó nunca: se transformó en otra cosa distinta. Roma, desplazada como sede del poder político, alcanzó una supremacía aún mayor como idea. Roma, con el idioma latino, era ya inmortal.

XI

EL DERECHO ROMANO

La justicia es la voluntad constante y perpetua de dar a cada uno lo suyo. DEL *Digesto* DE JUSTINIANO

La obra más importante de los romanos, tanto si se considera por sus propios méritos intrínsecos como por su influencia en la historia del mundo es, sin duda, su derecho. "No hay problema de jurisprudencia —dice Lord Bryce— del que no trate; apenas queda un rincón de la ciencia política que no haya iluminado." "De lo que hoy día está más necesitado el derecho norteamericano —dice un jurista norteamericano—, es de la eterna influencia vigorizadora del derecho romano." Y el mismo escritor afirma que, aunque la población del Imperio Romano no fue sino de 50 millones, en la actualidad 870 millones de personas viven bajo sistemas que pueden ser atribuidos al derecho romano.

Naturalmente, no es posible explicar de modo satisfactorio, en un breve capítulo, por qué el derecho romano es una obra tan trascendental. Sin embargo, ni en el libro más insignificante sobre los romanos puede pasarse por alto este tema, como tampoco es posible evitar que la exposición más simple sea de difícil lectura.

En el año 527 d. c., Justiniano fue nombrado Emperador del Imperio Romano Oriental, cuya capital era Constantinopla. Durante aproximadamente un centenar de años, Italia había estado bajo el dominio de reyes "bárbaros" de origen teutónico. A mediados de ese siglo, los generales de Justiniano reconquistaron Italia y, todavía en el siglo XII, el Imperio Romano Oriental ejercía sobre ésta cierta influencia.

Poco después de su advenimiento, Justiniano dispuso que se codificara el derecho romano. Esta codificación apareció en el año 533 d. c. y entró en vigor en el Imperio Romano de Oriente. Cuando se recon-

quistó Italia, también allí se estableció este Código, llegando así a ser conocido en Occidente. Más tarde se crearon escuelas y universidades con el fin principal de estudiarlo. La gran obra de Justiniano es el *Corpus Iuris Civilis,* el Cuerpo de Derecho Civil, que comprende el *Código* (estatutos imperiales), el *Digesto* (jurisprudencia), la *Instituta* (un tratado elemental), las *Novelas* (disposiciones posteriores desde el año 535 al 565 d. c.).

La pregunta que se plantea es la siguiente: ¿Cuáles fueron las cualidades del derecho romano para que su influencia fuera tan grande y permanente? La contestación a esta pregunta pondrá de manifiesto las cualidades de los hombres que crearon este derecho.

El *Digesto* empieza con las siguientes palabras de Ulpiano: "Cualquiera que intente estudiar el derecho (*ius*), tendrá que saber primero de dónde se deriva la palabra *ius.* Se llamó *ius,* de justicia, pues de acuerdo con la acertada definición de Celso, el derecho es el arte de lo bueno y lo justo. Debido a esto, se nos puede muy bien llamar sacerdotes, por que nosotros rendimos culto a la justicia, tenemos conocimiento de lo que es bueno y justo, separamos lo justo de lo injusto, discriminamos entre lo que está permitido y lo que no está permitido, con el propósito de hacer buenos a los hombres, no sólo por temor al castigo, sino también por el estímulo de la recompensa. Aspiramos, a menos que yo esté equivocado, a una verdadera filosofía, no a una filosofía aparente." A primera vista, estas palabras parecen extrañas. Sin embargo, las escribió uno de los jurisconsultos más notables.

En Roma, como en todas partes, el derecho fue iniciado por los sacerdotes. Justiniano, después de mil años de derecho romano, declara que los jurisconsultos bien pueden ser considerados como sacerdotes de la justicia. Hacia el año 450 a. c. el derecho ya no estaba en manos de los sacerdotes; el derecho consuetudinario no escrito fue formulado en las Doce Tablas, que se publicaron en el foro y que con-

tenían las leyes relativas a los ciudadanos romanos, *ius civile*. Las Doce Tablas rigieron durante trescientos años. Y las situaciones nuevas que se originaban a medida que Roma crecía, eran resueltas por deducciones lógicas que ampliaban las leyes, o por ficciones legales que conservaban la letra y ampliaban el espíritu. Cerca de cien años después de la publicación de las Doce Tablas, se nombró a un magistrado especial para relevar a los cónsules de sus poderes judiciales: el pretor. En el año 242 a. c. se nombró a otro pretor para que se ocupara especialmente de las relaciones entre los ciudadanos y los extranjeros: el *praetor peregrinus*. En fechas posteriores fue aumentado el número de estos magistrados.

Debe hacerse notar *1)* que el pretor estaba por encima de la ley; *2)* que el hecho de que los extranjeros (los itálicos eran extranjeros) y los ciudadanos romanos entraran en relaciones jurídicas privadas y no tuvieran inconveniente en llevar sus disputas al *praetor peregrinus*, presuponía cierta semejanza entre las concepciones jurídicas del derecho romano y del derecho extranjero, aunque no la suficiente para poder prescindir de un juez especial: *3)* que, al empezar a desempeñar el cargo, a principios de año, el *praetor urbanus* y el *praetor peregrinus* tenían que publicar una declaración de las reglas (*edictum*) que habían de servirles de guía para interpretar las leyes de las Doce Tablas; *4)* que los pretores eran elegidos por votación popular sin que tuvieran que ser necesariamente juristas, aunque el conocimiento del derecho fue haciéndose un requisito cada vez más indispensable para el desempeño de cargos. Pero una de las características de la vida pública romana fue que todos los que desempeñaban un puesto, incluso los emperadores, buscaban consejo. De estas cosas depende en gran parte la fuerza del derecho romano.

El pretor estaba por encima de la ley. No podía anular las leyes en vigor de las Doce Tablas, pero, por la manera en que formulaba su edicto y por sus decisiones diarias, podía completarlas o reformarlas, haciéndolas más flexibles: las leyes subsistían, pero

él podía dar un rodeo. El *praetor peregrinus* tenía que tratar con extranjeros que no estaban sujetos a las leyes romanas. Su tarea consistía en crear con las costumbres de los romanos y con las costumbres de los extranjeros un derecho aceptable para ambos. Probablemente este derecho sería más liberal y estaría menos sujeto a las tradiciones locales o nacionales; tenía que satisfacer a los hombres como tales, no como ciudadanos de este o de aquel Estado. Así, el *praetor urbanus* creaba el derecho de los ciudadanos, *ius civile*, y el *praetor peregrinus*, que podía basarse en el *ius civile* y que solía ampliarlo con derechos no romanos, creaba el "derecho de gentes", *ius gentium*.

El pretor era nombrado anualmente. Por consiguiente, le convenía aprovechar el edicto de su predecesor, si así lo deseaba; pero podía modificarlo al principio y luego ampliarlo durante el desempeño del cargo. De este modo el edicto estaba en constante desarrollo, estaba vivo: "el derecho de los edictos es la voz viva (*viva vox*) del derecho civil". Continuamente se le estaban incorporando nuevas ideas.

Con el curso del tiempo aumentaron las relaciones entre romanos e itálicos, hasta que en el año 89 a. c. se concedió la ciudadanía romana a todos éstos. Hasta entonces habían estado bajo el *ius gentium*, administrado por el *praetor peregrinus*, que era más amplio y más equitativo que el derecho de los ciudadanos. Los ciudadanos, por otra parte, se habían dado cuenta de la naturaleza del *ius gentium*. Así que cuando los itálicos pasaban a ser ciudadanos romanos, no estaban dispuestos a aceptar nada que fuera menos amplio, y los que ya eran ciudadanos romanos estaban siempre dispuestos a aceptar algo más amplio. El resultado fue que por medio de un proceso gradual el derecho civil fue aproximándose al derecho de gentes, que era más amplio. Desde luego, la ciudadanía implicaba muchas cosas que eran negadas a los extranjeros, el *ius gentium* no reemplazó al derecho civil hasta los siglos II y III d. c.

Por otra parte, el gobernador de provincia tam-

bién publicaba un edicto para gobernarla. Había desempeñado un puesto en Roma y tenía cierto conocimiento del derecho. Estudiaba el edicto de su predecesor y lo modificaba conforme a su experiencia. Debía tener en cuenta las costumbres y los prejuicios locales, la mentalidad de los habitantes de su provincia, aunque debían prevalecer las ideas romanas de ley y orden. El gobernador podía ser trasladado a otra provincia, donde las condiciones podían ser diferentes. Tenía que amoldar su actitud a las circunstancias, teniendo en cuenta las diferencias locales. Sin embargo, debían prevalecer las ideas romanas de ley y orden. Cuando volvía a ocupar su lugar en el Senado, su experiencia era de gran valor. Un consejo de Estado compuesto de hombres con experiencia de este género, es raro en la historia.

Hemos llegado al año 89 a. c., y la contestación a nuestra pregunta ha de tener en cuenta los siguientes hechos: *1)* la expansión de Roma, el desarrollo del comercio y de las relaciones con el extranjero fueron la causa de la concepción de un "derecho de gentes" que necesitaba una forma concreta de expresión; *2)* este derecho afectó y finalmente reemplazó al antiguo "derecho de los ciudadanos"; *3)* el proceso de desarrollo implicado en *1)* y *2)* fue posible por el "derecho de los edictos", o "viva voz". El desarrollo no fue impedido ni retardado, sino que era iniciado por un magistrado que se encontraba por encima de la ley. Hasta aquí, por consiguiente, tenemos: *a)* una capacidad para modificar y desarrollar; *b)* un concepto del derecho que tiene en cuenta a los hombres como tales y no sólo como ciudadanos bajo un derecho nacional.

Pasamos ahora al período del Imperio, aun cuando no perdamos de vista a la República. Bajo la República (excepto en los últimos años), las decisiones del Senado no constituían leyes, sino solamente recomendaciones a la asamblea popular. Durante la primera parte del Imperio, los poderes legislativos de las asambleas populares fueron vir-

tualmente transferidos al Senado. Desde el reinado de Tiberio hasta el de Septimio Severo, el Senado formulaba las leyes, aunque sólo aquellas que eran aprobadas por el Emperador. El derecho del edicto del pretor continuaba desarrollándose, pero al codificarse y consolidarse, en el reinado de Adriano, terminó este desarrollo. En la época de los Antoninos, el poder legislativo del Emperador reemplazó a todo lo demás. Su "edicto" era una ordenanza general, su "decreto" era un fallo en un litigio sometido a él, su "rescripto" era su opinión sobre un extremo jurídico. Todo esto constituía el derecho.

Por tanto, se tendía a concentrar el poder legislativo en manos del Emperador. La "viva voz" del derecho de los edictos quedó silenciada. El Senado quedó subordinado. La distinción entre el derecho civil y el derecho de gentes (en la práctica) dejó de existir cuando Caracalla, en el año 212 d. C., otorgó la ciudadanía a todos los habitantes del mundo romano. Sin embargo, el período de Trajano a Septimio Severo, o sea, el período durante el cual el poder legislativo se iba concentrando cada vez más en manos del Emperador, es la época del "derecho romano clásico", la época en que fueron más fuertes las dos influencias que lo transformaron en un derecho mundial independiente del tiempo. Estas influencias provenían *a)* de los jurisconsultos; *b)* de la filosofía.

Durante los últimos setenta años de la República, se dedicaron con afán al estudio del derecho una porción de hombres cultos e inteligentes, la mayoría de los cuales gozaba además de la ventaja de tener una experiencia práctica, por haber desempeñado ya puestos en la metrópoli y cargos administrativos en las provincias. Algunos trabajan en los tribunales, otros eran hombres de letras que escribían sobre cuestiones jurídicas. Todos eran "prácticos en derecho", *jurisprudentes* o *juris consulti.* En una época en que la vida pública y los problemas de la administración de la metrópoli y de las provincias ocupaban las inteligencias más notables del día,

se imponía el conocimiento del derecho. Podía consultarse libremente a estos "jurisconsultos" que daban "opiniones" a quienes los consultaban. Sus "contestaciones" a los problemas presentados se citaban y publicaban con toda libertad y eran de gran autoridad, puesto que provenían de hombres preclaros, cultos y con experiencia práctica, como fueron Q. Mucio Escévola, M. Junio Bruto (no el asesino de Julio César) y Servio Sulpicio Rufo. Cicerón, más que jurista, fue abogado.

Tal lugar habían alcanzado estos *jurisprudentes* en la estimación pública, tan grande era su reputación de sabiduría e integridad, tanto se respetaba su "autorizada opinión", que Augusto concedió a algunos de ellos el "derecho de contestar" a los problemas que les fueran expuestos, y sus opiniones influían en el juez que había de decidir el caso. De este modo ayudaban a la creación del derecho. Eran "consultores autorizados", y durante dos siglos dieron "contestaciones". Su influencia también fue grande en otros aspectos. Los emperadores los consultaban con regularidad, y Adriano llegó a formar un consejo jurídico para que le ayudara en asuntos legales. Publicaron una enorme cantidad de escritos jurídicos, y sus aforismos se hicieron expresiones corrientes, por ejemplo: "Sígase la interpretación beneficiosa."

La segunda influencia fue la filosofía. La filosofía griega había considerado con cierto cuidado la diferencia entre lo que era convencional (*nomos*), arbitrario, establecido por las costumbres humanas y cristalizado en leyes, y lo que era natural (*physis*), determinado por la naturaleza conforme a un código amplio y universal, pero sofocado por las disposiciones formuladas por el hombre, siglo tras siglo. Fueron los viajes de los griegos los que en realidad originaron esta especulación, porque al encontrarse con diferentes costumbres en diferentes países, se dieron cuenta de que existía una vaga y remota semejanza entre ellas, como si todo proviniera de un origen común. Esta idea de una Naturaleza univer-

sal fue adoptada por los estoicos, cuya doctrina fundamental era que el hombre debía vivir "conforme a la Naturaleza", o sea, conforme a la razón que la Naturaleza había implantado en el hombre como tal hombre, y de acuerdo con la Razón superior que animaba al mundo como un todo. Además, en el pensamiento helenístico se habían dado doctrinas sobre la unidad de la humanidad y sobre el deber del rey de proteger y servir los intereses de sus súbditos como Salvador y Bienhechor, y de atraer a todo el mundo bajo un gobierno de esta clase. Por tanto, la "Naturaleza" tenía sus leyes. Su origen era la Razón que existe en la Naturaleza, y estas leyes se encontraban fuera y más allá del hombre.

Por medio del trato con extranjeros, los romanos habían llegado ya a la idea de un "derecho de gentes" no escrito. Los *jurisprudentes*, hombres educados y con un extenso conocimiento de la literatura y de la filosofía, se sintieron instintivamente atraídos por el estoicismo, con su insistencia sobre las normas de conducta. Ellos fueron los que empezaron a relacionar el "derecho de gentes" con el "derecho natural", y a creer que el derecho de gentes no era sino un débil remedo del "derecho natural". Por tanto, el propósito del derecho era acercarse más a las normas objetivas encerradas en el "derecho natural" que se fundaba en la razón, que por otra parte era la razón no de un solo hombre ni de una sola nación, sino del hombre como parte de la Naturaleza. Este fue el punto de vista de los *jurisprudentes* durante más de doscientos años, y el resultado fue que, en toda su labor para formular el derecho y para enmendar e interpretar el derecho ya existente, tuvieron una norma o criterio que los guiaba: el ideal de la justicia natural, de un bien objetivo más sublime y más comprensivo que cualquier bien ideado por el hombre, bien que el jurista y el filósofo habrían de esforzarse en descubrir e incorporar progresivamente a las leyes del Imperio Romano.

Así volvemos a las primeras palabras del *Digesto*

citadas en este capítulo. "El arte de lo bueno y de lo justo", "deseando hacer bueno al hombre por el estímulo de la recompensa", "separando lo justo de lo injusto". "Nosotros rendimos culto a la justicia", y en un sentido nuevo los juristas eran "sacerdotes" interesados en los valores eternos y absolutos, válidos para todos los hombres, en todos los tiempos y en todos los lugares, que se esforzaban por expresar en forma de "equidad" para el uso de la humanidad.

Pero el derecho romano no había adquirido todavía la forma que podía hacerlo útil a la humanidad: su volumen era enorme. Omitiremos los intentos más insignificantes de codificación de los siglos III y IV, para ocuparnos directamente del Código de Teodosio, que entró en vigor en el año 439 d. c. Este Código es una colección oficial de los estatutos de los Emperadores y no contiene ninguno de los escritos de los jurisconsultos. Es de un gran valor para nosotros, porque nos proporciona una descripción de las actividades de los emperadores cristianos y de las condiciones sociales de la época. Ejerció no poca influencia en los códigos "bárbaros". Cuando oleadas sucesivas de pueblos bárbaros invadieron el Occidente, y cuando Italia fue sometida a un gobierno extranjero, los bárbaros incorporaron a sus propias leyes gran parte del derecho romano. Así vemos que el edicto de Teodorico (500 d. c.) ligó lo romano a lo ostrogodo. El Código de Alarico II, el visigodo, fue formulado en el año 506 d. c. y estaba basado en el Código de Teodosio, en las *Sententiae* del jurista Pablo y en la *Instituta* de Gayo. De este último la Europa Occidental adquirió gran parte de sus conocimientos sobre derecho romano. Existe también la *Lex Romana Burgundiorum* (517 d. c.). Sin embargo, no bastó el Código de Teodosio.

La gran codificación, como hemos visto, fue la de Justiniano. En ésta se incluían estatutos imperiales y también se condensaban los escritos de los jurisprudentes. Se omitió lo que estaba anticuado, y el conjunto se acopló con un orden admirable.

Justiniano pretendía que tres millones de líneas de jurisprudencia habían quedado reducidas a ciento cincuenta mil en el *Digesto*, "un compendio moderado en el que se desenvuelve uno con facilidad" (*moderatum et perspicuum compendium*). Pero en este compendio estaban incluidos mil años de sabiduría política, y esta sabiduría había pasado a través de mentes romanas. No había innovaciones violentas. Los compiladores del *Digesto* estudiaron las centurias de derecho romano y concibieron su obra como parte del progreso metódico iniciado por la República en sus primeros años.

EPÍLOGO

Al principio de este libro se hizo resaltar el sentido de subordinación que caracterizó a la mentalidad romana. "Gobernáis el mundo porque os consideráis inferiores a los dioses." Durante el transcurso de mil años los romanos habían sido disciplinados como ninguna otra nación de la Tierra y, aunque habían conservado ese sentido de subordinación, habían sido capaces de crear un Imperio de tal trascendencia y tan fundamentalmente humano como lo fue el romano. Por la obediencia se llega al poder. El gran don de la obediencia que poseían los romanos produjo con el tiempo los grandes ideales del derecho romano. Habiendo asimilado costosamente esta enseñanza del valor de la obediencia, Roma impuso esos ideales a las edades posteriores. Los romanos fueron una "nación inspirada por el derecho", pero este derecho fue creación suya y se lo impusieron ellos mismos. Al estudiar las ideas fundamentales de ese derecho se verá que contienen los ideales y las cualidades de los romanos de los primeros tiempos, ampliados, perfeccionados y adaptados para su aplicación universal. El respeto por los valores eternos, por la voluntad de los dioses (*pietas*), y su expresión como "justicia" objetiva en las cosas prácticas de la vida humana; el respeto por la personalidad humana y las relaciones humanas (*humanitas*), tanto en la familia como en el Estado o entre los amigos, que se fundaba en el reconocimiento de la personalidad de cada individuo y cuyo resultado era la conservación de su libertad (*libertas*); el respeto por la tradición (*mores*), que se aferra a lo que se ha ido transmitiendo de generación en generación, puesto que contiene una sabiduría acumulada que un hombre solo o una sola época no pueden proporcionar; respeto por la autoridad (*auctoritas*), no como obediencia a un poder superior, sino como reconocimiento del juicio de hombres cuya experiencia y cuyos conocimientos merecen respeto; respeto por

la palabra empeñada (*fides*) y la intención expresada, la fe de los romanos gracias a la cual "conservaban la amistad de sus amigos y de los que confiaran en ellos", y "la cosa más sagrada de la vida".

El respeto por estas cosas implicaba una formación (*disciplina*) que se obtiene en el hogar, en la vida pública, en la vida en general, la formación que proviene de uno mismo (*severitas*). Una formación de esta clase crea un sentido de responsabilidad (*gravitas*) que hace conceder la importancia debida a las cosas importantes, de tal manera que, una vez que el hombre ha puesto la mano en el arado, ni mira hacia atrás ni titubea, manteniéndose firme en su propósito (*constantia*). Estas son las cualidades que formaron el genio romano.

NOTA

Una bibliografía satisfactoria para los lectores que quieran ampliar alguno de los temas estudiados en este libro ocuparía muchas páginas. Por consiguiente, lo mejor es remitirlos al folleto *The Claim of Antiquity*. Este folleto, editado por los Consejos de las Sociedades para el Fomento de los Estudios Helénicos y Romanos (*Councils of the Societies for the Promotion of Hellenic and Roman Studies*) ha sido publicado por la Oxford University Press. Contiene una lista de libros, con notas, ordenados por temas, para personas que no saben ni griego ni latín. La última revisión se hizo en 1935.

a. c.

753 Fundación de Roma (tradicional)	
510 Expulsión de los reyes	
451 Las Doce Tablas	427–348 Platón
390 Saqueo de Roma por los galos	384–322 Aristóteles
367 *Praetor urbanus*	
	356–323 Alejandro Magno
	300 *fl.* Zenón
	300 *fl.* Euclides, Aristarco
	272 Livio Andrónico es traído a Roma
262–264 Primera Guerra Púnica	240 *fl.* Nevio
242 *Praetor Peregrinus*	239–169 Ennio
236–183 Escipión el Africano	c. 250–184 Plauto
234–149 Catón el Viejo	
218–202 Segunda Guerra Púnica	160 *fl.* Terencio
	c. 202–c. 120 Polibio
185–129 Escipión Emiliano	
133 *m.* Tiberio Graco	
121 *m.* Cayo Graco	
113-101 Los teutones y los cimbrios amenazan Italia	
106–43 Cicerón	
102–44 Julio César	135–51 Posidonio
89 Guerra de los Aliados	
86–78 Constitución de Sila	c. 55 muerte de Lucrecio
66–62 Pompeyo en Oriente	116–27 Varrón
63 Consulado de Cicerón	
58–49 César en las Galias	70–19 Virgilio
44 Asesinato de César	65–8 Horacio
31 Batalla de Accio	64–19 d. c. Estrabón
27–14 d. c. Principado de Augusto	59–17 d. c. Tito Livio
	43–18 d. c. Ovidio

SUMARIA

d. C.		
9 Derrota de Varo		
14–37 Tiberio	Julio-Claudianos	
37–41 Cayo (Calígula)	Julio-Claudianos	4 a. C.–65 Séneca
41–54 Claudio	Julio-Claudianos	
54–68 Nerón	Julio-Claudianos	65 d. Petronio
69 Año de los Cuatro Emperadores		23–79 Plinio el Viejo
69–79 Vespasiano	Flavianos	70 Conquista de Jerusalén por Tito
79–81 Tito	Flavianos	c. 90 Epicteto
		35–95 Quintiliano
81–96 Domiciano	Flavianos	c. 97 Frontino
		46–120 Plutarco
96–98 Nerva		55–120 Tácito
98–117 Trajano		62–113 Plinio el Joven
117–138 Adriano		65–140 Juvenal
138–161 Antonino Pío	Antoninos	75–160 Suetonio
161–180 M. Aurelio	Antoninos	160 *fl.* Apuleyo
180–193 Cómodo	Antoninos	
193–211 Septimio Severo		200 *fl.* Tertuliano
		212 Caracalla concede la ciudadanía romana
222–235 Alejandro Severo		
		228 Muerte de Ulpiano
249–251 Decio		
284–305 Diocleciano		
306–337 Constantino		313 Edicto de Milán
		265–340 Eusebio
361–363 Juliano		325 Concilio de Nicea
		330 Fundación de Constantinopla
		340–420 San Jerónimo
379–395 Teodosio I (Occidente)		
		354–430 San Agustín
		384 Símaco, prefecto de la Ciudad
		404 Último poema de Claudiano

410 Saqueo de Roma por Alarico
413 Rutilio Claudio Namaciano, prefecto de la Ciudad
c. 420 Vegecio
438 Código de Teodosio
455 Saqueo de Roma por los vándalos
522 Reconquista de Italia por Justiniano
527–565 Justiniano (Oriente)
533 Promulgación del *Digesto*

ÍNDICE GENERAL

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de mayo de 2000 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F. Se tiraron 2 000 ejemplares.